



Noches de cocaína

J. G.

BALLARD

Lectulandia

Para un foráneo, los británicos que viven en Estrella de Mar, en una pequeña localidad de la Costa del Sol, forman una de las comunidades más idílicas que puedan imaginar, con un estilo de vida que comprende constantes actividades culturales y deportivas, centradas en un club náutico. Pero esa imagen se pulveriza cuando se desata un incendio en misteriosas circunstancias que se salda con cinco víctimas. El director del club, Frank Prentice, es detenido por asesinato.

De Londres llega Charles, el hermano de Frank, quien descubre sorprendido que, si bien ni los testimonios ni la policía lo creen responsable del crimen, Frank insiste en autoinculparse. A fin de comprender su actitud, Charles resuelve investigar Estrella de Mar: detectará extrañas redes de personajes y comportamientos. Bajo la civilizada superficie se esconde un mundo secreto de crímenes, drogas y sexo ilícito, todo orquestado por la carismática figura del tenista Bobby Crawford. Un mundo de tal poder magnético, que acabará arrastrando al propio Charles...

Noches de cocaína es Ballard en estado puro: el que explora el lado oscuro de la psique, el que provoca; el que cuestiona y despedaza la sociedad occidental del siglo xx, llevando al límite el sexo, la violencia, el frenesí y el ansia de poder y seguridad, sinónimo de aislamiento y muerte cultural.

Lectulandia

J. G. Ballard

Noches de cocaína

ePub r1.1

Trujano 18.11.14

Título original: *Cocaine Nights*
J. G. Ballard, 1996
Traducción: Manuel Figueroa & Silvia Komet
Diseño de cubierta: Opalworks

Editor digital: Trujano
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Fronteras y fatalidades

Cruzar fronteras es mi profesión. Esas franjas de tierra de nadie entre los puestos de control parecen siempre zonas tan prometedoras, colmadas de posibilidades de vidas nuevas, aromas y afectos nuevos. Al mismo tiempo desencadenan un reflejo de desasosiego que nunca he podido reprimir. Mientras los funcionarios de aduanas revuelven mi equipaje, siento como si trataran de abrimme la mente y descubrir un contrabando de sueños y recuerdos prohibidos. Y aún así, siempre hay ese placer peculiar de sentirse expuesto, que muy bien hubiera podido convertirme en un turista profesional. Me gano la vida como cronista de viajes, pero reconozco que esto es poco más que una mascarada. Mi auténtico equipaje pocas veces está cerrado con llave; los broches parecen esperar a que los abran.

Gibraltar no era una excepción, aunque esta vez mis sentimientos de culpa tenían una base real. Había llegado de Heathrow en el vuelo de la mañana y aterrizado en la pista militar al servicio de esta última avanzada del Imperio Británico. Siempre había evitado Gibraltar, con ese vago aire de Inglaterra provinciana, abandonada demasiado tiempo a la luz del sol. Pero ojos y oídos de reportero tomaron en seguida el mando y durante una hora exploré las callejuelas con sus pintorescos salones de té, tiendas de fotografía y policías disfrazados de *bobbies* londinenses.

Gibraltar, como la Costa del Sol, estaba fuera de mi circuito. Prefiero los vuelos largos a Yakarta y Papeete, esas horas de avión en clase *business* que todavía me dan la sensación de tener un verdadero destino, la ilusión imperecedera del viaje aéreo. En realidad nos sentamos en un pequeño cine a mirar películas tan borrosas como nuestras esperanzas de descubrir un lugar nuevo. Llegamos a un aeropuerto idéntico al que acabamos de dejar, con las mismas agencias de alquiler de automóviles y las mismas habitaciones de hotel con sus canales de películas para adultos y cuartos de baño desodorizados; capillas marginales de esa religión laica: el turismo de masas. Las mismas aburridas camareras de barra, que esperan en el vestíbulo de los restaurantes y que más tarde ríen tontamente mientras juegan al solitario con nuestras tarjetas de crédito; ojos tolerantes que exploran esas arrugas de nuestra cara que no tienen ninguna relación con la edad ni el cansancio.

Gibraltar, sin embargo, en seguida me sorprendió. La vieja guarnición o base naval era una ciudad fronteriza, una especie de Macao o Juárez decidida a aprovechar al máximo el final del siglo xx. A primera vista parecía un lugar de veraneo trasladado de una bahía rocosa de Cornwall y erigido junto a las puertas del

Mediterráneo, aunque evidentemente el negocio era del todo ajeno a la paz, el orden y la regulación de las olas de Su Majestad.

Sospeché que la actividad principal de Gibraltar, como la de cualquier ciudad fronteriza, era el contrabando. Mientras contaba las tiendas abarrotadas de cámaras de vídeo a bajo precio y echaba un vistazo a las placas que brillaban en los oscuros umbrales de los bancos, supuse que la economía y el orgullo cívico de esta reliquia geopolítica estaban dedicados a estafar al estado español con el blanqueo de dinero y el contrabando de perfumes y medicamentos libres de impuestos.

El Peñón era mucho más grande de lo que esperaba, levantado como un pulgar — el símbolo local del cornudo— en la cara de España. Los bares de mala muerte tenían un encanto poderoso, como las lanchas rápidas del puerto que enfriaban los motores después de la última carrera desde Marruecos. Al verlas ancladas, pensé en mi hermano Frank y en la crisis familiar que me había llevado a España. Si los magistrados de Marbella no lograban exculparlo pero lo dejaban en libertad bajo fianza, quizá una de esas planeadoras podía salvarlo de las restricciones medievales del sistema jurídico español.

Esa tarde vería a Frank y a su abogado en Marbella, un viaje en coche de unos cuarenta y cinco minutos por la costa. Pero cuando fui a buscar el coche a la agencia de alquiler cerca del aeropuerto, descubrí que un inmenso embotellamiento había cerrado el paso fronterizo. Cientos de coches y autobuses esperaban en medio de una densa neblina de tubos de escape, mientras unas adolescentes lloriqueaban y las abuelas les gritaban a los policías españoles. La Guardia Civil, sin prestar atención a los impacientes bocinazos, revisaba cada tornillo y remache, registraba oficiosamente maletas y cajas de supermercado y espiaba bajo los capós y ruedas de recambio.

—Tengo que estar en Marbella a las cinco —le dije al encargado de la agencia, que miraba el atasco con la serenidad de un hombre que está a punto de alquilar el último vehículo antes de jubilarse—. Este embotellamiento tiene aspecto de no moverse.

—Cálmese, señor Prentice. En cualquier momento puede ponerse en marcha, en cuanto la Guardia Civil se dé cuenta de lo aburrida que está.

—Cuántas normas... —Sacudí la cabeza sobre el contrato de alquiler—. ¿Bombillas de repuesto, botiquín de primeros auxilios, extintor contra incendios? Este Renault está mejor equipado que el avión que me trajo aquí.

—La culpa la tiene Cádiz. El nuevo gobernador civil está obsesionado con La Línea. Los planes para el reciclaje de los desempleados son bastante impopulares aquí.

—Vaya. ¿Así que hay mucho desempleo?

—No exactamente. Quizás demasiado empleo, aunque no muy legal que digamos.

—¿Contrabando? ¿Unos pocos cigarrillos y videocámaras?

—No tan pocos. En La Línea todo el mundo está muy contento... y espera que Gibraltar siga siendo británica para siempre.

Había empezado a pensar en Frank, que seguía siendo británico pero en una celda española. Mientras me incorporaba a la cola de coches, me acordé de nuestra infancia en Arabia Saudí, hacía veinte años, y de los registros arbitrarios de la policía religiosa en las semanas anteriores a Navidad. No sólo la más mínima gota de alcohol festivo era blanco de aquellas manos sedosas, sino hasta una simple hoja de papel de regalo con sus siniestros emblemas de abetos, acebo y hiedra. Frank y yo nos sentábamos detrás en el Chevrolet de mi padre y nos abrazábamos a los trenes de juguete que serían envueltos unos pocos minutos antes de que los abriéramos, mientras él discutía con su sarcástico árabe académico y nuestra nerviosa madre se alteraba.

El contrabando era una actividad que habíamos practicado desde edad temprana. Los chicos mayores de la escuela inglesa de Riyadh hablaban entre ellos sobre misteriosos mundos infernales de vídeos piratas, drogas y sexo ilícito. Más adelante, cuando nuestra madre murió y regresamos a Inglaterra, comprendí que esas pequeñas conspiraciones eran las que mantenían unidos a los expatriados británicos y les daban una sensación de comunidad. Sin los viajes y los contactos del contrabando nuestra madre habría dejado de aferrarse al mundo mucho antes de esa trágica tarde en la que se subió al tejado del Instituto Británico y emprendió un breve vuelo hacia la única seguridad que había encontrado.

El tránsito al fin empezaba a moverse y avanzaba ruidosamente. Pero la camioneta manchada de barro que tenía delante seguía detenida por la Guardia Civil. Un guardia abrió las puertas traseras y husmeó entre las cajas de cartón llenas de muñecas de plástico. Unas manos pesadas hurgaron entre los cuerpos desnudos y rosados, observadas por cientos de móviles ojos azules.

Irritado por la demora, estuve tentado de adelantarme a la camioneta. Detrás de mí, una hermosa mujer española sentada al volante de un Mercedes descapotable se pintaba de carmín una boca expresiva, diseñada para cualquier otra actividad que no fuera comer. Intrigado por esa perezosa seguridad sexual, sonreí mientras ella se arreglaba el maquillaje y se retocaba las pestañas como una amante indolente. ¿Quién era...? ¿La cajera de un nightclub...? ¿La querida de un magnate inmobiliario...? ¿O una prostituta local que volvía de La Línea con una nueva provisión de condones y parafernalia sexual?

Advirtió que yo la miraba por el retrovisor y bajó bruscamente la visera del coche despertándonos a ambos de ese sueño de ella misma. Giró el volante, arrancó, y me adelantó mostrando unos dientes fuertes mientras pasaba por debajo de una señal de prohibido el paso.

Puse en marcha el coche y estaba a punto de seguirla, pero el guardia que rebuscaba entre las muñecas de plástico, se volvió y me gritó en español:

—¡Acceso prohibido!

Se inclinó sobre mi parabrisas, una mano grasienta manchó el vidrio, y saludó a la mujer que entraba en el parque de la policía junto al puesto de control. En seguida me miró meneando la cabeza, claramente convencido de que había pillado a un turista

libidinoso en el acto de acosar visualmente a la mujer del comandante, y hojeó malhumorado mi pasaporte, sin inmutarse por la colección de sellos y visados de los rincones más remotos del globo. Cada cruce de frontera era una transacción única que desactivaba la magia de cualquiera de las otras.

Esperaba que me ordenara bajar del coche para palparme agresivamente, antes de disponerse a dismantelar todo el Renault y dejarlo a un lado de la carretera como si fuera un modelo para armar. Pero yo ya no le interesaba; había visto de pronto un autobús cargado de emigrantes marroquíes que habían tomado el ferry en Tánger. Abandonó el registro de la camioneta y su cargamento de muñecas, y se encaminó hacia los estoicos árabes con toda la dignidad y el mismo aire amenazador de Rodrigo Díaz cuando clavó la mirada en los moros de la Batalla de Valencia.

Seguí a la camioneta que aceleró hacia La Línea con las puertas traseras sacudiéndose y las muñecas que bailaban juntas con los pies al aire. Aún el más breve encuentro con un policía de frontera tiene siempre sobre mí un efecto desorientador. Me imaginé a Frank en la sala de interrogatorios de Marbella en ese preciso instante, enfrentándose a los mismos ojos acusadores y a la misma presunción de culpabilidad. Yo era un viajero virtualmente inocente que no llevaba más contrabando que la fantasía de pasar a mi hermano a escondidas por la frontera española, sin embargo me sentía intranquilo como un prisionero en libertad condicional que ha quebrantado las normas, y sabía cómo Frank habría reaccionado a las falsas acusaciones que condujeron a su detención en el Club Náutico de Estrella de Mar. Yo estaba seguro de que era inocente y suponía que lo habían incriminado por orden de algún jefe de policía corrupto que había intentado arrancarle un soborno.

Salí de los alrededores de La Línea y fui por la carretera de la costa hacia Sotogrande. Estaba impaciente por ver a Frank y tranquilizarlo. Había recibido la llamada de Hennessy, el agente retirado de Lloyd's y actual tesorero del Club Náutico, en mi apartamento del Barbican la noche anterior. Hennessy había estado perturbadoramente confuso, como si divagara a solas después de mucho sol y sangría, la última persona capaz de inspirar confianza.

—Todo esto tiene muy mal aspecto... Frank me dijo que no lo preocupara, pero me pareció que debía llamarlo.

—Gracias a Dios que lo ha hecho. ¿Está detenido? ¿Ha avisado al Consulado Británico de Marbella?

—De Málaga, sí. El cónsul está siguiendo el asunto muy de cerca. Es un caso importante, me sorprende que no haya leído nada.

—He estado en el extranjero. Hace semanas que no veo un periódico inglés. En Lhasa no hay muchas noticias de la Costa del Sol.

—No me cabe duda. Los periodistas de Fleet Street invadieron el club. Tuvimos que cerrar el bar.

—¿Qué importa el bar! —Trataba de que la conversación no se fuera por las ramas—. ¿Frank está bien? ¿Dónde lo tienen?

—Se encuentra bien. En general se lo está tomando con calma. Está muy silencioso, pero es comprensible. Tiene mucho en que pensar.

—Pero ¿cuáles son los cargos? ¿Señor Hennessy...?

—¿Cargos? —Hubo una pausa mientras se oía el tintineo de unos cubitos de hielo—. Parece que hay bastantes. El fiscal español está preparando el acta de acusación. Tendremos que esperar a que la traduzcan. Me temo que la policía no colabora mucho.

—¿Y espera que lo hagan? Parece una encerrona.

—No es tan sencillo... hay que verlo en el contexto. Creo que tendría que venir lo antes posible.

Hennessy había estado profesionalmente impreciso, quizá para proteger al Club Náutico, uno de los complejos deportivos más exclusivos de la Costa del Sol y cuya seguridad sin duda dependía de desembolsos regulares de dinero a la policía local. Podía imaginarme a Frank, con su estilo despreocupado, olvidando poner el sobre marrón en las manos apropiadas, intrigado por ver lo que pasaba, u omitiendo ofrecerle la mejor suite al jefe de policía.

Multas de estacionamiento, infracciones a las normas de urbanización, una piscina en un sitio ilegal, quizá la compra de un Range Rover robado a un vendedor de poca monta... cualquier cosa podía haber provocado la detención de Frank. Aceleré por la carretera despejada que iba a Sotogrande, mientras un mar de aguas mansas lamía la arena de chocolate de las playas desiertas. La franja de la costa era una llanura indescriptible de huertas, garajes de tractores y proyectos de mansiones. Pasé por un parque acuático a medio terminar, con lagos excavados como cráteres lunares, y por un club nocturno abandonado en una colina artificial con un techo abovedado que lo hacía parecer un pequeño observatorio.

Las montañas se habían retirado del mar y ahora estaban a más de un kilómetro tierra adentro. Cerca de Sotogrande, los campos de golf empezaron a multiplicarse como los síntomas de un cáncer hipertrofiado en una pradera. Los pueblos andaluces de muros blancos presidían los greens y las fairways, aldeas fortificadas que guardaban prados de hierba; pero en realidad, estos municipios en miniatura eran urbanizaciones construidas deliberadamente y financiadas por especuladores inmobiliarios suizos y alemanes, no casas de invierno de pastores locales, sino de publicistas de Düsseldorf y ejecutivos de televisión de Zürich.

Las montañas, a lo largo de la mayor parte de los centros turísticos del Mediterráneo, descendían hacia el mar, como en la Costa Azul o en la Riviera de Liguria, cerca de Génova, y los pueblos turísticos anidaban en bahías protegidas. Pero la Costa del Sol carecía hasta de los rudimentos de cierto encanto escénico o arquitectónico. Descubrí que Sotogrande era un pueblo sin centro ni suburbios y parecía poco más que un terreno de campos de golf y piscinas dispersas. A unos kilómetros al este, pasé por un elegante edificio de apartamentos que se levantaba al lado de una curva en la carretera de la costa; las columnas de estilo romano y los

pórticos blancos, aparentemente importados de Las Vegas después de la liquidación de algún hotel, revertían las exportaciones de monasterios españoles y abadías sardas desmantelados y enviados a Florida y California en los años veinte.

La carretera de Estepona bordeaba una pista de aterrizaje privada junto a una mansión con florones dorados, como una especie de castillo almenado de cuento de hadas. Las sombras se proyectaban alrededor de la cebolla blanca de un techo como la invasión de una nueva arquitectura árabe que no le debía nada al Magreb, al otro lado del estrecho de Gibraltar. El resplandor metalizado pertenecía a los reinos desiertos del golfo Pérsico, reflejado a través de los deslumbrantes espejos de los estudios de Hollywood, y me hizo pensar en el atrio de la compañía petrolera de Dubai que yo había atravesado un mes atrás, mientras cortejaba a una atractiva geóloga francesa que estaba entrevistando para *L'Express*.

—¿La arquitectura de los burdeles? —me preguntó durante el almuerzo en la terraza de la última planta, cuando le hablé de mi viejo plan de escribir un libro—. Una buena idea. Algo que te toca el corazón, diría yo. —Señaló el impresionante panorama que nos rodeaba—. Ahí lo tienes, Charles. Puestos de gasolina disfrazados de catedrales...

¿Era posible que Frank, con sus escrúpulos y su remilgada honestidad, hubiera decidido violar la ley en la Costa del Sol, una zona tan poco profunda como el folleto de un agente inmobiliario? Me acercaba a las afueras de Marbella; pasé delante de una réplica de la Casa Blanca, más grande que el original y propiedad del rey Saud, y de unos apartamentos tipo cueva de Aladino de Puerto Banús. Lo irreal prosperaba por todas partes, un imán para incautos. Pero Frank era demasiado exigente y estaba demasiado entretenido con su propia debilidad como para cometer algún delito serio. Recordé sus robos compulsivos después de nuestro regreso a Inglaterra, cuando se metía en los bolsillos sacacorchos y latas de anchoas mientras correteábamos detrás de nuestra tía en los supermercados de Brighton. Nuestro acongojado padre, que había vuelto a su cátedra en la Universidad de Sussex, estaba demasiado distraído para pensar en Frank, y esos hurtos insignificantes me obligaron a adoptarlo como mi pequeño hijo, yo, la única persona lo suficientemente preocupada por esa atontada criatura de nueve años, aunque sólo fuera para recitarle alguna reprimenda.

Por fortuna, Frank superó pronto ese tic de la infancia. En la escuela se convirtió en un tenista hábil y capaz y esquivó la carrera académica que su padre le había elegido haciendo un curso de gerente de hotel. Después de tres años como subgerente en un renovado hotel art déco al sur de Miami Beach, regresó a Europa para dirigir el Club Náutico de Estrella de Mar, un centro peninsular a treinta kilómetros al este de Marbella. Cada vez que nos encontrábamos en Londres, me complacía en burlarme de su exilio en ese curioso mundo de príncipes árabes, gánsters retirados y eurobasura.

—Frank, de todos los lugares que podías elegir... ¿se te ocurrió la Costa del Sol!

—solía exclamar—. ¿Estrella de Mar? No puedo ni imaginármelo...

—Así es, Charles —respondía Frank amablemente—. En realidad no existe. Por eso me gusta. Lo he buscado toda la vida. Estrella de Mar no está en ninguna parte.

Pero ahora, al fin, esa ninguna parte lo había alcanzado.

Cuando llegué al hotel Los Monteros, a diez minutos de Marbella por la costa, me esperaba un mensaje. El señor Danvila, el abogado de Frank, me había llamado desde los juzgados con noticias de «inesperados acontecimientos» y me pedía que fuera a verlo lo antes posible. Los modales empalagosos del director del hotel y la mirada esquiva del conserje y los porteros me indicaron que esos acontecimientos, fueran cuales fuesen, eran completamente esperados. Hasta los jugadores que volvían de las pistas de tenis y las parejas en albornoz que iban camino de la piscina se apartaban para dejarme pasar, como si advirtieran que había venido a compartir la suerte de mi hermano.

Cuando regresé al vestíbulo, después de ducharme y cambiarme de ropa, el conserje ya había llamado un taxi.

—Señor Prentice, le será más fácil que ir en su coche. En Marbella es muy difícil estacionar y creo que ya tiene demasiados problemas.

—¿Sabe algo del caso? —pregunté—. ¿Ha hablado con el abogado de mi hermano?

—No, por supuesto que no, señor. Pero algo ha salido en los periódicos locales... y en los informativos de la televisión.

Parecía ansioso por llevarme hasta el taxi que esperaba. Escudriñé los titulares de los periódicos que había junto al mostrador.

—¿Qué ha pasado exactamente? Parece que nadie lo sabe.

—No está muy claro, señor Prentice. —El conserje acomodó las revistas como si quisiera ocultar los ejemplares que revelaban la verdadera historia de la implicación de Frank—. Será mejor que suba al taxi. En Marbella se lo aclararán todo...

El señor Danvila me esperaba en el vestíbulo de entrada de los juzgados. Era un hombre alto, ligeramente encorvado de casi sesenta años, y llevaba dos maletines que pasaba de una mano a otra. Parecía un maestro de escuela distraído en un aula alborotada. Me saludó con evidente alivio y me tomó del brazo, como para convencerse de que ahora yo también era parte del mundo al que Frank lo había arrastrado. Me gustó esa actitud preocupada, aunque parecía prestar atención a alguna otra cosa, y empecé a preguntarme por qué David Hennessy lo había contratado.

—Señor Prentice, le agradezco mucho que haya venido. Desgraciadamente, los acontecimientos ahora son más... ambiguos. Si me permite explicar...

—¿Dónde está Frank? Me gustaría verlo. Quiero que resuelva lo de la fianza. Estoy en condiciones de presentar todas las garantías que exija el tribunal. ¿Señor Danvila...?

El abogado, con un esfuerzo, apartó la mirada de alguna facción de mi cara que parecía distraerlo, quizás un eco de alguna de las expresiones más enigmáticas de Frank. Cuando vio a un grupo de fotógrafos españoles en la escalera del juzgado, me hizo señas de que lo siguiera a un recoveco.

—Su hermano está aquí. Esta noche lo llevarán otra vez a la cárcel de Málaga. La policía sigue investigando. Me temo que dadas las circunstancias no podemos considerar la posibilidad de una fianza.

—¿Qué circunstancias? Quiero ver a Frank ahora. Estoy seguro de que en España hay libertad bajo fianza, ¿no?

—No en un caso como éste. —El señor Danvila tarareaba entre dientes mientras cambiaba de mano los maletines, tratando una y otra vez de decidir cuál era el más pesado—. Podrá verlo dentro de una hora, quizá menos. He hablado con el inspector Cabrera. Después quiere interrogarlo sobre ciertos detalles que quizá usted conozca, pero no hay nada que temer.

—Me alegro. Bueno, ¿de qué acusarán a Frank?

—Ya lo han acusado. —El señor Danvila me miraba fijamente—. Es un asunto muy trágico, señor Prentice, de lo peor.

—¿Pero de qué lo acusan? ¿Problemas de divisas, de impuestos...?

—Es más grave. Hubo desgracias personales.

La cara del señor Danvila pareció de pronto más nítida; los ojos le nadaban hacia adelante a través de los espesos charcos de las gafas. Noté que esa mañana se había afeitado descuidadamente, demasiado preocupado por recortarse el desordenado bigote.

—¿Desgracias? —Pensé que había habido un terrible accidente en la carretera de la costa, de tan mala fama, y que quizá Frank había matado a algún niño—. ¿Algún accidente de tránsito? ¿Cuánta gente murió?

—Cinco personas. —Los labios del señor Danvila se movían como si contara los muertos, un total que excedía todas las posibilidades de las matemáticas humanas—. No fue un accidente de tránsito.

—¿Qué pasó? ¿Cómo murieron?

—Asesinados, señor Prentice —dijo el abogado inexpresivamente, desligándose del significado de sus propias palabras—. Cinco personas fueron asesinadas con premeditación. Y han acusado al hermano de usted.

—No puedo creerlo... —Me volví para mirar a los fotógrafos que discutían entre ellos en la escalera de los juzgados. A pesar de la expresión solemne del señor Danvila, sentí un alivio súbito. Me di cuenta de que habían cometido un error disparatado, una torpeza judicial y de investigación en la que estaban implicados este abogado nervioso, la lerda policía local y unos magistrados incompetentes de la Costa del Sol, con los reflejos atrofiados por tantos años de tratar con turistas ingleses borrachos—. Señor Danvila, dice usted que Frank ha matado a cinco personas. ¿Cómo lo hizo, por el amor de Dios?

—Incendió la casa, hace dos semanas... Un acto claramente premeditado. Los jueces y la policía no tienen dudas.

—Pues sería mejor que las tuviesen. —Me reí para mis adentros, confiado en que ese error absurdo pronto se aclararía—. ¿Y dónde ocurrieron esos asesinatos?

—En Estrella de Mar. En la mansión de la familia Hollinger.

—¿Y quiénes eran las víctimas?

—El señor Hollinger, su mujer y una sobrina. Además de una joven criada y el secretario.

—Es una locura. —Tomé los maletines de Danvila antes de que empezara a calcular de nuevo el peso de cada uno—. ¿Y por qué Frank iba a matarlos? Quiero verlo. Estoy seguro de que lo negará.

—No, señor Prentice. —Danvila dio un paso atrás; ya tenía claro el veredicto—. Él no ha rechazado ninguna de las acusaciones. De hecho, se ha declarado culpable de los cinco cargos de asesinato. Repito, señor Prentice, culpable.

El incendio de la casa Hollinger

—¿Charles? Danvila me dijo que estabas aquí. Te lo agradezco. Es bueno verte. Sabía que vendrías.

Frank se levantó de la silla cuando entré en la sala de visitas. Parecía más delgado y más viejo de lo que yo recordaba, y a la luz fluorescente la piel tenía un brillo pálido. Echó una ojeada por encima de mi hombro, como si esperara a alguien más, y bajó los ojos para evitar mi mirada.

—Frank... ¿estás bien? —Me incliné sobre la mesa con la esperanza de estrecharle la mano, pero el policía que había entre los dos levantó el brazo con el rígido movimiento de un molinete de bar—. Danvila ya me ha explicado todo; obviamente es un error absurdo. Lamento no haber estado en el tribunal.

—Pero estás ahora. Es lo único que importa. —Frank apoyó los codos sobre la mesa tratando de mostrarse más animado—. ¿Qué tal el viaje?

—Con retraso... las líneas aéreas tienen su propio horario, dos horas más tarde que el resto del mundo. Alquilé un coche en Gibraltar. Frank, pareces...

—Estoy bien. —Se recobró y se las arregló para insinuar una breve aunque preocupada sonrisa—. ¿Qué te pareció Gibraltar?

—Estuve sólo un momento. Un sitio bastante extraño... pero no tanto como éste.

—Tendrías que haber venido hace unos años. Habrías visto muchas cosas sobre las que escribir.

—Ya he visto bastante. Frank...

—Es interesante, Charles... —Frank se echó hacia adelante. Hablaba demasiado rápido para escucharse a sí mismo, intentando cambiar de tema—. Tienes que pasar más tiempo aquí. Es el futuro de Europa. Dentro de poco todo será como esto.

—Espero que no. Oye, he hablado con Danvila. Está tratando de que anulen la vista del tribunal. No entiendo muy bien todos los vericuetos legales, pero es posible que haya una nueva audiencia cuando cambies tu declaración. Tendrás que alegar algún factor atenuante. Estabas muy trastornado, muy afligido, y no entendías lo que el traductor te decía. Por lo menos es algo por donde empezar.

—Danvila, sí... —Frank jugueteaba con el paquete de cigarrillos—. Un hombre agradable, creo que está bastante horrorizado conmigo. Y tú también, diría yo.

La sonrisa amistosa, pero cómplice, había reaparecido. Frank se echó hacia atrás con las manos en la nuca, seguro de que ahora podría enfrentarse a mi visita. Empezábamos a representar los papeles familiares establecidos en la infancia. Él era el espíritu imaginativo y caprichoso, y yo el imperturbable hermano mayor que no

terminaba de entender el chiste. Para Frank yo siempre había sido la fuente de una especie de simpática diversión.

Llevaba un traje gris y una camisa blanca desabrochada en el cuello. Al ver que le miraba la garganta desnuda, se tapó la barbilla con la mano.

—Me sacaron la corbata... Sólo me dejan ponérmela para ir al juzgado. Pensándolo bien, es una especie de soga al cuello, podría darle ideas al juez. Tienen miedo de que me mate.

—Pero, Frank... ¿no es eso lo que estás haciendo? ¿Por qué demonios te declaraste culpable?

—Charles... —hizo un gesto de cansancio—, tenía que hacerlo. No podía decir ninguna otra cosa.

—Eso es absurdo. No tienes nada que ver con esas muertes.

—Los maté, Charles, fui yo.

—¿Provocaste el incendio? Dime, no nos oye nadie... ¿De verdad pusiste fuego a la casa Hollinger?

—Sí... así es. —Sacó un cigarrillo del paquete y esperó a que el policía se acercase a darle fuego. La llama brilló en el gastado encendedor de metal, y Frank se quedó mirando el gas ardiente antes de chupar el cigarrillo. A la luz del breve resplandor tenía una cara tranquila y resignada.

—Frank, mírame. —Espanté el humo con la mano, un espectro serpenteante que le salía de los pulmones—. Quiero oírlo de tu boca... quiero que me digas que tú mismo, personalmente, incendiaste la casa Hollinger.

—Ya lo he dicho.

—¿Con un bidón de éter y gasolina?

—Sí. Te aconsejo no probarlo, es una mezcla asombrosamente inflamable.

—No te creo. Por favor, Frank, ¿por qué?

Echó un anillo de humo hacia el techo, y habló en voz baja con un tono casi monocorde.

—Tendrías que pasar un tiempo en Estrella de Mar para empezar a entender. Créeme, Charles, aunque te explicara lo que ha pasado no significaría nada para ti. Es un mundo diferente, Charles. No es Bangkok ni un atolón de las Maldivas.

—Ponme a prueba. ¿Estás encubriendo a alguien?

—¿Por qué haría algo así?

—¿Y conocías a los Hollinger?

—Muy bien.

—Danvila dice que él era una especie de magnate del cine de los sesenta.

—Nada del otro mundo. Estaba en el negocio inmobiliario y de construcción de oficinas en la City. La mujer fue una de las últimas *starlets* que estudiaron con el método de Rank. Se retiraron aquí hace unos veinte años.

—¿Eran clientes habituales del club?

—No en el sentido estricto de la palabra. Aparecían de vez en cuando.

—¿Y tú estabas allí la noche del fuego? ¿Dentro de la casa?

—¡Sí! Pareces Cabrera. Lo último que quiere un investigador es la verdad. — Frank aplastó el cigarrillo en el cenicero y se quemó los dedos—. Mira, siento que murieran. Fue un asunto trágico.

Pronunció las últimas palabras sin ningún énfasis, con el mismo tono en que me había dicho, a los diez años, al volver del jardín, que su tortuga había muerto. Sabía que no me decía la verdad.

—Esta noche van a llevarte de vuelta a Málaga —dije—. Iré a visitarte en cuanto pueda.

—Siempre me alegra verte, Charles. —Se las arregló para estrecharme la mano antes de que se acercara el policía—. Me cuidaste después de la muerte de mamá y en cierto modo me sigues cuidando. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Una semana. Tengo que ir a Helsinki para un documental de televisión, pero volveré.

—Siempre vagando por el mundo. Todos esos viajes interminables, todas esas salas de embarque. ¿Alguna vez llegas a algún sitio?

—Es difícil de decir... a veces creo que he convertido el jet-lag en una nueva filosofía. No tenemos nada que se parezca más a la penitencia.

—¿Y qué hay de tu libro sobre los grandes burdeles del mundo? ¿Ya lo has empezado?

—Todavía estoy con la investigación.

—Recuerdo que ya hablabas del asunto en la escuela. Decías que lo único que te interesaba del mundo eran el opio y los burdeles. Puro Graham Greene, pero siempre había algo heroico en eso. ¿Te fumas alguna pipa?

—De vez en cuando.

—No te preocupes, que no se lo voy a contar a papá. ¿Cómo está el viejo?

—Vamos a trasladarlo a un geriátrico más pequeño. Ya no me reconoce. Tienes que ir a verlo cuando salgas. Creo que de ti se acordará.

—Sabes que nunca me cayó bien.

—Es un niño, Frank. Se ha olvidado de todo. Lo único que hace es babear y dormir.

Frank se echó hacia atrás y sonrió mirando el techo mientras sus recuerdos se proyectaban sobre la grisácea pintura al temple.

—Solíamos robar... ¿lo recuerdas? Qué extraño... todo empezó cuando mamá se enfermó, yo birlaba cualquier cosa que estuviese al alcance de mi mano, y tú me acompañabas para que me sintiera mejor.

—Frank, fue una fase. Todo el mundo lo entendió entonces.

—Salvo papá. Cuando mamá perdió el control, fue superior a él. Empezó esa extraña relación con una secretaria madura...

—El pobre estaba desesperado.

—Y te echó la culpa de que yo robara. Encontró en mis bolsillos los caramelos

que yo había robado en el Riyadh Hilton y te acusó a ti.

—Yo era el mayor. Papá pensaba que yo podía haberlo impedido. Sabía que te envidiaba.

—Mamá pescaba unas borracheras de muerte y nadie intervenía. Robar era para mí la única forma de entender por qué me sentía tan culpable. Después empezó a dar esos largos paseos en medio de la noche y tú la acompañabas. ¿Adónde ibais? Siempre me lo he preguntado.

—A ninguna parte. Nos limitábamos a dar vueltas a la pista de tenis. Se parece bastante a mi vida actual.

—Probablemente ahí le tomaste el gusto. Por eso te pone nervioso echar raíces. ¿Sabes?, Estrella de Mar se parece más de lo que imaginas a Arabia Saudí. Quizá por eso vine...

Se quedó mirando la mesa, sombrío, deprimido de pronto por todos esos recuerdos. Sin prestar atención al guardia estiré los brazos sobre la mesa y lo tomé por los hombros, tratando de calmarle las temblorosas clavículas. Me miró a los ojos, contento de verme, y sonrió sin ironía.

—¿Frank...?

—No te preocupes. —Se levantó, más animado—. A propósito, ¿cómo está Esther? Tenía que habértelo preguntado antes.

—Bien. Nos separamos hace tres meses.

—Lo siento. Siempre me cayó bien. Una mente privilegiada, fuera de lo común. Una vez me hizo un montón de preguntas extrañas sobre pornografía. Nada que ver contigo.

—El verano pasado empezó a volar en planeador, a pasar los fines de semana volando sobre South Downs. Un signo, supongo, de que quería dejarme. Ahora participa con sus amigas en torneos de Nuevo México y Australia. Pienso en ella allí arriba, sola con todo ese silencio.

—Encontrarás a alguien.

—Quizá...

El guardia abrió la puerta y nos dio la espalda mientras llamaba a un agente que estaba junto a un escritorio, al otro lado del corredor. Me incliné sobre la mesa y hablé de prisa.

—Frank, escucha. Si Danvila consigue sacarte bajo fianza, tal vez pueda arreglar algo.

—¿Exactamente qué, Charles?

—Estoy pensando en Gibraltar... —El guardia había vuelto a vigilarnos—. Sabes que allí hay especialistas para cualquier cosa. Todo este asunto es ridículo. Está claro que no mataste a los Hollinger.

—Eso no es verdad. —Frank se apartó de mí, otra vez con esa sonrisa a la defensiva—. Es difícil de creer, pero soy culpable.

—¡No digas eso! —Impaciente, le tiré los cigarrillos al suelo, junto a los pies del

policía—. No le cuentes a Danvila lo de Gibraltar. Cuando vuelvas a Inglaterra, podrás aclararlo todo.

—Charles... sólo puedo aclararlo aquí.

—Pero al menos estarás fuera de la cárcel, y a salvo.

—¿Hay algún lugar sin tratado de extradición por asesinato? —Frank se puso de pie y empujó la silla contra la mesa—. Tendrás que llevarme contigo de viaje. Recorreremos el mundo juntos. Me gustaría que...

El policía puso mi silla contra la pared mientras esperaba a que me fuera. Frank me abrazó y se alejó sin dejar de sonreír de aquella manera extraña. Recogió los cigarrillos y me saludó con la cabeza.

—Créeme, Charles, éste es mi sitio.

La máquina de tenis

Pero ése no era el sitio de Frank. Mientras salía del camino del hotel Los Monteros y entraba en la carretera hacia Málaga, golpeé el volante con tanta fuerza que me lastimé la uña del pulgar. Al borde del arcén unos letreros de neón anunciaban bares de playa, restaurantes de pescado y clubes nocturnos bajo los pinos: una barrera de señales que casi ahogaba el repiqueteo de los timbres de alarma en los juzgados de Marbella.

Frank era inocente, como reconocían en la práctica todos los que investigaban el crimen. La declaración de culpabilidad era una farsa, parte de un extraño juego que Frank jugaba contra sí mismo y que hasta la policía se resistía a aceptar. Lo habían tenido detenido una semana antes de que se presentaran los cargos, signo inequívoco de que desconfiaban de la confesión, como me había revelado el inspector Cabrera después de mi visita a Frank.

Si el señor Danvila era la vieja España —medido, distinguido y reflexivo—, Cabrera era la nueva. Producto de la academia de policía de Madrid, parecía más un joven profesor universitario que un policía. Todavía tenía frescos en la cabeza un montón de seminarios sobre psicología del crimen. Bien enfundado en su traje de ejecutivo, se las arreglaba para ser duro y amable a la vez, sin bajar jamás la guardia. Me recibió en su despacho y fue directo al grano. Me preguntó por la infancia de Frank, si había sido un niño de imaginación desbordante.

—¿Quizá un talento especial para la fantasía? Con frecuencia, una infancia difícil desemboca en la creación de mundos imaginarios. ¿Su hermano era un niño solitario, señor Prentice? ¿Solía estar solo mientras usted jugaba con otros chicos?

—No, nunca estaba solo. En realidad tenía más amigos que yo. Era muy bueno en los juegos, muy práctico y con los pies sobre la tierra. Yo era el imaginativo.

—Un don muy útil para un cronista de viajes —comentó Cabrera mientras hojeaba mi pasaporte—. ¿Su hermano no tendría de niño cierta tendencia a la santidad, a asumir las culpas de usted y sus amigos?

—No, no tenía nada de santo, ni siquiera remotamente. Cuando jugaba al tenis era muy rápido y siempre quería ganar. —Como sentía que Cabrera era más perspicaz que la mayoría de los policías que yo había conocido, decidí hablarle con franqueza—. Inspector, ¿podemos hablar como entre iguales? Frank es inocente, los dos sabemos que no cometió esos asesinatos. No entiendo por qué ha confesado, pero tiene que sentirse presionado en secreto, o está encubriendo a alguien. Si no descubrimos la verdad, el sistema legal español será responsable de una trágica

injusticia.

Cabrera me miró, esperando en silencio a que mi indignación moral se dispersara junto con el humo de su cigarrillo. Agitó la mano para aclarar el aire entre nosotros.

—Señor Prentice, a los jueces españoles, como a sus colegas ingleses, no les preocupa la verdad... la dejan en manos de las cortes de última instancia. Sopesan las probabilidades de acuerdo con las pruebas disponibles. Se investigará el caso con todo cuidado, y llegado el momento, habrá un juicio. Lo único que podemos hacer es esperar la sentencia.

—Inspector... —traté de contenerme—, puede que Frank se haya declarado culpable, pero eso no significa que sea responsable de esos crímenes espantosos. Es una farsa, y de lo más siniestra.

—Señor Prentice... —Cabrera se puso de pie y se alejó del escritorio señalando la pared como si explicara una hipótesis en la pizarra ante una clase de niños retrasados —, quiero recordarle que cinco personas han muerto quemadas, asesinadas de una manera muy cruel. Su hermano insiste en que es el responsable. Algunos, como usted y los periódicos ingleses, creen que él insiste demasiado y por tanto tiene que ser inocente. De hecho, su declaración de culpabilidad podría ser una buena treta, un intento de desequilibrarnos a todos, como un...

—¿Golpe con efecto junto a la red?

—Exactamente. Una estratagema hábil. Al principio, yo también tenía ciertas dudas, pero tengo que decirle que ahora me inclino a pensar que es culpable. —Cabrera miró lánguidamente mi pasaporte, como si tratase de descubrir cierta culpabilidad de mi parte en la chillona instantánea—. Mientras tanto, proseguiremos con la investigación. Su visita me ha resultado más útil de lo que se imagina.

Después de salir de los juzgados, el señor Danvila y yo bajamos caminando hasta la parte antigua de la ciudad. Este pequeño enclave detrás de los hoteles de la costa era un pueblo temático, espléndidamente restaurado con calles de falso estilo andaluz, anticuarios y mesas de bar debajo de los naranjos. Rodeados por este decorado, nos sentamos en silencio a tomar un café con hielo y a observar al propietario que volcaba una olla de agua hirviendo sobre los gatos que atormentaban a los clientes.

Los gatos escaldados, otro golpe de cruel injusticia, me hizo volver en seguida a la carga. El señor Danvila me escuchaba con atención, asintiendo con la cabeza a las naranjas que teníamos encima mientras yo repetía mis argumentos. Tuve la sensación de que quería tomarme de la mano, tan preocupado por mí como por Frank, consciente de que la declaración de mi hermano también me implicaba a mí de alguna oscura manera.

Estuvo de acuerdo, casi con indiferencia, en que Frank era inocente, tal como admitía tácitamente la demora de la policía en acusarlo.

—Pero ahora aumentarán las posibilidades de que lo condenen —me avisó—. Los jueces y la policía tienen buenas razones para no poner en duda una declaración

semejante... Les ahorra trabajo.

—¿Aunque sepan que tienen al hombre equivocado?

El señor Danvila levantó los ojos al cielo.

—Quizá lo sepan ahora, pero... ¿y dentro de tres o cuatro meses, cuando empiece el juicio? Que alguien se confiese culpable es muy cómodo para la policía. Se puede cerrar el caso, trasladar al personal. Realmente lo compadezco, señor Prentice.

—Pero Frank puede pasarse veinte años en prisión. ¿No cree que la policía seguirá buscando al auténtico culpable?

—¿Y qué van a encontrar? Recuerde que la condena de un expatriado británico evita la posibilidad de que se acuse a un español. El turismo es vital para Andalucía... ésta es una de las regiones más pobres de España. A nuestros inversores no les preocupan mucho los crímenes entre turistas.

Aparté el vaso de café.

—Frank todavía es su cliente, señor Danvila. ¿Quién mató a esos cinco? Sabemos que no fue él. Alguien habrá provocado el incendio.

Pero Danvila no respondió. Despedazó unas tapas con dedos delicados y se las tiró a los gatos.

Si no Frank ¿quién entonces? Dado que la policía había terminado su investigación, me tocaba buscar un abogado español más emprendedor que el deprimido e ineficiente Danvila, y quizá contratar una empresa de detectives británica que averiguase la verdad. Fui hacia Málaga por la carretera de la costa, pasé por urbanizaciones blancas, solitarias como icebergs en medio de los campos de golf, y recordé que no sabía casi nada sobre Estrella de Mar, el lugar de los asesinatos. Frank me había mandado desde el club una serie de postales que mostraban un mundo familiar de pistas de squash, jacuzzis y piscinas, pero yo sabía muy poco de la vida cotidiana de los británicos instalados en la costa.

Cinco personas habían muerto en el catastrófico incendio que había destruido la casa Hollinger. El fuego había empezado a las siete de la tarde del 15 de junio, casualmente el día del cumpleaños de la Reina. Como si me aferrara a un clavo ardiendo, me acordé de la desagradable Guardia Civil de Gibraltar y especulé con la posibilidad de que el fuego hubiera sido obra de un policía español perturbado que protestaba por la ocupación británica del Peñón. Me imaginé una antorcha encendida volando por encima de las altas paredes y que caía sobre la yesca del techo del chalet...

Pero en realidad el fuego había sido obra de un pirómano que había entrado en la mansión y había empezado por incendiar la escalera. Tres bidones vacíos con restos de gasolina y éter fueron encontrados en la cocina; un cuarto, medio vacío, en manos de mi hermano mientras esperaba a la policía para entregarse, y el quinto, lleno hasta el borde y tapado con una de las corbatas del club de tenis de Frank, en el asiento trasero de su coche, en una calle lateral a unos cien metros de la casa.

La mansión Hollinger, me había dicho Cabrera, era una de las casas más antiguas de Estrella de Mar, y las tablas y las vigas del techo estaban reseca como galletas por el sol de cien veranos. Pensé en ese matrimonio mayor que se había retirado de Londres a la paz de ese refugio en la costa. Era difícil imaginar a alguien con la energía, por no mencionar la maldad, necesaria para matarlos. Los residentes en la Costa del Sol, macerados en sol y cócteles, de día paseando por los campos de golf, y de noche dormitando delante de la televisión vía satélite, vivían en un mundo sin acontecimientos.

Mientras me acercaba a Estrella de Mar, los grupos de residencias se sucedían sobre la playa. El futuro había desembarcado aquí y descansaba ahora entre los pinos. Los pueblos de paredes blancas me recordaban mi visita a Arcosanti, el puesto de avanzada del día después, levantado por Paolo Soleri en el desierto de Arizona. Los apartamentos cubistas y las casas con terrazas se parecían a las de Arcosanti, una arquitectura dedicada a la abolición del tiempo, acorde con el envejecimiento de la población retirada y con un mundo incluso más amplio que también esperaba envejecer.

Buscando el desvío a Estrella de Mar, salí de la autopista de Málaga y me encontré con un laberinto de carreteras vecinales que alimentaban a los pueblos. Me detuve en una estación de gasolina para orientarme. Mientras una joven francesa me llenaba el depósito, pasé caminando por delante del supermercado que había al lado, en el que mujeres mayores, vestidas con esponjosos hábitos de toalla, iban por los pasillos de los alimentos congelados como nubes a la deriva.

Subí por un sendero de baldosas azules hasta una loma cubierta de hierba y vi un paisaje interminable de ventanas panorámicas, patios y piscinas en miniatura. Juntos tenían un extraño efecto tranquilizante, como si estos complejos —ingleses, holandeses y alemanes— fueran una serie de corrales psicológicos que amansaban y domesticaban a estas poblaciones de emigrantes. Me pareció que la Costa del Sol, como los centros de retiro de Florida, las islas del Caribe o Hawai, no tenía nada que ver con los viajes o el esparcimiento, y que eran en verdad una especie de limbo largamente deseado.

Estos pueblos, aunque aparentemente desiertos, tenían más población de lo que había supuesto en un principio. Una pareja de mediana edad estaba sentada en un balcón a unos diez metros de mí; la mujer tenía un libro en las manos y su marido miraba la superficie de la piscina; los reflejos adornaban las paredes de un edificio de apartamentos con franjas de luz dorada. Casi escondidas a primera vista, la gente sentada en sus terrazas y patios miraba un horizonte invisible, como figuras en un cuadro de Edward Hopper.

Pensando en una crónica de viaje, apunté mentalmente los elementos de este mundo silencioso: la arquitectura blanca que borraba la memoria; el ocio obligatorio que fosilizaba el sistema nervioso; el aspecto casi africano, pero de un África del Norte inventada por alguien que nunca había visitado el Magreb; la aparente ausencia

de cualquier estructura social; la intemporalidad de un mundo más allá del aburrimiento, sin pasado ni futuro y con un presente cada vez más reducido. ¿Se parecería ésta a un futuro dominado por el ocio? En este reino insensible, en el que una corriente entrópica calmaba la superficie de cientos de piscinas, era imposible que pasara algo.

Regresé al coche, tranquilizado por el lejano sonido de la autopista. Siguiendo las instrucciones de la mujer francesa, encontré la señal que apuntaba a Málaga y volví a la carretera, que en seguida empezó a bordear una playa ocre y reveló una hermosa península de piedra rica en hierro.

Ahí estaba Estrella de Mar, generosamente cubierta de bosques y ajardinada como el cabo de Antibes. Había un puerto flanqueado por bares y restaurantes, un semicírculo de arena blanca importada y un embarcadero lleno de lanchas motoras y veleros. Detrás de las palmeras y los eucaliptos se levantaban unos cómodos chalets, y por encima, se veía el Club Náutico, una especie de proa de transatlántico coronada por una blanca antena parabólica.

Poco después, cuando la carretera se internó entre los pinos de la costa, vi la eminencia destrozada de la mansión Hollinger en una colina que daba al pueblo; las vigas carbonizadas del techo parecían los restos de una pira funeraria en una meseta de América Central. El humo y el calor habían ennegrecido las paredes, como si esa casa condenada hubiera tratado de camuflarse contra los peligros de la noche.

Algunos coches se adelantaron alejándose rápidamente hacia los hoteles de Fuengirola. Doblé por el camino en pendiente de Estrella de Mar y entré en un desfiladero estrecho cortado en la roca porfídica del cabo. Avancé unos cuatrocientos metros y llegué al cuello boscoso de la península, en la que se alzaban los primeros chalets detrás de las verjas esmaltadas.

Estrella de Mar, un complejo ideado por un consorcio de constructores anglo-holandés, era un retiro residencial para las clases profesionales del norte de Europa. La urbanización daba la espalda al turismo en masa; no incluía ninguno de esos rascacielos que se levantaban a orillas del agua en Benalmádena y Torremolinos. El viejo pueblo junto al puerto había sido restaurado con buen gusto, las casitas de los pescadores convertidas en bodegas y tiendas de anticuarios.

Por la carretera que llevaba al Club Náutico, pasé por un elegante salón de té, una agencia de cambio de moneda, de arquitectura Tudor, y una boutique cuyo recatado escaparate exponía un solitario pero exquisito vestido de noche. Esperé mientras una camioneta con escenas trompe-l'œil estampadas a los lados, entraba marcha atrás en el patio de un estudio de escultura. Una rubia de hombros anchos, rasgos germánicos y el pelo recogido sobre la nuca supervisaba a dos adolescentes que descargaban bloques de arcilla.

Dentro del estudio abierto, media docena de artistas trabajaban en mesas de escultura con batas que les protegían la ropa de playa. Una española, joven y guapa, con un monte de Venus prominente, apenas cubierto por un taparrabos, posaba en el

podio con una gracia huraña, mientras los escultores, aficionados todos, a juzgar por las caras serias que tenían, amasaban la arcilla en una especie de torso con muslos. El profesor, un fornido Vulcano adornado con una coleta, caminaba entre ellos como en su propia fragua, pellizcando un ombligo con un grueso dedo índice o alisando la arruga de una frente.

Estrella de Mar, como descubrí en seguida, tenía una próspera comunidad de artistas. En sus calles estrechas, sobre el puerto, una hilera de galerías comerciales mostraba las últimas obras de los pintores y diseñadores de la urbanización. Un centro de arte y artesanía exponía una selección de joyas modernistas, jarrones de cerámica y ropa. Los artistas locales —todos residentes en los chalets vecinos, supuse por los Mercedes y Range Rovers próximos— se sentaban detrás de sus mesas de caballete como los vendedores de los sábados en Portobello Road, mientras sus voces confiadas resonaban con los acentos de Holland Park y el Seizième Arrondissement.

Todo el mundo en este pueblo parecía despierto y seguro de sí mismo. Los clientes abarrotaban las librerías y las tiendas de música, o inspeccionaban en las aceras los expositores de periódicos extranjeros. Una adolescente en bikini blanco cruzó la calle iluminada por las luces del tránsito con un violín en una mano y una hamburguesa en la otra.

Estrella de Mar, decidí, tenía muchas más atracciones de lo que había supuesto cuando Frank había llegado para encargarse del Club Náutico. El monocultivo del sol y la sangría que inmovilizaba a los vecinos del pueblo no tenía sitio en este pequeño y vibrante enclave que parecía combinar lo mejor de Bel Air y la Rive Gauche. Enfrente del Club Náutico había un cine al aire libre con un anfiteatro excavado en la colina. Un cartel junto a la taquilla anunciaba un ciclo de películas de Katharine Hepburn y Spencer Tracy, el colmo de cierto tipo de chic intelectual.

El Club Náutico estaba tranquilo y fresco, la actividad de la tarde aún no había empezado. Los aspersores giraban sobre el césped crujiente, y junto a la desierta terraza del restaurante la gente caminaba por la lisa superficie de la piscina. Un único jugador practicaba en una pista con una máquina de tenis y el clic clic de las pelotas que rebotaban era el único ruido que perturbaba el aire.

Crucé la terraza y entré en el bar, al fondo del restaurante. Un camarero rubio con cara de bebé y hombros de marinero plegaba unas servilletas de papel y las transformaba en barcos diminutos: decoraciones origami para platos de cacahuets.

—¿Es usted un invitado, señor? —sonrió alegremente—. Lo siento, pero el club es sólo para socios.

—No, no soy invitado, ni socio, ni lo que haya que ser. —Me senté en un taburete alto y me serví unos cacahuets—. Soy el hermano de Frank Prentice. Creo que era el director.

—Ah, sí... el señor Prentice. —Dudó un momento como si se enfrentara a una aparición, y me estrechó la mano con entusiasmo—. Soy Sonny Gardner... Miembro

de la tripulación del yate de su hermano. A propósito, todavía es el director.

—Qué bien. Le alegrará saberlo.

—¿Cómo está Frank? Todos pensamos mucho en él.

—Bien. Lo vi ayer, tuvimos una conversación larga e interesante.

—Todo el mundo espera que pueda ayudarlo. El Club Náutico lo necesita.

—¡Así se habla! En fin, quisiera ver su apartamento. Hay algunos objetos personales que quiero llevarle. Supongo que alguien tendrá las llaves, ¿no?

—Tiene que hablar con el señor Hennessy, el tesorero del club. Volverá dentro de media hora. Sé que también quiere ayudar a Frank, como todos nosotros.

Observé cómo hacía barquitos de papel, delicadamente, con aquellas manos callosas. La voz del hombre me había parecido sincera, aunque extrañamente distante, como si fuera un actor distraído que recitara el papel de una obra de la semana anterior. Giré sobre el taburete y miré la piscina. Sobre la brillante superficie se reflejaba la casa Hollinger, un barco de guerra hundido que parecía apoyado sobre las baldosas.

—Toda una vista panorámica —comenté—. Tuvo que ser un auténtico espectáculo.

—¿Una vista, señor Prentice? —En la lisa frente de bebé apareció una arruga—. ¿De qué, señor?

—Del incendio de la casa grande. ¿Alcanzó a verlo desde aquí?

—No, nadie lo vio. El club estaba cerrado.

—¿Por el cumpleaños de la Reina? Pensaba que un sitio así estaría abierto toda la noche. —Estiré la mano, tomé el barco de papel que él tenía entre los dedos y examiné los intrincados pliegues—. Hay algo que me intriga... Ayer estuve en el juzgado de Marbella. No apareció nadie de Estrella de Mar. Ninguno de los amigos de Frank, ningún testigo, ningún empleado. Sólo un viejo abogado español que ha perdido toda esperanza.

—Señor Prentice... —Gardner intentó plegar el triángulo de papel que yo le había devuelto hasta que al fin lo estrujó con la mano—. Frank no esperaba que fuésemos. Le pidió al señor Hennessy que nos mantuviéramos al margen. Además, se declaró culpable.

—Pero usted no lo cree, ¿no?

—Nadie lo cree. Pero... se declaró culpable, y es difícil discutirlo.

—Es verdad. Dígame... si Frank no incendió la casa, ¿entonces quién lo hizo?

—¿Quién puede saberlo? —Gardner miró por encima de mi hombro como temiendo que Hennessy apareciese de pronto—. A lo mejor nadie.

—Es difícil creerlo. Parece evidente que fue un incendio provocado.

Esperé la respuesta de Gardner, pero se limitó a sonreírme con la tranquilizadora sonrisa de pégame profesional reservada a los deudos en las capillas funerarias. Parecía no darse cuenta de que sus dedos habían dejado de plegar las servilletas de papel, y que en cambio empezaban a abrir y alisar las velas triangulares. Mientras me

alejaba, se inclinó sobre su flotilla como un Cíclope cachorro y exclamó en un tono esperanzador:

—Señor Prentice, quizá fue una combustión espontánea.

Los arco iris surgían de los aspersores, entraban en el rocío y volvían a salir como espectros saltando a la cuerda. Caminé alrededor de la piscina; las aguas desordenadas se agitaban debajo del trampolín, alteradas por las eficientes y enérgicas brazadas de una mujer de piernas largas que nadaba de espaldas.

Me senté a una mesa junto a la piscina a admirar los gráciles brazos que partían la superficie. Las caderas anchas se deslizaban cómodamente por el agua, como si estuviera tendida en el regazo de un amante. Cuando pasó a mi lado, le vi la media luna de un moretón que le bajaba desde el pómulo hasta el puente de la nariz y el maxilar superior aparentemente hinchados. Al verme, cambió de inmediato a un rápido crol; las manos agitaban las olas y una cola de pelo negro la seguía como una sumisa serpiente de agua. Subió por la escalerilla del fondo, recogió un albornoz de una silla próxima y se alejó hacia los vestuarios sin mirar atrás.

El cloc cloc de la máquina de tenis se había reanudado y resonaba en las pistas vacías. Un hombre rubio, vestido con un chándal turquesa del Club Náutico, jugaba con la máquina que disparaba pelotas desde el otro lado de la red. A pesar de la malla de alambre, vi que había un intenso duelo entre jugador y máquina. El hombre de piernas largas saltaba por la pista, los pies barrían la tierra batida mientras corría a devolver la pelota. Volea en diagonal, golpe alto y revés, uno tras otro, a un ritmo suicida. Un error de cálculo lo hizo patinar hacia la red para devolver un tiro con efecto, aparentemente dirigido a las líneas laterales, pero corrió hacia atrás y alcanzó a llegar a la línea de saque con la raqueta extendida.

Al observarlo, me di cuenta de que estaba animando a la máquina, desafiándola a vencerlo, y que sonreía de placer cuando un servicio le arrancaba la raqueta de la mano. Sin embargo, sentí que el auténtico duelo no era entre hombre y máquina, sino entre dos facciones rivales en la cabeza del hombre. Parecía provocarse a sí mismo, probar su propio carácter, intrigado por saber cómo reaccionaría. Incluso se esforzaba cuando ya estaba exhausto, como si animara a un compañero más torpe. En una ocasión, sorprendido por su propia velocidad y fuerza, esperó la siguiente pelota con una sonrisa de escolar aturdido. Aunque parecía andar cerca de los treinta años, tenía el pelo claro y el aire juvenil de un teniente recién salido de la adolescencia.

Decidido a presentarme, me encaminé hacia las pistas. Una pelota voladora pasó sobre mí y rebotó golpeando pesadamente la malla de alambre; un instante después oí el ruido de una raqueta que se estrellaba contra un poste metálico.

Cuando llegué a la pista, el individuo se marchaba; crucé la puerta de malla metálica junto a la línea de saque opuesta. La máquina se alzaba sobre sus ruedas de goma entre docenas de pelotas, y se oía el tic tac del reloj con las tres últimas pelotas dentro. Crucé la pista y me detuve en medio de las marcas de pies, la coreografía de

un violento duelo en el que la máquina había sido poco más que una espectadora. La raqueta rota estaba tirada a un lado, sobre la silla del juez; el mango era una masa de astillas.

La levanté y oí el ruido de la máquina de tenis. Un saque con efecto pasó sobre la red y tocó la pista a pocos centímetros de la línea de fondo; rebotó y dio contra la cerca. Una segunda pelota, más rápida que la anterior, rozó la red y azotó el suelo a mis pies. La última pelota salió disparada contra mi pecho. La golpeé con la raqueta rota y la mandé por encima de la malla a la pista de al lado.

Detrás de la máquina de tenis, la puerta de alambre se abrió brevemente. Una mano levantada me saludó, y por encima de la toalla que envolvía el cuello del jugador, vi una sonrisa torcida aunque animosa. El hombre se alejó a paso rápido golpeando el alambre con la gorra de visera.

Salí de la pista llevándome a la boca la mano lastimada, justo a tiempo de verlo desaparecer por los arcos iris que se balanceaban sobre el césped. Quizá la máquina de tenis funcionaba mal, pero se me ocurrió que había vuelto a ponerla en marcha al ver que me acercaba, intrigado por saber cómo reaccionaría ante aquellos despiadados servicios. Yo ya estaba pensando en los partidos de prueba que este hombre nervioso seguramente había jugado con Frank, y en la desgraciada máquina ahora obligada a ocupar el lugar de mi hermano.

Un incidente en el parque

Estrella de Mar salía a divertirse. Desde el balcón del apartamento de Frank, tres plantas más arriba de la piscina, observé a los socios del Club Náutico que se instalaban al sol. Los jugadores de tenis balanceaban las raquetas mientras se encaminaban a las pistas y entraban en calor para jugar tres sets muy reñidos. Los devotos del sol se aflojaban la parte superior del traje de baño, se embadurnaban con aceite junto a la piscina, y apretaban los labios brillantes sobre el borde helado y salado de las primeras margaritas de la jornada. Una mina a cielo abierto de joyas de oro yacía entre los pechos bruñidos. El barullo de los chismorreos parecía mellar la superficie de la piscina; y la indiscreción imperaba mientras los socios se comunicaban alegremente unos a otros las audaces fechorías de la noche.

—Qué mujeres tan guapas —le comenté a David Hennessy, inmóvil detrás de mí entre las pertenencias revueltas de Frank—. La *jeunesse dorée* del Club Náutico, que aquí significa, cualquiera de menos de sesenta.

—Así es, querido amigo. Venga a Estrella de Mar y olvídense del calendario. —Se puso a mi lado junto a la barandilla, suspirando—. ¿No son un paisaje maravilloso? Nunca dejan de provocar un cierto cosquilleo en las pelotas.

—Triste, sin embargo, de alguna manera. Mientras ellas están aquí enseñando los pezones a los camareros, el anfitrión está sentado en una celda de la cárcel.

Hennessy me apoyó en el hombro una mano liviana como una pluma.

—Lo sé muy bien querido muchacho. Pero seguro que a Frank le alegraría verlas. El Club Náutico es obra suya... se lo debe todo a él. Créame, todos hemos brindado por él con nuestras piñas coladas.

Esperé a que Hennessy apartara la mano, tan blanda sobre mi camisa que podía haber pertenecido al más gentil y fastidioso de los proxenetas. Soso y acicalado, con una sonrisa abiertamente obsequiosa, cultivaba un estilo agradable pero ambiguo que parecía ocultar, pensaba yo, una especie de astucia sofisticada. Cada vez que intentaba mirarlo de frente, él apartaba los ojos. Si la gente del consorcio de Lloyd's había prosperado, lo que me parecía bastante improbable, seguro que había algún motivo oculto. Me preguntaba por qué este individuo quisquilloso había elegido la Costa del Sol, y me sorprendí pensando en tratados de extradición o, más exactamente, en la falta de esos tratados.

—Me alegra que Frank haya sido feliz aquí. Estrella de Mar es el lugar más bonito que yo haya visto en la costa. Sin embargo, cualquiera pensaría que Nassau o Palm Beach son más del estilo de usted.

Hennessy saludó con la mano a una mujer que tomaba el sol en una tumbona junto a la piscina.

—Sí, mis amigos ingleses me decían lo mismo. Para serle franco, coincidí con ellos, la primera vez que vine aquí. Pero las cosas han cambiado. Este lugar no se parece a nada. Hay una atmósfera muy especial. Estrella de Mar es una comunidad auténtica. A veces hasta pienso que es demasiado animada.

—¿Distinta de los lugares de retiro a lo largo de la costa... como Calahonda y los demás?

—Muy distinta. La gente de los pueblos... —Hennessy dejó de mirar la costa envenenada—. Muerte cerebral disfrazada de cientos de kilómetros de cemento blanco. Estrella de Mar se parece más a Chelsea o al Greenwich Village de los sesenta. Hay teatro y cineclubes, un coro, clases de cordón bleu. A veces sueño con un ocio absoluto, pero aquí es imposible. Si uno se queda inactivo, al poco tiempo se sorprende en una reposición de *Esperando a Godot*.

—Estoy impresionado. ¿Y cuál es el secreto?

—Digamos que... —Hennessy calló y dejó que su sonrisa vagara por el aire—, es algo difícil de definir. Tiene que descubrirlo por su cuenta. Si le sobra tiempo, eche un vistazo alrededor. Me sorprende que nunca haya venido a visitarnos.

—Tendría que haberlo hecho. Pero esos rascacielos de Torremolinos proyectan una sombra muy larga. No quiero pasar por esnob, pero supuse que aquí no había más que pescado con patatas fritas, bingos y bronceador barato flotando en un mar de cerveza, no la clase de sitio que se describe en las páginas de *The New Yorker*.

—Seguramente. ¿Quizá ahora escriba algún artículo simpático sobre nosotros?

Hennessy me miraba con su manera afable, pero advertí que se le había encendido una señal de alerta en la mente. Entró a trancos en la sala de Frank sacudiendo la cabeza sobre los libros que la policía había sacado de los estantes durante los registros, como pensando que ya se había rebuscado bastante en Estrella de Mar.

—¿Un artículo simpático? —Pasé por encima de los cojines desparramados—. Quizá... cuando Frank salga. Necesito un tiempo para orientarme.

—Es lógico. Ni se imagina todo lo que puede encontrar. Ahora lo llevaré a casa de los Hollinger. Sé que quiere verla. Pero le advierto que necesitará nervios de acero.

Hennessy esperó mientras yo daba una última vuelta por el apartamento. En el dormitorio de Frank el colchón estaba contra la pared. Los investigadores de la policía habían roto las costuras buscando la más mínima prueba que pudiera corroborar la confesión. Había trajes, camisas y pantalones desparramados por el suelo, y un chal de encaje que había pertenecido a mi madre colgado del espejo del tocador. El lavabo del cuarto de baño estaba repleto de maquinillas de afeitar, aerosoles y cajas de vitaminas que habían barrido de los estantes del botiquín. Entre los vidrios rotos caídos en la bañera corría un hilo de gel azul.

En la repisa de la chimenea reconocí una foto de Frank y yo, de niños, junto a

nuestra madre, en la puerta de la residencia de Riyadh; la picara sonrisa de Frank y mi seriedad de sabihondo hermano mayor contrastaban con la atribulada mirada de ella, que se esforzaba por sonreírle a la cámara de nuestro padre. Curiosamente, el fondo de mansiones blancas, palmeras y edificios de apartamentos me recordaba Estrella de Mar.

Junto a los trofeos de tenis había otra foto enmarcada, tomada por un fotógrafo profesional en el comedor del Club Náutico. Frank, de esmoquin blanco, relajado, y agradablemente intoxicado, resistía el asedio de sus socios favoritos: unas rubias animadas con amplios *décolletages* y maridos tolerantes.

Sentado al lado de Frank, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, estaba el hombre rubio que yo había visto en la pista de tenis. Congelado por la lente de la cámara, tenía el aire de un atleta intelectual. Las facciones afinadas y la mirada sensible atenuaban el aspecto musculoso del cuerpo: estaba echado hacia atrás en mangas de camisa, la chaqueta del esmoquin colgada de la silla de al lado, satisfecho de la feliz escena que lo rodeaba, pero en cierto modo por encima de ese jolgorio irreflexivo. Me pareció, sin duda como a la mayoría de la gente, una persona agradable pero de una fuerza peculiar.

—Su hermano en momentos más felices. —Hennessy señaló a Frank—. Una de las cenas del grupo de teatro. Aunque a veces las fotos engañan. Ésta fue tomada una semana antes del incendio de la mansión de los Hollinger.

—¿Y quién es ese muchacho tan pensativo que tiene al lado? ¿El Hamlet del teatro local?

—Nada de eso; es Bobby Crawford, nuestro tenista profesional, aunque yo diría que es bastante más. Tendría que conocerlo.

—Lo he conocido esta tarde. —Le enseñé a Hennessy el parche engomado que el conserje me había puesto en la herida de la palma—. Todavía tengo un trozo de raqueta en la mano. Me sorprende que juegue con una de madera.

—Así el juego es un poco más lento. —Hennessy parecía auténticamente intrigado—. Qué extraordinario. ¿Estuvo junto con él en la pista? Bobby juega bastante fuerte.

—Conmigo no jugó, pero estaba tratando de vencer a un rival muy difícil.

—¿De veras? Es increíblemente bueno y un personaje notable en todos los sentidos. En realidad es el encargado de entretenimientos, y el alma del Club Náutico. Traerlo aquí fue un golpe brillante de Frank. El joven Crawford ha transformado el lugar por completo. Para serle franco, antes de su llegada el club estaba bastante moribundo. Como Estrella de Mar, en cierto modo. Nos estábamos convirtiendo en otro pueblo adormilado. Y Bobby se metió en todo: esgrima, teatro, squash. Abrió la discoteca de abajo, y organizó con Frank la regata Almirante Drake. Hace cuarenta años, seguro que hubiera sido director del Festival de Inglaterra.

—A lo mejor todavía lo es... sin duda está preocupado por algo. Aunque parece tan joven...

—Es un ex soldado. Los mejores oficiales siempre se mantienen jóvenes. Es curioso lo de esa astilla en la mano...

Seguía tratando de quitarme la astilla de la mano mientras miraba las maderas carbonizadas de la casa Hollinger. Hennessy hablaba con el chófer español por el intercomunicador y yo estaba sentado en el asiento del pasajero junto a él, contento de que el parabrisas y la verja de hierro forjado se interpusieran entre nosotros y la mansión destruida. La mole que se alzaba en la colina —un arca incendiada por un Noé de nuestro tiempo—, todavía parecía irradiar el calor de la conflagración. Las vigas del techo sobresalían en lo alto de las paredes como el esqueleto desnudo de un barco muerto coronado por los mástiles de las chimeneas. Toldos chamuscados colgaban de las ventanas como jirones de velas, banderas negras que flameaban transmitiendo siniestras señales.

—Bueno... Miguel nos dejará entrar. Se ocupa de cuidar la casa, o lo que queda de ella. El ama de llaves y el marido se han marchado. Era demasiado para ellos. —Hennessy esperó a que se abrieran las puertas—. Debo decir que es todo un espectáculo.

—¿Y qué pasa con el chófer...? ¿Le digo que soy hermano de Frank? Quizás...

—No, le tenía mucha simpatía. De cuando en cuando iban juntos a bucear. Le impresionó mucho que Frank se declarara culpable. Como a todos nosotros, demás está decirlo.

Cruzamos la verja y avanzamos sobre la grava. El camino subía entre terrazas de palmeras enanas, buganvillas y frangipani. Las mangueras de riego atravesaban la colina como vasos de un sistema sanguíneo muerto. Las hojas y flores estaban todas cubiertas de la ceniza blanca que bañaba el ruinoso edificio con una luz casi sepulcral. En la superficie cenicienta de la pista de tenis había huellas de pies, como si tras una breve nevada un jugador solitario hubiera esperado a un rival ausente.

A lo largo de la fachada, en una terraza de mármol con vista al mar, encontré trozos de tejas y de madera quemada. Las plantas de las macetas aún estaban en flor entre las sillas y las mesas de caballete volcadas. Junto a la terraza se extendía una gran piscina rectangular, una presa ornamental construida en los años veinte, como me dijo Hennessy, según el gusto del magnate andaluz que había comprado la casa. Pilastras de mármol sostenían la plataforma del trampolín y cada una de las gárgolas era un par de manos talladas en piedra que sostenían un pez con la boca abierta. El sistema de filtros era silencioso y en la superficie del agua flotaban unos maderos hinchados, botellas de vino, vasos de papel y un cubo para hielo.

Hennessy se detuvo bajo una bóveda de eucaliptos; las flores chamuscadas parecían escobas negras. Un joven español de rostro sombrío subió los escalones desde la piscina, mirando la devastación que lo rodeaba como si la viera por primera vez. Esperé a que se acercase, pero se quedó a unos diez metros observándome con una mirada de piedra.

—Miguel, el chófer de la familia Hollinger —murmuró Hennessy—. Vive en un apartamento debajo de la piscina. Si quiere hacerle alguna pregunta, tenga un poco de tacto. La policía lo ha vuelto loco.

—¿Era sospechoso?

—¿Y quién no? Pobre tipo, el mundo se le ha venido literalmente abajo.

Hennessy se quitó el sombrero y se abanicó mientras observaba la casa. Parecía impresionado por la magnitud del desastre, pero, sin embargo, poco afectado, como un perito de seguros que inspecciona una fábrica incendiada. Señaló las cintas amarillas que precintaban las labradas puertas de roble.

—El inspector Cabrera no quiere que anden toqueteando las pruebas, aunque Dios sabe lo que habrá quedado. Hay una puerta lateral cerca de la terraza y podemos mirar por allí. Es muy peligroso entrar en la casa.

Pasé por encima de las tejas y los vasos de vino desparramados a mis pies. El calor intenso había abierto en las paredes de piedra una grieta irregular, la cicatriz de un relámpago que había condenado la propiedad a la hoguera. Hennessy encabezó la marcha hacia unos ventanales que los bomberos habían sacado de las bisagras. Un viento racheado cruzaba la terraza y una nube de ceniza blanca se arremolinaba a nuestro alrededor como un fantasma de hueso molido que corría inquieto detrás del aire.

Hennessy empujó la puerta y me indicó que me acercase mirándome con la sonrisa estirada de un guía de museo macabro. Un salón de techos altos daba al mar, a ambos lados de la península. A la luz mortecina, me sentí en un mundo acuático, en el camarote cubierto de barro de un transatlántico hundido en el mar. Empapados por el agua que había entrado desde el techo, los muebles estilo imperio y las cortinas de brocado, los tapices y las alfombras chinas parecían el decorado de un reino sumergido. El comedor estaba al otro lado de las puertas interiores, con una mesa de roble cubierta de yeso, madera y restos de la araña de cristal.

Salí del parque y pisé la alfombra. Mis zapatos chapotearon en el agua del tejido empapado. Me di por vencido y regresé a la terraza, donde Hennessy contemplaba la península iluminada por el sol.

—Cuesta creer que un hombre haya provocado este incendio —le dije—. Frank o quien sea. El lugar ha quedado completamente destrozado.

—Estoy de acuerdo. —Hennessy miró el reloj. Ya tenía ganas de irse—. Claro que es una casa muy vieja, se podía incendiar con una cerilla.

El ruido de un partido de tenis llegaba de una pista cercana. A un kilómetro de distancia, alcancé a ver a los jugadores del Club Náutico, un resplandor de blancos a través de la bruma.

—¿Dónde encontraron a los Hollinger? Me sorprende que no hayan corrido a la terraza cuando empegó el fuego.

—Lamentablemente estaban arriba. —Hennessy señaló las ventanas ennegrecidas debajo del tejado—. Él en el cuarto de baño al lado del estudio, y ella, en otro de los

dormitorios.

—¿Cuándo? ¿A las siete de la tarde? ¿Y qué hacían?

—¿Quién puede decirlo? A lo mejor él estaba trabajando en sus memorias y quizá ella se vestía para la cena. Estoy seguro de que trataron de escapar del fuego y que el calor intenso y los gases del éter los obligaron a retroceder.

Olisqueé el aire húmedo buscando el olor de los pasillos de hospital de mi infancia, cuando iba a la clínica americana de Riyadh a visitar a mi madre, pero en el aire del salón había un aroma a jardín de hierbas aromáticas después de una llovizna.

—¿Éter...? Qué extraño. Los hospitales ya no lo usan. ¿Dónde suponen que Frank compró esos bidones de éter?

Hennessy se había alejado y me observaba desde cierta distancia, como si acabara de darse cuenta de que yo era el hermano de un asesino. Miguel estaba detrás entre las mesas caídas. Juntos parecían figuras de un sueño que trataran de devolver a mi memoria unos recuerdos que yo nunca recuperaría.

—¿Éter? —reflexionó Hennessy mientras apartaba un vaso roto con el zapato—. Sí, me parece que tiene algún uso industrial. ¿No es un buen disolvente? Lo venderán en laboratorios especializados.

—¿Pero por qué no usó petróleo común? ¿O gasolina para el caso? Nadie se habría dado cuenta. Supongo que Cabrera habrá investigado quién le vendió el éter a Frank.

—Quizá, pero lo dudo. Al fin y al cabo Frank se declaró culpable. —Hennessy buscó las llaves del coche—. Charles, creo que es hora de irse. Todo esto tiene que ser espantoso para usted.

—Estoy bien. Me alegra que me haya traído. —Apoyé las manos sobre la baranda de piedra como intentando sentir el calor del fuego—. Hábleme de los demás... de la criada y la sobrina. ¿También había un secretario?

—Sí, Roger Sansom. Un hombre decente, hacía años que estaba con ellos... era casi un hijo.

—¿Dónde los encontraron?

—En la primera planta. Estaban todos en sus dormitorios.

—¿No es extraño? El fuego empezó en la planta baja. Habrían podido saltar por las ventanas. No es un salto muy arriesgado.

—Las ventanas estaban cerradas. Toda la casa tenía aire acondicionado. —Hennessy trató de sacarme de la terraza: un galerista acompañando hasta la salida a un visitante de última hora—. Todos estamos preocupados por Frank, y absolutamente desconcertados. Pero con un poco de imaginación...

—Es probable que él esté usándola demasiado... ¿Entiendo que los identificaron a todos?

—Con ciertas dificultades. Por el historial odontológico, supongo, aunque creo que ninguno de los Hollinger tenía dientes. Quizá por los maxilares.

—¿Cómo eran los Hollinger? ¿Los dos tenían más de setenta?

—Él, setenta y cinco. Y ella un poco más joven, menos de setenta, me parece. — Hennessy sonrió entre dientes, como si recordara con cariño un buen vino—. Una mujer guapa, con estilo de actriz, aunque un poco estirada para mi gusto.

—¿Y hacía veinte años que estaban aquí? Estrella de Mar tenía que ser muy diferente por aquel entonces.

—No había nada, sólo colinas peladas y algunas viñas viejas. Un montón de cabañas de pescadores y un pequeño bar. Hollinger le compró la casa a un constructor español con el que trabajaba. Créame, era un lugar hermoso.

—Y puedo imaginarme cómo se sentirían los Hollinger mientras todo este cemento subía hacia ellos trepando por la colina. ¿Eran populares aquí? Hollinger tenía suficiente dinero como para pararle los pies a cualquiera.

—Eran bastante populares. No los veíamos mucho por el club, a pesar de que Hollinger era un importante inversor. Habían pensado, me parece, que sería un club exclusivo para ellos.

—¿Entonces empezaron a llegar los chicos de oro?

—Creo que los chicos de oro no le preocupaban. El oro era uno de los colores favoritos de Hollinger. Estrella de Mar había empezado a cambiar. Les molestaban sobre todo las galerías de arte y las reposiciones de obras de Tom Stoppard. Eran muy reservados. En realidad creo que él estaba tratando de vender su parte del club.

Hennessy me siguió de mala gana por la terraza. Un balcón estrecho rodeaba la casa y conducía a una escalinata de piedra que subía por la colina a unos quince metros. La tormenta de fuego había convertido el pequeño bosque de limoneros que antes perfumaba los dormitorios con un aroma untuoso en unos tocones calcinados que sobresalían de la tierra como un bosque de paraguas negros.

—Dios mío, hay una salida de emergencia. —Señalé los escalones de hierro que descendían de una puerta de la planta alta. El calor había combado la enorme estructura que aún colgaba de la pared—. ¿Por qué no la utilizaron? Podían haberse salvado en unos pocos segundos.

Hennessy se quitó el sombrero en un gesto de respeto por las víctimas y agachó la cabeza unos instantes antes de hablar.

—Charles, no llegaron a salir. El fuego era demasiado fuerte. Toda la casa era un horno.

—Ya lo veo. Los bomberos locales no tuvieron tiempo ni de empezar a dominarlo. A propósito, ¿quién los llamó?

Pero Hennessy no me escuchaba. Dio la espalda a la casa y miró el mar. Tuve la impresión de que me contaba sólo lo que yo hubiera podido averiguar en cualquier otra parte.

—En realidad dio la alarma un conductor que pasaba. Nadie de aquí llamó a los bomberos.

—¿Y a la policía?

—No llegaron hasta al cabo de una hora. La policía española nos deja bastante

tranquilos. Se denuncian pocos delitos en Estrella de Mar. Nuestro propio servicio de seguridad lo tiene todo muy vigilado.

—No llamaron a la policía ni a los bomberos hasta más tarde... —Me lo repetí imaginándome al pirómano que escapaba por la terraza desierta y saltaba el muro exterior mientras las llamas rugían a través del enorme techo—. Entonces, además del ama de llaves y el marido, ¿no había nadie?

—No exactamente. —Hennessy volvió a ponerse el sombrero y se bajó el ala sobre los ojos—. Da la casualidad de que estaba todo el mundo.

—¿Todo el mundo? ¿Se refiere al personal?

—No, me refiero... —Hennessy señaló con la mano pálida el pueblo de abajo—. *Le tout* Estrella de Mar. Era el cumpleaños de la Reina. Los Hollinger siempre daban una fiesta para los socios del club. Una pequeña contribución a la vida de la comunidad... un toque de nobleza obliga, debo reconocer, pero eran fiestas bastante agradables, con champán en abundancia y excelentes canapés...

Me protegí los ojos con la mano y miré el Club Náutico, imaginándome a todos los socios que levantaban campamento y marchaban hacia la casa Hollinger para el brindis real.

—El incendio ocurrió la noche de la fiesta... por eso el club estaba cerrado. ¿Cuánta gente había cuando empezó?

—Todo el mundo. Creo que ya habían llegado todos los invitados. Supongo que unos... doscientos.

—¿Doscientos invitados? —Volví a la parte sur de la casa, donde el balcón miraba a la terraza y la piscina. Me imaginé las mesas de caballetes cubiertas de manteles, los cubos para hielo brillando bajo las luces y los invitados charlando junto al agua serena—. ¿Toda esa gente aquí, doscientos al menos, y nadie entró en la casa para intentar salvar a los Hollinger?

—Querido muchacho, las puertas estaban cerradas.

—¿En una fiesta? No lo entiendo. Podían haber entrado por la fuerza.

—Tenían cristales de seguridad. La casa estaba llena de pinturas y *objects d'art*, además de las joyas de Alice. En años anteriores hubo algunos hurtos, y quemaron las alfombras con cigarrillos.

—Aún así... Y además, ¿qué hacían los Hollinger dentro? ¿Por qué no estaban con los invitados?

—Los Hollinger no eran gente que se mezclara con los demás. —Hennessy gesticuló pacientemente—. Saludaron a algunos viejos amigos, pero creo que nunca alternaron con el resto de los invitados. Era todo bastante solemne. Seguían la celebración desde la galería de la primera planta. Hollinger brindaba por la Reina desde allí y Alice saludaba y agradecía los aplausos.

Había llegado a la piscina, donde Miguel estaba sacando la basura que flotaba en el agua. Sobre el borde de mármol había una pila de carbón mojado. Un cubo de aluminio pasó flotando junto a nosotros con un cigarrillo deshecho dentro.

—David, me cuesta comprender. Este asunto parece... —Esperé hasta que Hennessy no tuvo más remedio que mirarme a los ojos—. Doscientos invitados están al lado de la piscina cuando empieza el incendio. Hay cubos con hielo, fuentes de ponche, botellas de champán y agua mineral como para apagar un volcán, pero nadie mueve un dedo. Eso es lo extraño. Nadie llama a los bomberos ni a la policía. ¿Qué hacían...? ¿Quedarse tranquilamente aquí?

Hennessy había empezado a cansarse de mí; tenía la vista clavada en el coche.

—¿Y qué se podía hacer? Cundió el pánico, la gente se tiraba a la piscina y corría hacia todas partes. Nadie tuvo tiempo de pensar en la policía.

—¿Y Frank? ¿Estaba aquí?

—Sí, así es. Estuvimos juntos durante el brindis por la Reina. Después empezó a dar vueltas, como siempre. No sé si lo vi otra vez.

—Pero dígame, justo antes de que todo empezara ¿alguien vio a Frank encender el fuego?

—No, claro que no. Eso es inconcebible. —Hennessy se volvió y me miró—. Por Dios, muchacho, Frank es el hermano de usted.

—Pero lo encontraron con un bidón de éter en la mano. ¿No le sorprendió?

—Eso fue unas tres o cuatro horas más tarde, cuando la policía llegó al club. Quizá alguien puso el bidón en su apartamento, no sé. —Hennessy me dio una palmada en el hombro, como si tranquilizara a un inversor de Lloyd's—. Vea, Charles, tómese su tiempo. Hable con los demás, todos le contarán lo mismo, por muy espantoso que parezca. Nadie cree que Frank sea el responsable, pero al mismo tiempo no está claro quién pudo haber encendido el fuego.

Lo esperé mientras él caminaba alrededor de la piscina para hablar con Miguel. Unos billetes cambiaron de manos y el español se los metió en el bolsillo con una mueca de disgusto. Sin apartar los ojos de mí, nos siguió a pie mientras subíamos al coche y dejábamos atrás la pista de tenis cubierta de ceniza. Tuve la impresión de que quería hablar conmigo, pero abrió las puertas en silencio; un tic casi imperceptible le cruzaba la mejilla marcada con una cicatriz.

—Qué tipo desconcertante —comenté mientras nos alejábamos—. Dígame una cosa, ¿Bobby Crawford, el tenista profesional, estaba en la fiesta?

Por una vez Hennessy respondió en seguida.

—No, no estaba. Se quedó en el club jugando al tenis con esa máquina suya. Creo que los Hollinger no le importaban mucho. Bueno, él tampoco a ellos...

Hennessy me llevó de regreso al Club Náutico y me dejó las llaves del apartamento de Frank. Cuando nos separamos en la puerta de su oficina, me pareció que estaba contento de deshacerse de mí, y pensé que ya me había convertido en una pequeña molestia para el club y sus socios. Sin embargo, él sabía que Frank no había provocado el incendio ni había desempeñado ningún tipo de papel en la conspiración para matar a los Hollinger. La confesión, sin embargo, por muy absurda que fuera,

había parado el reloj, y nadie parecía capaz de ir más allá de la declaración de Frank y pensar en ese enorme signo de interrogación que presidía ahora la mansión destruida.

Pasé la tarde ordenando el apartamento de Frank. Volví a poner los libros en las estanterías, hice la cama y enderecé las pantallas. Las marcas en las alfombras de la sala indicaban dónde habían estado el sofá, los sillones y el escritorio antes del registro de la policía. Volví a ponerlos en su sitio y me sentí como un tramoyista en un escenario a oscuras, preparando la escenografía para la función del día siguiente.

Las ruedas del sillón giraban como siempre, pero casi todas las otras cosas parecían fuera de lugar. Colgué en el armario las camisas desparramadas y plegué con cuidado el antiguo chal de encaje en el que nos habían envuelto a ambos cuando éramos bebés. Después de la muerte de nuestra madre, Frank lo había sacado de un fardo de ropa que papá iba a regalar a una asociación benéfica de Riyadh. La vieja tela, heredada de una bisabuela, era tan delicada y gris como una telaraña plegada.

Me senté al escritorio de Frank y hojeé los talonarios de cheques y los recibos de las tarjetas de crédito con la esperanza de encontrar algo que apuntara a su relación con los Hollinger. Los cajones estaban repletos de viejas invitaciones a bodas, cartas de renovación de seguros, postales de vacaciones de amigos, monedas francesas e inglesas, un certificado de vacuna internacional antitetánica y antitifoidea, vencido hacía tiempo: las trivialidades de la vida cotidiana abandonadas como quien muda de piel.

Me sorprendió que al inspector Cabrera se le hubiese escapado una bolsita de cocaína metida en un sobre que guardaba un montón de sellos de correo extranjeros, destinados evidentemente al hijo de algún amigo. Pasé el dedo por la bolsita plástica, pensando si no me convendría utilizar en mi provecho este alijo olvidado, pero estaba demasiado inquieto por la visita a la casa Hollinger.

En el cajón central había un viejo álbum de fotos que mi madre había conservado desde los días en que era una niña en Bognor Regis. Las tapas tipo caja de bombones y las hojas color mármol con los marcos *art nouveau* parecían tan remotos como el charlestón y la Hispano-Suiza. Las fotos en blanco y negro mostraban a una niña de cara ansiosa que trataba de levantar un castillo en una playa pedregosa, o que sonreía con timidez junto a su padre, o que agarraba la cola de un burro en una fiesta de cumpleaños. Ese mundo gris, sin sol era un comienzo de mal agüero para una niña que se esforzaba tan visiblemente por ser feliz, y una preparación insuficiente para su boda con un ambicioso joven, historiador y arabista. Proféticamente, la colección finalizaba de repente un año después de que ella llegara a Riyadh, como si las páginas en blanco mostraran todo lo que podría decirse de su creciente depresión.

Después de una cena tranquila en el restaurante desierto me quedé dormido en el sofá, con el álbum abierto sobre el pecho, y pasada la medianoche me despertaron las voces de un grupo que salía de la discoteca y se desparramaba por la terraza de la piscina. Dos hombres de esmoquin blanco chapoteaban en el agua y con las copas de

vino en alto saludaban a sus mujeres, que se habían quedado en ropa interior junto al trampolín. Una joven borracha, embutida en un traje dorado, se tambaleó en el borde, se arrancó de un manotazo los zapatos de tacón alto, y los arrojó al agua.

La ausencia de Frank había liberado a los miembros del club, transformándolo en una curiosa mezcla de casino y burdel. Cuando salí del apartamento para regresar a Los Monteros, una pareja apasionada intentaba abrir las puertas del pasillo cerradas con llave. Casi todo el personal ya se había marchado y el restaurante y las habitaciones de arriba estaban a oscuras, pero las luces estroboscópicas de la discoteca se cruzaban en la entrada. En la escalera había tres chicas vestidas de putas amateurs, con microfaldas, medias de red y sostenes rojos. Supuse que eran socias del club en camino a una fiesta de disfraces, y estuve tentado de ofrecerme a llevarlas, pero vi que estaban muy ocupadas mirando una guía de teléfonos.

El parque estaba a oscuras y caminé con torpeza entre las hileras de vehículos mientras buscaba a tientas la puerta del Renault de alquiler. Sentado detrás del volante, escuché el estruendo de la disco que golpeaba en la noche. Un perro blanco, dentro de un Porsche próximo, saltaba por los asientos, inquieto por el ruido y esperando ver a su dueño.

Busqué la llave de contacto en las sombras debajo del volante. En seguida advertí que el perro era un hombre en esmoquin color crema que forcejeaba inmovilizando a alguien contra el asiento del acompañante. En la breve pausa entre dos números de la discoteca, oí el grito de una mujer, poco más que un chillido exhausto. La mujer levantó las manos y arañó el techo, encima de la cabeza del hombre.

A cinco metros de mí estaba ocurriendo una violación. Encendí los faros y di tres prolongados bocinazos. En el momento en que avanzaba por la grava, la puerta del Porsche se abrió de repente golpeando el coche de al lado. El aspirante a violador saltó fuera del Porsche mientras la frenética víctima casi le arrancaba el esmoquin por detrás. El hombre giró bruscamente y se precipitó entre las luces del Renault. Lo perseguí, pero trepó corriendo por el montículo junto a la entrada mientras se encogía de hombros para acomodarse el esmoquin y desaparecía en la oscuridad.

La mujer se quedó sentada en el asiento del acompañante, descalza, con los pies fuera de la puerta, la falda enrollada en la cintura. La saliva del hombre le brillaba en el pelo rubio, y las manchas de carmín le daban un aire de niña sucia de mermelada. Se arregló la ropa desgarrada y vomitó junto al coche y en seguida se estiró sobre el asiento de detrás para recuperar sus zapatos apartándose de la cara el tapizado roto del techo. A pocos pasos estaba la garita desde la que el cuidador vigilaba el sitio durante la mañana y la caída de la noche. Me incliné sobre el mostrador, bajé el interruptor general, y una cruda luz fluorescente inundó el parque.

El súbito resplandor sorprendió a la mujer; se cubrió los ojos con un bolso plateado, y fue cojeando con un tacón roto hacia la entrada del club; tenía la falda arrugada sobre los muslos magullados.

—¡Espere! —grité—. Llamaré a la policía...

Estaba a punto de seguirla cuando vi toda una hilera de coches frente al Porsche, al otro lado del camino. En algunos de ellos, el conductor y un acompañante, vestidos de noche, estaban sentados en los asientos delanteros; las viseras de los parabrisas les ocultaban las caras. Habían presenciado el intento de violación sin tratar de intervenir, como el público de una función privada y exclusiva.

—¿A qué están jugando? —les grité—. Por el amor de Dios...

Me acerqué a ellos furioso, preguntándome por qué no habían ayudado a la mujer maltratada, y golpeé los parabrisas con el puño vendado. Pero los conductores habían puesto los motores en marcha, y uno detrás de otro giraron y pasaron a mi lado hacia la salida del club. Las mujeres se tapaban los ojos con las manos.

Regresé al club y busqué a la víctima de la agresión. Las putas vestidas de fiesta estaban en el vestíbulo, esgrimiendo guías de teléfonos, pero se volvieron hacia mí mientras subía la escalera.

—¿Dónde está? —les grité—. Han estado a punto de violarla ahí fuera. ¿No la vieron entrar?

Las tres se miraron con los ojos muy abiertos y se echaron a reír; la mente les giraba en algún enloquecido espacio anfetamínico. Una de ellas me tocó la mejilla, como si calmara a un niño.

Busqué el lavabo de mujeres, abrí a puntapiés las puertas de los cubículos y caminé dando tumbos entre las mesas del restaurante a oscuras, tratando de reconocer el aroma de heliotropos que la mujer había dejado en la noche. Al final la vi junto a la piscina bailando descalza sobre la hierba empapada, con manchas de carmín en el dorso de las manos, y mirándome con una sonrisa cómplice cuando me acerqué a ella y traté de agarrarla del brazo.

Una reunión del clan

Los funerales celebran el cruce de otra frontera, en muchos sentidos el más formal y prolongado de todos. Mientras unos hombres esperaban en el cementerio protestante, vestidos con sus ropas más oscuras, se me ocurrió que parecían un grupo de emigrantes adinerados haciendo cola pacientemente en un puesto fronterizo hostil, conscientes de que por mucho que esperaran sólo uno de ellos sería admitido ese día.

Frente a mí estaban Blanche y Marion Keswick, dos vivaces inglesas que regenteaban el Restaurant du Cap, una elegante brasserie del puerto. Sus trajes de seda negra brillaban bajo el sol ardiente, con un resplandor de asfalto derretido, pero ambas parecían tranquilas y atentas, como si aún vigilaran con ojo de propietarias al español que atendía la caja. La noche anterior, a pesar de la generosa propina que había dejado, apenas me sonrieron cuando las felicité por la calidad de la cocina.

Sin embargo, por alguna razón ahora parecían más simpáticas. Cuando pasé junto a ellas, esperando poder fotografiar la ceremonia, Marion me aferró el brazo con una mano enguantada.

—¿Señor Prentice? No me diga que ya se va... Si aún no ha pasado nada.

—Pensaba que ya había pasado todo —repliqué—. No se preocupe, me quedaré hasta el final.

—Parece muy nervioso. —Blanche me enderezó la corbata—. Ya sé que la tumba está abierta, pero no se preocupe, no hay sitio para usted por muy pequeña que sea la difunta. En realidad habrían podido usar un ataúd de niño. Ojalá Frank estuviera aquí, señor Prentice. Le tenía mucho cariño a Bibi.

—Me alegra saberlo. A pesar de todo, es una gran despedida. —Señalé el grupo de cincuenta personas junto a la sepultura abierta—. Cuánta gente ha venido.

—Naturalmente —afirmó Blanche—, Bibi Jansen era muy querida, y no sólo entre los jóvenes. En cierto modo es una lástima que se fuese a vivir con los Hollinger. Sé que ellos tenían buenas intenciones pero...

—Ha sido una tragedia terrible —le dije—. Hace unos días David Hennessy me llevó a la casa.

—Sí, eso he oído. —Marion me miró los zapatos cubiertos de polvo—. Me temo que David está convirtiéndose en una especie de guía turístico. No puede evitar andar por ahí metiendo la nariz. Pienso que tiene cierta debilidad por lo macabro.

—Fue una auténtica tragedia. —Los ojos de Blanche estaban ocultos en los fosos oscuros de sus gafas de sol, un mundo sin luz—. Pero quizá una de esas que acercan a las personas. Estrella de Mar está ahora mucho más unida.

Más gente estaba llegando; un número asombroso para una joven empleada doméstica. Los cuerpos de Hollinger, su mujer, la sobrina Anne y el secretario, Roger Sansom, habían sido repatriados a Inglaterra, por lo que supuse que quienes asistían al entierro de la criada sueca estaban despidiendo en cierto modo a las cinco víctimas del incendio.

Justo al otro lado del muro estaba el cementerio católico, una aldea alegre con estatuas doradas y panteones familiares que parecían villas veraniegas. Me había estado paseando entre las tumbas durante quince minutos, preparándome así para la sombría ceremonia protestante. Hasta las tumbas más sencillas estaban adornadas con flores, y en todas había una fotografía enmarcada del difunto: esposas sonrientes, adolescentes animosas, burgueses de edad madura y fornidos soldados de uniforme. El cementerio protestante, en cambio, era un camposanto de suelo áspero blanqueado por el sol, apartado del mundo (como si la muerte de un protestante fuera en cierto modo algo ilícito), en el que se entraba por una puerta pequeña con una llave que se alquilaba en la portería mediante el pago de cien pesetas. Cuarenta tumbas, unas pocas con lápida, yacían contra el muro del fondo, la mayoría de jubilados británicos cuyos familiares no podían permitirse repatriarlos.

Aunque era un sitio melancólico, había pocos signos de melancolía en la concurrencia. Sólo Gunnar Andersson, un joven sueco que arreglaba motores de lanchas en el puerto deportivo, parecía auténticamente apesadumbrado. Estaba de pie, solo, junto a la tumba abierta; delgado y encorvado de hombros; llevaba un traje y una corbata que alguien le había prestado, y una sombra de barba le oscurecía las mejillas hundidas. Se agachó y tocó la tierra húmeda, evidentemente reacio a entregar los restos de la chica a aquel abrazo pedregoso.

El resto esperaba cómodamente al sol, hablando entre ellos como miembros de una sociedad recreativa. Juntos eran una buena muestra de la comunidad de empresarios expatriados: hoteleros y dueños de restaurantes, el propietario de una compañía de taxis, dos representantes de antenas parabólicas, un oncólogo de la Clínica Princess Margaret, constructores y asesores financieros. Observando las caras bronceadas y brillantes, me llamó la atención que no hubiera nadie de la edad de Bibi Jansen, a pesar de que todos decían que había sido tan popular.

Saludé con la cabeza a las hermanas Keswick y me alejé del grupo hacia las tumbas que había junto al muro del fondo. Allí, como apartada a propósito de los demás, había una cincuentona alta, de hombros fuertes y cabellos platinados, coronados por un sombrero negro de paja de ala ancha. Nadie parecía dispuesto a acercarse a ella, y adiviné que hacía falta una invitación formal aun para saludarla de lejos. Detrás de ella, en calidad de guardaespaldas con cara de bebé, estaba el camarero del bar del Club Náutico, Sonny Gardner, con los hombros de marinero enfundados en una elegante chaqueta gris.

Yo sabía que la mujer era Elizabeth Shand, la empresaria más acaudalada de Estrella de Mar. Ex socia de Hollinger, controlaba una red de empresas inmobiliarias

y del sector servicios. Parecía estudiar a los asistentes con la mirada atenta aunque tolerante de una directora en una cárcel benévola para delincuentes de guante blanco. Como si hiciera un comentario privado sobre sus propios honorarios, murmuraba entre dientes de una manera casi sospechosa; la vi como una mezcla de funcionaria severa y ama de llaves indecente, la más intrigante de todas las combinaciones.

Me habían dicho que era una de las accionistas principales del Club Náutico y una persona próxima a Frank. Estaba a punto de presentarme cuando de pronto apartó los ojos de la doliente figura del sueco y los clavó en alguien que acababa de llegar. Abrió la boca en un rictus de disgusto tan evidente, que pensé que la película de carmín se le despegaría de los labios irritados.

—¿Sanger? Dios mío, ese hombre es un caradura...

Sonny Gardner dio un paso al frente abotonándose la chaqueta.

—¿Quiere que lo eche, señora Shand?

—No, déjalo que vea lo que pensamos de él. Qué descaro tan...

Un hombre delgado, vestido con un traje tropical, de cabellos grises, se adelantaba por el terreno áspero, partiendo el aire con unas manos delicadas. Avanzaba con pasos ligeros pero cuidadosos, mientras miraba alrededor el dibujo de las piedras. Tenía una cara agradable, lisa y femenina, y la actitud relajada de un hipnotizador teatral, aunque era claramente consciente de la hostilidad de las gentes que se movían alrededor. La débil sonrisa parecía casi nostálgica, y de vez en cuando bajaba la cabeza como un hombre sensible enterado de que por alguna mínima peculiaridad de carácter no era nunca bien recibido. Con las manos a la espalda, se detuvo junto a la tumba, aplastando la grava bajo los zapatos de charol. Supuse que era el pastor sueco de alguna oscura secta luterana a la que había pertenecido la joven Bibi Jansen, y que él iba a officiar el servicio.

—¿Es el pastor? —pregunté a Gardner, que flexionaba los brazos y amenazaba con reventar las costuras de la chaqueta—. Va vestido de una manera bastante rara. ¿Va a enterrarla él mismo?

—Algunos dicen que ya lo ha hecho. —Gardner se aclaró la garganta y buscó un lugar para escupir—. Es el doctor Irwin Sanger, el «psiquiatra» de Bibi, el único loco de todo Estrella de Mar.

Escuché el canto ronco de las cigarras mientras la gente miraba con varios grados de hostilidad al canoso recién llegado, y recordé que bajo la superficie de este amable centro turístico había muchas más tensiones de lo que parecía a primera vista. Elizabeth Shand seguía con los ojos clavados en el psiquiatra, cuestionando claramente su derecho a estar allí. Protegido por la malévola presencia de la mujer, alcé la cámara y empecé a sacar fotos.

Nadie hablaba mientras el ruido de la autopista retumbaba contra las paredes. Sabía que desaprobaban mis fotos, así como que yo siguiera en Estrella de Mar. Mirándolos a través del visor de la cámara, se me ocurrió que casi todos ellos habían estado en la fiesta de la casa Hollinger la noche del incendio. La mayoría eran socios

del Club Náutico y conocían bien a Frank; y ninguno, me alivió darme cuenta, aceptaba que él fuera culpable.

Todas las mañanas, desde mi primera visita a Estrella de Mar, yo salía desde el hotel Los Monteros continuando con mi trabajo de detective. CANCELÉ mis obligaciones en Helsinki, llamé a mi agente en Londres, Rodney Lewis, y le pedí que dejara en suspenso todos mis otros compromisos.

—¿Eso significa que has encontrado algo? —me preguntó—. ¿Charles...?

—No, no he encontrado absolutamente nada.

—¿Pero crees que vale la pena que te quedes ahí? El juicio no empezará hasta dentro de unos meses.

—Aun así, es un sitio raro.

—Torquay también. Pero tendrás alguna idea de lo que pasó...

—Para ser franco, no, no la tengo. Pero voy a quedarme.

Nada de lo que había descubierto hasta entonces me ayudaba a entender por qué mi hermano, tranquilo e instalado por primera vez en su vida, se había convertido en un pirómano asesino. Pero si Frank no había incendiado la mansión de los Hollinger, ¿quién lo había hecho? Le pedí a David Hennessy la lista de invitados a la fiesta, pero se negó rotundamente, alegando que si Frank llegaba a retractarse, el inspector Cabrera podía incriminar a otros invitados, y quizá a toda la comunidad.

Las hermanas Keswick me dijeron que asistían a las fiestas de cumpleaños de la Reina desde hacía años. Estaban al lado de la piscina cuando el fuego salió en llamaradas por las ventanas del dormitorio, y ellas habían echado a correr hacia los coches junto con la primera desbandada de invitados. Anthony Bevis, dueño de la galería Cabo D'Ora y amigo íntimo de Roger Sansom, afirmaba que había tratado de forzar el ventanal pero que la lluvia de tejas que caía del techo lo había obligado a retroceder. Collin Dewhurst, un librero de la plaza Iglesias, dijo que había ayudado al chófer de los Hollinger a traer una escalera del garaje, pero que no había hecho otra cosa que mirar cómo el fuego quemaba los peldaños de arriba.

Nadie había visto a Frank escurrirse en la casa con los letales bidones de éter y gasolina, ni encontraban ningún motivo por el cual Frank hubiese querido matar a los Hollinger. Observé, sin embargo, que de las treinta personas que había interrogado ninguna me había sugerido algún otro sospechoso. Algo me decía que si sus amigos creían realmente en la inocencia de Frank, tendrían que haber dado alguna pista sobre la identidad del auténtico asesino.

Estrella de Mar parecía un lugar sin sombras, con sus encantos tan al desnudo como los pechos de las mujeres de todas las edades que tomaban sol en el Club Náutico. La gente refugiada en aquella bonita península era un ejemplo de la liberación que un sol brillante y continuo provoca en los británicos. Yo comprendía por qué los residentes no tenían muchas ganas de que escribiese sobre ese paraíso privado, y ya había empezado a ver el pueblo de la misma manera. Cuando sacara a

Frank de la cárcel, me compraría un apartamento y lo convertiría en mi base de invierno.

En muchos aspectos, Estrella de Mar era la paradisíaca capital de condado inglés de los míticos años treinta, devuelta a la vida y trasladada al sur y al sol. Aquí no había bandas de adolescentes aburridos, ni suburbios desarraigados donde los vecinos apenas se conocían y que como ciudadanos sólo eran leales al hipermercado o la tienda de bricolaje más próximos. Como nadie se cansaba de decir, Estrella de Mar era una auténtica comunidad, con escuelas para los niños franceses e ingleses, una próspera iglesia anglicana y un concejo local que se reunía en el Club Náutico. En este rincón de la Costa del Sol, aunque modestamente, un siglo veinte más feliz se había redescubierto a sí mismo.

La única sombra que caía sobre plazas y avenidas era el incendio de la casa Hollinger. A última hora de la tarde, cuando el sol se desplazaba más allá de la península y se encaminaba hacia Gibraltar, la silueta de la mansión destruida avanzaba a lo largo de las calles bordeadas de palmeras, oscurecía el pavimento y las paredes de los chalets de abajo, y envolvía al pueblo en su sombría mortaja.

Mientras esperaba el ataúd de la chica sueca, entre las tumbas y al lado de Elizabeth Shand, se me ocurrió que Frank quizá se había declarado culpable para salvar Estrella de Mar de una invasión de la policía británica y española, o de detectives privados contratados por la familia de los Hollinger. Esta inocencia podía incluso ser la explicación de los voyeurs que yo había descubierto a la luz de los faros en el parque del Club Náutico. Nunca habían visto una violación y observaron el asalto como si fuera algún rito folklórico o pagano de un mundo más primitivo.

Una de las parejas, sospeché, estaba presente en el entierro: un contable retirado de Bournemouth y una mujer de mirada perspicaz que tenían una tienda de vídeos en la avenida Ortega. Ambos trataban de evitar la lente de mi cámara y no se quedaron tranquilos hasta que un coche fúnebre, un Cadillac negro, se detuvo fuera del cementerio.

En Estrella de Mar, la muerte era la única franquicia concedida a los españoles. Los empleados de la funeraria de Benalmádena sacaron el féretro lustroso del coche y lo depositaron sobre un carro pequeño a cargo del personal del cementerio. Precedido por el reverendo Davis, el serio y pálido vicario de la iglesia anglicana, el carrito traqueteó hacia la tumba. El clérigo tenía los ojos fijos en las ruedas que chirriaban y aguantaba el ruido con los dientes apretados. Parecía turbado e incómodo, como si de alguna manera culpaba a todos los demás por la muerte de la chica sueca.

Unos tacones altos golpetearon en el suelo de piedra cuando todos dieron un paso al frente. Las cabezas gachas evitaban mirar el ataúd y aquella bóveda hambrienta que pronto lo devoraría. Sólo Gunnar Andersson miró cómo desaparecía sacudiéndose mientras los sepultureros lo bajaban con cuerdas. Unas lágrimas le brillaron sobre la barba rala de las mejillas. Al fin, cuando los hombres esgrimieron

las palas, Andersson se instaló sobre el montículo de tierra húmeda con una larga pierna a cada lado demorando el entierro hasta último momento.

A pocos metros de él, el doctor Sanger miraba el ataúd. El pecho delgado se le alzaba a intervalos de diez segundos como si intentara inconscientemente recuperar el aliento. Sonrió de una manera tierna pero casi remota, como el dueño de una muerta que recuerda brevemente los días felices que han pasado juntos. Recogió un puñado de tierra, lo echó sobre el ataúd y se pasó la mano por la abundante mata de pelo, dejando unos granos de arena en las ondas plateadas.

El reverendo Davis estaba a punto de hablar, pero esperó a que un grupo de rezagados acabase de entrar en el cementerio. David Hennessy encabezaba la marcha, saludando con la cabeza y asegurándose de que estaban todos los que él había avisado, contento de poder ayudar a un club aún más grande que el Náutico, con un número ilimitado de socios y sin lista de espera.

Detrás, con la cara oculta por un pañuelo de seda, estaba la doctora Paula Hamilton, la nadadora de pelo negro que yo había visto poco después de mi llegada. Médica residente de la Clínica Princess Margaret, era una de los pocos que se había negado a hablar conmigo. No me había devuelto las llamadas telefónicas y no había querido verme en la clínica. Parecía igual de reacia a asistir al entierro, detrás de Hennessy, con los ojos fijos en los tacones del hombre.

Bobby Crawford, el tenista profesional del Club Náutico, la siguió desde la puerta. Vestido con un traje de seda negra, corbata y gafas de sol, parecía un gángster atractivo y afable. Saludó a los demás con la mano, tocando aquí un hombro, palmeando allá un brazo. Todo el mundo se reanimó de pronto, y hasta Elizabeth se levantó el ala del sombrero de paja y le sonrió maternalmente, abultando los labios carnosos mientras murmuraba entre dientes alguna palabra amable.

El reverendo Davis terminó su mecánico discurso sin mirar alrededor, con evidentes deseos de volver cuanto antes a su iglesia. Las piedras chocaban contra la tapa del féretro mientras los sepultureros echaban paladas de tierra en la tumba, inclinados bajo el sol. Andersson, incapaz de dominarse, le quitó la pala al mayor de los hombres, la clavó en el montículo de tierra blanda y empezó a echar polvo y arena sobre el ataúd, decidido a ocultar a la chica muerta la visión de aquel mundo que le había fallado.

El cortejo empezó a dispersarse guiado por el incómodo clérigo, y todos se volvieron a mirar cuando una pala golpeó contra una vieja lápida de piedra. Se oyó un grito agudo, casi ahogado, que la señora Shand repitió involuntariamente.

—¡Doctor Sanger...! —Andersson, con un pie a cada lado de la tumba y la pala cruzada sobre el pecho como una lanza de caballería, miraba al psiquiatra con ojos desquiciados—. Doctor, ¿para qué ha venido? Bibi no lo ha invitado.

Sanger levantó las manos, tanto para calmar a la gente como para contener al joven sueco. Pareció que la melancólica sonrisa le flotaba ahora fuera de los labios. Con la mirada baja, se apartó de la tumba por última vez, pero Andersson se negaba a

dejarlo pasar.

—¡Doctor Sanger! Profesor... no se vaya... —Andersson se rió señalando la tumba—. Querido doctor, Bibi está aquí. ¿Ha venido a acostarse con ella? Puedo hacerle sitio...

La reyerta fue breve, pero desagradable. Los dos hombres se enzarzaron como escolares torpes, jadeando y tironeando hasta que Bobby Crawford le quitó la pala a Andersson y lo arrojó al suelo de bruces. Ayudó a Sanger a ponerse de pie, y le sacudió las solapas. Blanco como un papel y con el pelo plateado revuelto alrededor de las orejas, Sanger se alejó cojeando, custodiado por Crawford, que llevaba la pala con las dos manos como si fuera una raqueta.

—Bueno, a ver si se calman... —Crawford levantó los brazos hacia el cortejo—. Esto no es una plaza de toros. Piensen en Bibi. —Mientras el avergonzado reverendo salía rápidamente por la puerta, Crawford le gritó—: Adiós, reverendo Davis. Que nuestra gratitud lo acompañe.

Tendió la pala a los impasibles sepultureros y esperó a que la gente se alejara. Se quitó la corbata de crepé negro y se encogió de hombros para acomodarse la chaqueta arrugada con el mismo movimiento que yo había visto en el presunto violador del Club Náutico.

El cementerio estaba ya casi vacío. Paula Hamilton se escabulló con Hennessy, negándome una nueva oportunidad de hablarle. Sonny Gardner ayudó a la señora Shand a entrar en el asiento trasero del Mercedes blanco, en el que se sentó con expresión adusta. Andersson miró la tumba por última vez. Le sonrió animado a Crawford, que esperaba amistosamente a un costado, saludó a la tierra recién removida y se marchó de prisa hacia la puerta.

Los enterradores inclinaron la cabeza en silencio mientras aceptaban la propina de Crawford, sabiendo que de estos extranjeros se podía esperar casi cualquier cosa. Crawford les palmeó el hombro y se quedó junto a la tumba con la cabeza gacha mientras murmuraba entre dientes. Ahora casi solo en el cementerio, había dejado de sonreír; una expresión más pensativa le apareció sobre los huesos delgados y una emoción próxima al arrepentimiento le asomó a los ojos; con un gesto de resignación se encaminó hacia la puerta.

Al cabo de unos minutos, cuando salí, lo encontré mirando las estatuas de bronce del cementerio católico por encima del muro.

—Son alegres, ¿no? —comentó cuando pasé junto a él—. Buen motivo para ser católico.

—Tiene razón. —Me detuve a observarlo—. Sin embargo, creo que ella es feliz allí donde está.

—Esperemos. Era una chica muy dulce, y ese cementerio es muy frío. ¿Quiere que lo lleve? —Señaló un Porsche aparcado debajo de los cipreses—. El pueblo está lejos para ir a pie.

—Gracias, pero tengo coche.

—¿Charles Prentice? El hermano de Frank, ¿no? —Me estrechó la mano con genuino afecto—. Bobby Crawford, tenista profesional y chico para todo en el Club Náutico. Es una lástima que tengamos que conocernos aquí. Estuve unos días fuera buscando un sitio por la costa. Betty Shand tiene ganas de abrir un nuevo club deportivo.

Mientras hablaba, me impresionó su actitud entusiasta y reconfortante, y la candidez con que me tomaba del brazo mientras caminábamos hacia los coches. Era atento y quería caerme bien; me costaba creer que fuera el presunto violador. Era posible que le hubiese prestado el coche a un amigo de gustos bastante más brutales.

—Quería hablar con usted —le dije—, Hennessy me comentó que era un viejo amigo de Frank.

—Así es. Fue él quien me trajo al club... Hasta entonces no era más que un héroe del tenis. —Sonrió enseñando unos dientes con unas fundas muy caras—. Frank hablaba siempre de ti. En cierto modo creo que tú eres su verdadero padre.

—Soy el hermano. El aburrido hermano mayor que siempre lo sacaba de apuros. Pero parece que esta vez he perdido mi capacidad.

Crawford se detuvo en medio de la carretera sin prestar atención a un coche que tuvo que esquivarlo. Miró al cielo con los brazos levantados, como si esperara que un genio comprensivo se materializara en el remolino de polvo.

—Lo sé, Charles. ¿Qué está ocurriendo? Parece una versión nueva de Kafka pero en estilo *Psicosis*. ¿Ha hablado con él?

—Por supuesto. Insiste en que es culpable. ¿Por qué?

—Nadie lo sabe. Todos nos devanamos los sesos. Pienso que Frank está metiéndose otra vez en juegos extraños, como esos peculiares problemas de ajedrez que siempre está resolviendo. Mueve el rey y mate en una jugada. Aunque esta vez no hay otras piezas en el tablero y se ha dado jaque mate a sí mismo.

Crawford se apoyó en el Porsche y jugueteó con el tapizado desgarrado que colgaba del techo. Detrás de la sonrisa tranquilizadora, observaba atentamente mi cara y mi postura, los zapatos y la camisa que me había puesto, como si buscara la clave del aprieto en que Frank se había metido. Me di cuenta de que era un hombre inteligente a pesar de su tenis obsesivo y de sus estudiados modales.

—¿Frank estaba furioso con los Hollinger? —le pregunté—. ¿Tenía alguna razón para querer incendiar la casa?

—No... Hollinger era un vejete inofensivo. Tampoco lo describiría como maravilloso. Alice y él fueron dos de las razones por las que Inglaterra ya no tiene industria cinematográfica. Eran unos amateurs ricos y simpáticos... nadie habría querido hacerles daño.

—Pero alguien lo hizo. ¿Por qué?

—Quizá fue un accidente... Tal vez metieron demasiados canapés en el microondas, saltó una chispa y todo el lugar ardió como un pajar. Entonces Frank, por alguna extraña razón privada, empezó a hacer de Joseph K. —Crawford bajó la voz,

como si temiera que lo oyeran los muertos del cementerio—. Cuando conocí a Frank, hablaba mucho de su madre. Tenía miedo de haberla ayudado a que se matara.

—No... éramos demasiado pequeños. Ni siquiera comprendíamos por qué quiso matarse.

Crawford se sacudió el polvo de las manos, contento de que al fin compartiéramos algún tipo de complicidad.

—Lo sé, Charles. Sin embargo, no hay nada tan satisfactorio como confesar un crimen que uno no ha cometido...

Un coche salió del cementerio católico, giró y pasó al lado de nosotros. Paula Hamilton iba al volante y David Hennessy junto a ella. Hennessy nos saludó con la mano, pero la doctora Hamilton clavó los ojos en el camino mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Parece bastante alterada. —Un torpe cambio de marcha me sobresaltó de repente—. ¿Para qué ha ido al cementerio católico?

—A ver a un ex novio. Otro médico de la clínica.

—¿De veras? Qué cita tan extraña... Bastante macabra, ¿no?

—Bueno, Paula no tiene mucho que elegir... El hombre descansa bajo una losa. Murió hace un año de una de esas malaras que se contagió en Java.

—Vaya... ¿Era amiga de los Hollinger?

—Sólo de la sobrina y de Bibi Jansen. —Crawford miró el cementerio protestante a través de la puerta, mientras los sepultureros ponían las palas en el carro—. Es una lástima lo de Bibi. Paula te caerá bien, es la médica típica... una fachada de eficiencia y tranquilidad, pero bastante insegura por dentro.

—¿Y el psiquiatra, el doctor Sanger? Nadie quería verlo en el cementerio.

—Es un personaje turbio... interesante, en cierto modo. Uno de esos psiquiatras que tienen el don de rodearse siempre de un pequeño grupo.

—¿Un grupo de chicas vulnerables?

—Exactamente. Le gusta hacerse el Svengali, el manipulador de la novela de Du Maurier. Tiene una casa en Estrella de Mar y unos bungalows en el complejo Costasol. —Crawford señaló una urbanización con chalets y apartamentos a poco más de un kilómetro al oeste de la península—. Nadie sabe lo que ocurre allí, pero espero que se diviertan.

Aguardé mientras los sepultureros empujaban el carro a través de la puerta del cementerio. Una de las ruedas se metió en un agujero y una de las palas cayó del carro. Crawford dio un paso adelante, dispuesto a ayudar a los hombres, y luego los observó con tristeza mientras el carro chirriaba alejándose por el pavimento. El traje negro y las gafas de sol le daban la apariencia de una figura inquieta enfrentada a un saque rápido que no podría devolver. Supuse que él, Andersson y el doctor Sanger era los únicos que lamentaban la muerte de la chica.

—Siento lo de Bibi Jansen —dije cuando regresó al coche—. Veo que la echas de menos.

—Un poco. Pero estas cotas nunca son justas.

—¿Por qué se molestaron en venir los demás? La señora Shand, Hennessy, las hermanas Keswick... ¿Todos por una criada sueca?

—Charles, tú no la conociste, Bibi era bastante más que eso.

—Aun así. ¿El incendio no pudo haber sido un intento de suicidio?

—¿De los Hollinger? ¿En el cumpleaños de la Reina? —Crawford se echó a reír, feliz de librarse del humor sombrío que había mostrado hasta entonces—. Le habrían quitado con carácter póstumo el título de caballero inglés.

—¿Y Bibi? Deduzco que tuvo una aventura con Sanger. Quizá no era feliz con los Hollinger.

Crawford sacudió la cabeza como admirando mi ingenuidad.

—No creo. Le gustaba estar allí, Paula había conseguido que dejara las drogas.

—Pero quién sabe. A lo mejor tuvo un ataque de histeria.

—Charles, por favor. —Crawford me tomó del brazo visiblemente animado—. Sé sincero contigo mismo, las mujeres nunca se ponen tan histéricas. En mi experiencia, son muy realistas. Los hombres somos mucho más emocionales.

—¿Qué puedo hacer entonces? —Abrí la puerta del Renault y jugueteé con las llaves sin ganas de entrar y sentarme—. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir. No dejaré que Frank se pudra en la cárcel. El abogado opina que le echarán al menos treinta años.

—¿El abogado? ¿El señor Danvila? Sólo piensa en sus honorarios. Todas esas apelaciones... —Crawford abrió la puerta y me indicó que entrara. Se quitó las gafas y me miró con aquellos ojos amables, aunque distantes—. Charles, no puedes hacer nada. Frank lo resolverá solo. Es posible que esté jugando un final de partida, pero acaba de empezar y hay otras sesenta y tres casillas en el tablero...

Rechazos fraternales

Los pueblos de jubilados se alzaban junto a la carretera, embalsamados en un sueño de sol del que no despertaban nunca. Cuando iba por la costa hacia Marbella, me parecía que estaba moviéndome por una zona mucho más accesible para un neurólogo que para un escritor de libros de viajes. Las fachadas blancas de las villas y apartamentos eran como bloques de tiempo que se habían cristalizado al borde de la carretera. Aquí, en la Costa del Sol, jamás volvería a pasar nada, y las gentes de los pueblos eran ya fantasmas de sí mismos.

Esta lentitud glacial había afectado mis intentos de sacar a Frank de la cárcel. Tres días después del entierro de Bibi Jansen, salí del hotel Los Monteros con una maleta de ropa limpia para Frank, que acudía esa mañana al juzgado de Marbella. Había preparado la maleta en el apartamento, tras un cuidadoso registro del guardarropas. Había camisas rayadas, zapatos oscuros y un traje de calle, pero las prendas sobre la cama parecían elementos de un disfraz que Frank había decidido desechar. Rebusqué en los cajones y en el colgador de corbatas, incapaz de decidirme. El auténtico Frank, mucho más escurridizo, había dado la espalda al apartamento y a su polvoriento pasado.

En el último momento, incluí unos bolígrafos y un bloc de papel; esto último sugerido por el señor Danvila con la vana esperanza de que Frank se retractara. Frank iba a ser trasladado a Málaga para asistir a la vista, una identificación formal de las cinco víctimas por parte del inspector Cabrera y los patólogos que habían llevado a cabo la autopsia. Después, me dijo el señor Danvila, podría hablar con él.

Mientras me detenía en una callejuela detrás de los juzgados, pensaba en lo que podría decirle. Después de más de una semana de detective aficionado, no había llegado a ninguna conclusión. Ingenuamente, había supuesto que la unanimidad con que los amigos y colegas de Frank sostenían su inocencia, haría surgir la verdad, de algún modo, pero de hecho esa unanimidad sólo había añadido otra capa de misterio al asesinato de los Hollinger. No sólo no había abierto el cerrojo de la celda; lo había cerrado con doble vuelta de llave.

A pesar de todo, cinco personas habían sido asesinadas por alguien que muy probablemente seguía caminando por las calles de Estrella de Mar, seguía comiendo sushi y leyendo *Le Monde*, seguía cantando en el coro de una iglesia o modelando arcilla en una clase de cerámica.

La vista en el tribunal, como inconsciente de todo esto, discurría interminablemente: una figura geométrica de crípticos procedimientos que

evoluciona, daba media vuelta y regresaba al punto inicial. Abogados y periodistas, defienden cada uno una física opuesta en la que el movimiento y la inercia se invierten por sí solos. Me senté detrás del señor Danvila, a pocos metros de Frank y el traductor, mientras declaraban los patólogos, abandonaban el estrado y volvían a declarar, cuerpo tras cuerpo, muerte tras muerte.

Yo observaba a Frank y me sorprendía lo poco que había cambiado. Esperaba verlo flaco y decaído, después de tantas horas grises sentado solo en la celda, y con la frente arrugada por la tensión de seguir con aquella comedia absurda. Estaba más pálido, a medida que el sol de Estrella de Mar le desaparecía de la cara, pero parecía tranquilo y en paz consigo mismo. Me sonrió abiertamente y me dio un apretón de manos que la escolta policial se apresuró a interrumpir. No participó en los procedimientos, pero escuchó con atención al traductor, recalcando para beneficio del juez el papel protagónico que él había tenido.

Cuando salió de la sala me saludó con la mano, animándome, como si yo tuviera que entrar en el despacho del director del colegio después que él. Esperé en un duro banco del pasillo mientras decidía evitar el enfrentamiento directo. Bobby Crawford tenía razón al decir que era Frank quien debía tomar la iniciativa, y que si yo me limitaba a ser simpático, quizá lo obligase a mostrar las cartas.

—Señor Prentice, tengo que disculparme... —El señor Danvila se acercó corriendo, con huellas de un nuevo revés en la cara compungida. Las manos palpaban el aire como si buscaran la salida de este caso cada-vez-más-confuso—. Disculpe que lo haya hecho esperar, pero hay un pequeño problema...

—¿Señor Danvila...? —traté de calmarlo—. ¿Cuándo podré ver a Frank?

—Tenemos una dificultad. —El señor Danvila parecía buscar unos maletines ausentes, como si quisiera cambiarlos de mano—. Me cuesta mucho decírselo, pero su hermano no quiere verlo.

—¿Por qué no? No lo creo. Todo esto es cada vez más absurdo.

—Pienso lo mismo, señor. Estuve con él hace un momento y me lo ha dicho muy claro.

—Pero ¿por qué? Dios mío... ayer mismo me dijo que estaba de acuerdo.

Danvila señaló una estatua en un nicho próximo, como si invocara el testimonio de aquel caballero de alabastro.

—Hablé con su hermano ayer y anteayer, y no se negó hasta ahora. Lo siento, señor Prentice. Su hermano tiene sus razones. Yo lo único que puedo hacer es asesorarlo.

—Es ridículo... —Me dejé caer en el banco, cansado—. Está decidido a condenarse. ¿Y qué pasa con la fianza? ¿Hay algo que podamos hacer?

—Imposible, señor Prentice. Son cinco asesinatos y una confesión de culpabilidad.

—¿Podemos conseguir que lo declaren loco? ¿Mentalmente incapaz?

—Es demasiado tarde. La semana pasada hablé con el profesor Xavier del

Instituto Juan Carlos de Málaga... un conocido psiquiatra forense. Estaba dispuesto a examinar a Frank con autorización del juez. Pero Frank se opone. Insiste en que está completamente cuerdo. Señor Prentice, lamento decirlo, pero coincidí con él...

Aturdido por todo esto, esperé fuera de los juzgados con la esperanza de ver a Frank mientras lo llevaban a uno de los furgones policiales que lo trasladaría de regreso a Málaga. Pero después de diez minutos, renuncié y volví al coche. El desaire duele. La negativa de Frank no sólo era un rechazo a mi papel tradicional de hermano mayor protector, sino un signo evidente de que él deseaba alejarme de Marbella y Estrella de Mar. Alguna lógica absurda lo empujaba a pasar décadas de confinamiento en una prisión provinciana española, una ordalía que parecía estar esperando con una calma incomprensible.

Volví a Los Monteros y caminé por la playa, una franja desolada de arena de color ocre, cubierta de maderas y cajones cargados de agua, como despojos de una mente revuelta. Después de almorzar dormí toda la tarde en mi habitación hasta que a las seis me despertaron los ruidos de las pistas de tenis. Me incorporé y me puse a escribir una de mis más largas cartas a Frank, reafirmando mi fe en su inocencia y pidiéndole por última vez que retirara la confesión de un crimen tan atroz que ni siquiera la policía pensaba que lo hubiese cometido él. Si no me contestaba, me iría a Londres y volvería sólo para el juicio.

Ya había empezado a oscurecer cuando cerré el sobre; las luces de Estrella de Mar temblaban al otro lado de las aguas oscuras. Mis sentidos despertaron mientras observaba esa península privada con teatros de aficionados y clases de esgrima, un psiquiatra de dudosa reputación y una médica bien parecida pero de cara magullada, un tenista profesional obsesionado con la máquina de saques, y unas cuantas muertes en lugares altos. Estaba seguro de que la muerte de los Hollinger no se explicaba por la relación de Frank con un productor cinematográfico retirado, sino por la naturaleza peculiar del complejo turístico en que había muerto.

Tenía que convertirme en parte de Estrella de Mar, sentarme en sus bares y restaurantes, meterme en los clubes y asociaciones y sentir por las tardes cómo la sombra de la mansión destruida caía sobre mis hombros. Tenía que vivir en el apartamento de Frank, dormir en su cama y ducharme en su cuarto de baño, introducirme en sus sueños mientras éstos rondaban sobre la almohada y por el aire de la noche, esperando fielmente a que él regresase.

Al cabo de una hora había hecho la maleta y pagado la cuenta. Mientras conducía alejándome del hotel Los Monteros, decidí que me quedaría en España al menos por otro mes, cancelaré mis compromisos de trabajo y transferiría algunos fondos de mi cuenta de Londres. Ya sentía una extraña complicidad con el crimen que trataba de resolver, como si no sólo se cuestionara la declaración de culpabilidad de Frank, sino también la mía. Veinte minutos más tarde, mientras salía de la autopista de Málaga y entraba en el camino de acceso al complejo, sentí que volvía a mi auténtico hogar.

Enfrente de la avenida Santa Mónica, a unos cien metros de la entrada del Club Náutico, había un pequeño bar nocturno con una clientela de chóferes, mecánicos y marineros que trabajaban en el puerto. Sobre el bar se alzaba un cartel de cigarrillos Toro, una marca de tabaco fuerte, alto en nicotina. Paré junto a la acera y miré al orgulloso toro negro con cuernos que apuntaban a cualquier aspirante a fumador.

Hacía años que intentaba volver a fumar, pero sin éxito. A los veinte años, el cigarrillo siempre me tranquilizaba o llenaba las pausas de una conversación, pero yo había dejado de fumar después de una neumonía, y los tabúes sociales eran ahora tan fuertes que ni siquiera me atrevía a meterme en la boca un cigarrillo apagado. Sin embargo, en Estrella de Mar las coacciones del nuevo puritanismo parecían menos rígidas. Dejé el motor en marcha, abrí la puerta y decidí comprar un paquete de Toro y probar el poder de mi voluntad contra una convención social intolerante.

Dos chicas con las familiares microfaldas y sostenes de satén emergieron de un callejón junto al bar. Los tacones repiqueteaban contra la acera mientras se acercaban a mí con un leve balanceo, dando por sentado que yo esperaba que me abordaran. Me quedé al volante admirándolas; relajadas y decididas a la vez. Las prostitutas de Estrella de Mar parecían muy seguras de sí mismas, no les preocupaba la posible presencia de la policía, y eran muy diferentes de las mujeres de la calle de otros lugares del mundo, casi analfabetas, nerviosas, con marcas en la piel y tobillos débiles. Tentado por las dos chicas, que seguramente sabrían algo del incendio de la casa Hollinger, esperé a que se acercaran. Pero en cuanto llegaron a la luz, reconocí las caras y me di cuenta de que sus cuerpos desnudos no tenían nada que pudiera sorprenderme. Ya las había visto desde el balcón del apartamento de Frank, en las tumbonas de la piscina mientras chismorreaban por encima de las revistas de moda y esperaban a sus maridos, socios de una agencia de viajes en el paseo Miramar.

Cerré la puerta y conduje a lo largo de la acera hacia las mujeres, que adelantaron los pechos y muslos como azafatas de unos grandes almacenes que invitan a probar alguna exquisitez. Cuando las dejé atrás, saludaron con la mano las luces traseras y entraron en un portal oscuro del callejón.

Me quedé sentado en el parque del Club Náutico escuchando el ritmo incesante de la música de la discoteca. ¿Esas dos mujeres estaban jugando, tratando de excitar a sus maridos, como una versión moderna de las damas lecheras de María Antonieta, pero esta vez haciéndose pasar por prostitutas? ¿O eran auténticas? Se me ocurrió que los residentes de Estrella de Mar a lo mejor no eran tan prósperos como parecían.

En la colina, debajo del club, sonó una alarma, penetrante como el canto nocturno de una cigarra metálica. La sirena de respuesta de la patrulla de seguridad gimió entre las palmeras como un alma en pena y flotó por encima de las casas oscuras. Crímenes anónimos perturbaban el sueño de Estrella de Mar. Pensé en las favelas, las violentas barriadas en las alturas de Río. Recordaban a los ricos que dormían en lujosos apartamentos un mundo todavía más elemental que el del dinero. Aun así, yo nunca había dormido tan profundamente como en Río.

Las puertas de la discoteca se abrieron de pronto y la música estroboscópica se derramó en la noche. Dos hombres, a primera vista dos camareros españoles, retrocedieron y se apartaron del resplandor mientras una pareja joven corría hacia el parque. Los hombres vacilaron junto a un macizo de flores, como listos para orinar sobre las cañas, con las manos metidas en los bolsillos de los chaquetones y moviendo los pies, con esos pasos rápidos e inquietos de los traficantes que esperan a sus clientes.

La terraza de la piscina estaba desierta; el agua se acomodaba para pasar la noche. Llevé mis maletas hasta la puerta del ascensor, detenido en la tercera planta, donde además del apartamento de Frank había dos oficinas y la biblioteca del club. Nadie, ni siquiera en Estrella de Mar, pedía un libro después de medianoche. Esperé el ascensor, bajé en el tercer piso y miré por las puertas de vidrio las estanterías repletas de olvidados best-sellers y los expositores con ejemplares del *Wall Street Journal* y del *Financial Times*.

En la puerta del apartamento, la mullida alfombra que esa misma mañana la criada había limpiado con el aspirador, tenía marcas de tacones de aguja. Mientras abría la puerta, advertí una luminiscencia en el dormitorio, como de una lámpara débil. El haz del faro de Marbella barría la península e iluminaba los techos de Estrella de Mar. Metí dentro las maletas, cerré silenciosamente la puerta detrás de mí y eché el pestillo. La luz de la luna se derramaba sobre los muebles como un manto de polvo. Un aroma suave flotaba en el aire; reconocí las afeminadas lociones para después de afeitarse que tanto gustaban a David Hennessy.

Entré en el comedor escuchando mis propios pasos que me perseguían por el parque. Los botellones de whisky estaban en el aparador de madera oscura, un mueble favorito de mi madre que Frank había traído a España. Toqué en la oscuridad los cuellos de cristal de los botellones. Uno tenía el tapón flojo; el vidrio estaba todavía húmedo. Probé el sabor dulce de la malta tratando de que mis oídos se adaptaran al silencio del apartamento.

La criada había ordenado el cuarto y abierto la cama como si estuviese esperando la llegada de mi hermano. Transportada por la evocación de Frank, se había acostado y había apoyado la cabeza en la almohada mientras dejaba que sus recuerdos vagaran por el techo.

Dejé las maletas en el suelo y alisé la almohada antes de entrar en el cuarto de baño. Busqué a tientas el interruptor en la pared y sin querer abrí el botiquín. Por el espejo vi que alguien emergía del balcón, se metía en el dormitorio, y se detenía un momento antes de entrar en la sala.

—¿Hennessy...? —Harto de tanta comedia, salí del baño y fui a oscuras hacia el dormitorio—. Vamos, amigo, encienda la luz, así podremos vernos haciendo payasadas.

El intruso chocó con la maleta, tropezó y cayó sobre la cama. La luz de la luna

mostró una falda e iluminó unos muslos femeninos. Una mata de pelo negro cubrió la almohada y un olor a miedo y sudor flotó en el aire. Me agaché y agarré a la mujer por los hombros tratando de levantarla, pero un puño duro me golpeó debajo del esternón. Caí sobre la cama sin aliento mientras la mujer se apartaba de mí de un salto. Estiré la mano, la aferré por la cadera, la empujé contra las almohadas y le sujeté las manos contra el cabezal, pero consiguió soltarse y la lámpara de mesa cayó al suelo.

—¡Déjame! —Me apartó las manos y la breve luz del faro descubrió una barbilla enérgica y unos dientes feroces—. Te lo dije... ¡no seguiré adelante con este juego!

La solté y me senté en la cama mientras me frotaba la dolorida boca del estómago. Volví a poner la lámpara sobre la mesa, acomodé la pantalla y encendí la luz.

Un ataque en el balcón

—¿Doctora Hamilton?

Arrodillada frente a mí, con la melena alborotada alrededor de la blusa rota, estaba la joven médica que había ido al funeral con Hennessy y Bobby Crawford. Parecía sorprendida de verme allí, los ojos ligeramente bizcos mientras intentaba admitir la realidad de las cuatro paredes del cuarto y mi presencia sobre la cama. Se recuperó en seguida, apretó los labios contra los dientes y me miró con ojos centelleantes como un puma acorralado.

—Doctora, lo siento... —Me estiré para ayudarla—. Creo que le he hecho daño.

—Déjeme tranquila. No se acerque y deje de respirar de ese modo; corre el riesgo de una hiperventilación.

Levantó las manos para apartarme, se puso de pie y se acomodó la falda sobre los muslos. Hizo una mueca al verse las rodillas golpeadas, y lanzó un malhumorado puntapié a la maleta con la que había tropezado.

—Maldita cosa...

—Pensé que era...

—¿David Hennessy? Dios mío, ¿acostumbra revolcarse con él en la cama? —Se frotó las muñecas enrojecidas y se las mojó con saliva—. Torpe, pero fuerte. A Frank no le habrá sido fácil que dejara de fastidiarlo saltando alrededor.

—Paula, no sabía quién era. Todas las luces estaban apagadas.

—Está bien... cuando te me echaste encima, yo estaba esperando a otro. —Me echó una rápida sonrisa y se puso a examinarme la cara y el pecho mientras se echaba el pelo hacia atrás para ver mejor—. En fin, pienso que sobrevivirás... Lamento el puñetazo. Había olvidado qué fuerza puede llegar a tener una mujer asustada.

—Te sugiero que no aprendas boxeo chino... seguro que aquí habrá clases. —Tenía las manos impregnadas de su perfume, y sin pensarlo me las limpié en la almohada—. Ese perfume... pensé que era la loción de David.

—¿Vas a quedarte aquí? Olerás a mí toda la noche. Qué idea tan espantosa... —Se abrochó la blusa mientras me observaba con cierta curiosidad, quizá comparándome con Frank. Dio un paso atrás y tropezó con la otra maleta—. Dios mío, ¿cuántas hay? Tienes que ser una amenaza en los aeropuertos. ¿Cómo diablos has llegado a convertirte en cronista de viajes?

El bolso de Paula estaba en el suelo con el contenido desparramado alrededor de la mesa de noche. Se arrodilló y guardó el manojito de llaves, el pasaporte y el talonario de recetas. Entre mis pies había una postal dirigida al personal del club. Se

la alcancé y vi que era una foto de Frank y Paula Hamilton en la puerta del bar Florian, en la Piazza San Marco. Enfundados en pesados abrigos, sonreían como una pareja en luna de miel. Yo había visto la postal en el escritorio de Frank, pero casi no la había mirado.

—¿Es tuya? —Le di la postal—. Parecen contentos.

—Lo estábamos. —Miró la foto y alisó un borde arrugado—. Fue hace dos años. Una época más feliz para Frank. He venido a buscarla. La encargamos juntos, así que en parte es mía.

—Guárdatela... a Frank no le importará. No sabía que fuerais...

—No. No te entusiasmes; somos sólo buenos amigos.

Me ayudó a arreglar la cama. Ahuecó las almohadas y estiró las sábanas con enérgicos ademanes de hospital. Era fácil imaginarla tendida en la oscuridad antes de que yo llegara, postal en mano, recordando sus vacaciones con Frank. Como me había dicho Bobby Crawford, detrás del aplomo profesional con el que ella se presentaba al mundo, parecía distraída y vulnerable, como una adolescente brillante pero incapaz de decidir quién era en realidad, quizá porque sospechaba que el papel de médica eficiente era una especie de pose.

Al guardar la postal en el bolso, sonrió con dulzura, pero en seguida reprimió esta pequeña muestra de afecto; observé que me miraba con los labios apretados. Sentí que quería hablarme de lo que sentía por Frank, pero tenía miedo de exhibir sus emociones, incluso ante sí misma. El humor irritable y los modales nerviosos de alguien que se incomodaba si tenía que estar más de unos segundos delante de un espejo, seguramente habían atraído a Frank, como me atraían a mí. Supuse que Paula Hamilton siempre se había movido por la vida en un ángulo oblicuo, alejada de sus emociones y su sexualidad.

—Gracias por la ayuda —le dije cuando terminamos de arreglar los muebles—, no quisiera asustar a la criada. Dime, ¿cómo has entrado?

—Tengo una llave. —Abrió el bolso y me enseñó un llavero—. Quería devolvérselas a Frank, pero nunca lo hice. Demasiado terminante, supongo. ¿Así que te estás mudando al apartamento?

—Por una o dos semanas. —Salimos del dormitorio al balcón. El aire fresco de la noche olía a jazmín y madreSelva—. Intento hacer de hermano mayor, sin ningún éxito. Si quiero sacar a Frank de esta pesadilla, tengo que saber un poco más. Intenté hablar con él esta mañana en el juzgado de Marbella, pero no lo conseguí. Para ser franco, se negó a verme.

—Lo sé. David Hennessy habló con el abogado de Frank. —Me tocó el hombro en una repentina muestra de simpatía—. Frank necesita tiempo para pensar. A los Hollinger les ha pasado algo espantoso. Sé que es terrible para ti, pero trata de ver las cosas desde el punto de vista de Frank.

—Lo hago, pero ¿cuál es el punto de vista de Frank? Ésa es la ventana que no puedo abrir. Supongo que no crees que sea culpable...

Paula se apoyó sobre la barandilla, tamborileando el metal frío al ritmo de la música lejana de la discoteca. Me pregunté qué la había llevado al apartamento —la postal parecía un pretexto trivial para una visita de medianoche— y por qué antes se había negado a verme. Seguía mirándome a la cara, como si no estuviese segura de que podía confiar en alguien que se parecía a Frank, pero que no dejaba de ser más que una segunda versión agrandada y torpe.

—¿Culpable? No, no lo creo... aunque no estoy segura de lo que significa culpable.

—Paula... sabemos muy bien lo que significa. ¿Frank incendió la casa de los Hollinger? ¿Sí o no?

—No. —La respuesta fue menos que inmediata, pero sospeché que me estaba provocando—. Pobre Frank. Lo viste el día que llegaste, ¿no? ¿Cómo estaba? ¿Duerme bien?

—No se lo pregunté. Supongo que no tiene mucho que hacer además de dormir.

—¿Te dijo algo? ¿Del incendio y cómo empezó?

—¿Cómo iba a hacerlo? Seguro que no sabe más que tú ni yo.

—No, supongo que no. —Paula caminó a lo largo del balcón, pasó junto a los helechos gigantes y las plantas carnosas, y llegó al otro extremo, donde había unas sillas arrimadas a una mesa baja y una tabla blanca de windsurf apoyada contra la pared, con el mástil y las jarcias al lado. Puso las manos sobre la superficie lisa como si fuera el pecho de un hombre. El haz de luz del faro le barría la cara, y vi que se mordía el labio golpeado, acordándose quizá del accidente que le había lastimado la boca.

De pie, junto a ella, miré la piscina silenciosa, un espejo negro que no reflejaba nada.

—Paula, no pareces muy segura de Frank. Todos los demás de Estrella de Mar están convencidos de que es inocente.

—¿Estrella de Mar? —Parecía que el nombre le despertaba cierta curiosidad, como si se refiriera a un reino mítico tan remoto como Camelot—. La gente aquí está convencida de todo tipo de cosas.

—¿Y? ¿Estás diciendo que es posible que Frank tenga algo que ver? ¿Qué sabes del incendio?

—Nada. De repente se abrió un conducto del infierno, y cuando volvió a cerrarse había cinco personas muertas.

—¿Estabas allí?

—Claro, todo el mundo estaba allí. ¿No se trataba de eso?

—¿En qué sentido? Mira...

Antes de que yo empezara a argumentar, ella se volvió, me miró a la cara y me tocó la frente con una mano tranquilizadora.

—Charles, estoy segura de que Frank no provocó el incendio. Pero es posible también que se sienta responsable de alguna manera.

—¿Por qué? —Esperé que me respondiese, pero ella miraba las ruinas oscuras de la casa Hollinger, una eminencia apagada que dominaba el pueblo. Se tocó el moretón de la mejilla y me pregunté si se habría lastimado mientras huía de las llamas. Decidí cambiar de táctica y le pregunté—: Supongamos que Frank tuviera algo que Ver. ¿Por qué querría matar a los Hollinger?

—No tiene explicación, eran las últimas personas a las que hubiera querido hacer daño. Frank es tan amable... tanto más inocente que tú, me parece, o yo. Si no me faltase valor, encendería aquí un montón de hogueras.

—No pareces muy cariñosa con Estrella de Mar.

—Digamos que conozco el lugar mejor que tú.

—¿Por qué te quedas entonces?

—Porque, en verdad... —Se apoyó contra la tabla. Una mano en la quilla, el pelo negro recortado sobre el plástico blanco: la pose de una modelo. Sentí que por alguna razón me miraba con un poco más de simpatía y dejaba al descubierto un lado casi galante de sí misma—. Tengo mi trabajo en la clínica. Es una cooperativa y me vería obligada a vender mi parte. Además, mis pacientes me necesitan. Alguien tiene que quitarles el Valium y el Mogadon, enseñarles cómo enfrentar el día sin una botella y media de vodka.

—¿Así que eres para la industria farmacéutica lo que fue Juana de Arco para los soldados ingleses?

—Algo así. Nunca me he considerado ninguna Juana. No oigo suficientes voces.

—¿Y los Hollinger? ¿Los tratabas?

—No, pero era muy amiga de Anne, la sobrina, y la ayudé a superar una sobredosis. Lo mismo que a Bibi Jansen. Estuvo en coma cuatro días. Casi se muere. La sobredosis de heroína colapsa el sistema respiratorio, tampoco es muy buena para el cerebro. A pesar de todo, la salvamos... hasta el incendio.

—¿Por qué trabajaba en casa de los Hollinger?

—La vieron en la unidad de cuidados intensivos, estaba en la cama de al lado de Anne, y prometieron cuidar de ella si se recuperaba.

Me apoyé sobre la barandilla, escuchando el ahogado ritmo de la música de la discoteca, y vi a los traficantes que rondaban cerca de la entrada.

—Siguen allí. ¿Así que hay mucha droga en Estrella de Mar?

—¿Y qué pretendes? Sé sincero, ¿qué otra cosa se puede hacer en el paraíso? Tomar el fruto psicoactivo que cae del árbol. Créeme, aquí todo el mundo trata de acostarse con la serpiente.

—Paula, ¿no es un poco demasiado cínico? —La tomé del brazo e hice que me mirara. Pensé en su fuerte cuerpo de nadadora mientras luchábamos en la cama de Frank. En sentido estricto, el intruso era yo. Durante las noches que habían pasado juntos, Frank y ella habían hecho suya esa cama, y ahora yo me entrometía entre las almohadas y los fantasmas de ambos—. No es posible que odies tanto a esta gente. Al fin y al cabo, Frank los apreciaba.

—Por supuesto. —Se contuvo, mordiéndose el labio—. Le encantaba el Club Náutico y lo convirtió en un éxito. Es prácticamente el centro neurálgico de Estrella de Mar. ¿Has visto los pueblos de la costa? Zombilandia. Cincuenta mil ingleses. Un hipertrofiado hígado lleno de vodka con tónica. Un fluido momificador que llega a cada casa como el agua corriente.

—Sí, me di una vuelta pero no aguanté más de diez minutos. El sol no brilla allí, sólo la televisión vía satélite. Pero ¿por qué Estrella de Mar es tan distinta? Alguien le dará cuerda.

—Frank. Antes de que él llegara el lugar estaba bastante dormido.

—Galerías de arte, clubes de teatro, asociaciones corales. Ayuntamiento propio, un cuerpo de vigilancia voluntario. Quizá haya algunos traficantes y un par de esposas que hacen la calle, pero parece una auténtica comunidad.

—Eso dicen. Frank siempre señalaba que el futuro sería como Estrella de Mar. Échale una mirada mientras dure.

—Quizá tenga razón. ¿Y cómo consiguió hacer todo esto él solo?

—Muy fácil. —Paula sonrió—. Tenía uno o dos amigos importantes que lo ayudaron.

—¿Tú, Paula?

—No, yo no. Descuida, nunca dejo abierto los botiquines. Quiero a Frank, pero lo último que deseo es estar en la celda de al lado en la cárcel de Málaga.

—¿Y Bobby Crawford? Él y Frank eran muy amigos.

—Muy amigos. —Apretó la barandilla con las manos—. Demasiado amigos, en realidad. Ojalá no se hubieran conocido nunca.

—¿Por qué? Crawford parece muy agradable. Un poco maniaco a veces, pero con el encanto de todo un coro de revista musical. ¿Tenía demasiado poder sobre Frank?

—Para nada. Frank utilizaba a Bobby. Ésa es la clave de todo. —Miró la casa Hollinger, y con un esfuerzo se volvió y le dio la espalda—. Bueno, tengo que pasar por la clínica. Que duermas bien, si puedes soportar esa música disco. En la víspera del incendio, Frank y yo casi pasamos la noche en vela.

—Pensaba que la relación entre vosotros se había acabado.

—Sí, se había acabado. —Me miró a los ojos—. Pero seguíamos acostándonos juntos...

La acompañé hasta la puerta; tenía ganas de volver a verla pero no sabía cómo decírselo. Durante la conversación ella había dejado deliberadamente varias puertas entreabiertas, pero supuse que la mayoría no llevarían a ninguna parte.

—Paula, una última cosa. Cuando forcejamos en la cama, dijiste que ya no querías seguir jugando.

—¿Ah sí?

—¿A qué juego te referías?

—No sé. ¿Escarceos adolescentes? Nunca me han gustado mucho.

—Pero no era ningún escarceo. Pensaste que te estaban violando.

Me miró pacientemente, me tomó la mano, y vio la herida infectada que todavía tenía una astilla de la raqueta de Crawford.

—Tiene mala pinta. Pasa por la clínica que te la miraré. ¿Una violación, dijiste? No, te confundí con algún otro...

Después de cerrar la puerta, volví al balcón y miré hacia la piscina. La discoteca había cerrado, y el agua oscura parecía atraer todo el silencio de la noche. Paula emergió del restaurante y tomó el camino más largo hasta el parque. El bolso le rebotaba con gracia contra la cintura. Me saludó dos veces con la mano, claramente consciente de mi atención. Yo ya envidiaba a Frank por haber despertado el afecto de esta extravagante y joven doctora. Después de haber forcejeado con ella en la cama de Frank, era demasiado fácil pensar que un día haríamos el amor. La imaginé en la unidad de cuidados intensivos entre agentes de bolsa comatosos y viudas cardíacas, en la intimidad especial de los catéteres y los sueros.

Cuando los faros del coche de Paula se alejaron en la oscuridad, me aparté de la barandilla, más que dispuesto a dormir. Pero antes de que diera un paso atrás, el follaje se sacudió de repente detrás de mí, como si alguien se abalanzara a través del helecho gigante. Un par de manos violentas me agarraron por los hombros y me empujaron contra la barandilla. Sorprendido por el ataque, caí de bruces mientras una tira de cuero me apretaba el cuello. Sentí en la cara una respiración jadeante mezclada con aliento a whisky de malta. Traté de quitarme la tira, pero sentí que me arrojaban contra las baldosas como un novillo enlazado y derribado por un diestro jinete de rodeo.

Un pie pateó la mesa del balcón contra las sillas. La tira de cuero se soltó y unas manos de hombre me apretaron la garganta. Poderosas y sensibles controlaban el aire que yo podía inspirar durante los breves instantes en que aflojaba los dedos. Me buscaba los músculos y los vasos de la garganta, casi como si tocara la melodía de mi muerte.

Respirando apenas, me aferré a la barandilla mientras el haz de luz del faro se desvanecía y la noche se cerraba dentro de mi cabeza.

El olor de la muerte

—Cinco asesinatos son más que suficientes, señor Prentice. No queremos un sexto. Se lo digo oficialmente.

El inspector Cabrera levantó los robustos brazos al techo, listo para aguantar cualquier peso pero no los problemas que yo le planteaba. Yo ya era todo un seminario extra para este detective joven y atento, como si yo hubiera decidido probar personalmente, hasta hacerlas pedazos, todas las clases sobre psicología del victimismo que le habían dado los instructores de la academia.

—Comprendo, inspector, pero quizá debería hablar con el hombre que me atacó. Le agradezco que haya venido.

—Bien. —Cabrera se volvió hacia Paula Hamilton que trajinaba con mi collar ortopédico y le pidió que fuese testigo de lo que me estaba diciendo—. El juicio del hermano de usted se celebrará dentro de tres meses —me explicó lacónicamente—, así que ahora vuelva a Inglaterra o váyase a la Antártida. Si se queda, puede provocar otra muerte... esta vez la suya.

Yo estaba sentado en el sillón de Frank y masajeaba con los dedos el cuero suave de club privado. Asentí con la cabeza, pero pensaba en el cuero mucho más correoso que había dejado mi cerebro sin sangre. Paula se inclinó sobre mí, con una mano en mi hombro y la otra en el maletín médico, como si no estuviera segura de mi estado mental. Todo parecido entre Frank y yo se había borrado con el asalto en el balcón y mi ligero rechazo a aceptar que alguien había tratado de matarme.

—Ha dicho «oficialmente»... ¿Significa que me expulsan de España?

—Desde luego que no —se burló Cabrera negándose a entrar en mis juegos verbales—. La expulsión es cuestión del Ministerio de Interior y la justicia española. Puede quedarse el tiempo que se le ocurra. Al aconsejarle que se vaya le hablo como un amigo, señor Prentice. ¿Qué va a hacer aquí? Es una lástima, pero su hermano no quiere verlo.

—Inspector, quizá ahora cambie de idea.

—Aun así, no influirá en el juicio. Piense en la seguridad de usted. Anoche un hombre trató de matarlo.

Me acomodé el collar y le indiqué a Cabrera que se sentara, preguntándome a la vez cómo podría tranquilizarlo.

—En realidad, no creo que haya querido matarme. En ese caso yo no estaría sentado aquí.

—Eso es absurdo, señor Prentice... —Cabrera desdeñó pacientemente esta

noción de amateur y señaló el balcón—. Puede que lo hayan visto desde abajo por la luz del faro. Tuvo suerte una vez, pero dos es mucho esperar. Doctora Hamilton, dígaselo. Convénczalo de que aquí su vida está en peligro. Hay gente en Estrella de Mar que protege su vida privada por encima de todo.

—Charles, piénsalo. Has estado haciendo un montón de preguntas espantosas. —Paula se sentó en el brazo de mi sillón—. No puedes ayudar a Frank, y además han estado a punto de asesinarte.

—No... —Traté de separar el collar ortopédico de los músculos magullados de mi cuello—. Fue un aviso... una especie de billete de vuelta gratis a Londres.

Cabrera acercó una silla y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo como si examinara a un mamífero grande y obtuso.

—Si fue un aviso, señor Prentice, tendría que escucharlo. No es bueno andar tentando la suerte.

—Exactamente, inspector. Éste es el progreso que esperaba. Está claro que he provocado a alguien, casi por descontado al asesino de los Hollinger.

—¿No le vio la cara? ¿Ni reconoció los zapatos o la ropa? ¿O la loción...?

—No, me agarró por detrás. Tenía un olor extraño en las manos, quizá algún aceite especial que usan los estranguladores profesionales. Seguro que no es la primera vez que lleva a cabo un ataque parecido.

—¿Un asesino profesional? Entonces me sorprende que pueda hablar. La doctora Hamilton dice que no tiene nada en la garganta.

—Es bastante inexplicable, inspector. —Paula frunció los labios mientras señalaba los moretones que me habían dejado los dedos del agresor en el lado izquierdo del cuello. El ataque la había conmocionado. Ella, que era una mujer ingeniosa y nunca se quedaba sin palabras, ahora estaba casi en silencio. Me había dejado solo en el apartamento y en parte se sentía responsable de mis heridas. Sin embargo, no parecía sorprendida, como si hubiera esperado el ataque—. En casos de estrangulamiento —dijo con tono de conferenciante—, casi siempre aprietan la laringe. En realidad es difícil estrangular a alguien hasta que pierda el conocimiento sin causar un daño estructural en los nervios y en los vasos sanguíneos. Has tenido suerte, Charles. Probablemente te desmayaste al golpear la cabeza contra el suelo.

—No, no me golpeé. Me bajó la cabeza con mucho cuidado. Me duele la garganta... casi no puedo tragar. Utilizó una llave peculiar en el cuello, como un buen masajista. Lo curioso es que me siento como si estuviera un poco drogado.

—Euforia postraumática —comentó Cabrera que al fin conseguía meter en la conversación uno de sus seminarios de psicología—. La gente a menudo se ríe cuando sale ilesa de un accidente de avión. Llaman un taxi y se van a casa.

Cuando Cabrera llegó al apartamento y me encontró en el balcón tranquilizando a Paula y diciéndole que me sentía bien, obviamente sospechó que me había imaginado el ataque. Sólo cuando Paula le enseñó los moretones en la mandíbula y el cuello, y los coágulos en las venas hinchadas, aceptó mi relato.

Yo había recuperado el conocimiento en la madrugada; me desperté tendido en el balcón entre las plantas volcadas y las muñecas atadas a la mesa con el cinturón de mis pantalones. Casi no podía respirar. Sentía bajo el cuerpo las baldosas frías mientras el haz de luz del faro barría el grisáceo amanecer. Cuando se me despejó la cabeza, traté de recordar algún detalle de mi agresor. Había actuado con la rapidez de los especialistas en combate sin armas, como esos comandos tailandeses que yo había visto desfilar en Bangkok mientras mostraban al público cómo atrapar y matar a un centinela enemigo. Recordé los muslos y las rodillas fuertes enfundados en algún tipo de pana oscura y la suela de goma que se aferraba a las baldosas: el único ruido aparte de mis entrecortados jadeos. Estaba seguro de que el individuo había tenido cuidado de no hacerme daño. Había evitado los conductos importantes de la laringe y había apretado sólo hasta sofocarme. No había mucho más que ayudara a identificarlo. Tenía un olor oleoso y astringente en las manos, y supuse que se había dado un baño ritual.

A las seis, cuando me solté las muñecas, cojeé hasta el teléfono y le pedí con voz ronca al asombrado portero de noche que llamara a la policía y denunciara el ataque. Al cabo de dos horas, llegó un detective veterano de la brigada antirrobo de Benalmádena. Mientras el portero traducía, señalé los muebles tirados y las marcas zigzagueantes en el piso de baldosas. El detective no parecía muy convencido, y le oí murmurar «doméstica» en el teléfono móvil. Sin embargo, cuando oyó mi apellido cambió de actitud.

El inspector Cabrera llegó mientras Paula Hamilton estaba atendiéndome. El portero la había llamado mientras yo descansaba en el balcón y vino inmediatamente de la Clínica Princess Margaret. Impresionada por el ataque, e imaginando en seguida a Frank en mi lugar, se quedó tan desconcertada como Cabrera por la tranquilidad de mi reacción. La observé mientras me tomaba la presión y me examinaba las pupilas, y advertí que estaba muy perturbada: el estetoscopio se le cayó dos veces al suelo.

No obstante, me sentía más fuerte de lo que yo mismo había esperado. El ataque había reanimado mi flaqueante confianza. Durante unos instantes desesperados había forcejeado con un hombre que muy bien podía ser el responsable de la muerte de los Hollinger. Mi cuello tenía las huellas de las manos que habían llevado a la mansión los bidones de éter.

Cansado del collar y del blando sillón de cuero, me levanté y caminé hasta el balcón. Cabrera me miraba desde la puerta y contuvo a Paula cuando intentó tranquilizarme.

Señaló el *brise-soeil* que colgaba sobre el balcón.

—Entrar por el techo es imposible, y el balcón está demasiado alto para una escalera de mano. Es curioso, señor Prentice, pero hay una sola manera de entrar en el apartamento; por la puerta. Sin embargo, usted insiste en que la cerró con llave.

—Por supuesto. Pensaba pasar la noche aquí. En realidad, he dejado el hotel y me he trasladado al apartamento. Tengo que ver todo más de cerca.

—Entonces, ¿cómo se explica que el agresor consiguiera llegar al balcón?

—Es posible que estuviera esperándome, inspector. —Me acordé del tapón del botellón de whisky. Paula había entrado en el apartamento sin saber que el asaltante se ocultaba en la oscuridad bebiéndose tranquilamente un Orkney. Había oído nuestra pelea en el cuarto, había reconocido mi voz y esperó a que ella se marchara.

—¿Quién más tiene llaves? —preguntó Cabrera—. ¿Las mujeres de la limpieza, el portero?

—Nadie más. No, espere un minuto...

Vi que Paula me miraba por el espejo sobre la repisa de la chimenea. Con el moretón en el labio y despeinada, parecía una niña culpable, una asombrada Alicia que de repente se había convertido en una mujer adulta, atrapada en el lado equivocado del espejo. Yo no le había dicho a Cabrera que ella había estado en el apartamento la noche anterior.

—¿Señor Prentice? —Cabrera me observaba con interés—. ¿Ha recordado algo...?

—No. Las llaves no estaban guardadas en ninguna caja fuerte, inspector. Cuando la policía terminó de registrar el apartamento, y después de detener a Frank, usted se las dio al señor Hennessy. Estaban en un cajón del escritorio. Cualquiera pudo entrar y hacer una copia.

—Por supuesto. Pero ¿cómo sabía el atacante que usted estaba aquí? Decidió irse de Los Monteros a última hora de la tarde.

—Inspector... —Este joven policía, atento pero implacable, parecía decidido a convertirme en el primer sospechoso—. Soy la víctima; no puedo hablar por el hombre que trató de estrangularme. Quizá estaba en el club y me vio bajar las maletas. Tal vez llamó a Los Monteros y le dijeron que me había mudado aquí. Tendría que investigar esas pistas, inspector.

—Naturalmente... Seguiré el consejo de usted, señor Prentice. Como periodista, habrá visto muchas fuerzas policiales en acción. —Cabrera hablaba secamente mientras examinaba las marcas de zapatillas en las baldosas, como si tratase de calcular el peso del asaltante—. Yo diría que usted entiende lo que es la profesión policial.

—¿Y qué importa, inspector? —intervino Paula, irritada por el interrogatorio de Cabrera. Ahora tenía una expresión tranquila y me tomó del brazo para que me apoyara sobre su hombro—. Es bastante difícil que el señor Prentice se haya atacado a sí mismo. Y además, ¿qué motivos tendría?

Cabrera miró soñadoramente al cielo.

—¿Motivos? Sí, y cómo complican el trabajo de la policía. Los hay de muchas clases, y significan cualquier cosa menos lo que uno piensa. Sin motivos nuestras investigaciones serían mucho más fáciles. Dígame, señor Prentice, ¿ha ido a la casa Hollinger?

—Hace unos días. Me llevó el señor Hennessy, pero no pudimos entrar. Es un

espectáculo deprimente.

—Muy deprimente. Le sugiero que haga otra visita. Esta mañana me han entregado el informe de las autopsias. Mañana, cuando haya descansado, lo llevaré a la casa con la doctora Hamilton. Me interesa la opinión de usted...

Pasé la tarde en el balcón con el collar ortopédico que me rozaba el cuello y los pies apoyados en el suelo rayado. Un geómetra demente había trazado con la tierra desparramada de las macetas el diagrama de una extraña danza mortal. Aún sentía las manos del atacante en mi cuello, oía la agitada respiración, que olía a whisky de malta.

A pesar de lo que le había dicho a Cabrera, yo también hubiese querido saber cómo mi atacante había entrado en la casa y por qué había elegido la misma noche en que yo había dejado el hotel Los Monteros. Ya había advertido que alguna gente me estaba vigilando; quizá me veían como algo más peligroso que el preocupado hermano de Frank. Otro asesinato no les convenía, pero un intento de estrangulamiento podía llevarme al aeropuerto de Málaga y a un rápido regreso a la seguridad de Londres.

A las seis, poco antes de que Paula regresara, me di una ducha para despejarme la cabeza. Al enjabonarme con el gel de Frank, reconocí el perfume, una mezcla extraña de pachulí y aceite de lirio; el mismo olor que había impregnado las manos del atacante cubría ahora mi cuerpo.

Mientras me enjuagaba la ofensiva fragancia, imaginé que él estaba escondido en el baño cuando llegué al apartamento, y que había tocado la botella de gel. Cuando Paula entró con su propia llave, el hombre estaría registrando el apartamento y ella no lo había visto mientras buscaba la postal.

El ataque, no obstante, lejos de conseguir que me fuera, me impulsaba a interesarme aún más por la muerte de los Hollinger y a tomar la decisión de quedarme en Estrella de Mar.

Me vestí y regresé al balcón, desde donde oía las zambullidas de los nadadores que se bañaban en la piscina de abajo y los pelotazos de los jugadores que practicaban con la máquina de tenis en las pistas. Aún tenía en la piel el leve aroma del gel de baño; el perfume de mi propio estrangulamiento me abrazaba como un recuerdo prohibido.

El infierno

Una nube de polvo ceniciento cubría las laderas de las colinas mientras las ruedas del coche de Cabrera mordían la acera, un manto calcáreo que se arremolinaba entre las palmeras y flotaba sobre las entradas de las mansiones junto al camino. Cuando el aire se aclaró, vimos la casa Hollinger en su montaña de fuego, un vasto enrejado obstruido con brasas apagadas. Paula, con los dientes apretados, movía el cambio de marchas para seguir al coche del policía por las curvas, disminuyendo la velocidad sólo por respeto a mi garganta lastimada.

—No deberíamos estar aquí —me dijo, aún claramente impresionada por el ataque que yo había sufrido y la idea de que hubiera semejante violencia en Estrella de Mar—. No descansas bastante. Quiero que vengas mañana a la clínica para otra radiografía. ¿Cómo te sientes?

—¿Físicamente? Diría que soy una ruina completa. Mentalmente, bien. El ataque puso algo en marcha. Quienquiera que lo haya hecho, tenía manos hábiles. Una vez vi a unos estranguladores profesionales en el norte de Borneo, ejecutando a supuestos bandidos. Muy desagradable, pero en cierta forma creo que...

—¿Sabes lo que se siente? Me parece que no. —Disminuyó la velocidad para poder mirarme—. Cabrera tenía razón: pareces un poco eufórico. ¿Estás en condiciones de ir a la casa Hollinger?

—Paula, deja de hacerte la niña juiciosa. Este caso está a punto de resolverse, lo presiento, y creo que Cabrera también.

—Él presiente que vas a conseguir que te maten. Tú y Frank... pensaba que erais muy diferentes, pero estás más loco que él.

Apoyé el collar ortopédico contra el reposacabezas y la observé inclinada sobre el volante. Decidida a que Cabrera no la dejara atrás, miraba fieramente el camino y apretaba el acelerador cada vez que tenía una mínima oportunidad. La lengua afilada y los modales bruscos ocultaban una inseguridad que me parecía bastante atractiva. Fingía mirar desde arriba a la comunidad de expatriados de la costa, pero curiosamente se tenía en muy baja estima y se irritaba cada vez que intentaba burlarme de ella. Sabía que se sentía molesta consigo misma por haberle ocultado a Cabrera que había estado en el apartamento, presumiblemente por miedo a que supusiera que teníamos alguna aventura.

Miguel, el taciturno chófer de los Hollinger, estaba abriendo la puerta cuando alcanzamos a Cabrera. El viento había movido la ceniza que cubría el jardín y la pista

de tenis, pero la propiedad seguía bañada en una luz marmórea, un mundo de penumbras avistado apenas en un sueño mórbido. La muerte había llegado a casa de los Hollinger y había decidido quedarse, acomodando unas faldas cenicientas sobre las sombras de los senderos.

Cabrera nos saludó cuando nos detuvimos y caminó con nosotros hasta la escalinata de la casa.

—Doctora Hamilton, muchas gracias por dedicarnos un poco de tiempo. ¿Está listo, señor Prentice? ¿No está muy cansado?

—No, para nada, inspector. Si siento que voy a desmayarme, esperaré fuera. La doctora Hamilton podría describírmelo más tarde.

—Muy bien. Al fin le oigo algo sensato. —Me observaba cuidadosamente, estudiando mis reacciones, como si yo fuera una cabra atada cuyos balidos podían sacar al tigre de su guarida. Yo estaba seguro que en ese momento él no quería que yo regresase a Londres.

—Bueno... —Cabrera le dio la espalda a las pesadas puertas de roble, todavía precintadas por la policía, y señaló el sendero de grava que rodeaba la parte suroeste de la casa y que llevaba a la cocina y el garaje—. Es muy peligroso entrar en el salón y las habitaciones de abajo, por lo tanto, sugiero que sigamos el camino que tomó el asesino. Así veremos los acontecimientos en el orden en que sucedieron. Nos ayudará a entender qué pasó esa tarde, y, quizá, a entender la psicología de las víctimas y el asesino...

Cabrera, satisfecho con su nuevo papel de guía turístico de una mansión señorial, nos llevó alrededor de la casa. El Bentley de los Hollinger, una reliquia azul, estaba fuera del garaje y era la única entidad limpia y brillante del lugar. Miguel había lavado y encerado la limusina, y los guardabarros centelleaban sobre las ruedas. Nos había seguido por el sendero y ahora esperaba pacientemente junto al coche. Sin dejar de mirarme, levantó la gamuza y empezó a lustrar la parrilla del radiador.

—Pobre hombre... —Paula me tomó por el brazo, evitando mirar los trozos de vigas calcinados que nos rodeaban, y trató de sonreír al chófer—. ¿Te parece bien que se quede ahí?

—¿Por qué no? Parece como si aguardara el regreso de los Hollinger. Inspector, ¿qué sabe de la psicología de los chóferes...?

Pero Cabrera señalaba el tramo de escalera que conducía a la casa de los cuidadores, encima del garaje. La verja de hierro al lado de la puerta daba a una loma calcinada en la que había florecido un huerto de limoneros. Cabrera subió la escalera y se quedó junto a la verja.

—Doctora Hamilton, señor Prentice... desde el huerto se ve la entrada. Ahora imaginemos la situación la tarde del quince de junio. A eso de las siete la fiesta está animada, con todos los invitados en la terraza, al lado de la piscina. Como recordará, doctora Hamilton, los Hollinger salen a la galería del último piso y brindan por la Reina. Todo el mundo mira hacia arriba con las copas levantadas y nadie ve al

pirómano cuando abre la verja del huerto.

Cabrera bajó la escalera y pasó junto a nosotros hacia la entrada de la cocina. Sacó un llavero del bolsillo y abrió la puerta. Agradecí la delicadeza del término «pirómano», aunque sospechaba que el recorrido estaba destinado a que yo dejara de creer en la inocencia de Frank.

—Inspector, Frank estaba en la terraza con los otros invitados. ¿Para qué iba a irse de la fiesta y esconderse en el huerto? Un montón de gente había hablado con él junto a la piscina.

Cabrera asintió comprensivo.

—Exactamente, señor Prentice. Pero nadie recuerda haber hablado con él después de las seis y media. ¿Usted, doctora Hamilton?

—No... estaba con David Hennessy y unos amigos. No vi a Frank. —Se volvió y se quedó mirando el Bentley brillante, mientras se apretaba el moretón claro del labio como si quisiera que no desapareciera—. A lo mejor no vino a la fiesta.

Cabrera rechazó la idea con firmeza.

—Muchos testigos hablaron con él, pero ninguno a partir de las siete menos cuarto. Recuerden que el pirómano necesitaba tener el material incendiario a mano. Nadie se fijaría en un invitado que subía por la escalera hacia el huerto. Llegó y recogió sus bombas: tres bidones de éter y gasolina que había enterrado superficialmente el día anterior a unos veinte metros de la verja. Cuando empezó el brindis por la Reina, se encaminó hacia la casa. La puerta más cercana y accesible es ésta, la de la cocina.

Asentí con un movimiento de cabeza, pero pregunté:

—¿Y el ama de llaves? Lo habría visto, ¿no?

—No. El ama de llaves y el marido estaban cerca de la terraza, ayudando a los camareros contratados a servir el champán y los canapés. También levantaron sus copas y no vieron nada.

Cabrera empujó la puerta y nos hizo señas de que entráramos en la cocina. Era una construcción de ladrillos anexa a la casa principal y la única parte que no se había dañado. Unas sartenes colgaban de las paredes, y los estantes estaban repletos de especias, hierbas y aceite de oliva. No obstante, el hedor fermentado de las alfombras mojadas y el olor acre de las telas ennegrecidas llenaban la habitación. El suelo estaba encharcado y había que caminar por unos tablones empapados puestos por los investigadores de la policía. Cabrera esperó a que entráramos.

—De modo que el pirómano se introduce en la cocina vacía y echa llave a la puerta —continuó—. La casa ahora está cerrada al mundo exterior. Los Hollinger prefieren que sus invitados no entren, así que han echado llave a todas las puertas de la terraza. En realidad, los invitados estaban completamente separados de los anfitriones... Una costumbre inglesa, supongo. Ahora sigamos al pirómano cuando sale de la cocina...

Cabrera nos guió hasta la despensa, una habitación grande que ocupaba una parte

del anexo. Un refrigerador, una lavadora y una secadora se alzaban en el suelo de cemento rodeadas de charcos de agua. Al lado de un congelador, había un cuarto bajo que guardaba el sistema de calefacción y aire acondicionado central. Cabrera entró y señaló el aparato parcialmente desmantelado, una estructura del tamaño de una caldera que parecía una turbina.

—El colector de entrada extrae aire por un conducto en el techo. El aire se filtra y humidifica, después se enfría durante el verano o se calienta en invierno y por último se bombea a las habitaciones de la casa. El pirómano apaga el sistema; necesita sólo unos minutos y nadie lo notará. Quita la cubierta del humidificador, saca el agua y lo llena con la mezcla de éter y gasolina. Ahora está todo preparado para una enorme y cruel explosión...

Cabrera nos condujo por el pasillo de servicio que llevaba a la casa. Nos detuvimos en el espacioso salón y nos miramos en los espejos manchados de espuma como visitantes de una gruta marina. La escalera subía unos pocos peldaños y se dividía debajo de una enorme y majestuosa chimenea que dominaba el salón. En la rejilla de hierro había trozos de tela quemada. La ceniza había sido cuidadosamente tamizada por los investigadores de la policía.

—Todo está listo —continuó Cabrera observándome atentamente—. Los invitados están fuera, de fiesta ansiosos por acabar el champán. Los Hollinger, Anne la sobrina, la criada sueca y el secretario, el señor Sansom, se han retirado a las habitaciones para huir del ruido. El pirómano trae el otro bidón de gasolina y éter y empapa una alfombra pequeña que ha puesto en la chimenea. Las llamas, que enciende con unas cerillas o un encendedor, estallan rápidamente. Regresa a la despensa. Mientras el fuego empieza a apoderarse de la escalera pone en marcha el aire acondicionado...

Cabrera se detuvo y esperó; Paula me apretaba el brazo con una mano y se mordía los nudillos.

—Es terrible pensarlo, pero al cabo de unos segundos la mezcla de gasolina empieza a circular por los conductos de ventilación y entra en combustión inflamada por las llamas de la escalera. Las habitaciones del piso de arriba se convierten en un infierno. Nadie escapa, a pesar de que hay una escalera de emergencia que lleva a la terraza desde una puerta en el descanso. La filmoteca del señor Hollinger, en la habitación contigua al estudio, se suma al fuego. La casa es un horno, y todos los que están dentro mueren en cuestión de minutos.

Sentí que Paula se tambaleaba contra mí y le pasé un brazo por los hombros temblorosos. Estaba llorando y las lágrimas me mancharon las solapas de la chaqueta de algodón. Parecía a punto de desplomarse, pero de pronto se enderezó y murmuró:

—Dios mío, ¿quién pudo hacer algo así?

—Frank seguro que no, inspector —le dije a Cabrera lo más tranquilamente que pude, sin dejar de sostener a Paula—. Desmontar el aire acondicionado y convertirlo en un arma incendiaria... Frank apenas es capaz de cambiar una bombilla.

Quienquiera que lo haya hecho tiene que haber sido alguien entrenado en sabotaje militar.

—Quizá, señor Prentice... —Cabrera miró a Paula con evidente preocupación y le ofreció su pañuelo—. Pero todo puede aprenderse, especialmente las cosas peligrosas. Sigamos con nuestro recorrido.

La escalera, estaba cubierta de maderas quemadas y yeso del techo, pero los investigadores de la policía la habían despejado en parte abriendo una estrecha senda ascendente. Cabrera subió por la escalera apoyándose en la ennegrecida barandilla y hundiendo los pies en la alfombra empapada. El panel de roble que rodeaba la chimenea se había convertido en carbón, pero en algunos sitios conservaba aún el perfil de un escudo heráldico.

Nos detuvimos en el descanso, rodeados de paredes chamuscadas, con el cielo abierto sobre nuestras cabezas. En las puertas de las habitaciones sólo quedaban los picaportes y las bisagras, y a través de los marcos alcanzamos a ver los cuartos destruidos con sus muebles incinerados. El equipo forense había tendido una pasarela de tablones a través de las vigas descubiertas, y Cabrera se encaminó con cautela al primero de los dormitorios.

Ayudé a Paula a avanzar por el tablón que se balanceaba y la sostuve en el umbral. En el centro del cuarto quedaban los restos de una cama con dosel, y alrededor se veían los fantasmas carbonizados de un escritorio, un tocador y un armario grande de roble de estilo español. Sobre la repisa de la chimenea había una hilera de fotos enmarcadas. Algunos de los cristales se habían fundido con el calor, pero un marco, sorprendentemente intacto, mostraba un hombre de rostro rubicundo vestido de esmoquin, de pie ante un atril con la inscripción: «Beverly Wilshire Hotel».

—¿Es Hollinger? —pregunté a Cabrera—. ¿Hablando en Los Ángeles ante la industria cinematográfica?

—Hace muchos años —confirmó Cabrera—. Cuando llegué a Estrella de Mar era mucho más viejo. Ésta era su habitación. Según el ama de llaves, siempre dormía una hora antes de la cena.

—Qué final... —Miré los muelles del colchón; parecían los alambres de una enorme parrilla eléctrica—. Sólo espero que el pobre hombre no se haya despertado.

—En realidad, el señor Hollinger no estaba en la cama. —Cabrera señaló el cuarto de baño—. Se refugió en el jacuzzi, probablemente para salvarse del fuego.

Entramos en el baño y vimos la bañera semicircular llena de un agua alquitranada. El suelo estaba cubierto de tejas y las paredes de cerámica azul manchadas de humo, pero, por lo demás, el cuarto estaba intacto: una cámara de ejecución con muros de azulejos. Me imaginé al viejo Hollinger despertando con los postes de la cama en llamas, incapaz de avisar a su mujer en la habitación contigua, y metiéndose en el jacuzzi mientras una bola de fuego brotaba de la rejilla del aire acondicionado.

—Pobre hombre... —comenté—, morir solo en un jacuzzi. Hay una advertencia en...

—Es posible. —Cabrera se humedeció las manos en el agua—. En realidad no estaba solo.

—¿Ah no? ¿La señora Hollinger estaba con él? —Pensé en el matrimonio de ancianos tomando un jacuzzi antes de vestirse para la cena—. En cierto sentido es bastante conmovedor.

Cabrera sonrió débilmente.

—La señora Hollinger no estaba aquí, sino en la habitación de al lado.

—¿Entonces quién estaba con Hollinger?

—La criada sueca, la joven Bibi Jansen. Usted fue a su funeral.

—Sí... —Traté de imaginarme al viejo millonario y a la chica sueca juntos en el agua—. ¿Está seguro de que era Hollinger?

—Por supuesto. —Cabrera hojeó un bloc de notas—. Un cirujano de Londres identificó el clavo de acero especial que tenía en la cadera derecha.

—Dios mío... —Paula me soltó el brazo y pasó al lado de Cabrera hacia el lavabo. Se miró en el espejo empañado, como si tratara de reconocer su propia imagen, y se inclinó sobre la loza llena de ceniza con la cabeza gacha. Me di cuenta de que la visita a la casa era mucho más perturbadora para ella que para mí.

—No conocía a Hollinger ni a Bibi Jansen —le dije a Cabrera—, pero es difícil imaginárselos a los dos juntos en un jacuzzi.

—Técnicamente, es correcto. —Cabrera continuaba mirándome con atención—. Pero sería más correcto decir que eran tres.

—¿Tres personas en el jacuzzi? ¿Quién era la tercera?

—El hijo de la señorita Jansen. —Cabrera acompañó a Paula a la puerta—. La doctora Hamilton puede confirmar que estaba embarazada.

Mientras Cabrera inspeccionaba el baño y medía las paredes con una cinta métrica, salí con Paula del dormitorio de Hollinger. Entramos por la pasarela de tablones en una pequeña habitación que daba al pasillo. Aquí el fuego había sido todavía más feroz. Los restos ennegrecidos de una muñeca grande yacían en el suelo como un bebé calcinado, pero el torrente de agua que la manguera había lanzado por el techo había borrado cualquier otra huella. En un rincón, una pequeña mesa se había salvado del riego y aún sostenía un lector de CD.

—Era la habitación de Bibi —me dijo Paula con voz cansada—. Ese calor tuvo que ser... No sé por qué estaba aquí, lo lógico era que se encontrara junto a la piscina, con los demás.

Alzó la muñeca, la puso sobre los restos de la cama y se sacudió la ceniza de las manos. Tenía en la cara una expresión que era de dolor y en seguida de ira, como si hubiera perdido un paciente muy apreciado por la incompetencia de un colega. La rodeé con el brazo, contento de que se apoyara en mí.

—¿Sabías que estaba embarazada?

—Sí, de cuatro o cinco semanas.

—¿Quién era el padre?

—No tengo idea. No me lo dijo.

—¿Gunnar Andersson? ¿El doctor Sanger?

—¿Sanger? —Paula apretó el puño contra mi pecho—. Por favor, él era su figura paterna.

—Aun así. ¿Cuándo estuviste aquí por última vez?

—Hace seis semanas. Bibi había estado nadando por la noche y tuvo un enfriamiento en los riñones. Charles, ¿quién pudo provocar un incendio como éste?

—Frank no, eso es seguro. Dios sabe por qué confesó. Pero me alegro de que hayamos venido. Es evidente que alguien odiaba a los Hollinger.

—A lo mejor no imaginó lo rápido que ardería la casa. ¿No habrá sido una broma que salió mal?

—No, todo estaba demasiado previsto. La manipulación del aire acondicionado... fue un asunto serio.

Volvimos a reunirnos con Cabrera en una habitación al otro lado del descanso. La puerta había desaparecido, absorbida por el aire de la noche en el torbellino de llamas y gas.

—Ésta era la habitación de Anne Hollinger, la sobrina —explicó Cabrera mirando sombríamente el esqueleto del cuarto destruido. Hablaba más bajo, ya no era el conferenciante de la academia de policía; estaba agotado como Paula, y como yo, por la experiencia de visitar estas cámaras de la muerte—. El calor fue tan intenso que no hubo manera de escapar. Como el aire acondicionado estaba encendido tendrían cerradas todas las ventanas.

El equipo forense había desmontado la cama, presumiblemente para retirar del colchón calcinado los restos carbonizados de la sobrina.

—¿Dónde la encontraron? —preguté—. ¿En la cama?

—No, ella también murió en el cuarto de baño, pero no en el jacuzzi. Estaba sentada en el inodoro... una postura macabra, como *El pensador* de Rodin. —Paula tembló contra mi brazo, y Cabrera añadió—: Parece que al menos era feliz cuando murió. Encontramos una jeringa hipodérmica...

—¿Qué tenía dentro? ¿Heroína?

—Quién sabe. El fuego fue demasiado feroz para poder analizarla.

Debajo de la ventana, quizá gracias a la ráfaga de aire frío que había entrado cuando estallaron los cristales, habían sobrevivido un televisor y un vídeo. El mando a distancia estaba en la mesa de noche, derretido como una tableta de chocolate; en el plástico aún se veían los números borrosos.

—Me pregunto qué programa estaría mirando... —dije a mi pesar—. Lo siento... parece una crueldad.

—Lo es. —Paula meneó la cabeza, cansada, mientras yo intentaba encender el

televisor—. Charles, ya hemos visto las noticias. Además, no hay electricidad.

—Ya sé. ¿Cómo era Anne? Deduzco que drogadicta.

—En absoluto, lo dejó después de la sobredosis. No sé qué se estaba inyectando. —Paula miró los tejados al sol de Estrella de Mar—. Era muy divertida. Una vez montó un camello y corrió alrededor de la plaza Iglesias, insultando a los taxistas como una torera arrogante. Una noche sacó una langosta viva del acuario del restaurante del Club Náutico y la trajo a nuestra mesa.

—¿Se la comió viva?

—No, le dio lástima el pobre bicho que sacudía un par de pinzas hacia ella y la tiró a la piscina de agua salada. Tardaron días en encontrarla. Bobby Crawford le daba de comer por la noche. Y mira dónde murió Anne...

—Paula, tú no provocaste ese incendio.

—Y Frank tampoco. —Secó las lágrimas de mi chaqueta—. Cabrera lo sabe.

—No estoy muy seguro.

El inspector nos esperaba fuera del dormitorio más grande, en el ala oeste de la casa. Las ventanas daban a una galería abierta, frente al mar, tapada por toldos que colgaban como velas negras. Desde allí Hollinger había brindado por el cumpleaños de la Reina antes de retirarse. Jirones de calicó quemados colgaban de las paredes y el vestidor parecía un revuelto depósito de carbón.

—El cuarto de la señora Hollinger. —Tropecé en la pasarela de tablones y Cabrera me sostuvo por el brazo—. ¿Está usted bien, señor Prentice? Creo que ya ha visto bastante.

—Estoy bien... terminemos el recorrido, inspector. ¿Aquí encontraron a la señora Hollinger?

—No —Cabrera señaló la otra punta del pasillo—, se refugió en el fondo de la casa, quizá las llamas eran allí más débiles.

Atravesamos el pasillo hasta una pequeña habitación; la ventana daba al huerto de limoneros. A pesar de la destrucción, era evidente que una sensibilidad sofisticada había concebido un mundo privado refinado y delicadamente precioso. Un biombo lacado separaba la cama de la salita; delante de la chimenea estaban los restos de un par de hermosos sillones estilo imperio. Dos de las paredes estaban cubiertas de libros, con los lomos pelados en las estanterías chamuscadas. Sobre la cama había un pequeño tragaluz con el único vidrio intacto de toda la planta alta.

—¿Era el estudio del señor Hollinger o la sala de su mujer?

—No... el dormitorio del señor Roger Sansom, el secretario.

—¿Y aquí encontraron a la señora Hollinger?

—Estaba en la cama.

—¿Y Sansom? —Recorrí el suelo con la mirada, casi esperando encontrar un cuerpo contra el zócalo.

—También estaba en la cama.

—¿Estaban juntos en la cama?

—En el momento en que murieron, sin duda. Él aún tenía los zapatos de ella en la mano, agarrados con fuerza...

Sorprendido, me volví para hablar con Paula, pero se había ido a hacer un último recorrido por las habitaciones. Yo no sabía casi nada de Roger Sansom, un soltero de más de cincuenta años que había trabajado para la empresa constructora de Hollinger y que después se había venido con él a España como factótum general. Pero morir en la cama con la esposa de su patrón revelaba un excesivo sentido del deber. Era demasiado fácil imaginárselos juntos en sus últimos momentos mientras el biombo estallaba como un escudo incandescente.

—Señor Prentice... —Cabrera me hizo señas desde la puerta—. Le sugiero que busque a la doctora Hamilton. Está muy afectada; demasiada tensión para ella, usted ya ha visto lo suficiente y... quizá quiera hablar con su hermano. Puedo obligarlo a que lo reciba.

—¿Con Frank? Me parece que aquí no hay nada de lo que podamos hablar. Supongo que usted ya le habrá descrito todo esto.

—Él también lo ha visto. Al día siguiente del incendio me pidió que lo trajera a ver la casa. Ya estaba detenido, acusado de posesión de material inflamable y peligroso. Cuando llegamos a esta habitación, decidió confesar.

Cabrera me observaba con su amabilidad de costumbre, como si esperara que yo también reconociese mi papel en el crimen.

—Inspector, cuando vea a Frank le diré que he estado en la casa y comprenderá que esa confesión es absurda. Es ridículo que lo consideren culpable.

Cabrera parecía desilusionado.

—Es posible, señor Prentice. La culpabilidad es tan flexible. Es una moneda que cambia de mano... y cada vez pierde un poco de valor.

Lo dejé rebuscando en los cajones de la mesa de noche y me fui a buscar a Paula por la pasarela de tablones. En la habitación de la señora Hollinger no había nadie, pero mientras atravesaba el cuarto de la sobrina, oí la voz de Paula en la terraza de debajo.

Me estaba esperando al lado del coche mientras hablaba con Miguel que destapaba los filtros de la piscina. Me acerqué a la ventana y me asomé entre los jirones de toldo quemado.

—Ya hemos terminado, Paula. En seguida bajo.

—Perfecto. Quiero irme. Pensé que estabas mirando la televisión.

Se había recuperado y fumaba un cigarro minúsculo apoyada en el BMW evitando mirar la casa. Se acercó a la piscina entre las sillas y las mesas. Adiviné que buscaba el lugar exacto en el que ella había estado cuando empezó el incendio.

Me quedé apoyado en el alféizar admirándola y traté de aflojarme el collar ortopédico. Al mirar el televisor noté que había una cinta de vídeo que sobresalía de la boca del reproductor, expulsada por el aparato en el momento en que el calor intenso había estropeado el mecanismo. El equipo de la policía, consternado por la

destrucción y la desagradable tarea de quitar los cuerpos, había pasado por alto uno de los pocos objetos que había sobrevivido tanto al fuego como al posterior diluvio de agua.

Saqué el casete cuidadosamente del aparato. La caja parecía intacta. La levanté y descubrí que la cinta estaba bien sujeta a ambos carretes. Desde el baño se veía el televisor, y me imaginé a Anne Hollinger mirando la pantalla mientras se inyectaba heroína sentada sobre el inodoro. Intrigado por ver el último programa que había visto antes de que el fuego le arrebatara la vida, me metí la cinta en el bolsillo y seguí a Cabrera escaleras abajo.

La película pornográfica

El chófer barría la superficie de la piscina con la pala de alambre, rescatando reliquias de un reino sumergido: botellas de vino, sombreros de paja, una faja de esmoquin, zapatos de charol, todas brillando juntas al sol mientras el agua se escurría. Miguel descargaba la carga en el borde de mármol, depositando respetuosamente los residuos de una noche desaparecida.

Casi no me quitó la vista de encima mientras yo me apoyaba en el coche al lado de Paula. Oí el ruidoso Seat de Cabrera que se alejaba por las avenidas bordeadas de palmeras bajo la mansión de los Hollinger. La partida del inspector pareció exponernos otra vez a todos los horrores de la mansión quemada. Las manos de Paula apretaban y soltaban el borde superior del volante. Estábamos de espaldas a la casa, pero yo sabía que la mente de ella iba de un lado a otro por las habitaciones arruinadas mientras llevaba a cabo su propia autopsia de las víctimas.

Le pasé el brazo por los hombros tratando de tranquilizarla. Se volvió y me echó esa sonrisa distraída de médico que no se da mucha cuenta de las atenciones amorosas de un paciente.

—Paula, estás cansada. ¿Quieres que conduzca? Te dejo en la clínica y después me tomo un taxi.

—No, no puedo ir a la clínica. —Apoyó la frente sobre el volante—. Esas habitaciones espantosas... Me gustaría que todo el mundo en Estrella de Mar se diera una vuelta por la casa. No puedo olvidar a toda esa gente que se bebía el champán de Hollinger y pensaban que sólo era otro viejo reaccionario casado con una especie de actriz. Yo estaba de acuerdo.

—Pero tú no provocaste el incendio. No lo olvides.

—No lo olvido —dijo poco convencida.

Bajamos a Estrella de Mar, mientras el mar temblaba más allá de las palmeras, y dejamos atrás la iglesia anglicana; los fieles estaban llegando para el ensayo del coro. En el taller de escultura otro joven español posaba en taparrabos y flexionaba los pectorales delante de los serios estudiantes en bata de artista. El cine al aire libre alternaba *La regla del juego* de Renoir con *Cantando bajo la lluvia* de Gene Kelly, y uno de los doce clubes de teatro anunciaban una próxima temporada de obras de Harold Pinter. A pesar del asesinato de los Hollinger, Estrella de Mar se tomaba sus placeres tan en serio como un poblado de Nueva Inglaterra del siglo XVII.

Desde el balcón del apartamento de Frank, miré la piscina, donde Bobby Crawford, megáfono en mano, entrenaba a un equipo de nadadoras de estilo mariposa. Corría alegremente por el borde gritando instrucciones a las treintañeras que chapoteaban en el agua. La dedicación de Crawford era conmovedora, como si creyese de veras que cada una de sus pupilas era capaz de convertirse en campeona olímpica.

—Esa parece la voz de Bobby Crawford. —Paula se acercó a la barandilla—. ¿Y ahora qué hace?

—Esta agotándome. Todo ese despliegue de energía y esa atronadora máquina de tenis. Es como un metrónomo, marcándonos el tiempo: más rápido, más rápido, servicio, volea, revés. En fin, algo que decir a favor de los pueblos de jubilados... Paula, ¿no podrías sacarme el collar? Soy incapaz de pensar con esta maldita cosa puesta.

—Bueno, si no queda más remedio. Prueba durante una hora y veremos cómo te sientes. —Me desabrochó el collar e hizo una mueca al ver los moretones—. Cabrera hubiera podido tomar toda una colección de huellas dactilares. ¿Quién demonios querría atacarte?

—Parece que bastante gente. Es otro aspecto de Estrella de Mar. La temporada de Harold Pinter, los coros y las clases de escultura son las actividades recreativas menores. Mientras tanto, hay alguien que se ocupa de las cosas serias.

—Que son...

—Dinero, sexo y drogas. ¿Qué más hay en la actualidad? Fuera de Estrella de Mar, el arte no interesa un comino a nadie. Los únicos filósofos auténticos que hoy quedan son los policías.

Paula me apoyó las manos en los hombros.

—Puede que Cabrera tenga razón. Si estás en peligro, deberías irte.

Se había reanimado después de la visita a la casa Hollinger y me observaba caminar inquieto por el balcón. Yo había supuesto, erróneamente, que ella estaba interesada en mí por algún motivo sexual, quizá porque le evocaba recuerdos de días más felices con mi hermano. Pero ahora me daba cuenta de que necesitaba mi ayuda en alguna confabulación propia, y aún estaba preguntándose si yo era tan astuto y decidido como ella necesitaba.

Me subió el cuello de la camisa para ocultar los moretones.

—Charles, trata de descansar. Sé que esas ruinas espantosas te impresionaron, pero eso no cambia nada.

—No estoy tan seguro. En realidad, creo que lo cambia todo. Piénsalo, Paula. Esta mañana hemos visto una foto tomada poco después de las siete de la tarde el día del cumpleaños de la Reina. Es una imagen interesante. ¿Dónde están los Hollinger? ¿Despidiéndose de los invitados? ¿Viendo un programa vía satélite? No, no les interesan los invitados y están esperando que se vayan. Hollinger está «relajándose» en el jacuzzi con la novia sueca de Andersson, que está embarazada de alguien. ¿De

Hollinger? Quién sabe, a lo mejor era fértil. La señora Hollinger está en la cama con el secretario empeñados en un extraño juego con un par de zapatos. La sobrina se está pinchando en el cuarto de baño. Vaya panorama. Para decirlo sin rodeos: la casa Hollinger no era exactamente un dominio de corrección imaculada.

—Tampoco Estrella de Mar, ni ningún otro sitio. No me gusta que la gente ande por ahí husmeando en los trapos sucios.

—Paula, no se trata de un juicio moral. Pero a la vez, no es muy difícil pensar en gente que quisiera provocar ese incendio. Supongamos que Andersson descubrió que su novia de diecinueve años tenía una aventura con Hollinger.

—No es verdad. El hombre tenía más de setenta y cinco y estaba recuperándose de una operación de próstata.

—A lo mejor estaba recuperándose a su manera. Bueno, supongamos que Andersson no fuera el padre de la criatura.

—Tampoco Hollinger, de eso no hay duda. Pudo haber sido cualquier otro. Aquí la gente también practica sexo, aunque la mitad del tiempo ni siquiera se da cuenta.

—¿Y si el padre era ese turbio psiquiatra, el doctor Sanger? Quizá quiso darle una lección a Hollinger y no sabía que Bibi estaba con él en el jacuzzi.

—Inconcebible. —Paula dio una vuelta por la sala al compás de la máquina de tenis—. Además, Sanger no es sospechoso. Era una buena influencia sobre Bibi. Ella se quedó en la casa de Sanger antes de derrumbarse, cuando estaba muy mal. A veces lo veo en la clínica. Es un hombre tímido, bastante triste.

—Que le gusta hacer de gurú de las mujeres jóvenes. Entonces vayamos a la señora Hollinger y Roger Sansom, y ese compartido fetichismo con los zapatos. A lo mejor Sansom tenía una novia española colérica, que quería vengarse porque él se había encaprichado con esa rutilante estrella de cine.

—Eso fue hace cuarenta años, y ella no era más que una *starlet* de voz cultivada. La Alice Hollinger de Estrella de Mar era sobre todo una figura maternal.

—Por último la sobrina, que está mirando un último programa de televisión mientras se pincha en el baño. Donde hay drogas hay traficantes. Una gente que se pone paranoica cuando les debes un céntimo. Los puedes ver todas las noches en la puerta de la discoteca. Me sorprende que Frank los aguantara.

Paula se volvió y frunció el ceño, asombrada por esta primera crítica a mi hermano.

—Frank dirigía un club de éxito. Además, era tremendamente tolerante con todo.

—Yo también. Paula, sólo señalo que había muchos posibles móviles para el ataque del pirómano. La primera vez que fui a la casa Hollinger no había en apariencia ninguna razón para que nadie le prendiera fuego. De repente, hay demasiadas.

—¿Entonces por qué Cabrera no interviene?

—Tiene la confesión de Frank. Para la policía el caso está cerrado. Además, quizá cree que Frank tenía algún móvil importante, probablemente económico. ¿Acaso

Hollinger no era el accionista mayoritario del club?

—Junto con Elizabeth Shand. Estuviste con ella en el funeral. Dicen que es una vieja pasión de Hollinger.

—Eso también la pone en el cuadro. Tal vez estaba resentida por la aventura de él con Bibi. La gente hace las cosas más extrañas por las razones más triviales. Quizá...

—Demasiados quizá... —Paula trató de calmarme sentándome en el sillón de cuero y poniéndome un cojín detrás de la cabeza—. Cuidado, Charles, el próximo ataque puede ser mucho más grave.

—Lo he pensado. ¿Por qué querían asustarme? Es posible que el atacante acabara de llegar a Estrella de Mar y me confundiera con Frank. A lo mejor lo contrataron para matarlo o hacerle daño, y cuando vio que era yo, escapó corriendo...

—Charles, por favor...

Paula, mareada con tantas especulaciones, salió al balcón. Me puse de pie y la seguí hasta la barandilla. Bobby Crawford seguía animando a las nadadoras, que ahora esperaban en la parte profunda, ansiosas por lanzarse otra vez a las aguas exhaustas.

—Crawford es un hombre popular —comenté—. Todo ese entusiasmo es bastante atractivo.

—Por eso es peligroso.

—¿Peligroso?

—Como toda la gente ingenua. Nadie se le resiste.

Una de las nadadoras se había desorientado en la piscina. El agua estaba tan agitada por las brazadas que parecía un campo arado. Dejó de nadar, se tambaleó entre las olas y perdió el equilibrio mientras trataba de sacarse la espuma de los ojos. Al verla en dificultades, Crawford se quitó las alpargatas y se tiró al agua de un salto. La animó, y la tomó por la cintura. Ella se apoyó en el pecho de Crawford. Cuando se recuperó, él la sostuvo con los brazos estirados para que siguiera nadando y calmó las aguas caóticas. Nadó un momento y le sonrió cuando ella empezó a bambolear confiadamente las redondeadas caderas.

—Impresionante —comenté—. ¿Quién es en realidad?

—Ni Bobby Crawford lo sabe. Antes del desayuno es tres personas diferentes. Por la mañana saca del armario una de esas personalidades y decide cuál va a vestir ese día.

Hablaba con aspereza como negándose a que la atraparán las galanterías de Crawford, pero en apariencia inconsciente de la sonrisa afectuosa que le asomaba a los labios, como una amante que recuerda una vieja aventura. Era evidente que le molestaba el encanto y la seguridad de Crawford, y me pregunté si no la habrían seducido alguna vez. Crawford habría descubierto que jugar con esta doctora temperamental de lengua afilada era más difícil que jugar con la máquina de tenis.

—Paula, ¿no eres un poco dura con él? Bobby parece bastante simpático.

—Claro que lo es. En realidad, me cae bien. Es un cachorro grande con un

montón de ideas que no sabe muy bien cómo masticar. Es el loco del tenis que ha asistido a un curso en la Universidad Abierta y piensa que la sociología de bolsillo es la respuesta a todo. Es muy divertido.

—Quiero hablar con él sobre Frank. Tiene que saber todo lo que hace falta saber sobre Estrella de Mar.

—Seguro. Ahora todos cantamos alabanzas a Bobby. Ha cambiado nuestra vida y casi ha arruinado la clínica. Antes de que llegara, había una unidad de desintoxicación que era una fábrica de dinero. El alcoholismo, el hastío y las benzodiazepinas llenaban las camas. Pero Bobby Crawford asoma la cabeza por la puerta y todo el mundo se incorpora y corre a las pistas de tenis. Es un hombre asombroso.

—Supongo que lo conoces bien.

—Demasiado bien. —Paula rió entre dientes—. Parezco mala, ¿no? Pero te alegrará saber que no es un buen amante.

—¿Por qué no?

—No es bastante egoísta. Los hombres egoístas son los mejores amantes. Están preparados para invertir en el placer de la mujer y sacar así mayores dividendos. Tú tienes pinta de entenderlo.

—Espero que no. Eres muy franca, Paula.

—Ah... una manera astuta de esconder cosas.

Entusiasmado con ella, le pasé la mano por la cintura. Paula dudó unos instantes, y al fin se apoyó contra mí. A pesar de que se mostraba tan segura, le faltaba confianza en sí misma, una característica que yo admiraba. Al mismo tiempo, me provocaba con su cuerpo, tratando de estimularme y recordándome que Estrella de Mar era un baúl de misterios de los que quizá ella tenía la llave. Yo ya sospechaba que sabía mucho más sobre el incendio y la confesión de Frank de lo que me había dicho.

Salimos del balcón y la llevé al dormitorio en sombras. Mientras nos abrazábamos le apoyé una mano en el pecho, seguí con el índice la vena azul que asomaba en la piel bronceada y fui descendiendo a las tibias profundidades debajo del pezón.

Me miró un momento, curiosa por ver qué haría a continuación. Y en seguida, me dijo sin apartarme la mano:

—Charles, te hablo como médica: ya has tenido bastantes tensiones por hoy.

—¿Por qué? ¿Hacerte el amor sería una tensión?

—Hacerme el amor siempre es una tensión. Bastantes hombres en Estrella de Mar podrían confirmártelo. No quiero volver a visitar el cementerio.

—La próxima vez que vaya, leeré los epitafios. ¿Está lleno de amantes tuyos, Paula?

—Uno o dos. Como se suele decir, los médicos pueden enterrar sus errores.

Le toqué la sombra que le cruzaba la mejilla como una nube oscura en una

película fotográfica.

—¿Quién te golpeó? Fue una buena bofetada.

—No es nada. —Se tapó la cara con la mano—. Me lo hice en el gimnasio. Alguien tropezó conmigo.

—En Estrella de Mar juegan duro. La otra noche en el parque...

—¿Qué pasó?

—No estoy seguro... pero si se trataba de un juego, era uno muy duro. Un amigo de Crawford trató de violar a una chica. Lo curioso es que a ella pareció no importarle.

—Típico de Estrella de Mar.

Se apartó de mí, se sentó en la cama y alisó la colcha, como si buscara la marca del cuerpo de Frank. Por un momento pareció olvidarse de que yo estaba con ella en la habitación. Miró el reloj y se acordó de quién era.

—Tengo que irme. Cuesta entenderlo, pero en la clínica todavía quedan algunos pacientes.

—Claro. —Mientras íbamos hacia la puerta, le pregunté—: ¿Por qué estudiaste medicina?

—¿No crees que soy buena?

—Estoy seguro de que eres la mejor. ¿Tu padre es médico?

—Es piloto retirado de Qantas. Mi madre nos dejó cuando conoció a un abogado australiano en un vuelo stand-by.

—¿Te abandonó?

—Así como lo oyes. Yo tenía seis años pero ya me daba cuenta de que nos había abandonado aun antes de que hiciera las maletas. A mí me crió la hermana de mi padre, una ginecóloga de Edimburgo, y fui muy feliz, de veras, por primera vez.

—Me alegro.

—Era una mujer asombrosa... una solterona empedernida, no muy aficionada a los hombres, pero muy aficionada al sexo. Increíblemente realista en todo, pero especialmente en cuanto al sexo. En muchos aspectos vivía como un hombre: consíguese un amante, jódelo, sácale todo el sexo que puedas y después tíralo.

—Una dura filosofía... terriblemente parecida a la de una puta.

—¿Y por qué no? —Paula me observó mientras yo abría la puerta, agradablemente sorprendida de haberme impresionado—. Unas pocas buenas mujeres han probado la prostitución, más quizá de lo que te imaginas. Es una educación por la que no pasa la mayoría de los hombres.

La seguí hasta el ascensor admirando su descaro. Antes de que las puertas se cerraran, se inclinó y me besó en la boca, tocándome ligeramente los moretones del cuello.

Me acaricié el cuello dolorido y me senté en el sillón tratando de no tener en cuenta el collar ortopédico que estaba sobre el escritorio. Aún tenía el gusto del beso de Paula

en los labios, el aroma a carmín y perfume norteamericano. Pero sabía que el mensaje transmitido no era pasión. Los dedos en mi cuello habían sido un recordatorio, inscrito en el teclado de mis moretones, de que necesitaba encontrar nuevas pistas en la senda que llevaba al asesino de los Hollinger.

Oí la máquina de tenis disparando servicios al otro lado de la red de prácticas, y los chapoteos del equipo mariposa... Recogí la chaqueta del escritorio y me palpé los bolsillos buscando un cigarrillo, el mejor antídoto para tanto ejercicio y tanta salud.

La cinta de vídeo que me había llevado del cuarto de Anne Hollinger sobresalía del bolsillo interior. Me puse de pie, encendí el televisor e inserté el casete en el aparato. Si Anne, mientras estaba sentada en el baño con una aguja en el brazo, había grabado algún programa en directo, yo podría determinar el momento exacto en que el fuego había devorado la habitación.

La cinta empezó a girar y la pantalla se iluminó y mostró una habitación vacía en un apartamento art déco: un decorado blanco sobre blanco, muebles de color hielo pálido y lámparas empotradas en ventanucos redondos. Una cama grande con un edredón de satén azul y una cabecera acolchada ocupaba el centro de la escena. Un osito de peluche amarillo con un repugnante tinte verdoso en la piel estaba sentado contra las almohadas. Sobre la cama había un estante estrecho con animales de cerámica que parecían la colección de una adolescente.

La cámara, de mano giró hacia la izquierda mientras dos mujeres entraban en la habitación por una puerta espejo. Ambas iban vestidas de boda; la novia con un vestido largo de seda color crema, un torso de encaje del que emergía un cuello bronceado, y clavículas fuertes. La cara estaba oculta detrás del velo, pero se alcanzaba a ver una barbilla bonita y una boca decidida que me recordó a Alice Hollinger en la época de J. Arthur Rank. La dama de honor llevaba un vestido hasta, la pantorrilla, guantes blancos, una toca y el cabello recogido sobre una cara muy bronceada. Me recordaron a las mujeres que tomaban el sol en el Club Náutico: brillantes, a años luz de cualquier noción de aburrimiento, muy felices tumbadas de espaldas.

La cámara las siguió mientras se quitaban los zapatos y se soltaban la ropa, ansiosas por regresar a los baños de sol. La dama de honor se desabrochó el vestido mientras ayudaba a la novia a bajarse la cremallera. La cámara las dejó con sus bromas y risitas al oído, y enfocó al osito de peluche con un zum torpe que desfiguraba la cara de nariz de botón.

La puerta espejo volvió a abrirse y reflejó por un instante un balcón en sombras y los tejados de Estrella de Mar. En aquel momento entró una segunda dama de honor, una rubia platino cuarentona, con la cara llena de colorete, unos pechos de camarera apretados debajo de la chaqueta, y el cuello y el escote enrojecidos por algo más potente que el sol. Mientras se tambaleaba sobre un solo tacón, deduje que había dado un rodeo matutino de la iglesia al bar más cercano.

Las otras dos, ya en ropa interior, estaban sentadas juntas en la cama,

descansando antes de cambiarse. Curiosamente, ninguna miraba al amigo que grababa ese vídeo doméstico. Empezaron a desvestirse entre ellas, soltando las tiras de los sostenes mientras se acariciaban las pieles bronceadas y se alisaban las marcas de los elásticos. La dama de honor platinada levantó el velo de la novia y la besó en la boca. Empezó a jugar con sus pechos y sonrió con ojos asombrados al ver los pezones erectos, como si fuera testigo de un milagro de la naturaleza.

La cámara esperó pasivamente mientras las mujeres se acariciaban. Mirando esta parodia de escena lésbica, deduje que ninguna de ellas era actriz profesional. Interpretaban sus papeles como miembros de un teatro de aficionados que intervienen en una farsa picante de la Restauración.

Mientras descansaban de sus abrazos, las mujeres miraron con fingido asombro el torso y las caderas de un hombre que entró en el encuadre. Se quedó junto a la cama, con el miembro erecto, los músculos de los muslos y el pecho engrasados como carne aceitosa: el pasivo semental de hombros anchos de tantas películas porno. Durante un instante la cámara le enfocó la mitad inferior de la cara, y casi reconocí el cuello ancho y la barbilla regordeta.

Las mujeres se echaron hacia adelante, enseñándole los pechos. La novia, todavía con el velo, tomó el pene con las manos y empezó a chuparle la cabeza de forma distraída, como una niña de ocho años con un caramelo gigante. Cuando se tumbó y separó los muslos apreté el botón de avance rápido hasta que los entrecortados y maníacos espasmos llegaron a su clímax. Volví a la velocidad normal en el momento en que el hombre se retiraba y eyaculaba, como mandan las costumbres, entre los pechos de la mujer.

El sudor cubría los hombros y el abdomen de la novia, que apartó el velo y con un pañuelo se limpió el semen. Las facciones refinadas y la mirada desenfadada de la mujer me recordaron otra vez la escuela de Rank. Se incorporó y sonrió a las damas de honor mientras se secaba las mejillas con el velo. Tenía marcas de pinchazos en los brazos, pero era todo un ejemplo de buena salud y se rió cuando las damas de honor le deslizaron el vestido de novia por los brazos.

La pantalla se movió hacia la izquierda y las confusas manos del operador sacudieron la cámara. El objetivo se quedó quieto y enfocó a dos hombres desnudos que habían irrumpido por el balcón y ahora atravesaban corriendo el dormitorio. Las damas de honor los tomaron por la cintura y los llevaron a la cama. Sólo la novia parecía asombrada y trató de cubrirse con el vestido de novia. Forcejeó indefensa con el más fuerte de los dos, un hombre con una espalda peluda de tipo árabe que la agarró por los hombros y la tiró boca abajo.

Miré cómo se consumaba la violación tratando de evitar los ojos desesperados y aplastados contra el edredón de satén. La novia ya no actuaba ni era cómplice de la cámara. La película porno lésbica sólo había sido un montaje para atraerla a ese apartamento anónimo, una puesta en escena para una violación real que contaba con la complicidad de las damas de honor pero no de la protagonista.

Los hombres se turnaban para violar a la despeinada novia con un repertorio preestudiado de actos sexuales. En ningún momento se les vio la cara, pero el moreno era un hombre de mediana edad, con unos brazos bronceados y rollizos de gorila de club nocturno. El más joven, con un cuerpo tubular de inglés, parecía tener poco más de treinta años. Se movía como un bailarín profesional y manipulaba rápidamente el cuerpo de la víctima mientras buscaba otra postura, otro punto de entrada. Irritado por los frenéticos gritos de la mujer, le arrancó el velo y se lo metió en la boca.

La película terminó con una mezcla de cuerpos copulando. En un extraño intento de final artístico, la cámara se movió alrededor de la cama y se detuvo brevemente al lado de la puerta espejo. El operador, me di cuenta, era una mujer. Llevaba un bikini negro, y una bolsa de cuero le colgaba del hombro. Llegué a verle la cicatriz de una operación que comenzaba en las vértebras lumbares, le rodeaba la cintura y acababa en la cadera derecha.

La película llegaba a su momento final. Los hombres se retiraron de la habitación, una mancha de muslos grasientos y culos sudorosos. Las damas de honor saludaron a la cámara con la mano, y la rubia de pechos grandes se tumbó en la cama, se puso el osito de peluche sobre el estómago y empezó a reírse mientras jugueteaba con el muñeco.

Pero yo miraba a la novia. Una expresión de coraje le asomaba aún en las facciones golpeadas. Se secó los ojos con la almohada y se frotó la piel desgarrada de los brazos y las rodillas. El maquillaje se le deslizaba en lágrimas negras por las mejillas, y el carmín aplastado le torcía la boca. A pesar de todo, se las arregló para sonreír a la cámara. La valiente *starlet* enfrentándose a un montón de objetivos en Fleet Street, o una niña valerosa tragando una medicina desagradable para su propio bien. Sentada con el vestido de novia arrugado en las manos, apartó la mirada de la cámara y le sonrió al hombre cuya sombra se veía en la pared, junto a la puerta.

La dama junto a la piscina

Elizabeth Shand, con la cara en sombras bajo el sombrero de ala ancha, dormitaba en la mesa del almuerzo al lado de la piscina. El traje de baño color marfil le acentuaba el blanco inmaculado de la piel; como una cobra enojada y semidormida en un altar, me observó mientras yo me acercaba por el jardín, y empuñando una botella de aceite se puso a untar las espaldas de los dos jóvenes que estaban estirados detrás de ella. Mientras les masajeaba los hombros musculosos, ignorando sus murmullos de dolor, parecía que estuviese cepillando a un par de lustrosos perros de carrera.

—La señora Shand lo recibirá ahora. —Sonny Gardner me esperaba en la piscina y me indicó que me acercara—. Helmut y Wolfgang... dos amigos de Hamburgo.

—Me extraña que no lleven collar de perro. —Eché un vistazo a la cara vigilante y aniñada de Gardner—. Sonny, hace días que no te vemos por el Club Náutico.

—La señora Shand decidió que trabajara aquí. —En aquel momento se oyó un trino en la pérgola de rosales y Sonny se acercó el teléfono móvil a la boca—. Un poco más de seguridad después del incendio de los Hollinger...

—Buena idea. —Me volví y observé la hermosa mansión que se alzaba sobre Estrella de Mar y el imperio Shand—. Sería una lástima que esto también se incendiase.

—Señor Prentice, acérquese... —Elizabeth Shand me llamaba desde el otro lado de la piscina. Se limpió las manos con una toalla y palmeó en el trasero a los jóvenes alemanes, despidiéndolos. Pasaron a mi lado mientras yo rodeaba la piscina, pero evitaron mirarme, inmersos en sus propios cuerpos y en el juego del músculo y el aceite. Corrieron por la hierba, abrieron una puerta enrejada y entraron en el patio de un anexo de dos plantas contiguo a la mansión.

—Señor Prentice, Charles, venga, siéntase a mi lado. Nos encontramos en ese funeral espantoso, pero es casi como si lo conociera desde hace tanto tiempo como a Frank. Me alegra verlo, aunque lamento no tener nada útil que añadir a lo que ya sabe. —Llamó a Gardner con el dedo—. Sonny, trae unas copas...

Mientras me sentaba al lado de ella me miró cándidamente, haciendo un inventario que empezó con mi pelo menguante, pasó por los ya borrosos moretones de mi cuello y terminó en los zapatos cubiertos de polvo.

—Señora Shand, le agradezco que me haya recibido. Me preocupa que los amigos de Frank de Estrella de Mar le hayan cerrado casi todas las puertas. Hace tres semanas que estoy buscando algo que pueda ayudarlo, y, para ser sincero, no he encontrado absolutamente nada.

—A lo mejor no hay nada que buscar, ¿no? —La señora Shand me enseñó unos dientes enormes, lo que podía interpretarse como una sonrisa preocupada—. Estrella de Mar puede ser un paraíso, aunque un paraíso demasiado pequeño. No hay tantos recovecos; es una lástima.

—Comprendo. Supongo que no cree que Frank haya incendiado la casa Hollinger...

—No sé qué creer. Es todo tan horrible... No, no puede haberlo hecho. Frank era demasiado dulce, demasiado escéptico con respecto a todo. Quienquiera que haya incendiado esa casa era un fanático...

Esperé mientras Gardner servía las copas y retomaba su ronda por el jardín. En el balcón del anexo los alemanes se examinaban los muslos al sol. Habían llegado de Hamburgo hacía dos días y ya se habían metido en una pelea en la discoteca del club. Ahora la señora Shand los había confinado al anexo, donde podía, literalmente, tenerlos bien agarrados. Se levantó el ala del sombrero y los observó con la mirada posesiva de una patrona que supervisa los ratos de ocio de la servidumbre.

—Señora Shand, si Frank no mató a los Hollinger, ¿quién lo hizo? ¿Se le ocurre alguien que los odiara hasta esos extremos?

—Nadie. Francamente no sé de nadie que quisiera hacerles daño.

—Sin embargo no eran muy populares. La gente con la que he hablado se queja de que eran un poco estirados.

—Eso es absurdo. —La señora Shand hizo una mueca rechazando tamaña tontería—. Él era productor de cine, por todo los cielos. Les encantaba Cannes, Los Ángeles y todo ese mundo de la pantalla grande. Si guardaban las distancias era porque Estrella de Mar se estaba volviendo un poco demasiado...

—¿Burguesa?

—Exactamente. Ahora es todo tan serio, tan clase media. Los Hollinger llegaron aquí cuando los únicos otros ingleses eran unos pocos rentistas y algunos baronets en desgracia. Eran del *ancien régime*, se acordaban de la Estrella de Mar de antes de las clases de gastronomía y las...

—¿Reposiciones de Harold Pinter?

—Me temo que así es. No creo que los Hollinger se hubieran aficionado alguna vez a Harold Pinter. Para ellos el arte significaba conciertos de gala en California, fundaciones para museos y dinero de Getty.

—¿Y qué hay de los enemigos económicos? Hollinger era dueño de muchas tierras alrededor de Estrella de Mar. Quizá frenasen el desarrollo urbano.

—No, se había resignado a lo que pasaba. Se mantenían al margen. Él estaba contento con su colección de monedas y ella muy preocupada porque los *liftings* no se le desprendiesen.

—Alguien me dijo que querían vender su parte en el Club Náutico.

—Frank y yo se la íbamos a comprar. Recuerde que el club había cambiado. Frank había traído a un grupo de gente más joven y animada que bailaba a otro ritmo.

—Lo oigo todas las noches cuando trato de dormirme. Sin duda es un ritmo muy animado, especialmente cuando lo interpreta Bobby Crawford.

—¿Bobby? —La señora Shand esbozó una sonrisa casi aniñada—. Un chico agradable, ha hecho mucho por Estrella de Mar. ¿Qué haríamos sin él?

—Me cae bien. Pero ¿no es un poco... imprevisible?

—Eso es lo que necesita Estrella de Mar. Antes de que él llegara, el Club Náutico estaba muerto.

—¿Cómo se llevaba con los Hollinger? Supongo que no les hacía gracia que hubiera traficantes en el club.

La señora Shand miró al cielo, como si esperara que se retirara de su vista.

—¿Hay traficantes?

—¿No los ha visto? Me sorprende. Están sentados alrededor de la piscina como agentes de Hollywood. La señora Shand suspiró, y me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

—Últimamente hay drogas en todas partes, especialmente en la costa. Cuando el mar se encuentra con la tierra pasa algo nuevo y extraño. —Señaló los pueblos lejanos—. La gente está tan aburrida, y las drogas impiden que se vuelvan locos. Bobby es a veces un poco demasiado tolerante, pero quiere que la gente deje todas esas pastillas que les prescriben gentes como Sanger. Ésas sí que son drogas peligrosas. Antes de que llegara Bobby Crawford, el Valium les salía a todos por las orejas.

—Me imagino que los negocios en general andaban bastante mal, ¿no?

—Terrible. La gente no necesitaba nada más que un tubo de pastillas. Pero se han recuperado. Charles, lamento lo de los Hollinger. Hacía treinta años que los conocía.

—¿Usted también fue actriz?

—¿Tengo pinta de haber sido actriz? —La señora Shand se echó hacia adelante y me palmeó la mano—. Me halaga. Era contable. Muy joven y muy inflexible, liquidé la productora de Hollinger... un barril sin fondo, con toda esa gente en plantilla, comprando derechos de cosas que nunca se filmaban. Después, me pidió que entrara en su empresa constructora. Cuando allá terminaba el boom de la construcción, en los años setenta, aquí empezaba. Eché un vistazo a Estrella de Mar y me pareció prometedora.

—¿Así que Hollinger era muy amigo suyo?

—Tan amigo como puede serlo cualquier hombre. —Hablaban con total naturalidad—. Pero no en el sentido que usted cree.

—¿No había discutido con él?

—¿Qué trata de decir? —La señora Shand se sacó el sombrero como preparándose para una pelea, y me miró sin parpadear—. Dios mío, yo no prendí fuego a esa casa. ¿Es eso lo que sugiere?

—Por supuesto que no, sé que no fue usted. —Traté de apaciguarla, cambiando de táctica antes de que llamara a Sonny Gardner para que la ayudase—. ¿Qué pasa

con el doctor Sanger? No he parado de pensar en esa escena del funeral. Era evidente la aversión que todos le tenían, casi como si fuera el responsable.

—Del embarazo de Bibi, no del incendio. Sanger es el tipo de psiquiatra que se acuesta con las pacientes y cree que les hace un favor terapéutico. Se especializa en criaturas drogadas que necesitan un hombro amigo.

—Quizá no provocó el incendio, pero ¿es posible que pagara a alguien para que lo hiciera? Los Hollinger le habían quitado a Bibi.

—No lo creo, pero ¿quién sabe? Lo siento, Charles, no he sido de gran ayuda. — Se levantó y se puso el albornoz—. Lo acompañaré de vuelta a la casa. Sé que está preocupado por Frank. Probablemente se siente responsable.

—No exactamente responsable. Cuando éramos más jóvenes mi trabajo era sentirme culpable por los dos. Y me ha quedado la costumbre, no es fácil quitársela de encima.

—Entonces está usted en el sitio apropiado. —Mientras salíamos de la piscina señaló las playas abarrotadas—. En Estrella de Mar no nos tomamos nada demasiado en serio. Ni siquiera...

—¿Un delito? Hay muchos delitos aquí, y no me refiero al asesinato de los Hollinger. Atracos, robos, violaciones, por mencionar algunos.

—¿Violaciones? Horrible, ya lo sé. Pero hace que las chicas estén más en guardia. —La señora Shand se bajó las gafas para mirarme el cuello—. David Hennessy me contó lo del ataque en el apartamento de Frank. Qué vileza. Parece una gargantilla, de rubíes. ¿Robaron algo?

—No creo que el móvil haya sido el robo. No me lastimaron en serio. Fue sólo una extraña agresión psicológica.

—Eso parece algo bastante actual y de moda. Hay que tener presente que hay mucha delincuencia en estos sitios. Gangsters retirados del East End que no pueden quedarse quietos.

—Pero no están aquí. Eso es lo extraño de Estrella de Mar. Aquí la delincuencia parece obra de aficionados.

—Son los peores de todos... Confunden tanto las cosas que es difícil aclararlas. Para un trabajo decente, confía en un buen profesional.

Detrás de nosotros, Helmut y Wolfgang habían regresado a la piscina. Se lanzaron al agua desde dos de los trampolines e hicieron una carrera hasta la otra punta. La señora Shand les sonrió con aprobación.

—Chicos muy guapos —comenté—. ¿Amigos suyos?

—*Gastarbeiters*. Están en el anexo de la casa hasta que les encuentre trabajo.

—¿Camareros, entrenadores de natación...?

—Digamos que sirven para todo.

Salimos de la terraza y entramos por el ventanal a un salón largo de techos bajos. Recuerdos de la industria cinematográfica cubrían las paredes y la repisa de la chimenea: fotos enmarcadas de entregas de premios y representaciones alegóricas.

Sobre un piano de media cola había un retrato de los Hollinger durante una barbacoa junto a la piscina. Entre ellos había una chica atractiva y de aire confiado, con una camisa de manga larga y unos ojos que desafiaban al fotógrafo a que captara el espíritu inquieto que había en ella. Ya la había visto en el televisor del apartamento de Frank, sonriendo con valentía al objetivo de otra cámara.

—Todo un personaje... —señalé el retrato del grupo—. ¿Es la hija de Hollinger?

—Anne, la sobrina. —La señora Shand sonrió con tristeza y tocó el marco—. Murió con ellos en el incendio. Una belleza, podría haber triunfado como actriz de cine.

—Quizá lo hizo. —El chófer esperaba junto a la puerta entreabierta; era un magrebí robusto de unos cuarenta años, evidentemente otro guardaespaldas y me observaba como si todo en mí le molestase, incluso que mirara la limusina Mercedes—. Señora Shand, seguro que usted lo sabe, ¿hay algún cineclub en Estrella de Mar?

—Hay varios. Son todos muy intelectuales. No creo que le atraigan.

—Yo tampoco. En realidad estoy pensando en algún grupo que haga películas. ¿Hollinger filmó algo por aquí?

—Hace muchos años. No le gustaban las películas de aficionados. Pero sí, hay gente que hace cine. Creo que Paula Hamilton es aficionada a la cámara.

—¿Bodas y esas cosas?

—Quizá. Pregúnteselo. A propósito, creo que ella es más adecuada para usted que para Frank.

—¿Por qué? Si casi no la conozco.

—¿Cómo lo diría? —La señora Shand apretó una mejilla fría como el hielo contra la mía—. Frank era terriblemente dulce, pero sospecho que Paula necesita alguien con ciertas tendencias... ¿anormales?

Me sonrió, muy consciente de que ella era para mí una mujer encantadora, deseable y completamente corrupta.

El juego del gato y el ratón

En Estrella de Mar la anormalidad era un bien celosamente vigilado. Observado por el cauteloso y desconfiado chófer que apuntaba el número de mi matrícula en su agenda electrónica, bajé por el sendero en punto muerto y pasé delante del Mercedes. El guardaespaldas parecía paranoico y agresivo detrás de las ventanillas polarizadas, como un caballero medieval germánico, y las mansiones cercanas compartían esta postura nerviosa. Casi todos los muros estaban coronados por vidrios cortantes y las cámaras de seguridad vigilaban de continuo los garajes y las puertas de entrada, como si un ejército de ladrones merodeara por las calles después del anochecer.

Regresé al Club Náutico tratando de decidir mi próxima jugada. Elizabeth Shand tenía un móvil para haber matado a los Hollinger: aunque sólo fuera apoderarse de una magnífica propiedad, pero seguramente habría elegido un arma menos brutal que un incendio. Además, era evidente que ese matrimonio de ancianos le caía bien y que cinco asesinatos eran mala prensa para el negocio y asustarían a potenciales inversores inmobiliarios.

Al mismo tiempo, me había permitido vislumbrar otra Estrella de Mar, un mundo de chicos de cama importados, y otros agradables placeres, y había identificado a Anne Hollinger. Me senté delante del televisor, rebobiné el vídeo de la película porno y volví a ver las escenas violentas, tratando de identificar a los otros participantes. ¿Cómo era posible que esta chica inconformista y valiente se hubiera encontrado protagonizando una película tan cruel y explotadora? Inmovilicé la imagen en la que sonreía llena de valor a la cámara, sentada con el vestido de novia hecho jirones, y me la imaginé mientras ella veía la película y se inyectaba en el baño, tratando de borrar todos los recuerdos de ese joven de piel blancuzca que había querido humillarla.

Los ojos asustados lloraban lágrimas negras de maquillaje, y la mancha de carmín sobre la boca parecía una exclamación de sorpresa. Retrocedí hasta el momento en que entraba la segunda dama de honor y la puerta espejo reflejaba el balcón del apartamento y las calles empinadas de debajo.

Volví a detener la película y traté de aclarar la imagen borrosa. Entre los barrotes de la barandilla asomaba el campanario de una iglesia; la veleta se recortaba contra la antena parabólica blanca de un edificio portuario. El conjunto señalaba con exactitud la ubicación del apartamento, en la parte alta de Estrella de Mar.

Me eché hacia atrás y contemplé el campanario, sin prestar atención por primera vez a la máquina de tenis que lanzaba pelotas en la pista de prácticas. Me di cuenta de

que era esa vista del pueblo la que querían que viese, y no la violación de Anne Hollinger. El equipo forense de la policía habría descubierto el vídeo tras un registro de unos pocos segundos en la habitación destruida.

Alguien había puesto esa cinta en el aparato cuando se enteró de que Paula y yo iríamos a visitar la casa Hollinger, seguro de que Cabrera estaría demasiado ocupado con el informe de la autopsia para volver a comprobar los hallazgos originales. Recordé al chófer de los Hollinger pasando la gamuza sin cesar por el viejo Bentley. ¿Ese andaluz melancólico era el confidente de Anne, y quizá su amante? Su mirada amenazadora, en vez de tratar de convertirme en el representante de la culpabilidad de Frank, ¿no sería un intento de llamarme la atención sobre alguna prueba no descubierta?

A las ocho de aquella noche, Paula y yo nos habíamos citado para cenar en el Restaurant du Cap, pero yo me encaminé hacia el puerto una hora antes, ansioso por encontrar esa antena parabólica. Los productores de películas pornográficas, en lugar de construir decorados que podrían convertirse en evidencias, a menudo, alquilan apartamentos caros por un día. La ubicación exacta de la escena de la violación no me acercaría al asesinato de los Hollinger, sino a todos esos bordes de alfombras que habían empezado a curvarse bajo mis pies; cuanto más los clavara al suelo más seguro estaría de no tropezar mientras iba de una habitación oscura a la siguiente.

Bajé hacia el puerto, pasé por delante de anticuarios y galerías de arte y examiné los techos de los edificios. La veleta de la iglesia anglicana se erguía sobre la plaza Iglesias; era sin duda la que había visto en la película. Me detuve en la escalinata del templo, una blanca estructura geométrica que imitaba modestamente la Ronchamp Chapel de Le Corbusier, más un cine de la era espacial que la casa de Dios. La pizarra anunciaba representaciones de *Asesinato en la catedral* de Eliot, reuniones de una asociación de ayuda a los ancianos y una visita guiada al cementerio fenicio del extremo sur de la península, organizada por una asociación arqueológica local.

La veleta señalaba Fuengirola, pero no había rastros de la antena. La silueta occidental de Estrella de Mar, iluminada por el sol poniente, asomaba entre el Club Náutico y las ruinas de la casa Hollinger. En la ladera de la colina había unos bloques de apartamentos que dominaban el paisaje: la pared de un acanalado de misterios. En el techo del Club Náutico había una antena parabólica que se alzaba como una copa abierta al cielo, pero de un diámetro dos veces más grande que la modesta antena de la película.

Los bares de tapas y los restaurantes de marisco del puerto estaban repletos de residentes que se relajaban después de todo un día de trabajo en las mesas de escultura y en el torno de alfarería. No sólo no estaban abatidos por la tragedia de los Hollinger, sino que parecían más animados que nunca discutiendo ruidosamente la *New York Review of Books* y los suplementos de arte de *Le Monde* y *Libération*.

Intimidado por este poderoso atuendo cultural, entré en el varadero junto al

puerto, consolado por la presencia de los motores desmontados y las bombas hidráulicas aceitosas. Los veleros y los yates, montados en caballetes, con los elegantes cascos a la vista, eran una geometría agraciada por la velocidad. Dominando todas las otras naves, había una lancha de fibra de vidrio de casi doce metros de largo, con tres enormes motores fuera de borda en la popa como los genitales de una gigantesca máquina acuática.

El mecánico naval, Gunnar Andersson, que ya había terminado la jornada, estaba junto a la lancha lavándose las manos en un cubo de detergente. Me saludó con una mano pero la cara delgada y barbuda siguió cerrada y absorta como la de un santo gótico. Sin hacer caso de la gente de la tarde, mantenía la mirada fija en los vencejos que partían rumbo a África. La carne de las mejillas y el cuero cabelludo asomaba en los extremos del cráneo, como constreñida por alguna presión interna. Al observar las muecas con que miraba los bares ruidosos, sentí que controlaba sus emociones segundo a segundo, temiendo que si mostraba la más mínima ira, se le abriría la piel y revelaría los huesos crujientes.

Pasé por delante de él y admiré la lancha y la proa esculpida.

—Es casi demasiado potente para ser hermosa —comenté—. ¿Alguien necesita ir tan rápido?

Se secó las manos antes de responder.

—Bueno, es una embarcación de trabajo. Tiene que ganarse el sustento. Las lanchas patrulleras españolas de Ceuta y Melilla corren de verdad.

—¿Así que cruza hasta el norte de África? —Andersson parecía a punto de irse, pero me estiré y le estreché la mano, obligándolo a que me mirase—. ¿Señor Andersson? Lo vi en la ceremonia, en el cementerio protestante. Lamento lo de Bibi Jansen.

—Le agradezco que haya ido al funeral. —Me miró de arriba abajo y volvió a lavarse las manos en el cubo—. ¿Conocía a Bibi?

—Ojalá la hubiera conocido. Por lo que dice todo el mundo, tuvo que haber sido muy simpática.

—Cuando se lo permitían. —Metió la toalla en la bolsa de herramientas—. Si no la había conocido, ¿por qué fue al entierro?

—En cierto sentido yo tenía algo que ver con su... muerte. —Apostando a la verdad continué—: Mi hermano es Frank Prentice, el director del Club Náutico.

Esperaba que se me echara encima y mostrara parte de la ira que había exhibido en el funeral, pero sacó una bolsa de tabaco y lió un cigarrillo con unos dedos largos. Supuse que ya estaba al tanto de mi parentesco con Frank.

—¿Frank? Trabajé con el motor de su treinta pies. Si mal no recuerdo, no me ha pagado todavía.

—Está en la cárcel de Málaga, como sabe. Pásame la cuenta que me haré cargo.

—No se preocupe, puedo esperar.

—Quizá pase demasiado tiempo. Se ha declarado culpable.

Andersson chupó el cigarrillo poco apretado. Unas hebras de tabaco encendido volaron desde la punta brillante y chisporrotearon brevemente sobre la barba de Andersson. Recorrió el varadero con los ojos, evitando mirarme.

—¿Culpable, dice? Frank tiene un especial sentido del humor.

—No es ninguna broma. Estamos en España y pueden caerle de veinte a treinta años. ¿Usted no cree que haya provocado el incendio?

Andersson levantó el cigarrillo y dibujó un símbolo críptico en el aire de la noche.

—¿Quién sabe? ¿Así que está en Estrella de Mar para averiguar qué pasó?

—Lo intento.

—Pero no ha llegado muy lejos.

—Para decir la verdad, no he llegado a ninguna parte. Visité la casa de los Hollinger, hablé con gente que estuvo allí. Nadie cree que Frank haya provocado el incendio, ni siquiera la policía. Quizá haga venir un par de detectives.

—¿De Londres? —Andersson parecía ahora más interesado—. Yo no lo haría.

—¿Por qué no? A lo mejor descubren algo que se me ha escapado. No soy un investigador profesional.

—Tirá el dinero, señor Prentice. La gente en Estrella de Mar es muy discreta. —Movié el largo brazo señalando las mansiones de la colina, protegidas detrás de las cámaras de vigilancia—. Hace dos años que vivo aquí y todavía no estoy seguro de si este lugar es real...

Se alejó del varadero y me llevó por una pasarela entre los veleros amarrados y los yates de motor. La nave de casco blanco parecía casi espectral a la luz del atardecer, como una flota que esperaba zarpar con un viento fantasmagórico. Andersson se detuvo al final del muelle, al lado de un pequeño balandro. En la popa, debajo del gallardete del Club Náutico, leí el nombre: *Halcyon*. Las cintas de la policía que impedían el paso se agitaban por encima de la barandilla y caían al agua; allí flotaban a la deriva como serpentinas de una fiesta perdida en el tiempo.

—¿El *Halcyon*? —Me arrodillé y espí por los diminutos ojos de buey—. ¿Así que éste es el barco de Frank?

—A bordo no encontrará nada que lo ayude. Frank le había pedido al señor Hollinger que le buscara un comprador.

Andersson miró el barco mientras se mesaba la barba con los dedos, como un vikingo exiliado entre cascos de plástico y radares. En seguida se volvió hacia el pueblo y noté que miraba a todas partes menos a la casa de los Hollinger. El ensimismamiento de siempre se le ensombreció y se convirtió en una emoción de tristeza que apenas vislumbré en los ángulos huesudos de la cara.

—Andersson, quisiera preguntarle si... ¿estuvo usted en la fiesta?

—¿Por el cumpleaños de la reina de Inglaterra? Sí, y brindé.

—¿Vio a Bibi Jamen en la galería de arriba?

—Sí, estaba allí con los Hollinger.

—¿Parecía bien?

—Demasiado bien. —La cara se le iluminaba con el parpadeo de la luz en el agua oscura que lamía los yates—. Estaba muy bien.

—Después del brindis ella se metió en su habitación. ¿Por qué no bajó a encontrarse con usted y los otros invitados?

—Los Hollinger... no querían que se relacionara con demasiada gente.

—¿Demasiada gente descarriada? ¿Especialmente los que podían darle ácido o cocaína?

Andersson me miró con cansancio.

—Bibi tomaba drogas, señor Prentice... las drogas que la sociedad aprueba. El doctor Sanger y los Hollinger la convirtieron en la tranquila princesita Prozac.

—A pesar de todo, para alguien que ha tenido una sobredosis es mejor que el ácido, o esas nuevas anfetaminas que los químicos cocinan en ruletas moleculares. Andersson me puso una mano en el hombro, compadeciendo mi falta de comprensión.

—Bibi era un espíritu libre... sus mejores amigos eran el ácido y la cocaína. Cuando se tomaba un ácido nos convertía en parte de su sueño, Sanger y Hollinger se le metieron en la cabeza y le quitaron el pajarito blanco. Le rompieron las alas, lo encerraron en una jaula y dijeron a todo el mundo: «Bibi es feliz».

Esperé mientras daba la última calada al cigarrillo riñéndose a sí mismo por haber permitido que las emociones lo dominaran.

—Usted seguramente odiaba a los Hollinger. ¿Lo suficiente para matarlos?

—Señor Prentice, si yo hubiera querido matar a los Hollinger, no habría sido por odio.

—A Bibi la encontraron en el jacuzzi con Hollinger.

—Imposible...

—¿Que hubiera sexo entre ellos? ¿Sabe que estaba embarazada? ¿Era usted el padre?

—Yo era el padre de *ella*. Éramos buenos amigos. Nunca tuvimos relaciones sexuales, ni siquiera cuando me lo pidió.

—¿Quién era el padre? ¿Sanger?

Andersson se limpió la boca tratando de quitarse el gusto del nombre de Sanger.

—Señor Prentice, ¿los psiquiatras se acuestan con las pacientes?

—En Estrella de Mar, sí; —Subimos la escalera del puerto hacia el paseo marítimo, donde el gentío de la tarde ya empezaba a colapsar el tránsito—. Andersson, allí arriba pasó algo parecido a una pesadilla, algo que nadie ha contado. No le gusta mirar la casa Hollinger, ¿no?

—No me gusta mirar nada, señor Prentice. Yo sueño en Braille. —Se colgó la bolsa de herramientas al hombro—. Usted es un hombre decente, vuelva a Londres. Vuelva a su casa, siga con sus viajes. Podrían atacarlo otra vez. En Estrella de Mar nadie quiere que usted esté asustado...

Se alejó entre la gente como una horca sombría, balanceándose entre los alegres

comensales.

Esperé a Paula en el bar del Restaurant du Cap mientras eliminaba otro nombre de mi elenco de sospechosos. Al escuchar a Andersson yo había, advertido en el cierto aire de complicidad. Quizá, como Paula, estaba arrepentido por haberse burlado de los Hollinger, pero yo no pensaba que los hubiera matado. El sueco era demasiado taciturno, estaba demasiado inmerso en su odio contra el mundo para actuar de un modo contundente.

A las nueve y media Paula no había llegado, y supuse que alguna urgencia la habría retenido en la clínica. Comí solo en la mesa, y me demoré con la bouillabaisse todo lo que pude, tratando de no atraer la curiosidad de las hermanas Keswick. Ya eran las once cuando salí del restaurante; los clubes nocturnos a lo largo del muelle empezaban a abrir y la música retumbaba por todo el puerto. Me detuve al lado del varadero y miré la poderosa lancha en la que Andersson había estado trabajando. Me la imaginaba dejando atrás a los guardacostas españoles, cruzando el Estrecho de Gibraltar a toda carrera con un cargamento de hachís y heroína para los traficantes de Estrella de Mar.

Unas pisadas resonaron sobre la escalera metálica que daba al puerto. Un grupo de visitantes árabes regresaba a su barco en el muelle auxiliar junto al dique. Supuse que eran turistas de Oriente Medio que habían alquilado un palacio de veraneo en el Marbella Club. Lucían las galas completas de Puerto Banús: un resplandor de dril blanco en la oscuridad, Rolex macizos y las sedas más caras. Un grupo de hombres de mediana edad y unas jóvenes francesas subieron a bordo de un yate amarrado cerca del *Halcyon*. Cuando estaban a punto de zarpar y trajinaban con las amarras y los mandos del motor, unos hombres más jóvenes empezaron a gritar desde la escalinata del muelle. Les señalaron con las manos y las gorras marineras una lancha pequeña de dos motores que había soltado amarras y se deslizaba en silencio por las aguas tranquilas.

Como si no supiera que acababa de robar una embarcación, el ladrón estaba tranquilamente de pie en la cabina de mando con las manos apretadas sobre el timón. El haz del faro de Marbella barría el mar, tocándole el pelo claro y los brazos.

Al cabo de unos minutos había comenzado una caótica persecución marítima. El yate de motor, guiado a la vez por dos capitanes excitados, se apartó rápidamente del muelle mientras las sorprendidas francesas se agarraban a las banquetas de cuero. El pirata, indiferente al yate que se le venía encima, continuaba avanzando mar adentro dejando apenas una estela, y saludaba a los jóvenes furiosos del atracadero. A último momento apretó el acelerador y se deslizó con maestría por un canal de aguas mansas entre los yates amarrados. El yate, demasiado torpe para virar, siguió adelante y golpeó el bauprés de un venerable doce metros.

El ladrón soltó el acelerador al ver que el yate bloqueaba la salida al mar. Cambió de rumbo y pasó por debajo de un puente de madera que llevaba a la isla central, un

laberinto de canales navegables entrelazados. El yate, tratando de cubrir todas las posibles salidas, retrocedió en medio de una nube de humo y arrancó de golpe en cuanto la lancha emergió de la oscuridad justo debajo. El ladrón, todavía de pie en la cabilla, con las piernas elegantemente separadas, giró el timón y pasó rebotando alrededor de la proa del yate. La lancha, libre al fin, se deslizó en zigzag por encima de las aguas agitadas hacia las olas que se acercaban.

Me apoyé contra la pared del puerto, rodeado de gente que se había traído las copas de los bares vecinos. Esperábamos juntos que la lancha desapareciera en alguna de las cien bahías de la costa, antes de escurrirse bajo la protección de la noche en algún puerto de Fuengirola o Benalmádena.

Pero el ladrón aún tenía ganas de jugar un rato. El juego del gato y el ratón comenzó en alta mar, a trescientos metros del muelle. El yate viró bruscamente detrás de la lancha que daba vueltas y saltaba ágilmente delante de la proa puntiaguda como un torero que esquiva a un toro pesado. Los capitanes del yate, bamboleándose en las aguas agitadas, buscaban las estelas entrecruzadas mientras las luces recorrían las olas confusas. Los motores de la lancha estaban en silencio, como si el ladrón al fin se hubiera cansado del juego y estuviera a punto de deslizarse en las sombras de la península.

En el momento en que decidía irme, un resplandor de fuego anaranjado iluminó el mar, las crestas de mil olas y a los pasajeros de pie en la cubierta del yate. La lancha se estaba incendiando mientras los motores aún seguían empujándola por el agua. Unos instantes antes de que la proa se hundiera detrás de los pesados motores, una última explosión destrozó el tanque de gasolina y bañó el puerto y a los espectadores con un halo cobrizo.

Me miré las manos que destellaron en la oscuridad. La carretera del puerto estaba llena de gente animada —con los ojos tan brillantes como las joyas que llevaban encima— que había salido de los bares y restaurantes para disfrutar del espectáculo. Una alegre pareja tomada del brazo cruzó tambaleándose delante de un coche. Mientras el vehículo los esquivaba, el hombre dio una palmada en el techo. La conductora, asustada, miró por encima del hombro, y en medio de la confusión vi la cara ansiosa de Paula Hamilton.

—¡Paula! —grité—. ¡Espera...! ¡Para junto al varadero!

¿Venía a buscarme o me había confundido y la conductora no era Paula? El coche avanzó entre la gente, salió del puerto y entró en el camino de cornisa hacia Fuengirola. Unos setecientos metros más adelante, debajo de las ruinas de una torre de vigilancia morisca, se detuvo junto a las olas que rompían, y las luces desaparecieron en la oscuridad.

El yate giraba alrededor de los restos de la lancha. Supuse que el ladrón estaría nadando hacia las rocas de debajo de la torre morisca, rumbo a una cita arreglada previamente con la conductora del coche, que lo esperaba como un chófer en la salida de artistas después de la función nocturna.

Vistas desde el camino del acantilado

La delincuencia en Estrella de Mar se había convertido en una de las artes del espectáculo. Mientras llevaba a David Hennessy del Club Náutico al puerto, la ladera de la colina parecía un anfiteatro caldeado por el sol de la mañana. Los vecinos sentados en los balcones, algunos con binoculares, observaban la lancha de salvamento de la Guardia Civil que remolcaba los restos de la embarcación robada hacia la orilla, justo debajo de la carretera del acantilado.

—¿Hombres rana...? —Hennessy señaló las cabezas que sobresalían del agua y se deslizaban entre las olas—. La policía española se está tomando todo esto muy en serio.

—Tienen la impresión de que se ha cometido un delito.

—¿Y no es así, Charles?

—Es una función nocturna de teatro, un montaje marítimo espectacular para que repunte el negocio de los restaurantes. Un grupo de turistas de Oriente Medio haciendo de payasos con unas coristas francesas de vida alegre. Brutal, pero muy divertido.

—Me alegra oírlo. —Hennessy, con las cejas levantadas, se apretó el cinturón de seguridad—. ¿Y quién interpreta el papel de villano? ¿O el de héroe, tendría que decir?

—Todavía no estoy seguro. Fue una gran actuación... todos admiramos el estilo de ese hombre. En fin, ¿dónde está exactamente la casa de Sansom?

—En la parte vieja, encima del puerto. Vaya por la calle Molina, ya le avisaré cuando tenga que doblar. Estrella de Mar tiene aspectos inesperados.

—¿Inesperados? Este lugar es un juego de cajas chinas. Puedes pasarte la vida abriéndolas, hasta el infinito.

Hennessy estaba cerrando la casa de Sansom, empaquetándolo todo para luego mandarlo a los primos de Bristol. Yo tenía curiosidad por ver ese refugio de fin de semana, presumiblemente el nido de amor en el que Sansom entretenía a Alice Hollinger. Pero todavía seguía pensando en el ladrón de la lancha que se divertía jugando con el yate. Recordé los ojos anhelantes de la gente que emergía de los clubes nocturnos del muelle, con la cara encendida por algo más que el sol cobrizo de la explosión de gasolina.

Rodeamos la plaza Iglesias, llena de vecinos que tomaban el café exprés de la mañana sobre ejemplares del *Herald Tribune* y del *Financial Times*.

—El resto del mundo parece muy lejano —comenté mientras echaba un vistazo a

los titulares—. La escena de anoche fue muy extraña, ojalá la hubiera filmado. Toda la costa volvió a la vida. La gente estaba sexualmente cargada, como los espectadores después de una sangrienta corrida de toros.

—¿Sexualmente cargada? Mi querido amigo, esta noche voy a llevar a Betty al puerto. Me parece que pasa demasiado tiempo ocupada con acuarelas y arreglos florales.

—Fue un espectáculo, David. Quienquiera que haya robado esa lancha estaba montando toda una representación. Seguramente alguien al que le gusta el fuego...

—No hay duda. Pero no saque demasiadas conclusiones. En la costa se roban barcos todo el tiempo. Comparado con Marbella y Fuengirola, el índice delictivo de Estrella de Mar es sorprendentemente bajo.

—Eso no es estrictamente cierto. En realidad hay mucha delincuencia en Estrella de Mar, aunque de un solo tipo. Todo está desconectado, parece, pero estoy tratando de juntarlo.

—Pues muy bien, avísame cuando lo consiga. Cabrera le estará muy agradecido.

—Hennessy me indicó la calle Molina—. ¿Qué tal va la investigación? ¿Sabe algo de Frank?

—Esta mañana he hablado con Danvila. Cabe la posibilidad de que Frank acceda a verme.

—Qué bien. Por fin entra en razón. —Hennessy torcía la cabeza mirándome de costado, como si tratara de leerme el pensamiento—. ¿Piensa que cambiará la declaración? Si está dispuesto a verlo...

—Es prematuro decirlo. Quizá se siente solo o empieza a comprender que muchas puertas están a punto de cerrarse.

Salí de la calle Molina y entré en una calle estrecha, una de las pocas callejuelas del siglo XIX de Estrella de Mar, una hilera de casas de pescadores renovadas justo detrás de los bares y restaurantes del paseo marítimo. Las antaño modestas viviendas de esa calle empedrada estaban adornadas con gusto, y unos equipos de aire acondicionado y alarmas de seguridad perforaban las viejas paredes.

La casa de Sansom, pintada de azul huevo de paloma, se alzaba en la esquina de una calle transversal. Unas cortinas de encaje velaban las ventanas de la cocina, pero logré ver las vigas esmaltadas, arneses de latón y un fregadero antiguo de piedra con un escurridor de roble. Más allá de las ventanas interiores había un jardín en miniatura parecido a una borla de polvo. Entendí la libertad que este mundo íntimo le había dado a Alice Hollinger después de la vastedad de la mansión.

—¿Entra? —Hennessy salió del coche—. Aún queda un poco de buen whisky que hay que terminar.

—Bueno... el coche siempre va mejor después de unas copas. ¿Ha encontrado algo de Alice Hollinger?

—No. ¿Por qué diablos iba a encontrarlo? Dé una vuelta y verá que el lugar es interesante.

Mientras Hennessy abría la puerta de entrada, toqué el timbre de hierro forjado y se oyeron unos compases de Satie. Entré detrás de él en la sala, una pérgola de alfombras mullidas y pantallas elegantes. En el suelo había unos baúles en parte llenos de zapatos, bastones y un estuche caro de cuero con artículos para afeitarse; y sobre el sofá, media docena de trajes junto a una pila de camisas de seda con monograma.

—Voy a mandar todo esto a los primos —me dijo Hennessy—. Unos pocos trajes y unas corbatas... no mucho para recordar la vida de este hombre. Un tipo decente; en la casa de la colina era muy formal, pero cuando venía aquí se transformaba en otra persona bastante despreocupada y risueña.

Detrás de la sala había un comedor de techo abovedado con una mesa y sillas de madera negra. Me imaginé a Sansom con dos vidas: una formal con los Hollinger, y otra aquí abajo, en esta casa de muñecas amueblada como un segundo tocador para Alice Hollinger. Quizá el marido se había enterado de la aventura, y el descubrimiento había desatado una cólera tan poderosa que había consumido la mansión. La idea de Hollinger suicidándose jamás se me había ocurrido, una inmolación wagneriana que tal vez había atraído al productor cinematográfico; él y la esposa infiel muriendo abrazados a sus respectivos amantes en una gigantesca conflagración.

—Así que aquí no hay nada de Alice Hollinger —comenté cuando Hennessy regresó con dos vasos en una bandeja—. ¿No es bastante inexplicable?

Hennessy sirvió el whisky de malta claro en nuestros vasos.

—Pero, ¿por qué, querido amigo?

—David... —Caminé por la sala tratando de adaptar mi mente a este mundo de tamaño reducido—. Todo hace suponer que Sansom y ella tenían una aventura, y tal vez desde hacía años.

—Es muy poco probable. —Hennessy paladeó el buqué del whisky—. En realidad es completamente imposible.

—Murieron juntos en la cama. Él tenía los zapatos de Alice en la mano, obviamente era parte de algún extraño juego fetichista. Algo así bastaría para que Krafft-Ebing se incorporara en su tumba y diera un silbido. Si Hollinger sabía lo de la aventura, puede que estuviera destrozado. A lo mejor la vida ya no tenía sentido para el pobre hombre. Brinda por la Reina una última vez y después perpetra su propia versión del hara-kiri. Mueren cinco personas. Quizá Frank, sin darse cuenta, le contó a Hollinger lo de Alice y Sansom. Después comprende que es el responsable y carga con toda la culpa. —Miré a Hennessy, esperanzado—. Podría ser verdad.

—Pero no lo es. —Hennessy sonrió diplomáticamente al whisky—. Vamos a la cocina. Aquí es difícil pensar con claridad. Me siento como un personaje de los libros de Alicia.

Entramos en la cocina y se sentó a la mesa de vidrio mientras yo merodeaba entre las cacerolas de cobre, platos de cerámica, servilletas de té plisadas y rollos de papel.

Sobre el fregadero de piedra había una pizarra cubierta de misceláneas personales: postales de vacaciones de Sylt y Míkonos, recetas de pasta arrancadas de una revista sueca, fotos de jóvenes bien parecidos en minúsculos trajes de baño, repantigados en un trampolín o tumbados uno junto a otro en una playa de pedregullo, desnudos como focas.

Recordé a los jóvenes españoles con los taparrabos de modelo y pregunté:

—¿Sansom era aficionado a la escultura?

—Que yo sepa, no. ¿Es parte de su teoría?

—Estos chicos jóvenes... me recuerdan a los modelos de las clases de escultura de aquí.

—Son amigos suecos de Sansom. A veces venían a Estrella de Mar y se quedaban una temporada. Él los llevaba a cenar al club. Jóvenes encantadores a su manera.

—Entonces...

Hennessy asintió sabiamente.

—Así es. Roger Sansom y Alice nunca fueron amantes. No sé qué hacían en la cama esa trágica noche, pero seguro que no tenía nada que ver con el sexo.

—Qué idiota... —Me miré en el espejo veneciano que había sobre la tabla de amasar—. Pensaba en Frank...

—Por supuesto. Está usted enfermo de preocupación. —Hennessy se levantó y me tendió el vaso—. Charles, vuelva a Londres. No puede resolver esto por su cuenta. Se está metiendo en un lío. Todos estamos preocupados pensando que va a agravar aún más el caso de Franje. Créame, Estrella de Mar no es el tipo de lugar al que usted está acostumbrado...

Me dio la mano en la puerta, rozándome apenas con la palma blanda. Llevaba unas corbatas de seda en la mano y observó cómo me subía al coche, como un maestro de escuela delante de un alumno exageradamente ávido pero ingenuo. Fastidiado conmigo mismo, me alejé por la callejuela y pasé delante de las cámaras de vigilancia, que protegían las puertas esmaltadas; cada objetivo con su propia historia que contar.

Las perspectivas ocultas convertían Estrella de Mar en un enorme acertijo. Pasillos trompe-l'œil que invitaban a entrar pero no llevaban a ninguna parte. Podía sentarme todo el día hilando situaciones que demostraran la inocencia de Frank, pero las hebras se deshacían en el momento en que mis dedos las soltaban.

Doblé una y otra vez por las calles estrechas en busca de la plaza Iglesias, y en seguida me sentí perdido en un auténtico laberinto. Me detuve en una plazoleta, apenas más grande que un patio, donde una fuente jugueteaba al lado de la terraza de un bar. Tuve la tentación de caminar hasta el Club Náutico y pagar a uno de los porteros para que fuera a buscar el coche. Un tramo de gastados escalones iba desde la esquina de la plazoleta a la plaza, pero mi estado de ánimo pronto lo transformaría en una escalera de Escher.

En el bar no había nadie que atendiera a un cliente. El dueño hablaba con alguien en el sótano. Detrás de las máquinas de juego y de un televisor con un cartel de «Corrida, 21.30 h», una puerta abierta daba a un patio. Me quedé entre las cajas de cerveza y los refrigeradores oxidados, tratando de seguir el contorno de las calles de arriba. En el techo de una construcción anexa había una antena parabólica blanca, sintonizada en la frecuencia que esa noche transmitiría la corrida de toros a los clientes del bar.

Pasé por delante y el campanario de la iglesia anglicana asomó encima de la plaza Iglesias. La veleta señalaba el balcón de un ático de un edificio color crema recortado contra el cielo. El rombo plateado temblaba con el aire de la mañana, como una flecha que señala la ventana de un dormitorio en una postal de vacaciones.

Estacioné el Renault al otro lado de la calle y, sentado detrás de mi periódico, miré los Apartamentos Mirador, un complejo exclusivo sobre la carretera del acantilado. Los balcones adornados con helechos y plantas en flor transformaban las fachadas en una secuencia de jardines colgantes. Unos toldos pesados protegían las habitaciones de techos bajos, y en capas de profunda intimidad, superpuestas como estratos geológicos, los pisos se elevaban hacia el cielo.

Junto a la entrada unos obreros cargaban caballetes y pintura en la furgoneta de un decorador. Un camión pasó a mi lado y se detuvo detrás de la furgoneta. Dos hombres salieron de la cabina y descargaron una bomba de jacuzzi.

Dejé el coche, crucé la calle y llegué a la entrada cuando los dos hombres subían la escalera. Un portero de uniforme emergió del vestíbulo, mantuvo las puertas abiertas y nos indicó que entrásemos. El ascensor nos llevó hasta el ático. La planta estaba ocupada por dos apartamentos grandes, uno de ellos con la puerta abierta, sujeta por un caballete. Entré detrás de los trabajadores y fingí que examinaba la instalación eléctrica. Unos balcones amplios rodeaban las habitaciones sin muebles. En aquel momento unos decoradores estaban pintando las paredes en los dos niveles de la sala.

Los trabajadores no me miraron; recorrí el apartamento y casi reconocí los motivos art déco, las luces fluorescentes y los ventanucos redondos. Supuse que la gente de la película como había alquilado el apartamento, y luego había desaparecido. Me quedé en la sala, oliendo la pintura fresca, los disolventes y adhesivos, mientras los dos hombres dejaban el motor de jacuzzi en el suelo del cuarto de baño.

Entré en el dormitorio que daba al puerto y a los tejados de Estrella de Mar, y cerré la puerta espejo detrás de mí. Salvo por un teléfono blanco desenchufado en el suelo, la habitación estaba antisépticamente desnuda, como si la hubieran esterilizado una vez terminada la película.

De espaldas a la chimenea, casi podía ver la cama con el satén azul extendido y el osito de peluche encima, y a la sobrina de los Hollinger en vestido de novia y a las

siniestras damas de honor. Me enmarqué la cara con las manos y me puse donde había estado la camarógrafo. Pero los planos de la habitación se me escapaban. Las ventanas, el balcón y la puerta espejo estaban al revés, y supuse que habían filmado la violación con un segundo espejo, que invertía la escena, en un intento de ocultar a los participantes.

Corrí el pestillo de la puerta del balcón y miré abajo, al campanario de la iglesia anglicana. Detrás, la antena parabólica se había movido un poco a la derecha, buscando la corrida de toros en el cielo, y la veleta señalaba la puerta trasera del bar.

Una voz de mujer, más familiar de lo que yo quería reconocer, resonó en una ventana próxima. Detrás de la escalera con paredes de cristal estaba el balcón del ático aldaño. Me incliné sobre la barandilla y me di cuenta de que la película como se había rodado en uno de los dormitorios del otro apartamento, el mellizo simétrico de éste donde yo me encontraba. A cinco metros de mí, Paula Hamilton estaba asomada al balcón con la cara al sol. Llevaba una bata blanca de cirujano y el pelo suelto le flotaba al viento en una exhibición de descaro. Bobby Crawford estaba sentado al lado en una silla de playa y unos muslos blancos le emergían del albornoz. Se acercó a los labios el filtro dorado del cigarrillo, sin inhalar, y observó el humo que flotaba en el aire brillante mientras sonreía a Paula que le regañaba entre bromas.

A pesar del pelo suelto, Paula Hamilton estaba en el apartamento de Crawford haciendo una visita profesional. Sobre la mesa había un rollo de gasa, Crawford tenía el antebrazo y el dorso de la mano derecha recién vendados. Parecía cansado, demacrado, con las mejillas pálidas como después de algún duelo feroz enfrentado a la máquina de tenis. Sin embargo, el rostro añado tenía un atrayente aire estoico. Mientras le sonreía a Paula miraba el pueblo, vigilando balcones, galerías y calles y coches, como un pastor joven y serio que no aparta los ojos de los movimientos del rebaño.

Un rito pagano

—Señor Prentice, seguro que el motor decidió recalentarse él mismo. —El inspector Cabrera señaló el compartimento quemado del motor del Renault—. El sol español es como una fiebre. Está mucho más cerca de nosotros que de ustedes en Inglaterra.

—El incendio ocurrió a medianoche, inspector. Pasé toda la tarde en el apartamento de mi hermano. Aun así, dice que el motor decidió incendiarse solo. Los asientos, las alfombras, las cuatro ruedas y hasta la rueda de recambio, todos eligieron el mismo destino. Es difícil encontrar semejante unanimidad.

Cabrera retrocedió para examinar el coche destrozado. Esperó mientras yo caminaba inquieto alrededor del vehículo, intrigado por mi actitud desenfadada. Era evidente que para este graduado inflexible de la academia de policía, los vecinos británicos de la Costa del Sol eran impenetrables, aun recurriendo a las más modernas técnicas de investigación.

—A lo mejor el encendedor de cigarrillos quedó atascado. ¿Un cortocircuito, quizá, señor Prentice...?

—No fumo, inspector. El señor Hennessy no tendría que haberlo llamado, es sólo un coche de alquiler. No estoy en la ruina.

—Naturalmente. Le darán otro coche. También puede utilizar el de su hermano, que está en el garaje del sótano. El equipo forense ya ha terminado con él.

—Lo pensaré. —Silbando, acompañé a Cabrera hasta el Seat—. El encargado de la agencia de coches de Fuengirola me ha dicho que los ruegos espontáneos son muy comunes en la Costa del Sol.

—Ya se lo he dicho. —Cabrera se volvió para examinarme, sin saber muy bien si mi comentario era irónico o no—. Pero tenga cuidado. Cierre bien las puertas y ventanas cada vez que deje el coche solo.

—Lo haré, inspector. Tranquilícese... Comprendo perfectamente lo que quiere decir.

Cabrera se detuvo y observó las ventanas del Club Náutico.

—¿Cree que se trata de otro aviso?

—No exactamente, más bien de una invitación. Los fuegos son el sistema de señales más antiguo.

—Y si fue una señal, ¿cuál era el mensaje?

—Es difícil decirlo. Algo semejante a «ven, que el agua está buena». Lo mismo que la lancha de la otra noche.

Cabrera se palmeó la sien, desesperado conmigo.

—Señor Prentice, ese fuego fue provocado. Encontraron una lata de gasolina vacía flotando en el mar. Había restos de piel humana en la lata. Seguro que el ladrón se quemó cuando el fuego estalló retrocediendo entre las olas. En el caso de este coche, la investigación no ha encontrado nada.

—No me sorprende. Quienquiera que lo haya incendiado difícilmente quiera hacer el trabajo que le toca a usted.

—¿No vio a nadie que saliera corriendo del parque?

—El fuego empezó cuando me desperté. El señor Hennessy estaba en pijama... pensaba que yo me encontraba dentro del Renault.

—Ya he hablado con él. —Cabrera me miró con su expresión más sombría—. Está muy preocupado, señor Prentice... por el peligro que corre usted y también por la atmósfera del club.

—Inspector, no hay nada malo en la atmósfera del club. Cinco minutos después de que llegaran los bomberos, todo el mundo estaba de fiesta en la piscina. Duró hasta el amanecer. —Señalé la corriente de socios que cruzaba la entrada—. El Club Náutico está teniendo uno de sus mejores días. Frank habría estado impresionado.

—Hablé con el señor Danvila esta mañana. Es posible que su hermano lo vea a usted.

—¿Frank...? —El nombre resonó de un modo extraño, como si se refractara en un medio más enrarecido—. ¿Cómo se encuentra, inspector?

—Trabaja en el jardín de la cárcel, ya no está tan pálido. Le manda recuerdos y le agradece los paquetes, la ropa limpia y los libros.

—Bien. ¿Sabe que aún trato de averiguar qué pasó en casa de los Hollinger?

—Todo el mundo lo sabe, señor Prentice. Ha estado muy ocupado en Estrella de Mar. Incluso cabe la posibilidad de que yo reabra la investigación. Hay muchas cosas oscuras todavía.

Cabrera apoyó las manos en el techo del Seat y miró a través de la bruma la ladera boscosa de la propiedad Hollinger. El comentario sobre la reapertura del caso me inquietó. Yo había empezado a tener una actitud casi posesiva acerca de la casa incendiada. A pesar de las trágicas consecuencias, el fuego había hecho su obra en Estrella de Mar y había satisfecho ciertas necesidades mías. En la conflagración había desaparecido parte del pasado, recuerdos infelices que se habían dispersado con el humo que se elevaba. Nada apuntaba a la identidad del pirómano, pero yo había encontrado una especie de senda. No quería que Cabrera y su equipo forense tropezaran con mis talones.

—Inspector, ¿cree de veras que aún hay algo oscuro? Es evidente que alguien incendió la casa, pero quizá no fue más que... una broma que se le escapó de las manos.

—Una broma muy siniestra. —Cabrera se acercó a mí sospechando que me había expuesto demasiado al sol—. En todo caso, ya conoce las circunstancias de las muertes.

—¿Hollinger y Bibi Jansen en el jacuzzi? Probablemente era algo inocente... Con la escalera y su propio cuarto en llamas, ¿adónde iba a ir Bibi más que al otro extremo del pasillo, a la habitación de Hollinger? A lo mejor pensaron quedarse en el agua hasta que pasara el fuego.

—¿Y la señora Hollinger en la cama del secretario?

—*Sobre* la cama. Había una claraboya encima. Me los imagino tratando de escapar por el techo. Él la sostenía por los pies mientras ella se estiraba hacia el pestillo de la claraboya. Inspector, es posible...

—Es posible. —Cabrera dudó antes de entrar en el coche, intranquilo por mi cambio de táctica—. Como usted ha dicho, su hermano tiene la clave. Lo llamaré cuando acceda a verlo.

—Inspector... —Me callé antes de comprometerme. Por razones que apenas comprendía, ya no tenía prisa por ver a Frank—. Deme unos días. Me gustaría llevarle algo sólido a Frank. Si puedo demostrarle que nadie quería matar a los Hollinger, quizá admita que su confesión no tiene sentido.

—Estoy de acuerdo. —Cabrera encendió el motor, soltó la llave de contacto y observó con atención los otros vehículos estacionados, demorándose en leer las placas de las matrículas—. Quizá estamos buscando en el lado equivocado, señor Prentice.

—¿Lo que significa...?

—Que hay gente de fuera implicada. El incendio de la casa Hollinger es atípico de Estrella de Mar, lo mismo que el robo de la lancha. Comparado con el resto de la Costa del Sol, aquí casi no hay delincuencia: no hay robos de coches ni de casas, no hay drogas...

—¿No hay drogas ni tampoco robos...? ¿Está seguro, inspector?

—No se ha denunciado nada. La delincuencia no es una de las características de Estrella de Mar. Por eso nos parece bien dejar la vigilancia en manos del cuerpo de voluntarios. Tal vez, después de todo, el incendio del Renault haya sido un cortocircuito.

Lo observé mientras se iba y me repetí sus últimas palabras. ¿Ni delincuencia en Estrella de Mar, ni robos, ni tráfico de drogas? De hecho, el pueblo estaba tan conectado con el delito como una red de televisión por cable. La delincuencia se alimentaba a sí misma en casi todos los apartamentos y chalets, en todos los bares y clubes nocturnos, como podía deducirse observando el sistema nervioso defensivo de alarmas y cámaras de vigilancia. En la terraza de la piscina, debajo del balcón de Frank, la mitad de la gente hablaba de la última persecución marítima o el último robo en un apartamento.

Por la noche escuché las sirenas de las patrullas de la policía voluntaria que perseguían a un ladrón de coches por las calles empinadas. Todas las mañanas, al menos un propietario de boutique encontraba el escaparate destrozado y los pedazos de vidrios entre los vestidos de noche. Los traficantes merodeaban por los bares y

discotecas, los tacones altos de las prostitutas repiqueteaban en los callejones empedrados de encima del puerto y las cámaras de los productores de películas como filmaban probablemente en una docena de alcobas. Los delitos eran abundantes, sin embargo Cabrera no sabía nada porque los vecinos de Estrella de Mar no los denunciaban a la policía española. Por alguna razón se mantenían en silencio y fortificaban sus casas y negocios como metidos en un juego peligroso y complicado.

Di vueltas por el apartamento de Frank mientras lo imaginaba trabajando en el jardín de la cárcel, añorando el Club Náutico. Tenía que estar ávido de noticias y con ganas de verme, pero se había abierto una brecha entre nosotros. Me sentía demasiado intranquilo para encerrarme en una sala lúgubre y vigilada de la cárcel de Alhaurín de la Torre, buscando claves que llevaran a la verdad entre los matices y la estudiada vaguedad de las elípticas respuestas de Frank.

El espectáculo del Renault quemándose en la noche me había alterado. Despertado por las llamas que parecían saltar por todo el cuarto, corrí al balcón y vi la cabina iluminada; el humo se arremolinaba a la luz de los faros de los otros coches, que retrocedían para ponerse a salvo. Estaba celebrándose uno de los ritos paganos del mundo moderno: el automóvil en llamas, presenciado por las chicas de la discoteca con vestidos de lentejuelas que temblaban a la luz del fuego.

Cuando empezó la fiesta de la piscina, como excitada respuesta al infierno, estuve a punto de ponerme el traje de baño y unirme a los juerguistas. Tomé el whisky de Franje tratando de calmarme y escuché los chillidos y las risas mientras el sol salía por el mar, y los rayos cobrizos tocaban los chalets y edificios de apartamentos, una premonición de la última hoguera de carnaval que un día consumiría Estrella de Mar.

Después del almuerzo, llegó un Citroën de reemplazo al Club Náutico, y los restos destruidos de su predecesor fueron izados hasta la caja de un camión. Firmé los papeles y después, por curiosidad, bajé por la rampa hasta el garaje del sótano. El Jaguar de Frank estaba bajo una capa de polvo, con las cintas de la policía alrededor de los guardabarros. En la oficina del portero había un juego de llaves de repuesto, pero la idea de sentarme detrás del volante me ponía nervioso. Tomé el ascensor de servicio hasta el vestíbulo, contento de dejar el coche en ese oscuro mundo subterráneo.

Por la tarde, cuando empezaban las sesiones de práctica, la máquina de tenis resonaba en el jardín. Bobby Crawford, como siempre, estaba trabajando con sus alumnos. Sin preocuparse por la mano y el brazo vendados, se movía inquieto en las pistas, saltaba la red para recuperar una pelota extraviada, corría brincando de una línea de saque a la otra, engatusando y animando.

Pensé en Crawford sentado en el balcón al lado de Paula, en la mañana que siguió a la persecución de la lancha por el puerto. Di por sentado que él había incendiado la embarcación, no por malicia sino para dar un bonito espectáculo al público de la noche, y que él o algún colaborador había prendido fuego a mi Renault alquilado.

El móvil, si tenía alguno, parecía oscuro, más un intento por integrarme a la vida privada de Estrella de Mar que para obligarme a irme. Volví a ver el vídeo de la película como grabada en el apartamento de Crawford, convencido de que él también había comprometido a los amigos vecinos del complejo para que participaran en la brutal violación.

Pero ¿había matado a los Hollinger? Aunque en el momento del incendio muchos testigos lo hubieran visto en las pistas de tenis del Club Náutico, otros podían haber actuado para él. Alguien a quien le gustaba el fuego presidía los espacios secretos de Estrella de Mar.

La travesía del animador

La máquina de tenis había callado. Poco después de las cuatro los jugadores empezaron a irse de las pistas y se encaminaron a sus casas para una siesta tardía. Me senté a esperar a Bobby Crawford en el Citroën, fuera del bar, donde las putas amateurs patrullaban el atardecer. Uno por uno los coches salieron por las puertas del Club Náutico; conductores alegremente exhaustos que soñaban con el revés perfecto que les lanzaba ese guapo evangelista de la línea de saque.

Crawford fue el último en salir. A las cinco y cuarto el morro de tiburón del Porsche asomó por la puerta. Bobby se detuvo para mirar la carretera y aceleró al pasar a mi lado con un borboteo ronco. Se había sacado la ropa de tenis y llevaba una chaqueta de cuero de color negro gángster contra la camisa blanca; el pelo rubio recién duchado brillaba al aire. Con las gafas oscuras parecía un actor joven y atractivo en la etapa James Dean que se mordisqueaba un nudillo mientras pensaba en el papel de una próxima película. El tapizado roto del techo flotaba al viento detrás de su cabeza.

Dejé pasar algunos coches y lo seguí hasta la plaza Iglesias, El Porsche esperó en un semáforo en medio del humo de motos y taxis diesel. Con la visera baja, me detuve detrás de un autobús que iba a Fuengirola lleno de turistas británicos cargados con souvenirs de Estrella de Mar: bustos en miniatura del Apolo Belvedere, lámparas art déco y vídeos de Stoppard y Rattigan.

Crawford no cultivaba el esnobismo; saludó a los turistas y les levantó el pulgar alegremente aprobando sus compras. Cuando cambió el semáforo, aceleró bruscamente, adelantó al autobús esquivando apenas las defensas de un camión que venía en sentido contrario, y dobló por la calle Molina hacia el barrio viejo.

Lo seguí durante una hora por Estrella de Mar, un itinerario que parecía el secreto mapa mental de este hombre impulsivo. Conducía casi automáticamente, y supuse que tomaba el mismo camino todas las tardes cuando terminaba con sus obligaciones de entrenador de tenis en el Club Náutico y partía a visitar los puestos de avanzada de un reino muy diferente.

Tras un rápido recorrido por el paseo Marítimo, volvió a la plaza Iglesias y dejó el Porsche con el motor en marcha. Cruzó el jardín central hasta la terraza de un bar, al lado de un quiosco de periódicos, y se acercó a los dos hermanos que se pasaban la noche en la puerta de la discoteca del Club Náutico. Nerviosos pero amables, estos ex vendedores de coches del East End a veces me ofrecían una nueva remesa de hachís marroquí traído en la poderosa lancha cuyos motores Gunnar Andersson ponía a

punto con tanta destreza.

Dejaron el té helado y se levantaron para saludar a Crawford con la deferencia de suboficiales veteranos hacia un joven oficial. Hablaban en voz baja mientras Crawford examinaba su agenda y tildaba las entradas en lo que parecía un libro de pedidos. Cuando los hombres volvieron al té, Crawford señaló a un robusto marroquí de uniforme oscuro sentado delante de un limpiabotas.

Era el chófer de Elizabeth Shand, Mahoud, el que me había vigilado con una mirada agria mientras apuntaba en una agenda electrónica la matrícula de mi coche. Después de meter unas pesetas enrolladas en la mano ennegrecida del niño limpiabotas, subió al Porsche con Crawford. Dieron la vuelta a la plaza, entraron por una callejuela y pararon en la puerta del restaurante libanés Baalbeck, un popular punto de encuentro y lugar de recogida de árabes ricos que venían en barco desde Marbella.

Mientras Crawford esperaba en el coche, el chófer entró en el restaurante y emergió con dos rubias de blusas chillonas, microfaldas de cuero y zapatos blancos de tacón de aguja. Las mujeres se detuvieron un momento y parpadearon al aire libre, como si la luz del sol fuera un fenómeno que nunca hubieran visto directamente. Iban vestidas con un estilizado pastiche de prostitutas callejeras de Pigalle, con bolsos de charol y un atuendo llamativo e incongruente salido de las estanterías de las boutiques más caras de Estrella de Mar.

Mientras la más alta de las dos cojeaba por la estrecha acera, reconocí debajo de la peluca rubia a otra de las asistentes al funeral de Bibi Jansen, la esposa inglesa de un agente naviero con oficinas en el puerto. Hacía lo que podía para parecer una prostituta, adelantaba la boca y bamboleaba las caderas. Me pregunté si todo esto no sería el capricho de algún director de teatro vanguardista que montaba una producción callejera de *Mahagonny* o *Irma la Dulce*.

Las mujeres subieron, junto con Mahoud, al asiento trasero de un taxi que partió rápidamente hacia los lujosos edificios de apartamentos en el camino del acantilado. Crawford, contento quizá de ver que se iban a trabajar, salió del Porsche y cerró las puertas. Caminó junto a los coches estacionados en una calle lateral, con la mano derecha metida dentro de la chaqueta, mientras iba probando las cerraduras. Cuando al fin abrió la puerta del pasajero de un Saab plateado, se deslizó hasta el asiento del conductor y metió la mano debajo del volante.

Observé desde la puerta de un bar de tapas con qué pericia hacía un puente con los cables del coche. Puso el motor en marcha, y el Saab se alejó acelerando por la calle empedrada, golpeando los retrovisores laterales de los otros coches.

Cuando llegué al Citroën, ya había perdido a Crawford. Di una vuelta a la plaza y después recorrí el puerto y el barrio viejo esperando que reapareciera. Estaba a punto de abandonar y volver al Club Náutico cuando vi a un grupo de turistas en la puerta del club de teatro Lyceum, en la calle Domínguez, tratando de calmar a un impaciente conductor. Una camioneta inesperada, cargada de trajes egipcios para la próxima

representación de *Aida*, tenía encajonado el Saab robado de Crawford contra el borde de la acera.

Crawford, antes de que alguien encontrara al conductor, agradeció con un grito y metió el Saab entre la camioneta y el coche estacionado delante. Se oyó el ruido áspero de un retrovisor que se torcía y quebraba, y un faro se hizo añicos y cayó entre las ruedas. Los trajes bailaron en las perchas como una hilera de faraones borrachos. Crawford, sonriendo a los perplejos turistas, dio marcha atrás y volvió a avanzar levantando los brazos mientras el retrovisor aplastado le rascaba la pintura de la puerta.

Sin molestarme en esconderme, volví a seguirlo. La ruta, en parte paseo y en parte excursión delictiva, lo llevó por una Estrella de Mar oculta, un mundo sombrío de bares en callejones, tiendas de vídeos pornográficos y farmacias marginales. Ni una sola vez hubo dinero que cambiara de manos, y supuse que esa travesía relámpago era fundamentalmente inspiradora, una prolongación de su papel de animador del club.

Al final estacionó de nuevo en la plaza Iglesias, dejó el Saab y se zambulló en medio del gentío que inundaba las aceras de las librerías y galerías de arte. Siempre sonriente y con una cara tan abierta como la de un adolescente simpático, parecía caer bien a todos los que encontraba; los comerciantes le ofrecían un pastís, las dependientas coqueteaban con él, la gente se levantaba de las mesas de los bares para bromear y reír. Como siempre, yo estaba impresionado por la generosidad y entrega de Crawford, como si tuviera acceso a una fuente inagotable de amabilidad y buena voluntad.

Sin embargo, robaba y hurtaba con la misma desenvoltura. Vi cómo se metía en el bolsillo un atomizador en una perfumería de la calle Molina y escapaba dando saltitos por la acera y perfumando a los gatos callejeros. Supervisó el maquillaje de una prostituta en la galería Don Carlos, le examinó el delineador como un experto de belleza, y después entró en una bodega cercana y birló dos botellas de Fundador que dejó a los pies de un borracho que dormitaba en un callejón vecino. Con la destreza de un prestidigitador hizo desaparecer un par de zapatos de cocodrilo delante de las narices del encargado de la zapatería, y al cabo de unos minutos emergió de una joyería con un pequeño diamante en el meñique.

Supuse que ignoraba mi presencia a veinte metros de él, pero mientras cruzábamos los jardines de la plaza Iglesias, saludó a Sonny Gardner que estaba en la escalinata de la iglesia anglicana con el teléfono móvil pegado a los labios rollizos. El camarero y marinero eventual me saludó con la cabeza cuando pasé a su lado, y me di cuenta de que probablemente otros muchos estaban uniéndose a Crawford en esa juerga delictiva del atardecer.

Cuando regresó al Saab abollado, Crawford esperó a que yo estuviera al volante del Citroën y encendiera el motor recalentado. Cansado del pueblo y los turistas, salió de la plaza, pasó delante de los últimos comercios y se dirigió a las calles

residenciales que subían por la colina arbolada, debajo de la mansión Hollinger. Me llevó por carreteras bordeadas de palmeras, siempre sin perderme de vista, y me pregunté si no tendría intenciones de entrar a robar en uno de los chalets.

Entonces, mientras dábamos la vuelta a la misma rotonda por tercera vez, aceleré de pronto, y dejó atrás el Citroën antes de girar bruscamente en el laberinto de avenidas. Sonaron unos bocinazos alegres que se desvanecieron por la colina: el más amistoso de los adioses.

Al cabo de veinte minutos encontré el Saab en la entrada de un camino particular que llevaba a un chalet grande, en parte de madera, a unos doscientos metros de la propiedad Hollinger. Detrás de los muros altos y las cámaras de vigilancia, una mujer mayor me observaba desde una ventana del primer piso. Crawford, decidí, había pedido a algún conductor que lo llevara; su recorrido inspirador por Estrella de Mar había concluido por ese día.

Me acerqué al Saab y miré la carrocería y el puente de arranque. Las huellas dactilares de Crawford estarían por todo el vehículo, pero tenía la certeza de que el dueño no denunciaría el robo a la guardia civil. En cuanto al cuerpo de policía voluntario, tenía como función principal, al parecer, la conservación del orden delictivo establecido, más que seguir la pista de los malhechores. Durante la excursión de Crawford por Estrella de Mar, los patrulleros Range Rover lo habían escoltado dos veces y habían vigilado el Saab robado mientras él se dedicaba a hurtar en la plaza Iglesias.

Exhausto por el esfuerzo de perseguir a Crawford, me senté en un banco de madera al lado de una parada de autobús y observé el coche abollado. A pocos metros, una escalera de piedra subía por la colina hacia la cumbre rocosa, encima de la mansión Hollinger. Coincidencia o no, Crawford había dejado el Saab casi en el mismo sitio en que habían encontrado el Jaguar de Frank con el bidón incriminador de éter y gasolina. Se me ocurrió que el pirómano había llegado al huerto de limoneros por esa escalera. De regreso, al ver el Jaguar al lado de la parada de autobús, aprovechó la oportunidad de implicar al dueño y había dejado el bidón en el asiento de atrás.

Abandoné el Citroën al cuidado de las cámaras de vigilancia de la anciana y empecé a subir los gastados escalones de piedra caliza. Siglos antes de Estrella de Mar, según una guía local que yo había leído, esa escalera llevaba a un puesto de observación construido durante las guerras napoleónicas. Las paredes limítrofes de los chalets adyacentes la habían reducido a la anchura de mis hombros. Más allá de las matas invasoras, un ala delta giraba en el cielo sin nubes; el casco con visera del piloto se recortaba contra el susurrante dosel de lona.

Subí el último tramo de escalera hasta la plataforma de observación; la hilera de chalets concluía justo debajo de mí. Recuperé el aliento con el aire fresco, sentado en el muro almenado. Más lejos se extendían las alturas peninsulares de Estrella de Mar.

A unos quince kilómetros al este los edificios de los hoteles de Fuengirola enfrentaban al sol poniente; las paredes blancas parecían enormes pantallas que esperaban el espectáculo vespertino de *son et lumière*. Desde la plataforma de piedra el terreno bajaba en pendiente hasta el ennegrecido huerto de limoneros y desde allí a la puerta trasera y al edificio del garaje, al lado de la casa barrida por el fuego.

Salí de la plataforma y caminé hacia el huerto buscando en el suelo pedregoso alguna huella del pirómano. El revoloteo correoso de la lona resonaba sobre mi cabeza. El piloto del ala delta, tratando de averiguar quién era yo, se cernió sobre mí, tan cerca que sus botas casi me tocaron. La visera le tapaba los ojos. Demasiado distraído para saludarlo, caminé entre los tocones de los limoneros calcinados; mis zapatos crujían sobre el carbón que cubría el terreno.

A treinta metros, estaba el chófer de los Hollinger al lado de la entrada, de espaldas al viejo Bentley parado en el camino. Me observaba fijamente, con una mirada amenazadora, los puños apretados y los brazos cruzados sobre el pecho. Dio un paso al frente mientras yo me acercaba y plantó las botas a pocos centímetros de un foso poco profundo cavado en la tierra.

Una cinta amarilla de la policía ondeaba atada a un poste de madera. Supuse que señalaba el agujero donde el pirómano había escondido los bidones incendiarios. Como si respetara el lugar, el piloto del ala delta se retiró de la cima de la colina; la lona crujía en el aire. Miguel se quedó al borde del foso; el suelo calcinado se desmenuzaba bajo sus pies. A pesar de ese porte agresivo, estaba esperando que yo le hablara. ¿Era posible que hubiera llegado a ver al pirómano aun muy brevemente...?

—Miguel... —Me acerqué saludándolo con la mano—. Estuve en la casa con el inspector Cabrera. Soy el hermano de Frank Prentice. Quería hablar con usted.

El hombre miró el foso, giró sobre sus talones y regresó a la puerta. La cerró detrás de él y se alejó rápidamente escaleras abajo con los hombros encorvados mientras desaparecía en el garaje.

—¿Miguel...?

Irritado por el insistente piloto del ala delta, bajé los ojos. En el suelo cubierto de carbón había dos monedas plateadas que presumiblemente tenían el propósito de expresar el desprecio del chófer por los familiares del hombre que había matado a los Hollinger.

Me arrodillé, las removí con mi pluma estilográfica y descubrí que estaba tocando un par de llaves de coche, unidas por una pequeña cadena metálica en parte enterrada en la tierra. Se me ocurrió que sin duda eran las llaves del Bentley que se le habían caído al chófer mientras me esperaba. Las sacudí y les quité la tierra para devolvérselas a Miguel. Pero el motor del Bentley estaba en marcha y ya salía humo por el tubo de escape, así que las llaves pertenecían quizá a algún miembro del equipo forense de la policía. Las sostuve en la mano tratando de identificar la marca del coche, pero en las superficies cromadas no había ningún emblema. Empecé a sospechar que tal vez eran las llaves del pirómano, que las había olvidado o perdido

al recuperar los bidones enterrados.

El ala delta revoloteaba por encima de mi cabeza y los cables de acero cantaban en el aire. Las manos enguantadas del piloto aferraban la barra de control como conduciendo un caballo alado. El planeador descendió abruptamente y cruzó el huerto; el ala izquierda casi me golpeó la cara.

Me puse en cuclillas entre los árboles quemados mientras el ala delta volaba en círculos encima de mí, listo para descender otra vez si yo intentaba llegar a la casa Hollinger. Con la cabeza gacha, corrí por el suelo ceniciento, decidido a abrirme paso por la colina que se extendía más allá del muro exterior. El ala delta volvió a planear hacia adelante, siguiendo las corrientes de aire cálido que barrían las laderas abiertas. El piloto no se daba cuenta de que yo tropezaba y resbalaba debajo de él; parecía tener los ojos clavados en las olas que avanzaban hacia Estrella de Mar.

Debajo, en medio de los eucaliptos, al otro lado de la cerca de la finca Hollinger, apareció una hilera de chalets. Los jardines y los patios estaban protegidos por muros altos, y advirtiéndome la expresión de susto de una criada que me miraba desde un balcón, supe que ninguno de los vecinos vendría a ayudarme, y que tampoco me dejarían entrar en sus jardines.

Cubierto de polvo y ceniza, fui tambaleándome hasta el muro posterior del cementerio protestante. El desconsiderado piloto había vuelto a la cumbre, y giraba en círculos antes de lanzarse bruscamente hacia la playa de debajo.

Junto a la entrada trasera había un vertedero de piedra lleno de flores marchitas y coronas desteñidas. Me limpié las manos con un ramo de cañacoro, tratando de quitarme la última gota de humedad de las palmas irritadas. Me sacudí el polvo ceniciento de la camisa, empujé la puerta trasera y me alejé a través de las tumbas.

Excepto un visitante solitario, el cementerio estaba desierto. Un hombre delgado, de traje gris, se aferraba de espaldas a un ramo de lirios y parecía reacio a dejarlo sobre la lápida. Cuando crucé el cementerio, se volvió sobresaltado, como si lo hubiera sorprendido mientras tenía algún mal pensamiento. Lo reconocí como el personaje a quien casi todo el mundo había rechazado en el funeral de Bibi Jansen.

—¿Doctor Sanger...? ¿Le pasa algo?

—No, gracias. —Sanger estaba frente a la lápida, y tocaba gentilmente las letras grabadas en el mármol pulido. Llevaba un traje plateado del mismo color que la piedra, y los ojos parecían aún más melancólicos de lo que yo recordaba. Por fin dejó los lirios contra la lápida y retrocedió sujetándose el codo.

—Bueno... ¿Qué le parece?

—Es un buen monumento —lo tranquilicé—. Me alegra que hayan venido todos.

—Yo mismo lo encargué. Era lo correcto. —Me tendió un pañuelo—. Tiene un corte ahí en la mano... ¿Quiere que se lo mire?

—No es nada. Tengo prisa. Me atacó un ala delta.

—¿Un ala delta...?

Levantó los ojos al cielo y me miró mientras me encaminaba hacia la puerta. Abrí

el pasador, salí a la calle y me apoyé en el techo de un coche estacionado. Traté de estudiar el perfil de la colina. El Citroën estaba al menos a un kilómetro, en la ladera al este de la casa Hollinger.

Esperé a que llegara un taxi trayendo gente al cementerio y me llené los pulmones para recuperarme de la agotadora caminata. A unos cincuenta metros, en la puerta del cementerio católico, había un motociclista vestido de cuero negro y casco con un pañuelo que le cubría el rostro. Apretaba el manillar de la moto con unas manos enguantadas, y oí el débil rumor del tubo de escape. La rueda frontal estaba ligeramente vuelta hacia mí y me pareció que me apuntaba.

Dudé antes de dejar la acera. La carretera pasaba por delante de los chalets y desaparecía hacia Estrella de Mar. El ala delta planeaba en el aire como una nave de observación entre mis ojos y el sol poniente, y la tela brillaba como el plumaje de un pájaro de fuego.

—¿Señor Prentice...? —El doctor Sanger me tocó el brazo. Ahora que había salido del cementerio parecía tranquilo. Señaló un coche próximo—. ¿Quiere que lo lleve? Pienso que será más seguro para usted...

Delincuentes y benefactores

—Qué suerte tiene —le dije a Sanger mientras subíamos por el camino particular que llevaba a su chalet—. Aparte de Nueva York, ésta es la colección de graffiti más impresionante que yo haya visto jamás.

—Seamos generosos y llamémoslo arte de la calle. Pero me temo que las intenciones son otras.

Sanger bajó del coche y echó una mirada a las puertas del garaje. Los paneles de acero estaban todos cubiertos de graffiti, una exposición fosforescente de espirales, meandros, esvásticas y consignas amenazadoras que continuaba por los postigos de las ventanas y la puerta de calle. Las limpiezas repetidas habían borroneado los pigmentos, y el tríptico del garaje, las ventanas y la puerta parecían el esfuerzo autoinculpatório de un perturbado pintor expresionista.

Sanger miraba lánguidamente la exposición, sacudiendo la cabeza como el distraído encargado de una galería de arte a quien las presiones de la moda obligan a exponer obras por las que tiene poca simpatía.

—Le aconsejo que descanse unos minutos —me dijo mientras abría la puerta—. Un taxi lo llevará hasta su coche. Todo esto habrá sido una experiencia terrible para usted...

—Es muy amable de su parte, doctor. No sé muy bien si estaba en peligro. Parece que tengo el don de tropezar y caerme solo.

—Esa ala delta parecía bastante amenazadora. Y el motociclista. Estrella de Mar es más peligrosa de lo que se piensa.

Sanger me hizo pasar a la sala y echó una mirada a la calle antes de cerrar la puerta. Suspirando, con alivio y resignación a la vez, miró las paredes desnudas, surcadas por las sombras —como oscuras parrillas— de los barrotes de acero en las ventanas que se abrían al jardín. Nuestras siluetas se movían entre los barrotes, como figuras que representaban una escena en la vida de unos convictos.

—Me recuerda a las *Carceri* de Piranesi... Nunca pensé que viviría dentro de estos extraños aguafuertes. —Sanger se volvió a examinarme—. ¿Corría usted peligro? Es muy posible. A Crawford le gusta mantener el ambiente caldeado, pero a veces va demasiado lejos.

—Me siento mejor de lo que pensaba. Da la casualidad que no era Crawford el del ala delta, ni el de la moto.

—Los colegas de Crawford, me atrevería a decir. Crawford tiene una red de simpatizantes que saben lo que quiere. Supongo que se estaban riendo de usted. Pero

le aconsejo que tenga cuidado, aunque sea el hermano de Frank.

Sanger me llevó a un salón que daba a un pequeño jardín tapiado, ocupado casi todo por una piscina. El salón alargado tenía dos sillones y una mesa baja. Los libros que en una época habían ocupado las paredes estaban ahora en cajas de cartón. El aire parecía estancado, como si las puertas y ventanas que miraban al jardín no se abrieran nunca.

—Veo que se traslada —comenté—. ¿Viene o se va?

—Me voy. Creo que esta casa tiene algunos inconvenientes, y también recuerdos bastante dolorosos. Pero siéntese y trate de calmarse. —Sanger me apartó de la puerta del jardín mientras yo intentaba abrir el picaporte. Parecía preocupado por mí. Sus manos sensibles me levantaron la barbilla y alcancé a oler el débil perfume de unos lirios funerarios en la punta de los dedos. Me tocó los moretones descoloridos y se sentó en un sillón de cuero delante de mí, como preparado para empezar mi análisis—. Paula Hamilton me contó lo de la agresión en el apartamento de Frank. Por lo que me dijo, el intruso decidió no matarlo. ¿Tiene idea de por qué? Parece que podía haber hecho cualquier cosa con usted.

—Es cierto. Creo que quería ver cómo reaccionaba. Fue una especie de iniciación. Casi una invitación a...

—¿A los infiernos? ¿A la Estrella de Mar real? —Sanger frunció el ceño, censurando mi falta de preocupación por mí mismo—. Usted ha molestado a mucha gente desde que vino aquí, por tanto es comprensible. Todas esas preguntas...

—Tenían que hacerse. —Me irritaba la actitud defensiva de Sanger—. En el incendio de la casa Hollinger murieron cinco personas.

—Un crimen horrible, si fue deliberado. —Sanger se echó hacia adelante tratando de calmar mi breve muestra de irritación con una sonrisa—. Esas preguntas que ha hecho... quizá no sea el tipo de preguntas que tenga respuestas en Estrella de Mar. O no las respuestas que usted quiere oír.

Me puse de pie y caminé entre las vacías estanterías de libros.

—No tuve mucha oportunidad de oír nada. En realidad no me dieron ninguna respuesta. Pensé durante un tiempo que se trataba de una especie de conspiración en marcha, pero quizá no lo haya sido. Al mismo tiempo, tengo que sacar a Frank de la cárcel.

—Por supuesto. Esa confesión es completamente absurda. Como hermano mayor, es natural que se sienta responsable; le traeré un vaso de agua.

Se disculpó y se acomodó el pelo plateado frente al espejo mientras iba a la cocina. Traté de imaginármelo viviendo en ese chalet sin aire con la sedada Bibi Jansen, un arreglo extraño incluso para las costumbres de Estrella de Mar. Sanger tenía algo casi femenino, una constante amabilidad que seguramente había tranquilizado a la aturdida drogadicta y la había convencido de que lo invitara a la cama. Me lo imaginé haciendo el amor con la discreción de un espectro.

A la vez había dentro de él una tensión evasiva permanente que despertaba mis

sospechas. Sanger también tenía motivos para prender fuego a la mansión: el feto en el útero de Bibi. El descubrimiento de que había dejado embarazada a una de sus pacientes podría haber sido causa suficiente para que lo expulsaran del colegio de médicos. Sin embargo, era obvio que se había preocupado por la joven, y que, a su manera ambigua, la había llorado, provocando al público hostil que asistía al funeral y después ruborizándose cuando lo encontré solo junto a la tumba. La vanidad y el autorreproche compartían el mismo guante de antílope, y a pesar de mí mismo me pregunté si no había elegido el tono exacto de mármol para que armonizara con el color plateado del traje y el pelo.

Busqué un teléfono; quería llamar a un taxi. La excitación de la persecución de Crawford por Estrella de Mar, el descubrimiento de las llaves y el duelo con el delta me habían preparado para todavía más acción. Me acerqué a las ventanas del jardín y miré la piscina vacía. Alguien había arado un bote de pintura por encima del muro, y un estallido de sol amarillo se deslizaba hacia el desagüe.

—Otra pintura abstracta —le comenté a Sanger cuando regresó con el agua mineral—. Comprendo por qué se muda.

—Hay un tiempo para quedarse y un tiempo para irse. —Se encogió de hombros, resignado a sus propias justificaciones—. Tengo algunas propiedades en la urbanización Costasol, unos pocos bungalows que alquilo en verano. He decidido tomar uno para mí.

—¿La Residencia Costasol? Es muy tranquila...

—Desde luego, prácticamente sonambulística, pero eso es lo que busco. Tiene los sistemas de seguridad más avanzados de la costa. —Sanger abrió una ventana y escuchó los ruidos vespertinos de Estrella de Mar, como un líder político exiliado, resignado a una casa fuertemente vigilada y a la compañía de sus libros—. No diría que me han echado, pero espero tener una vida más tranquila.

—¿Ejercerá allí? ¿O a la gente de los pueblos ya no les sirve ni la ayuda psiquiátrica?

—Eso es un poco injusto. —Sanger esperó a que yo regresara al sillón—. Si dormir al sol estuviese prohibido, nadie se atrevería a jubilarse.

Di un sorbo al agua tibia pensando en los tónicos whiskys de Frank.

—Hablando en sentido estricto, doctor, no hay muchos jubilados en la Residencia Costasol. La mayoría tiene cuarenta o cincuenta años.

—En esta época todo se hace más rápido. El futuro se precipita hacia nosotros como un tenista que carga contra la red. La gente de las nuevas profesiones alcanza la cima al final de la treintena. En verdad tengo bastantes pacientes de Costasol. Es lógico que me mude, ahora que mi consulta aquí se ha agotado.

—¿Así que los vecinos de Estrella de Mar son más sólidos? ¿Hay menos conflictos y tensiones psiquiátricas?

—Muy pocos. Están demasiado ocupados con esos clubes de teatro y esos coros musicales. Hace falta mucho tiempo libre para compadecerse de uno mismo. Aquí

hay algo especial en el aire... y no me refiero a ese piloto del ala delta.

—¿Pero sí a Bobby Crawford?

Sanger se quedó mirando el borde del vaso, como si buscara su propia imagen en la cuarteada superficie.

—Crawford, sí, es un hombre notable, como ya ha visto. Es obvio también que tiene algunas características peligrosas, de las que en realidad no es consciente. Estimula y anima a la gente de una manera incomprensible para todos. Pero en general es una fuerza benéfica. Pone demasiada energía en Estrella de Mar, aunque no todo el mundo puede seguirle la marcha. Algunos tienen que retirarse y quedarse al margen.

—¿Como Bibi Jansen?

Sanger se volvió para mirar el patio, donde había una tumbona junto a la piscina. Ahí, supuse, la joven sueca se relajaba al sol bajo la mirada melancólica y nostálgica del psiquiatra. Me pareció que Sanger se deslizaba en un ensueño superficial de tiempos más felices.

—Bibi... yo la quería mucho. Antes de que se la llevaran los Hollinger solía llamar a mi puerta y preguntarme si podía quedarse conmigo. La había tratado por una adicción detrás de otra y siempre dejaba que se quedase. Era una oportunidad de alejarla de todo lo que estaba estropeándole la mente. Bibi sabía que los bares de la playa eran demasiado para ella, Crawford y sus amigos la ponían a prueba hasta la destrucción, como si fuera una Piaf o una Billie Holiday con un enorme talento como ayuda y apoyo. En realidad era desesperadamente vulnerable.

—Parece que todos la querían... Lo vi en el funeral.

—¿En el funeral? —La mirada de Sanger se aclaró y regresó al presente—. No fue uno de los mejores días de Andersson. Un chico agradable, el último hippy hasta que descubrió que era un mecánico de talento. Ella le recordaba su adolescencia de mochilero en Nepal. Quería que Bibi siguiera siendo una niña, que viviera en la playa como una gitana.

—Andersson sentía que ella era así. Quizá el mundo necesita alguna gente dispuesta a quemarse. A propósito, él piensa que usted era el padre del niño.

Sanger se pasó el dorso de la mano por la cabellera plateada.

—Como todo el mundo en Estrella de Mar. Traté de protegerla, pero nunca fuimos amantes. Lamentablemente, creo que jamás la he tocado.

—Dicen que usted se acuesta con las pacientes.

—Pero, señor Prentice... —Sanger parecía sorprendido de mi ingenuidad—. Mis pacientes son mis amigas. Llegué aquí hace seis años, cuando murió mi mujer. Las que conocí me pedían ayuda... bebían demasiado o eran adictas a los somníferos, pero nunca dormían bien. Algunas habían traspasado el último límite del aburrimiento. Yo las seguí y las traje de vuelta, traté de dar algún sentido a sus vidas. Con una o dos eso implicó que me involucrara personalmente. De otras, como Bibi y la sobrina de los Hollinger, no era más que un guía y consejero.

—¿Arme Hollinger? —Hice una mueca al recordará, dormitorio destruido—. A ella no la trajo de vuelta, era adicta a la heroína.

—En absoluto. —Sanger habló con dureza, como si corrigiera a un subalterno incompetente—. Estaba completamente limpia. Uno de los pocos éxitos de la clínica, se lo aseguro.

—Doctor, se estaba pinchando en el momento del incendio. La encontraron en el baño con una aguja en el brazo.

Sanger levantó las pálidas manos para que me callara.

—Señor Prentice, se precipita. Anne Hollinger era diabética. Lo que se inyectaba no era heroína, sino insulina. Ya es suficiente tragedia que haya muerto para que encima tengan que estigmatizarla...

—Lo siento, lo di por sentado, no sé bien por qué Paula Hamilton y yo visitamos la casa con Cabrera, y ella supuso que Anne había recaído.

—La doctora Hamilton ya no la trataba. Había entre las dos cierta frialdad inexplicable. A Anne le diagnosticaron diabetes en Londres hace seis meses. — Sanger miró con tristeza el sol que se ponía sobre el jardín en miniatura, con la piscina vacía como un altar hundido—. Después de todo lo que ocurrió, fue a morir con Bibi en ese incendio absurdo. Aún es difícil creer que haya pasado.

—¿Y más difícil que Frank estuviera detrás?

—Imposible. —Sanger hablaba en un tono mesurado, observando mis reacciones—. Frank es la última persona de Estrella de Mar capaz de provocar ese incendio. Le gustaba la ambigüedad y las frases que terminaban con un signo de interrogación. El fuego es un acto demasiado definitivo, que impide cualquier discusión ulterior. Conocía bien a Frank, jugábamos al bridge en los primeros tiempos del Club Náutico. Dígame, ¿Frank solía robar de pequeño?

Dudé, pero Sanger había soltado la pregunta con un aire tan casual que casi me cayó simpático.

—Nuestra madre murió cuando éramos pequeños. Nos dejó... dejó la familia destruida. Frank estaba muy trastornado.

—¿Pero robaba?

—Era algo que nos unía. Yo lo encubría y trataba de cargar con la culpa. No es que importase... mi padre raramente nos castigaba.

—¿Y usted nunca robó?

—No. Creo que Frank ya lo hacía por mí.

—¿Y lo envidiaba?

—Todavía lo envidio. Le dio un tipo de libertad que yo no tengo.

—¿Y ahora está asumiendo ese papel infantil: rescatar a Frank de otro de sus líos?

—Lo sabía desde el principio. Lo curioso es que una parte de mí piensa que no es imposible que él haya provocado el incendio de la casa Hollinger.

—Claro, le envidia el «crimen». No me sorprende que Bobby Crawford le intrigue tanto.

—Es verdad... toda esa energía promiscua tiene algo de fascinante. Crawford encanta a la gente, siempre navegando tan cerca de las rocas. Les otorga la gracia de llenarles la vida con la posibilidad de ser genuinamente pecadores e inmortales. Pero al mismo tiempo, ¿por qué lo aguantan? —Demasiado inquieto para quedarme en el sillón, me levanté y empecé a caminar entre las cajas de libros mientras Sanger me escuchaba y construía una serie de torres con sus dedos delgados—. Esta tarde lo he seguido... y podían haberlo detenido un montón de veces. Es una presencia auténticamente perjudicial; dirige una red de traficantes, ladrones de coches y prostitutas. Es simpático y entusiasta, pero ¿por qué no lo mandan al diablo? Estrella de Mar sería un paraíso sin él.

Sanger dejó caer su torre y sacudió vigorosamente la cabeza.

—Yo creo que no. De hecho, es probable que Estrella de Mar sea un paraíso gracias a Bobby Crawford.

—¿Los clubes de teatro, las galerías de arte, los coros? Crawford no tiene nada que ver con todo eso.

—Sí que tiene que ver. Antes de que Crawford llegara, Estrella de Mar era como cualquier otra urbanización de la Costa del Sol. La gente iba a la deriva en medio de una bruma de vodka y Valium. Podría decirle que en aquella época yo tenía muchísimos pacientes. Recuerdo las pistas de tenis en silencio, un solo socio tumbado al lado de la piscina. Se podía ver el polvo flotando en la superficie del agua.

—¿Y cómo hizo Crawford para animarlo? Es un jugador de tenis.

—Pero no fue su revés lo que ha hecho revivir Estrella de Mar, sino otros talentos. —Sanger se puso de pie y se acercó a la ventana a escuchar una alarma que sonaba en el aire del atardecer—. En cierto sentido es posible que Crawford sea el salvador de toda la Costa del Sol, o de un mundo aún más amplio. ¿Ha estado en Gibraltar? Una de las últimas orgullosas avanzadas de la codicia en pequeña escala, abiertamente dedicada a la corrupción. No me sorprende que los burócratas de Bruselas estén tratando de cerrarla. Nuestros gobiernos se preparan para un futuro sin empleo, y eso incluye a los delincuentes menores. Nos aguardan sociedades del ocio, como las que se ven en la costa. La gente seguirá trabajando, o mejor dicho, alguna gen te seguirá trabajando, pero sólo durante una década. Se retirará al final de los treinta, con cincuenta años de ocio por delante.

—Un billón de balcones de cara al sol. Bueno, significa el último adiós a las guerras y las ideologías.

—Pero ¿cómo se estimula a la gente, cómo se le da una cierta sensación de comunidad? Un mundo tumbado de espaldas es vulnerable a cualquier depredador astuto. La política es un pasatiempo para una casta profesional, al resto no nos entusiasma. La creencia religiosa exige un vasto esfuerzo de compromiso imaginativo y emocional, lo que es bastante difícil si uno todavía está atontado por las pastillas de la noche anterior. Sólo queda una cosa capaz de estimular a la gente: amenazarla y

obligarla a actuar.

—¿El delito?

—El delito y la conducta transgresora... es decir las actividades que no son necesariamente ilegales, pero que nos invitan a tener emociones fuertes, que estimulan el sistema nervioso y activan las sinapsis insensibilizadas por el ocio y la inactividad. —Sanger hizo un gesto hacia el cielo del anochecer como un conferenciante que señala en un planetario el nacimiento de una estrella—. Mire alrededor... la gente de Estrella de Mar ya ha dado la bienvenida a todo esto.

—¿Y Bobby Crawford es el nuevo Mesías? —Terminé el agua de Sanger tratando de quitarme la sequedad de la boca—. ¿Y cómo ha hecho un modesto tenista profesional para descubrir esta nueva verdad?

—No ha hecho nada. Tropezó con ella por pura desesperación. Recuerdo cómo cruzaba esas pistas vacías para jugar interminables partidos con la máquina. Una tarde se fue asqueado del club y pasó unas horas robando coches y hurtando cosas en las tiendas. Quizá fue una coincidencia, pero a la mañana siguiente habían reservado hora para dos clases de tenis.

—¿Una cosa tiene que ver con la otra? No me lo creo. Si alguien me roba la casa, mata a mi perro y viola a mi criada mi reacción no es abrir una galería de arte.

—Quizá no su primera reacción. Pero sí más adelante, a medida que se cuestione los acontecimientos del mundo que lo rodea... las artes y la delincuencia siempre han florecido juntas.

Lo seguí hasta la puerta y esperé a que llamara un taxi. Mientras hablaba, se miraba en el espejo, se tocaba las cejas y se arreglaba el pelo como un actor en su camerino. ¿Me decía que Bobby Crawford había provocado el incendio de la casa Hollinger y que de alguna manera obligaba a Frank a actuar como chivo expiatorio?

Esperamos en los escalones; los graffiti brillaban junto a nosotros, bajo las luces de vigilancia.

—En ese esquema falta una cosa: un sentimiento dé culpa —dije—. Cualquiera pensaría que la gente de aquí tendría que estar carcomida por los remordimientos.

—Pero no hay remordimientos en Estrella de Mar. Hemos tenido que olvidarnos de ese lujo, señor Prentice. Aquí se transgrede por el bien público. Todos los sentimientos de culpa, por muy viejos que sean y bien arraigado que estén, han desaparecido. Frank lo descubrió, y puede que usted también lo haga.

—Eso espero. Una última pregunta: ¿quién mató a los Hollinger? ¿Bobby Crawford? Es muy aficionado al fuego.

Sanger levantó la nariz al aire de la noche. Parecía consciente de todos los ruidos, todos los chirridos de frenos y estridencias musicales.

—Me cuesta creerlo. Ese incendio fue demasiado destructivo. Además, Crawford le tenía, mucho cariño a Bibi y a Anne Hollinger.

—Pero detestaba al matrimonio de ancianos.

—Aun así. —Sanger cruzó conmigo el sendero de grava mientras los faros del

taxi iluminaban el camino—. Si busca los móviles, no encontrará al culpable. En Estrella de Mar, como en cualquier otra parte del futuro, los crímenes no tienen móvil. Lo que debería buscar es a alguien que en apariencia no tenía ningún motivo para matar a los Hollinger.

Un cambio de corazón

Frank, imprevisible hasta el fin, había decidido verme. El señor Danvila trajo la buena nueva al Club Náutico, seguro de que la novedad era muy importante. Me esperaba en el vestíbulo cuando regresé de la piscina y no pareció sorprenderse de que no lo reconociera contra un fondo de carteles deportivos ingleses.

—¿Señor Prentice? ¿Algún problema?

—No. ¿Señor Danvila? —Al sacarme las gafas de sol reconocí la figura agobiada con aquellos maletines que cambiaba continuamente de mano—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Un asunto urgente, relacionado con el hermano de usted. Esta mañana me he enterado de que ahora lo recibirá.

—Bien...

—¿Señor Prentice? —El abogado me siguió hasta el ascensor y apretó el botón de llamada—. ¿Me entiende? Puede visitar a su hermano. Ha accedido a verlo.

—Me parece... muy bien. ¿Sabe por qué ha cambiado de idea?

—Eso no importa, lo importante es que vaya a verlo. A lo mejor tiene algo que decirle. Tal vez alguna prueba nueva sobre el caso.

—Claro. Es una noticia excelente. Quizá ha tenido tiempo de pensarlo todo otra vez.

—Exactamente. —Pese a un aire de maestro de escuela obstinado pero cansado, Danvila me observaba con una vivacidad inesperada—. Señor Prentice, cuando vea a su hermano dele tiempo, déjelo hablar. La visita es esta tarde a las cuatro y media. Ha pedido que lleve a la doctora Hamilton.

—Mejor aún. La llamaré a la clínica. Sé que tiene muchas ganas de hablar con él. ¿Y qué pasa con el juicio? ¿Esto tendrá algún efecto?

—Si él retira la confesión, presentaré una petición al juzgado de Marbella. Todo depende de la reunión de esta tarde. Es importante que sea paciente con él, señor Prentice.

Quedamos en encontrarnos en el estacionamiento de la cárcel. Acompañé a Danvila hasta su coche, y mientras dejaba los maletines en el asiento del pasajero, saqué del bolsillo del albornoz las llaves que había encontrado en el huerto de limoneros. Como suponía, no correspondían a la cerradura del coche. Pero Danvila había notado un cambio en mis ojos.

—Señor Prentice, ¿se lo está pasando bien en Estrella de Mar?

—No exactamente. Pero es un lugar con gran encanto... con cierta magia incluso.

—Magia, sí. —Danvila sujetó el volante sin ningún tipo de brusquedad—. Empieza a parecerse a su hermano...

Regresé al apartamento tratando de adivinar el significado de la decisión de Frank. Al negarse a verme, así como a todos sus amigos y colegas del Club Náutico, había trazado una raya en el caso y asumido la culpa de la muerte de los Hollinger del mismo modo que un ministro de gobierno puede dimitir por la mala conducta de un subordinado. Al mismo tiempo, me protegía de los remordimientos que habíamos tenido por la muerte de nuestra madre. Habíamos intentado mantenerla viva con todas nuestras fuerzas, sosteniéndola para que subiera la escalera y barriendo las botellas de whisky rotas en el suelo del baño.

Sentí de pronto mucho afecto por Frank al recordar a aquel niño decidido de ocho años que lustraba los cubiertos manchados del cajón de la cocina. Sólo ahora yo podía aceptar que esa mujer acongojada y solitaria no advertía la presencia de sus pequeños hijos, y ni siquiera era consciente de sí misma mientras se miraba en todos los espejos de la casa como si tratara de recordar su propia imagen.

Curiosamente, en Estrella de Mar cualquier rastro de remordimiento se había evaporado bajo el sol benévolo, como la niebla de la mañana sobre las piscinas. Llamé al contestador automático de Paula en la clínica y la invité a almorzar en el club antes de ir a Málaga. Después de ducharme me quedé en el balcón mirando a los jugadores de tenis que peloteaban en las pistas, como siempre bajo la dedicada supervisión de Bobby Crawford.

Las raquetas de Frank estaban en el armario y tuve la tentación de bajar a la pista y desafiarlo a un set. Me ganaría fácilmente, pero me intrigaba saber por qué margen. Habría unos primeros saques fulminantes y un pelotazo alto apuntando a mi cabeza, pero después bajaría el juego para perder unos tantos y arrastrarme a una profunda rivalidad. Si yo jugaba a propósito con más torpeza, me permitiría sacar cierta ventaja y tentarme con una o dos temerarias subidas a la red...

El Porsche estaba estacionado en medio del halo negro que había dejado el Renault quemado en el asfalto. Crawford siempre estacionaba allí, o bien para recordarme el niego o por alguna perversa muestra de solidaridad. Esa mañana, más temprano, había probado las llaves perdidas en la cerradura de la puerta del Porsche. Miré los números atrasados del *Economist*, el cartón de cigarrillos turcos y las gafas de aviador color ámbar de la guantera, y tuve una auténtica sensación de alivio cuando vi que las llaves no entraban. Mientras esperaba a Paula, preparé ropa limpia para Frank. Al ir a buscar las camisas al armario, me topé con el chal de encaje que habíamos heredado de nuestra abuela. La tela amarillenta yacía como una mortaja sobre los jerséis de mohair, y recordé que le ponía el chal a mi madre sobre los hombros, sentada frente el tocador, y cómo el aroma de su piel se mezclaba tan inseparablemente con el penetrante olor del whisky.

El BMW de Paula entró en el estacionamiento y se detuvo junto al Porsche. Al reconocer el coche deportivo, arrugó irritada la nariz, dio marcha atrás y lo dejó en otro lado. Tomó una naranja de una cesta de frutas en el asiento del pasajero, bajó del coche y se encaminó con pasos rápidos hacia la entrada. Yo, como siempre, estaba encantado de verla. Con el traje pantalón blanco, tacones altos y un pañuelo de seda flotando debajo de la garganta, más que una médica parecía la invitada elegante de un yate en Puerto Banús.

—¿Paula...? ¿Eres tú...?

—Parece. —Cerró la puerta del apartamento detrás de ella y salió al balcón. Sosteniendo la naranja en la palma de una mano, señaló el círculo de asfalto chamuscado en el parque—. Espero que lo limpien pronto. He hablado con David Hennessy. Gracias a Dios que no estabas dentro.

—Estaba profundamente dormido, eran más de las doce.

—Podías haber estado dormitando al volante, o espiando a una pareja que copulaba. A alguna gente le gusta hacer el amor en los coches, aunque Dios sabe por qué. —Me lanzó la naranja y se apoyó en la barandilla—. Bueno, ¿cómo estás? Para ser alguien atacado por un ala delta y a medias estrangulado tienes muy buen aspecto.

—Estoy bien, pero un poco excitado por la idea de ver a Frank.

—Por supuesto. —Se acercó sonriendo, me tomó por los hombros y apoyó una mejilla contra la mía—. Hemos estado terriblemente preocupados. Al fin sabremos qué le está pasando por la cabeza.

—Esperemos. Algo tuvo que ocurrir para que cambiase de idea, pero quién sabe qué.

—¿Importa acaso? —Me pasó los dedos por los moretones del cuello—. Lo importante es que nos pongamos en contacto con él. ¿Quieres ver a Frank?

—Por supuesto. Sólo que... no sé muy bien qué decirle. Es tan inesperado y a lo mejor no significa mucho. Cabrera le habrá dicho que me han atacado. Me atrevería a pensar que Frank quiere que yo vuelva a Londres.

—¿Y tú? ¿Quieres volver?

—No exactamente. Estrella de Mar me parece mucho más interesante de lo que yo pensaba al principio. Además...

Era la hora del almuerzo; las clases de tenis habían concluido y los jugadores regresaban a los vestuarios. Crawford caminaba alrededor de la silenciosa máquina de servicios mientras volvía a colocar en la tolva las pelotas desparramadas. Se lanzó detrás de los jugadores y los desafió a una carrera hasta las duchas. Admirando su energía, estuve a punto de saludarlo con la mano pero Paula me sujetó el codo.

—Charles...

—¿Qué pasa?

—Domínate. Estás más preocupado por Bobby Crawford que por tu hermano.

—Eso no es verdad. —La seguí hasta el cuarto donde ella empezó a reacomodar

la maleta llena de ropa para Frank—. Pero Crawford es interesante. Estrella de Mar y él son la misma cosa. El otro día hablé con Sanger... cree que somos el prototipo de todas las comunidades ociosas del futuro.

—¿Y estás de acuerdo?

—Tal vez. Es un hombre extraño, con esa inclinación por las chicas jóvenes que trata de ocultarse a sí mismo. Pero es muy sagaz. Según él, el motor que impulsa Estrella de Mar es el delito. El delito y lo que Sanger llama conducta transgresora. ¿Te sorprende, Paula?

Se encogió de hombros y cerró la maleta.

—Jamás se denuncia ningún delito.

—¿Y no es eso el crimen más perfecto, cuando las víctimas están dispuestas o no son conscientes de que son víctimas?

—¿Y Frank es una de esas víctimas?

—Quizá. Aquí hay una lógica muy curiosa en juego. Mi idea es que Frank era consciente de todo.

—Se lo puedes preguntar esta tarde. Cámbiate y vamos a almorzar.

Esperó en la puerta mientras yo sacaba el pasaporte y la billetera del cajón del escritorio y contaba veinte billetes de mil pesetas.

—¿Para qué son? No me digas que David Hennessy te cobra la comida...

—Todavía no. Son para ablandar a algún funcionario de prisiones que pueda ayudar a Frank. Lo llamaría soborno, pero suena demasiado mezquino.

—Bien. —Paula asintió mientras volvía a atarse el pañuelo y se arreglaba el escote en el espejo—. No olvides las llaves del coche.

—Son unas... de repuesto. —Las llaves que había encontrado en el huerto estaban sobre el escritorio. No le había dicho nada a Paula porque había decidido esperar a probarlas en la cerradura de su BMW—. Paula...

—¿Qué ocurre? Estás dando vueltas como una polilla alrededor de una llama. — Se acercó a mí y me examinó las pupilas—. ¿Has tomado algo?

—Nada de lo que piensas. —Me volví y la miré—. Escucha, creo que no puedo enfrentarme a Frank está tarde.

—¿Por qué no, Charles?

—Ve tú sola. Créeme, no es el día apropiado. Han pasado demasiadas cosas.

—Pero ha pedido verte. —Paula trató de leerme la cara—. ¿Qué demonios voy a decirle? Se quedará de piedra cuando sepa que no has querido ir.

—No, lo conozco. Tomó la decisión de declararse culpable y nada lo hará cambiar.

—Tiene que haber aparecido algo nuevo. ¿Qué le digo a Cabrera? ¿Vas a irte de Estrella de Mar?

—No. —Le puse las manos sobre los hombros para calmarla—. Mira, quiero ver a Frank, pero hoy no, y no para hablar del juicio. Todo eso ha quedado en segundo plano. Hay otras cosas que tengo que hacer aquí.

—¿Cosas relacionadas con Bobby Crawford?

—Supongo. Él es la clave de todo. Si quiero ayudar a Frank y evitar que vaya a parar a la cárcel de Alhaurín de la Torre el único camino es acercarme a Bobby Crawford.

—De acuerdo. —Se relajó y apoyó las manos sobre las mías. El hecho de que accediera tan rápidamente me hizo pensar que ella seguía una ruta propia. Me llevaba por los pasillos exteriores de un laberinto y me guiaba hasta otra puerta cada vez que yo parecía flaquear. Esperó mientras le miraba los pechos, deliberadamente expuestos entre las solapas de la chaqueta.

—Paula, estás demasiado espléndida para los guardias de esa cárcel. —Le cerré las solapas—. ¿O es así como animas a tus pacientes más viejos?

—Los pechos son para Frank. Quería levantarle un poco el ánimo. ¿Crees que funcionará?

—Estoy seguro, pero si tú tienes dudas, puedes probarlos antes con algún otro.

—¿Una especie de experimento? Quizá... pero ¿dónde? ¿En la clínica?

—No sería ético.

—Me repugna ser ética. Sin embargo, es una idea...

Empujé la maleta de Frank y me senté en la cama. Paula estaba de pie, delante, con las manos en mis hombros observando cómo le desabrochaba la chaqueta. Sentí que el colchón cedía bajo mi peso y me imaginé a Frank desnudando a esta médica joven y guapa, metiéndole las manos entre los muslos como ahora estaban las mías. El arrepentimiento por aprovecharme de la ausencia de Frank y por acostarme con su amante en su propia cama quedaba borrado por la idea de que había empezado a reemplazarlo en Estrella de Mar. Nunca había visto a Frank hacer el amor, pero suponía que besaba las caderas y el ombligo de Paula como yo lo hacía, recorriendo con mi lengua el cráter anudado con aroma a ostras, como si hubiera venido desnuda del mar hacia mí. Él le levantaba los pechos, le besaba la piel húmeda marcada por los aros del sostén y le hacía crecer los pezones entre sus labios. Apreté las mejillas contra el pubis de Paula y mientras separaba los labios sedosos que él había tocado cientos de veces, inhalé el mismo perfume embriagador que Frank había inhalado.

Por muy poco que conociera a Paula, los meses de intimidad de mi hermano con su cuerpo parecían darme la bienvenida, instarme a avanzar mientras le acariciaba la vulva y las glándulas alrededor del ano. Le besé las rodillas y la atraje hacia la cama, apretando la lengua contra las axilas y saboreando los dulces surcos de pelusa. La atraje hacia mi pecho sintiendo no sólo deseo por ella, sino un afecto casi fraterno: mis recuerdos imaginarios de Paula abrazando a Frank.

—Paula, yo...

Me tapó la boca con la mano.

—No... no me digas que me quieres. Lo echaras a perder. Ven aquí, a Frank le gustaba mi pezón izquierdo.

Levantó el pecho y lo apretó contra mi boca mientras me sonreía como una niña

inteligente de ocho años que conduce un experimento con un hermano menor. Su propio placer era una emoción que observaba desde lejos, como si ella y yo fuésemos desconocidos que hubiéramos acordado una hora de prácticas en la red. Sin embargo, mientras yo yacía entre sus piernas, con sus rodillas contra mis hombros, miró cómo yo eyaculaba con la primera muestra de afecto real que yo le veía. Me atrajo hacia ella y me abrazó con fuerza; al principio las manos buscaban los huesos de Frank pero después se alegraron de encontrarme. Tomó mi miembro con una mano y empezó a masturbarse con la vista clavada en el glande que aún goteaba, mientras se separaba los labios con el índice.

—Paula, deja que...

Traté de deslizar la mano debajo de la suya, pero me la apartó.

—No, es más rápido sola.

En el momento del orgasmo se estiró ferozmente apretando la mano contra la vulva; después se permitió respirar. Me besó en la boca y se acurrucó contra mí, feliz de dejar a un lado el cinismo que exhibía frente al mundo.

Encariñado con ella, le pasé un dedo por los labios y le arranqué una sonrisa adormilada, pero me detuvo cuando le puso la mano sobre el pubis.

—No, ahora no...

—Paula, ¿por qué no?

—Más tarde. Es mi caja de Pandora. Si la abres podrían escaparse todos los males del doctor Hamilton.

—¿Males...? ¿Hay alguno? Apuesto a que Frank no lo creía. —Le sostuve la mano y me la acerqué a la nariz inhalando un aroma de rosas húmedas—. Por primera vez lo envidio de verdad.

—Frank es un hombre muy dulce, aunque no tan romántico como tú.

—¿De veras? Me sorprende... pensaba que el romántico era él. ¿Y tú, Paula? ¿Fue una buena decisión ser médica?

—Nunca tuve alternativa. —Me acarició suavemente los moretones del cuello con la yema del dedo—. A los catorce ya sabía que tenía que ser como mi tía. También pensé en hacerme monja.

—¿Por razones religiosas?

—No, sexuales... todas esas monjas masturbándose y fornicando mentalmente con Jesús. ¿Hay algo más erótico? Cuando mi madre nos abandonó, estuve un tiempo muy confundida. Había tantas emociones que no podía dominar, tanto odio y tanta cólera. Mi tía me enseñó el camino de salida. Era tan realista con la gente... jamás la sorprendieron ni la lastimaron. La medicina fue el mejor entrenamiento para todo eso.

—¿Y el humor ácido? Sé sincera, Paula, la mayoría de la gente te hace bastante gracia.

—Bueno... cuando una presta atención, la mayoría de la gente es bastante rara. En general me cae bien. No desprecio a los demás.

—¿Y qué pasa contigo? Eres muy dura con tus propios sentimientos.

—Sólo soy... realista. No me tengo en una estima muy alta, pero probablemente es lo que deberíamos hacer la mayoría. Los seres humanos no son tan maravillosos.

—No el tipo de seres humanos que hay en la Costa del Sol. ¿Por eso te quedas?

—¿Entre todos los alcohólicos al sol que se buscan a tuestas como viejas langostas? —Se apoyó sobre mi hombro riéndose—. No te broncees nunca, Charles, o dejaré de quererte. La gente de aquí, a su manera, está bien.

La besé en la frente.

—Ya te llegará el turno, Paula. Y el mío.

—No digas eso. El año pasado pasé una semana en las Islas Vírgenes... y era exactamente igual a Estrella de Mar. Interminables bloques de apartamentos, televisión por satélite, sexo sin preguntas. Te despiertas por la mañana y no recuerdas si te acostaste con alguien la noche anterior. —Levantó la rodilla y observó las sombras que la persiana de plástico le proyectaba sobre el muslo—. Parece un código de barras. ¿Cuánto valgo?

—Mucho, Paula, más de lo que crees. Valórate más. Ser hiperrealista en todo parece una excusa demasiado simple.

—Es fácil decirlo... Me paso la vida trayendo a contables seniles y aviadores alcohólicos de vuelta de la muerte...

—Es un raro talento. El más raro de todos. Resérvame un poco para mí.

—Pobrecito. ¿Necesitas resucitar? —Se apoyó en el codo y me puso la mano en la frente—. Todavía estás tibio y hay algo que palpita en alguna parte. A mí me pareces bastante contento, Charles. Vagando por el mundo sin más preocupaciones...

—Ése es el problema... Debería tener más preocupaciones. Todos estos viajes son la excusa para no echar raíces. Los padres infelices te enseñan una lección que no olvidas nunca. Frank, de alguna manera, lo superó, pero yo todavía estoy empantanado en Riyadh con doce años de edad.

—Y ahora estás en Estrella de Mar. ¿No será tu primer hogar verdadero?

—Creo que sí... Aquí he dejado de estar deprimido.

Sonrió como una niña contenta cuando la puse de espaldas y le besé los ojos. Empecé a acariciarle el clítoris hasta que separó los muslos y guió mis dedos hacia la vagina.

—Fantástico... no te olvides del culo. ¿Quieres sodomizarme?

Se puso de lado, se escupió en los dedos y se los apretó entre las nalgas separadas. Miré la hendidura sedosa, el vello fino que cubría la base de la columna.

Mientras le acariciaba las caderas mis dedos tocaron lo que parecía una línea ondulada, trazada sobre la piel suave. Un borde de tejido le cruzaba la cintura hasta la espalda, a la altura de las lumbares: el rastro fino de una vieja cicatriz quirúrgica.

—Charles, déjalo. No se trata de una cremallera.

—Es una cicatriz casi desaparecida. ¿Qué edad tenías entonces?

—Dieciséis. No me funcionaba el riñón derecho, tuvieron que cortarme la pelvis, una operación bastante complicada. Frank nunca lo notó. —Me sostuvo el miembro

—. Se te está bajando. Piensa un momento en mis nalgas.

Me eché hacia atrás y le miré la cicatriz. Me di cuenta de que ya la había visto antes, al final de la película porno. La curva apenas visible de piel endurecida se había reflejado en la puerta espejo en lo que parecía el apartamento de Bobby Crawford. Mientras acariciaba la espalda de Paula, recordé la caja torácica alta, la cintura estrecha y las caderas anchas de nadadora. Era ella la que sostenía la videocámara mientras filmaba a las damas de honor que acariciaban a la novia y la relación sexual consentida con el desconocido semental. Aunque ella había compartido el pánico de Anne Hollinger mientras los dos hombres que habían irrumpido en la habitación la violaban una y otra vez, la cámara siguió grabando la valiente sonrisa que señalaba el final de la película.

—¿Charles, sigues aquí? ¿O te estás dando un paseo por tu cabeza?

—Estoy aquí, creo...

Me apoyé sobre el codo mientras trataba de borrar con los dedos la cicatriz. En cierto modo la relación sexual que habíamos tenido era parte de otra película. Me había imaginado en el papel de Frank, como si sólo la imagen pornográfica de nosotros mismos pudiera unirnos realmente y sacar a la luz el cariño que nos teníamos.

—Charles, tengo que irme pronto para poder ver a Frank.

—Ya sé. Acabaré rápido, A propósito, ¿sabes dónde está el apartamento de Bobby Crawford?

—¿Por qué lo preguntas...? En el camino del acantilado.

—¿Has estado alguna vez allí?

—Una o dos veces. Trato de mantenerme alejada. ¿Por qué hablamos de Bobby Crawford?

—El otro día lo seguí hasta allí y entré en el apartamento de al lado.

—¿En el último piso? Una vista extraordinaria.

—Sí, sin duda. Es asombroso lo que se puede ver allí. Espera, traeré un poco de crema...

Abrí el cajón de arriba del armario y extraje el chal de encaje. Lo sostuve por una punta y dejé caer la tela amarillenta sobre la cintura y los hombros de Paula.

—¿Qué es? —Examinó el encaje antiguo—. ¿Un chal de bebé victoriano...?

—A Frank y a mí nos envolvían con él. Era de mi madre. Es sólo un juego, Paula.

—De acuerdo. —Me miró intrigada por mi tranquilidad—. Estoy dispuesta a casi todo. ¿Qué quieres que haga?

—Nada. Sólo quédate acostada un momento.

Me arrodillé frente a ella, la puse de espaldas y le envolví los pechos con el chal como un corpiño, pero dejando los pezones fuera.

—¿Charles? ¿Estás bien?

—Perfectamente. Solía envolver a mi madre con este chal.

—¿A tu madre? —Paula hizo una mueca mientras aflojaba la presión que tenía

sobre los pechos—. Charles, no creo que pueda hacer de tu madre.

—No es eso lo que quiero. Parece un vestido de novia, como aquel que filmaste un día.

—¿Que filmé? —Paula se incorporó—. ¿Qué demonios intentas?

—Filmaste a Anne Hollinger en el apartamento de Crawford. He visto el vídeo... Está aquí, te lo puedo mostrar. La filmaste con un vestido de novia, y mientras esos dos hombres la estaban violando. —Agarré a Paula por los hombros cuando empezó a forcejear conmigo—. Eso fue una auténtica violación, Paula, ella no se lo esperaba.

Paula me enseñó los dientes arrancándose el chal de los pechos. Le separé las piernas con las rodillas, le saqué la almohada de detrás de la cabeza y se la metí debajo de las nalgas, como si me preparase para violarla.

—¡De acuerdo! —Paula se echó hacia atrás mientras yo le sujetaba las muñecas contra la cabecera de la cama, el chal hecho jirones entre los dos—. ¡Por el amor de Dios, estás haciendo una historia de todo esto! Sí, estuve en el apartamento de Bobby Crawford.

—Reconocí la cicatriz. —Le solté los brazos y me senté junto a ella quitándole el pelo de la cara—. ¿Y filmaste la película?

—La película se filmó sola; yo apreté el botón. ¿Qué importa? Era sólo un juego.

—Un juego bastante duro. Esos dos hombres que irrumpieron... ¿eran parte del guión?

Paula sacudió la cabeza como si yo fuera un paciente obtuso que dudaba del tratamiento que ella me había recetado.

—Todo era parte de un juego. Al fin y al cabo, a Anne no le importó.

—Lo sé... vi la sonrisa de Anne. La sonrisa más valiente y extraña que yo haya visto nunca.

Paula buscó su ropa, molesta por haberse dejado atrapar por mí.

—Charles, escúchame... yo no esperaba la violación. Si lo hubiera sabido, no habría participado. ¿Dónde encontraste la cinta?

—En casa de los Hollinger, en el aparato de vídeo de Anne. ¿Frank sabía lo de la película?

—No, gracias a Dios. La hicimos hace tres años, poco después de que yo llegara aquí. Siempre me había interesado la fotografía y alguien me invitó a participar en un cineclub. No sólo hablábamos de películas, también rodábamos algunas. Elizabeth Shand ponía el dinero. Todavía no conocía a Frank.

—Pero a Crawford sí. —Le pasé los zapatos mientras ella se ponía la chaqueta del traje sastre—. ¿Era él el hombre pálido que dirigía la violación?

—Sí, el otro era el chófer de Betty Shand. Pasa mucho tiempo con Crawford.

—¿Y el primero con el que se acuesta?

—Sonny Gardner... era uno de los novios de Arme, así que todo parecía bien. —Paula se sentó en la cama y me acercó a ella—. Créeme, Charles, no sabía que iban a violarla. Crawford es muy exaltado y se dejó llevar...

—Lo he visto en las clases de tenis. ¿Desde cuándo hacía películas?

—El cineclub acababa de nacer... íbamos a filmar una serie de documentales sobre la vida en Estrella de Mar. —Paula me observó mientras yo le masajeara las muñecas magulladas—. Nadie sabía muy bien qué tipo de documentales tenía en mente. Señaló que el sexo era una de las principales actividades recreativas del lugar y que debíamos registrarla tal como filmábamos los teatros de aficionados y los ensayos de *La Traviata*. A Anne Hollinger le gustaban los desafíos, así que Sonny y ella se ofrecieron como voluntarios...

Le limpié las manchas de maquillaje en las mejillas.

—Aun así, me sorprende.

—¿Que yo participara? Por favor, estaba espantosamente aburrida. Trabajaba todo el día en la clínica y después me sentaba en el balcón a ver cómo se secaban las medias. Bobby Crawford hacía que todo pareciera muy excitante.

—Sí, lo comprendo. ¿Cuántas películas filmó?

—Una docena más o menos. Ésa fue la única que filmé yo. La escena de la violación me dio miedo.

—¿Por qué ibas en traje de baño...? Parecía como que fueras a participar...

—¡Charles...! —Paula, exasperada conmigo, se apoyó contra la almohada, sin importarle si yo la censuraba o no—. Soy médica en este pueblo. La mitad de los espectadores de esa película eran pacientes míos. Crawford hizo un montón de copias. Quitarme la ropa fue una manera de disfrazarme. Tú fuiste el único que se dio cuenta. Tú y Betty Shand... le encantó la película.

—Estoy seguro. ¿Y no ayudaste a hacer ninguna otra?

—Ni hablar. Crawford empezaba a pensar en películas violentas. Mahoud, el chófer, y él iban a ir a buscar a algunas turistas tontas a Fuengirola para llevarlas al apartamento.

—No habría llegado tan lejos. Crawford te ponía caliente.

—¡Te equivocas! —Paula me tomó las manos como una escolar en su primera clase de ciencias biológicas que acaba de vislumbrar el secreto de la vida—. Escúchame, Charles, Bobby Crawford es peligroso. Sabes que incendió tu coche.

—Posiblemente Mahoud o Sonny Gardner se ocuparon del trabajo. Ese incendio no fue lo que crees, sino sólo una broma, como dejar un mensaje con una voz extraña en un con testador automático.

—¿Una broma? —Paula se volvió e hizo una mueca señalando mi cuello—. ¿Y el estrangulamiento? Podría haberte matado.

—¿Crees que fue Crawford?

—¿Y tú no? —Me sacudió el brazo como si tratara de despertarme—. Eres tú el que juega un juego peligroso.

—Quizá tengas razón con respecto a Crawford. —Le pasé el brazo por la cintura recordando con afecto cómo nos habíamos abrazado, y pensé en las manos que me habían apretado la garganta—. Supongo que fue él; parte de las novatadas por las que

pasan los reclutas nuevos. Quiere arrastrarme a ese mundo que él mismo ha creado. Pero hay una cosa que me intriga: ¿cómo entró en el apartamento? ¿Llegó contigo?

—¡No! Charles, no te habría dejado solo con él. Es demasiado imprevisible.

—Pero cuando nos topamos en el dormitorio, dijiste algo así como que no querías jugar más ese juego. Estabas segura de que era Crawford.

—Por supuesto. Supuse que había entrado con otro par de llaves. Le gusta saltar sobre la gente... especialmente sobre las mujeres... seguirlas y atraparlas en los parques.

—Lo sé. Lo he visto. Según Elizabeth Shand, os ayuda a estar en guardia. —Le toqué el moretón casi invisible sobre el labio—. ¿Es uno de los pequeños esfuerzos de Crawford?

Paula movió inquieta la mandíbula.

—Vino a verme la noche del incendio en la casa de los Hollinger. Pensar en todas esas terribles muertes pudo haberlo excitado. Tuve que forcejear con él en el ascensor.

—Pero ¿lo recogiste en la playa después de esa persecución en lancha? Y te vi en su apartamento al día siguiente cuando le vendabas el brazo.

—Charles... —Paula se tapó la cara con las manos y me sonrió con esfuerzo—. Bobby es una figura poderosa, no es tan fácil decirle que no. Si hubieras tenido tratos con él, sabrías que puede engatusarte en el momento en que él quiera.

—Ya veo. ¿Es posible que haya provocado el incendio en la casa Hollinger?

—Es posible. Una cosa lleva a la otra tan rápidamente... tiene una imaginación desbordada. Habrá otros incendios como el de tu coche, y más gente muerta.

—Lo dudo, Paula. —Salí al balcón y miré la casa en ruinas en lo alto de la colina—. Estrella de Mar es todo para él. El incendio de la lancha y mi coche fueron sólo bromas. La muerte de los Hollinger fue en cambio algo distinto... alguien planeó asesinar a esa gente. No es el estilo de Crawford. ¿Es posible que hayan matado a los Hollinger en una guerra por alijos de drogas? Aquí hay almacenadas toneladas de cocaína y heroína.

—Pero Bobby Crawford lo controla todo. No hay cabida para ningún otro traficante. Por eso la heroína es tan pura... y la gente se lo agradece: no hay infecciones ni sobredosis accidentales.

—¿Y los traficantes trabajan para Crawford? Pero eso no ayudó a Bibi Jansen ni a Anne Hollinger; terminaron en tu clínica.

—Ya eran adictas mucho antes de que Bobby Crawford las conociera. De no haber sido por él, las dos ya habrían muerto. No lo hace por dinero... todos los beneficios son para Betty Shand. La heroína y la cocaína de calidad medicinal son la respuesta de Crawford a las benzodiazepinas que a los médicos nos gustan tanto. Una vez me dijo que yo ponía a la gente bajo arresto domiciliario dentro de sus propias cabezas. Para él, la heroína, la cocaína y todas esas anfetaminas nuevas representan la libertad, el derecho a ser una reventada de bar como Bibi Jansen. Está resentido con

Sanger por haberla sacado de la playa, no por haberse acostado con ella.

—Pero él lo niega.

—Sanger no puede enfrentarse a esa parte de sí mismo. —Paula empezó a arreglarse los labios en el espejo del tocador y frunció el ceño al tocarse el colmillo todavía flojo debajo del moretón—. Para alguna gente, incluso en Estrella de Mar hay límites.

Se cepilló el pelo con movimientos enérgicos y eficientes evitando mi mirada mientras se preparaba mentalmente para el encuentro con Frank. Al observarla por el espejo, tuve la sensación de que todavía estábamos en la película y que todo lo que había sucedido entre nosotros en el dormitorio era parte de un guión prefigurado que Paula había leído antes. Me tenía cariño y disfrutaba haciendo el amor, pero me conducía hacia una dirección que ella había elegido.

—Frank lamentará no verte —me dijo mientras le llevaba la maleta hasta la puerta—. ¿Qué le digo?

—Dile que... tengo que ver a Bobby Crawford, que quiere hablar conmigo de algo importante.

Paula reflexionó un momento, sin saber si aprobaba o no la estratagema.

—¿No es un poco tortuoso? No le importará que te reúnas con Crawford.

—Si piensa que quiero reemplazarlo, a lo mejor se le activa algún mecanismo. Es un pelotazo desde la línea de saque.

—Muy bien, pero ten cuidado, Charles. Estás acostumbrado a ser un observador y Bobby Crawford quiere que todo el mundo participe. Empieza a interesarte demasiado. Cuando se dé cuenta, te devorará.

Tras un momento de reflexión, se inclinó hacia adelante y me besó levemente para que no se le corriera el carmín, y durante tanto tiempo que me encontré pensando en ella una hora después de que se cerraran las puertas del ascensor.

Noches de cocaína

El Porsche giró por la calle Oporto y se detuvo a inspeccionar la luz del sol como un tiburón que se orienta sobre un lecho marino desconocido. Me recliné en el asiento del pasajero del Citroën con un ejemplar del *Wall Street Journal* sobre el pecho, sin que los adormecidos taxistas que hacían la siesta en la acera de sombra repararan en mí. La casa de Sanger se alzaba al otro lado de la calle: las ventanas cerradas, la cámara de vigilancia apuntando a los paquetes de cigarrillos y a los volantes de propaganda que el viento amontonaba contra las puertas del garaje cubiertas de graffiti como si pretendiera incorporarlos a aquel collage ominoso.

Crawford avanzó por la calle con el Porsche a paso de hombre y se detuvo para echar una ojeada a la casa silenciosa. Alcancé a verle los tendones tensos del cuello, las mandíbulas apretadas mientras musitaba las palabras duras que tenía preparadas para el médico. Aceleró bruscamente, frenó y cruzó las puertas abiertas marcha atrás. Descendió por la grava revuelta y miró las ventanas esperando a que Sanger saliera a enfrentarte.

Pero el psiquiatra había dejado el chalet para instalarse en uno de sus bungalows de la Residencia Costasol, a un kilómetro al sur sobre la costa. Yo lo había visto cuando se marchaba la tarde anterior, con las últimas cajas de libros en un Range Rover conducido por una amiga de mediana edad. Antes de irse, había cerrado las puertas, pero durante la noche unos vándalos habían forzado las cerraduras de la casa y del garaje.

Crawford se acercó a la puerta corredera, se agachó y tiró hacia arriba, como el artista de una instalación que levanta una pintura montada con bisagras. Cruzó a grandes pasos el garaje vacío, evitando los charcos de aceite en el suelo de cemento, y entró en la casa por la puerta que daba a la cocina.

Volví los ojos hacia la chimenea del chalet. A pesar de que yo creía en la inocencia de Crawford, estaba esperando que se elevaran hacia el cielo las primeras volutas de humo. Frustrado al darse cuenta de que Sanger se le había escapado, Crawford entraría en seguida en un estado de tensión que sólo un rápido incendio podría aliviar. Puse en marcha el motor del Citroën, listo para meter el coche en el camino y bloquear la salida del Porsche. Fuego y llamas eran la firma que Crawford solía dejar con demasiada frecuencia en los cielos de Estrella de Mar.

Me quedé sentado durante diez minutos detrás del periódico, casi decepcionado al no ver ninguna señal de humo en los aleros. Bajé del coche, cerré la puerta y crucé la calle hasta el chalet Mientras entraba agachado en el garaje, oí que abrían el postigo

de una ventana de arriba. Vacilé en la cocina mientras escuchaba las pisadas de Crawford sobre el parqué. Estaba arrastrando un armario por la habitación, quizá el último mueble que añadía a la hoguera.

Pasé por la cocina y entré en la sala de paredes claras, iluminadas por el sol del jardín; estaba otra vez en la antecámara de Piranesi donde el psiquiatra se había sentido tan en casa. Los vándalos habían continuado aquí su trabajo: lemas pintados con aerosol cubrían las paredes y el techo. En la escalera, la pintura estaba todavía húmeda, con las huellas de Crawford marcadas en las baldosas de los peldaños.

Me detuve en el rellano mientras oía el ruido de alguien que destrozaba muebles. Los dormitorios estaban embadurnados de graffiti; una confusión de espirales negras y plateadas, la curva de un electroencefalograma demente en busca de un cerebro. Pero había un cuarto que no habían destrozado, el de servicio, en el que Crawford apartaba de la pared un pesado tocador español. Con las manos apretadas contra los paneles de roble tallado, arrastraba por el suelo la estructura de madera lustrada.

Se tumbó en un estrecho espacio detrás del tocador, estiró la mano, buscó dentro, y sacó un diario de adolescente atado con una cinta de seda rosa. Apoyado contra el tocador, sostuvo el cuaderno sobre el pecho con la pena agridulce de un muchacho enamorado.

Lo observé mientras desataba el lazo y empezaba a leer el diario con la cinta entre los dedos. Levantó los ojos y observó la repisa de la chimenea, donde un montón de objetos olvidados esperaban el cubo de basura. Una foto firmada de un grupo de punk rock estaba pegada a la pared, al lado de una familia de trolls de pelos erizados, una colección de caracolas y piedras de playa y una postal con un paisaje de Malmö. Crawford se levantó, se apoyó en la repisa pasando la mano por las piedras y se sentó sobre el tocador, debajo de la ventana abierta.

—Pasa, Charles —me llamó—. Te oigo pensar. No te quedes ahí fuera merodeando como un fantasma... aquí ya sobra uno.

—¿Crawford? —Entré en la habitación apretujándome por el espacio que dejaba el voluminoso tocador—. Pensaba que estarías...

—¿Encendiendo un fuego? No, hoy no, y aquí no. —Habla en voz baja y parecía mareado con un aire de ensoñación, como un niño que descubre de pronto una buhardilla secreta. Revisó los cajones vacíos del tocador moviendo los labios como si describiera los objetos imaginarios que encontraba—. Ésta era la habitación de Bibi... piensa en los miles de veces que se miró en este espejo. Si observaras con atención alcanzarías a verla...

Empezó a hojear el diario mientras leía la redonda caligrafía que se extendía por las páginas rosa.

—El libro de estados de ánimo y esperanzas —comentó Crawford—. Lo empezó cuando vivía con Sanger y probablemente lo escribió aquí. Es un cuarto pequeño y bonito.

Supuse que nunca había estado en la casa, por no hablar de la habitación.

—¿Por qué no le alquilas tu apartamento a Sanger y te mudas aquí? —le pregunté preocupado por él.

—Me gustaría, pero ¿para qué ponerse sentimental? —Cerró el diario y lo dejó a un lado. Junto a la pared había una cama estrecha de una plaza que no tenía más que el colchón. Crawford se tumbó; sus hombros eran casi más anchos que el cabezal—. No es muy cómoda, pero al menos aquí no hubo relaciones sexuales. Charles, ¿así que pensabas que iba a incendiar la casa?

—Se me ocurrió. —Lo miré por el espejo y noté que tenía una cara casi perfectamente simétrica, como si la cara asimétrica gemela se ocultara en alguna parte detrás de los ojos—. Incendiaste la lancha y mi coche... ¿por qué no este lugar, o la casa Hollinger?

—Charles... —Crawford se cruzó las manos sobre la nuca, enseñando a propósito la vena del antebrazo. Me miraba con su manera franca pero amistosa, dispuesto a ayudarme a superar cualquier dificultad—. La lancha sí. Tengo que mantener la moral de la tropa, es mi constante preocupación. Un fuego espectacular nos conmueve profundamente. Siento lo del coche; Mahoud me entendió mal. ¿Pero la mansión Hollinger? No, en absoluto, y por una buena razón.

—¿Bibi Jansen?

—No exactamente, pero en cierto modo. —Se levantó de la cama y pasó rápidamente las hojas tratando de refrescar su recuerdo de la joven muerta—. Digamos que de una manera muy personal...

—¿Sabías que estaba embarazada?

—Claro.

—¿Tú eras el padre de la criatura?

Crawford caminó por la habitación y dejó la huella de una palma sobre el espejo cubierto de polvo.

—Quizá la próxima vez tenga más cuidado... Charles, no puedes decir que fuera una criatura. No tenía cerebro, ni sistema nervioso ni personalidad. No era mucho más que un poco de tejido genético, no una criatura.

—Pero daba la impresión de que lo era.

Se metió el diario en el bolsillo, echó una última mirada a la habitación y pasó a mi lado.

—Y aún sigue dándola.

Lo seguí por la escalera, y atravesamos las habitaciones cerradas con los graffiti y el olor a pintura. Acepté la palabra de Crawford de que no era el responsable del incendio de la casa Hollinger, y me sentí curiosamente aliviado. A pesar de esos cambios nerviosos y esa energía mal encaminada, no había rastros de maldad en él, ni indicios de la violencia oscura y acechante que había planeado el asesinato de los Hollinger. Lo que había en él era una tensión ingenua, casi una terrible necesidad de agradar.

—Es hora de irse, Charles. ¿Quieres que te lleve? —Vio el Citroën enfrente—. No... me estabas esperando. ¿Cómo sabías que iba a venir?

—Una suposición. Sanger se raudó ayer por la tarde. Primero los graffiti, después la...

—¿Antorcha? Me subestimas, Charles. Espero ser una fuerza positiva en Estrella de Mar. Tengo una idea... vamos a dar un paseo por la costa. Quiero que veas algo. Podrás escribir sobre eso.

—Crawford, tengo que...

—Vamos... Dame media hora nada más. —Me tomó del brazo y me llevó casi a la fuerza hacia el Porsche—. Tienes que animarte, Charles. Noto un malestar persistente en ti... fatiga de playa; un mal casi endémico en estas costas. Si caes en las garras de Paula Hamilton estarás muerto antes de que consigas llegar al siguiente gintonic. Vamos, conduce tú.

—¿Este coche? No sé si...

—Claro que sí. Es un cachorrito vestido de lobo. Sólo muerde por entusiasmo. Sujeta el volante como si fuera la correa y dile «siéntate».

Supuse que me había visto llegar en el Citroën y que un cambio al volante del Porsche era una leve venganza. Me miró dándome ánimos mientras me sentaba en el asiento del conductor. Arranqué el motor, me equivoqué de marcha y el coche se precipitó hacia la puerta del garaje. Frené sobre un remolino de basura, busqué la marcha atrás otra vez y el coche retrocedió por el camino.

—Muy bien... eres otro Schumacher, Charles. Ser pasajero es divertido. El mundo parece diferente, como si uno lo viera en un espejo.

Crawford estaba sentado con las manos en el tablero, disfrutando de la errática incursión mientras me guiaba por calles estrechas hacia el Paseo Marítimo. De vez en cuando me sujetaba la mano para mover el volante del Porsche y esquivar una motocicleta que giraba bruscamente, y yo sentía el pulgar y el índice hiperdesarrollados del tenista profesional, la misma combinación que había dejado su huella en mi garganta. Los dedos, como las llaves, tienen una firma única. Estaba sentado al lado del hombre que casi me había estrangulado, y sin embargo mi ira había cedido ante emociones más confusas: una necesidad de venganza, y curiosidad con respecto a los móviles de Crawford.

Tamborileaba sobre el diario que tenía sobre una rodilla, divertido al ver cómo yo llevaba las riendas del poderoso coche pero renunciando a lucirme. Mientras nos acercábamos al puerto, noté la satisfacción casi infantil con que miraba todo. Mi modesta forma de conducir, alguien que hacía esquí acuático en la bahía y zigzagueaba detrás de la estela de la lancha, unos turistas mayores aislados en una isla de tránsito... todo le provocaba una sonrisa feliz, como si viera el mundo por primera vez en cada esquina.

Fuimos por la carretera de abajo hacia Marbella y pasamos al lado de bares de playa, boutiques y crêperies. En el extremo oeste un malecón de bloques de cemento

sobresalía del mar. Un camión cargado de puestos de feria venía en dirección contraria, Crawford tomó el volante y metió el Porsche en el carril del camión. Me pisó apretando mi pie contra el acelerador y el coche salió disparado mientras la bocina del camión resonaba al pasar al lado de nosotros.

—Se nos ha escapado... —Crawford saludó al camionero con la mano y giró por un camino de arena al lado del malecón—. Vamos a dar un paseo, Charles. No tardaremos mucho.

Salió del coche e inhaló el rocío brillante mientras las olas rompían entre los bloques de cemento. Nos habíamos salvado por los pelos; todavía aturdido me miré el zapato aplastado. Sobre la punta tenía pintura amarilla con el dibujo de la suela de las zapatillas de Crawford, las mismas marcas que había visto sobre la tierra desparramada en el balcón de Frank.

Con el diario a modo de visera, Crawford miró al otro lado de la península la cáscara destripada de la casa Hollinger.

—Dentro de un año en ese lugar se levantará algún casino o complejo hotelero. En esta costa no se permite que exista el pasado...

Cerré el coche y me acerqué a Crawford.

—¿Por qué no dejan la casa tal como está?

—¿Como un tótem tribal? ¿Una advertencia a los vendedores de casas o a los que enganchan clientes para los clubes nocturnos? No es mala idea...

Sacudidos por el viento, caminamos hasta la barandilla al final del malecón. Crawford miró por última vez el diario, sonriendo mientras pasaba las páginas de garabatos infantiles. Lo cerró, lo sostuvo detrás de la cabeza y lo arrojó lejos, a las olas, en un saque largo y profundo.

—En fin... ya está. Quería saber la fecha en la que mencionaba al bebé... ahora sé que tiempo tenía. —Miró las olas encrestadas que llegaban del norte de África deslizándose hacia la playa—. Está entrando cocaína, Charles... miles de rayas. De África siempre sale algo blanco y extraño.

Me apoyé sobre la barandilla y dejé que el rocío me refrescase la cara. Las hojas sueltas del diario se agitaban sobre la espuma debajo de nosotros como pétalos rosados que se estrellaban contra los bloques de cemento.

—¿A Sanger no le habría gustado tener el diario? Quería mucho a Bibi.

—Por supuesto. La quería... como todo el mundo. Todo el asunto Hollinger es una pena terrible, pero la única muerte que lamento de verdad es la de Bibi.

—Pero no parabas de darle drogas duras... Según Paula Hamilton era un laboratorio de Palermo ambulante.

—Charles... —Crawford me pasó un brazo fraternal por vos hombros, pero yo casi esperaba que me tirara por encima de la barandilla a las olas rugientes—. Tienes que entender Estrella de Mar. Sí, le dábamos drogas... queríamos librería de esas clínicas siniestras, de esos sabelotodos de bata blanca. Bibi tenía que elevarse por encima de nosotros, soñar sus sueños anfetamínicos, acercarse a la playa al anochecer

y meter a todo el mundo en la noche de la cocaína. —Crawford bajó la cabeza e hizo un gesto hacia el mar, como pidiéndole a las olas que fueran testigos de lo que estaba diciendo—. Sanger y Alice Hollinger la convirtieron en una sirvienta.

—La policía la encontró en el jacuzzi con Hollinger. No creo que fuera una prueba para actuar en una película.

—Charles, olvida el jacuzzi de Hollinger.

—Lo intentaré... pero es una imagen que no se me va. ¿Sabes quién provocó el incendio?

Crawford esperó hasta que las últimas hojas del diario desaparecieran en la espuma.

—¿El incendio? Bueno... creo que sí.

—Pero ¿quién? Necesito sacar a Frank de la cárcel de Málaga y llevármelo a Londres.

—Tal vez no quiera irse. —Crawford me miró como si estuviese esperando un crucial servicio de desempate—. Podría decirte quién provocó el incendio, pero aún no estás preparado. No es cuestión de darte un nombre, sino de que aceptes Estrella de Mar.

—Ya llevo tiempo suficiente. Comprendo bien lo que pasa.

—No... o no estarías tan obsesionado con ese jacuzzi. Piensa en Estrella de Mar como un experimento. Puede que aquí esté sucediendo algo importante y quiero que participes. —Me tomó del brazo y me llevó de vuelta al Porsche—. Primero, iremos a dar una vuelta. Esta vez conduciré yo, así puedes apartar la vista del camino. Hay mucho que ver... recuerda, el blanco es el color del silencio.

—Bibi Jansen... —le dije antes de que arrancara el motor—, si tú la dejaste embarazada, ¿dónde sucedió? ¿En la casa Hollinger?

—¡Dios mío, no! —Crawford parecía casi impresionado—. Ni yo hubiera ido tan lejos. Visitaba a Paula en la clínica todos los martes... una vez me encontré con ella allí y fuimos a dar un paseo.

—¿Adónde exactamente?

—Al pasado, Charles, donde volvió a ser feliz... estuvimos sólo una hora, pero fue la hora más larga y dulce...

La Residencia Costasol

Silencio blanco. Mientras circulábamos por la carretera de la costa a un kilómetro y medio al oeste de Estrella de Mar, entre los pinos carrasqueños que llegaban hasta la playa desierta, empezaron a aparecer los chalets periféricos de la Residencia Costasol. Las casas y apartamentos estaban dispuestos en diferentes niveles, formando una cascada de patios, terrazas y piscinas. Había visitado las urbanizaciones de Calahonda y Torrenueva, pero el complejo Costasol era mucho más grande que cualquier otro de la costa. Sin embargo, no se veía ni un solo vecino. No había ventanas abiertas para que entrara el sol, y toda la urbanización podía haber estado vacía, esperando a que los primeros inquilinos pasaran a recoger las llaves.

Crawford señaló la muralla almenada.

—Mira, Charles, es una ciudad medieval fortificada, una guarida de Goldfinger elevada a una intensidad casi planetaria: guardias de seguridad, televigilancia, ninguna entrada aparte de las puertas principales; el complejo entero está cerrado a la gente de fuera. Es una idea desalentadora, pero estás mirando el futuro.

—La gente de aquí, ¿sale alguna vez? De cuando en cuando van a la playa, ¿no?

—No, eso es lo más inquietante de todo. El mar está a doscientos metros pero ninguno de los chalets da a la playa. El espacio está totalmente interiorizado...

Crawford dejó la carretera de la costa y bajó hacia la entrada. Unos jardines del tamaño de pequeños parques municipales se extendían delante de las puertas moriscas y la casilla de vigilancia. Arriates de cañas rodeaban la fuente ornamental de la que salían senderos de grava que ningún pie humano había tocado desde el día en que se trazaron. Debajo de un cartel que anunciaba «Residencia Costasol: inversión, libertad, seguridad» había un plano de toda la urbanización, un laberinto de avenidas serpenteantes y callejones sin salida prolongados de pronto en bulevares casi imperiales que se abrían como radios desde el centro del complejo.

—Este plano no es en realidad para los visitantes. —Crawford se detuvo al lado de la casilla y saludó al guardia que nos miraba por la ventana—. Está aquí para ayudar a los vecinos a encontrar el camino de vuelta. A veces cometen el error de salir por una o dos horas.

—Irán de compras. Está a poco más de un kilómetro de Estrella de Mar.

—Pero muy pocos van al pueblo. Podrían estar perfectamente en un atolón de las Maldivas o en San Fernando Valley. —Crawford avanzó hasta la barrera de seguridad, se sacó del bolsillo del pecho una tarjeta electrónica con el logo de Costasol y la pasó por el escáner—. Estaremos una hora —le dijo al guardia—,

trabajamos para la señora Shand. El señor Prentice es nuestro nuevo encargado de entretenimientos.

—¿Elizabeth Shand? —repetí mientras la barrera se cerraba detrás de nosotros y entrábamos en el complejo—. No me digas que este lugar es también de ella. A propósito, ¿a quién se supone que tengo que entretener y cómo?

—Relájate, Charles. Quería impresionar al guardia, la idea de tener que entretenerse siempre aterroriza a la gente. Betty compra y vende propiedades por todas partes. De hecho, está pensando en trasladarse aquí. Quedan algunas casas sin vender, además de algunos locales en el centro comercial. Si alguien consiguiera dar un poco de vida a este sitio, podría hacer una fortuna... la gente de aquí es muy rica.

—Ya veo. —Señalé los coches estacionados en los senderos—. Hay más Mercedes y BMW por metro cuadrado que en Düsseldorf o en Bel Air. ¿Quién diseñó todo esto?

—El promotor inmobiliario fue un consorcio holando-alemán, aconsejado por una asesoría suiza que se ocupaba del...

—¿Lado humano del proyecto?

Crawford me dio una palmada en la rodilla riendo alegremente.

—Veo que captas la jerga, Charles. Sé que aquí vas a ser feliz.

—Dios nos libre... la felicidad parece que infringe el reglamento local.

Avanzamos de norte a sur por el bulevar que llevaba al centro del complejo, una calzada de dos carriles bordeada de altas palmeras cuyas copas sombreaban los senderos desiertos. Los aspersores lanzaban unos arco iris giratorios en el aire perfumado y regaban el césped bien cortado junto a la medianera. Detrás de los jardines tapiados había una hilera de chalets grandes con toldos bajos sobre los balcones. Sólo las cámaras de vigilancia se movían para seguirnos. La corteza gris elefante de los troncos de las palmeras titilaba con la luz refleja de las piscinas, pero no había ruidos de niños jugando ni nadie que perturbara la calma casi inmaculada.

—Cuántas piscinas —comenté—, y nadie bañándose...

—Son superficies zen, Charles. Romperlas trae mala suerte. Éstas fueron las primeras casas, se construyeron hace unos cinco años. Los últimos terrenos se ocuparon la semana pasada. Quizá no lo parezca, pero la Residencia Costasol tiene mucho éxito.

—¿La mayoría son británicos?

—Y algunos holandeses y franceses... Casi la misma mezcla que en Estrella de Mar. Pero éste es un mundo diferente. Estrella de Mar se construyó en los años setenta... acceso abierto, fiesta en la calle, bienvenida a los turistas. La Residencia Costasol es puro años noventa. Reglas de seguridad. Todo está diseñado alrededor de una obsesión con la delincuencia.

—Y supongo que no la hay...

—Nada. Absolutamente nada. Ni un pensamiento ilícito perturba jamás la paz de esta gente. No hay turistas, ni mochileros, ni vendedores de chucherías, y pocos

visitantes. La gente aquí ha aprendido que prescindir de los amigos es una gran ayuda. Seamos sinceros, los amigos pueden ser un problema: hay que abrir las puertas, desconectar las alarmas y otros respiran tu aire. Además, traen recuerdos inquietantes del mundo exterior. La Residencia Costasol no es única. Estos enclaves fortificados se ven por todo el planeta. A lo largo de la costa, desde Calahonda hasta más allá de Marbella, se están construyendo urbanizaciones parecidas.

Un coche conducido por una mujer nos adelantó y giró por una avenida bordeada de árboles con chalets un poco más pequeños. Al mirarla me di cuenta de que acababa de ver al primer vecino.

—¿Y qué hace la gente aquí todo el día? ¿O toda la noche?

—Nada. Para eso se hizo la Residencia Costasol.

—Pero ¿dónde están? Hasta ahora sólo hemos visto un coche.

—Están aquí, Charles, aquí. Tirados en las tumbonas o esperando a que llegue Paula Hamilton con una nueva receta. Cuando pienses en Costasol, piensa en la Bella Durmiente...

Salimos del bulevar y entramos en una de las tantas avenidas residenciales. Detrás de las verjas de hierro forjado se alzaban unos hermosos chalets con terrazas que llegaban hasta la piscina, riñones azules de agua inmóvil. Detrás de los senderos asomaban fugazmente casas de apartamentos de tres plantas; unos grupos de coches esperaban al sol: rumiantes metálicos adormilados. Las antenas parabólicas se alzaban al cielo como cuencos de pordioseros.

—Hay cientos de antenas —comenté—. Por lo menos no han dejado la televisión.

—Están oyendo al sol, Charles, esperando un nuevo tipo de luz.

La carretera subía por la ladera de una colina ajardinada. Pasamos por delante de un conjunto de casas adosadas y entramos en la plaza central del complejo. Alrededor del centro comercial había tiendas y restaurantes, y señalé asombrado a los primeros peatones que veía; descargaban los carritos del supermercado en los maleteros de los coches. Al sur de la plaza había un puerto lleno de yates y lanchas amarrados juntos, como una flota apolillada. En la carretera de la costa un puente voladizo cruzaba un canal de acceso que llevaba al mar abierto. La magnífica sede del club presidía el puerto y los muelles, y aunque la terraza estaba desierta los toldos flameaban sobre las mesas vacías. El club deportivo vecino era igualmente impopular: las pistas de tenis polvorientas al sol, la piscina vacía y olvidada.

En la entrada del centro comercial se alzaba un supermercado, al lado de un salón de belleza con los postigos cerrados en puertas y ventanas. Crawford se detuvo cerca de la tienda de artículos deportivos repleta de bicicletas de ejercicio, artefactos para levantar pesas, monitores de actividad cardíaca computarizados y contadores de respiración, dispuestos en un cuadro acerado, pero acogedor.

—Clin, clan, vaya... —murmuré—. Parece una familia de robots que han venido de visita.

—O una accesible cámara de torturas. —Crawford salió del coche—. Vamos a

dar una vuelta, Charles. Tienes que sentir este lugar directamente...

Se puso las gafas de aviador sobre los ojos y echó una mirada alrededor contando las cámaras de vigilancia como si pensara en la mejor ruta de escape. Como el silencio de la Residencia Costasol parecía entorpecer los reflejos, se puso a ejercitar el antebrazo y unos *drives* cruzados, dando sal ti tos mientras esperaba devolver un imaginario servicio.

—Por allí, si no me equivoco, hay signos de vida... —Me indicó con señas la tienda de bebidas alcohólicas próxima al supermercado, donde una docena de clientes flotaba por los pasillos refrigerados y las empleadas españolas esperaban en las cajas registradoras como reinas atadas a un muelle. La exposición, que llegaba hasta el techo, de vinos, bebidas fuertes y licores, tenía casi las dimensiones; de una catedral y una primitiva vida cortical parecía titilar en el espacio mientras los vecinos iban de un lado a otro comparando precios y cosechas.

—El centro cultural de la Residencia Costasol —me informó Crawford—. Al menos tienen energía para seguir bebiendo... el reflejo de empinar el codo nene que ser el último en desaparecer.

Miró los silenciosos pasillos pensando en cómo desafiar a este mundo sin acontecimientos. Nos alejamos de la tienda de bebidas alcohólicas y nos detuvimos delante de un restaurante tailandés; las mesas vacías se perdían en un mundo sombrío de empapelado en relieve y elefantes dorados. Al lado había un local vacío, una bóveda de hormigón como un abandonado segmento de espacio-tiempo. Crawford pisó paquetes de cigarrillos y billetes de lotería desparramados en el suelo y leyó un cartel descolorido que anunciaba un baile para mayores de cincuenta años en el centro social Costasol.

Sin esperarme, cruzó el local y se encaminó hacia las terrazas que bordeaban el lado occidental de la plaza. Unos jardines cubiertos de grava, con cactus y pálidas plantas carnosas, llevaban a terrazas sombrías donde los muebles de playa esperaban como si fueran las armaduras de los seres humanos que los ocuparían aquella noche.

—Charles, mira allí dentro discretamente. Ahora puedes ver a lo que nos enfrentamos...

Con la mano alzada para protegerme del sol, escudriñé en uno de los salones a oscuras. Debajo del toldo había una réplica tridimensional de una pintura de Edward Hopper. Los residentes, dos hombres de mediana edad y una mujer de poco más de treinta años, estaban sentados en la sala silenciosa con los rostros iluminados por el brillo de una pantalla de televisión. No tenían ninguna expresión en los ojos, como si hiciera tiempo que las sombras mortecinas de las paredes revestidas de tela se hubieran convertido en un satisfactorio sustituto del pensamiento.

—Están mirando la televisión con el volumen bajo —le dije a Crawford mientras caminábamos por la terraza y pasábamos delante de otros grupos aislados en cápsulas—. ¿Qué les ocurre? Parecen una raza de algún planeta oscuro que encuentra la luz

de este lugar demasiado fuerte.

—Son refugiados del tiempo, Charles. Mira a tu alrededor... No hay relojes en ninguna parte y casi nadie lleva reloj de pulsera.

—¿Refugiados? Sí... en cierto modo este lugar me recuerda al Tercer Mundo. Es como una favela de primera categoría en Río, o una bidonville de lujo de las afueras de Argel.

—Es el *cuarto* mundo, Charles, el que espera apoderarse de todo.

Regresamos al Porsche y dimos la vuelta a la plaza. Observé los chalets y casas de apartamentos esperando oír el sonido de una voz humana, un grito, un equipo de música demasiado alto, el rebote de un trampolín, y me di cuenta de que éramos testigos de una intensa inmigración. Los vecinos del complejo Costasol, como los de los pueblos de jubilados de la costa, se habían retirado a sus salones en sombra, a sus búnkers con vistas, porque necesitaban sólo la parte del mundo exterior que las antenas parabólicas extraían del cielo. Los clubes deportivos y los centros sociales, así como los demás servicios recreativos ideados por los asesores suizos, estaban vacíos al sol, como los decorados de una producción cinematográfica abandonada.

—Crawford, es hora de irnos... volvamos a Estrella de Mar.

—¿Ya has visto bastante?

—Quiero oír esa máquina de tenis tuya y las risas de las mujeres achispadas. Quiero oír a la señora Shand regañar a los camareros del Club Náutico... Si invierte aquí, lo perderá todo.

—Quizá, pero antes de irnos, echemos un vistazo al club deportivo. Está casi en ruinas, pero tiene posibilidades.

Pasamos por el puerto y entramos en el patio delantero del club deportivo. En la entrada había un solo coche estacionado, pero parecía que el edificio estaba desierto. Salimos del Porsche y caminamos alrededor de la piscina vacía; el suelo en pendiente exponía al sol unos azulejos polvorientos. Unas hebillas para el pelo y unos vasos de vino se amontonaban alrededor del desagüe, como si esperaran una corriente de agua.

Crawford se reclinó en una silla al lado del bar al aire libre y me miró mientras yo probaba la elasticidad del trampolín. Bien parecido y afable, me observaba con una expresión generosa pero astuta, como un joven oficial que selecciona a un recluta novato para una misión delicada.

—Muy bien, Charles... —dijo cuando me acerqué a él en el bar—. Me alegro que hayas dado este paseo. Acabas de ver el vídeo promocional que se les pasa a todos los nuevos propietarios de la Residencia Costasol. Persuasivo, ¿no?

—Absolutamente. Es un lugar muy, muy extraño. Pero aun así, la mayoría de los visitantes que se den una vuelta no notarán nada insólito. Salvo esta piscina y esas tiendas vacías, todo está extremadamente bien cuidado, la seguridad es excelente y no hay ni rastros de graffiti por ninguna parte... la idea del paraíso que hoy tiene la mayoría de la gente. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —Crawford se echó adelante. Hablaba en voz baja, como si no quisiera

perturbar el silencio—. Dos mil quinientas personas se han mudado aquí, la mayoría ricas y con todo el tiempo del mundo para hacer las cosas que soñaban en Londres, Manchester y Edimburgo. Tiempo para jugar al bridge y al tenis, para tomar ciases de gastronomía y arreglos florales. Tiempo para pequeñas aventuras, pasear en barco, aprender español y jugar a la bolsa en el mercado de Tokio. Vendieron y compraron la casa de sus sueños, trasladaron todo a la Costa del Sol. ¿Y qué pasó después? El sueño se apagó. ¿Por qué?

—¿Son demasiado viejos? ¿O demasiado perezosos para molestarse? A lo mejor lo que querían secretamente era no hacer nada.

—Pero no era lo que querían. Terreno por terreno y chalet por chalet, la Residencia Costasol es mucho más cara que las urbanizaciones parecidas de Calahonda y Los Monteros. Pagan suculentos recargos para tener todas estas instalaciones y centros recreativos. En todo caso, la gente aquí no es tan vieja. No es un pabellón geriátrico. La mayoría tiene poco más de cincuenta... Se jubilaron pronto, vendieron sus acciones o su participación en sociedades, y recibieron un dorado apretón de manos. El complejo Costasol no es Sunset City, Arizona.

—He estado allí. Me pareció un lugar bastante animado. Esos septuagenarios pueden ser muy divertidos.

—Divertidos... —Crawford, cansado, se apretó la frente con las manos. Se quedó mirando los chalets silenciosos de alrededor, los balcones en sombra que esperaban que no ocurriese nada. Tuve la tentación de hacer otro comentario frívolo, pero advertí en él una preocupación casi impaciente por los vecinos de la residencia. Me recordaba a un funcionario colonial de la época del Imperio, delante de una tribu próspera aunque perezosa que se negaba inexplicablemente a abandonar sus barracas. La venda del brazo le había manchado de sangre la manga de la camisa, pero era evidente que no tenía interés en sí mismo y que lo impulsaba un fervor que parecía completamente fuera de lugar en esta tierra de jacuzzis y piscinas con trampolín.

—Crawford... —traté de tranquilizarlo—. ¿Acaso importa? Si quieren pasarse la vida amodorrados con el volumen bajo, déjalos...

—No... —Crawford se detuvo y me tomó la mano—. Sí que importa. Charles, así va el mundo. Has visto el futuro, y no funciona ni pasa nada. Los Costasoles de este planeta se están extendiendo. Los he recorrido en Florida y Nuevo México. Tendrías que visitar el complejo Fontainebleau Sud en las afueras de París... una réplica de estas residencias, pero diez veces más grande. Costasol no es obra de un promotor de pacotilla; fue planeada con cuidado para dar a la gente la oportunidad de una vida mejor. ¿Y qué han obtenido? Muerte cerebral...

—Muerte cerebral, no, Bobby. Ésas son palabras de Paula. La Costa del Sol es la tarde más larga del mundo, y ellos han decidido pasarla durmiendo.

—Tienes razón. —Crawford habló en voz baja, como aceptando lo que yo había dicho. Se sacó las gafas de aviador y miró la luz fuerte que se reflejaba en los azulejos de la piscina—. Pero me propongo despertarlos. Ése es mi trabajo, Charles...

no sé por qué lo he elegido, pero me topé con una manera de salvar a la gente y devolverle la vida. La probé en Estrella de Mar y funcionó.

—Quizá. No estoy seguro. Pero no aquí. Estrella de Mar era un lugar real. Ya existía antes de que Betty Shand y tú llegarais.

—La Residencia Costasol también es real. Demasiado real. —Crawford recitó obstinadamente un credo problemático, enumerando razones que, suponía yo, había ensayado muchas veces, una amalgama de best-sellers alarmistas, editoriales del *Economist* y unas cuantas intuiciones obsesivas que había ensamblado en el balcón ventoso de su propio apartamento—. Los sitios a donde uno escapa de las ciudades están cambiando. El plan de la ciudad abierta pertenece al pretérito... no más ramblas, no más islas peatonales, no más orillas izquierdas ni barrios latinos. Avanzamos hacia una época de rejas de seguridad y espacios amurallados. En cuanto a la vida, la dejan en manos de nuestras cámaras de seguridad. Echan llave a las puertas y apagan el sistema nervioso. Yo puedo liberarlos, Charles, con tu ayuda. Podemos empezar aquí, en la Residencia Costasol.

—Bobby... —Crawford clavaba en mí una atractiva mirada de color azul marino con una curiosa mezcla de amenaza y esperanza—. Yo no puedo hacer nada. He venido a ayudar a Frank.

—Lo sé, y lo has ayudado. Pero ahora ayúdame a mí, Charles. Necesito alguien que vigile por mí, que mantenga los ojos abiertos y me avise si voy demasiado lejos... el papel que tenía Frank en el Club Náutico.

—Mira... Bobby, no puedo...

—¡Sí que puedes! —Crawford me sujetó de las muñecas y me atrajo hacia él por encima de la mesa. Detrás de esta súplica había un extraño fervor misionero que le flotaba en la mente como las visiones palúdicas del joven funcionario colonial, al que tanto se parecía, y que pedía ayuda a un viajero de paso—. Tal vez fracasemos, pero intentarlo vale la pena. La Residencia Costasol es una cárcel, como la de Alhaurín de la Torre. Estamos construyendo cárceles en el mundo entero y las llamamos urbanizaciones de lujo. Lo asombroso es que las llaves están todas dentro. Yo puedo ayudar a la gente a abrir los cerrojos y salir otra vez al mundo real. Piensa, Charles... si funciona, puedes escribir un libro, un aviso al resto del mundo.

—El tipo de aviso que nadie se molesta en escuchar. ¿Qué quieres que haga?

—Que te ocupes de este club, Elizabeth Shand lo ha arrendado... lo reabrimos dentro de tres semanas. Necesitamos a alguien que dirija el lugar.

—No soy la persona indicada. Necesitas un verdadero gerente. No sé contratar ni despedir empleados, ni llevar la contabilidad ni dirigir un restaurante.

—Aprenderás pronto. —Crawford, seguro de que me había reclutado, señaló el bar con cierto desdén—. Además, no hay ningún restaurante, y Betty se ocupará de contratar y despedir al personal. No te preocupes por la contabilidad... David Hennessy tiene todo eso bajo control. Únete a nosotros, Charles. Una vez que pongamos en marcha el club de tenis, lo demás vendrá solo. La Residencia Costasol

volverá a la vida.

—¿Después de unos cuantos partidos de tenis? Aquí podrías montar el torneo de Wimbledon y nadie se enteraría.

—Sí, Charles, se enterarían. Naturalmente que habrá más que tenis. Cuando organizaron el complejo Costasol faltaba un ingrediente.

—¿Trabajo?

—No, trabajo no, Charles.

Esperé mientras él miraba los silenciosos chalets que rodeaban la plaza. Desde los postes de alumbrado las cámaras seguían a los coches que salían del centro comercial. El rostro abierto y entusiasta de Crawford parecía tocado por una determinación que también a Frank tuvo que parecerle intrigante. El modesto club deportivo con aquellas destartaladas pistas de tenis y la piscina vacía estaba a años luz del Club Náutico, pero si aparentaba ocuparme de él me acercaría a Crawford y a Betty Shand y podría al fin retomar el camino que había llevado al incendio de la mansión Hollinger y a la absurda confesión de Frank.

Un yate entraba en el puerto, un balandro de casco blanco con las velas recogidas. Gunnar Andersson estaba al timón; la figura de hombros estrechos, era tan alta como el palo de mesana, y la camisa le flotaba como un jirón de vela rota. El barco parecía descuidado y tenía el casco manchado de petróleo. Supuse que Andersson había navegado por la ruta de los petroleros desde Tánger. Después noté que un trozo de cinta amarilla ondeaba en la barandilla de proa, la última de las cintas de la policía que habían estado enrolladas alrededor del barco.

—Es el *Halcyon*, el balandro de Frank... ¿qué hace aquí?

Crawford se puso de pie y saludó a Andersson que respondió quitándose la gorra.

—Hablé con Danvila, Frank está de acuerdo en que el puerto de Costasol es más seguro para el yate... sin turistas que corten tiras de jarcias. Gunnar va a trabajar en el varadero y reparará todos esos motores artríticos. Con un poco de suerte, conseguiremos que la regata Costasol sea el espectáculo más esnob de la cosía. Créeme Charles, lo que la gente necesita es aire de mar. Vaya, aquí está Elizabeth, cada día más guapa. Es evidente que el *bratwurst* le cae bien...

La limusina Mercedes entraba en el parque del club deportivo. Betty Shand yacía apoyada en la tapicería de cuero; un sombrero de ala ancha le ocultaba el rostro velado, una mano enguantada sujetaba la agarradera del asiento del pasajero como si le recordase al enorme coche quién era su legítima dueña. El magrebí moreno estaba al volante, y los dos jóvenes alemanes en el asiento de detrás. Cuando el coche se detuvo junto a la escalera, Mahoud tocó la bocina y al cabo de un instante David Hennessy y las hermanas Keswick emergieron del restaurante tailandés. Se encaminaron juntos hacia el club con un fajo de folletos inmobiliarios bajo el brazo.

El equipo se estaba reuniendo en la plaza central de la Residencia Costasol: Crawford, Elizabeth Shand, Hennessy y las hermanas Keswick, todos dispuestos a

discutir los distintos planes para el complejo y los residentes. El encargado del restaurante tailandés saludó con la mano a los comensales que partían; empezaba a darse cuenta de que los menús cambiarían pronto.

—Betty Shand y las Keswick... —comenté—. Los frutos de mar serán muy buenos.

—¿Charles? Sí, las chicas Keswick se harán cargo del tailandés. Saben lo que la gente necesita, y eso siempre es una gran ayuda. Bueno, ¿has pensado si quieres trabajar para nosotros?

—De acuerdo —dije—. Me quedaré hasta el juicio de Frank. Pero que no sea demasiado arduo.

—Por supuesto que no. —Crawford se inclinó sobre la mesa y me tomó por los hombros, sonriendo con franca satisfacción; durante un instante sentí que me había convertido para él en la persona más importante del mundo, el amigo que venía a ayudarlo. Mientras me sonreía con orgullo, tenía una cara que parecía casi adolescente, el pelo rubio en desorden, los labios abiertos por encima de unos dientes inmaculadamente blancos. Me apretó con manos fuertes y me habló en un torrente de palabras exaltadas—. Sabía que aceptarías, Charles... tú eres la persona que necesito. Has visto mundo, comprendes cuánto tenemos que hacer para ayudar a esta gente. A propósito, el trabajo incluye una vivienda. Te buscaré una con pista de tenis, así podremos jugar unos partidos. Sé que eres mucho mejor de lo que aparentas.

—Pronto lo verás, A propósito, podrías pagarme un pequeño salario. Gastos para vivir, alquiler del coche y esas cosas. Como no gano nada en ninguna parte...

—Desde luego. —Crawford se echó atrás y me miró, con cariño mientras Elizabeth Shand hacia su entrada imperial en el club—. David Hennessy ya te ha preparado el primer cheque. Créeme, Charles, hemos pensado en todo.

En busca de nuevos vicios

La luz del sol agrietó la superficie rota del agua, como si se liberara de las vítreas profundidades gracias a mi zambullida. Nadé pausadamente un largo, toqué el borde de azulejos y me subí al trampolín. Las ondas lamían los lados de la piscina, negándose a calmarse y ávidas de aplaudir al siguiente nadador predesayuno en busca de apetito.

Mientras me secaba con la toalla, sin embargo, supuse que pasaría otro día y seguiría siendo el único cliente de la piscina, así como el único visitante de las pistas de tenis y el gimnasio. Intentando matar el tiempo me puse a leer los periódicos de Londres en el bar al aire libre y a pensar en el juicio de Frank, y al fin me di cuenta de que en la Residencia Costasol el tiempo se había muerto mucho antes de mi llegada.

Durante mi primera semana como «director» del club deportivo, me limité a sentarme y mirar a los trabajadores de Elizabeth Shand que renovaban las instalaciones, limpiaron y llenaron la piscina, regaron los jardines, pintaron las rayas blancas de las pistas de tenis, y por último pulieron el suelo de madera del gimnasio hasta dejarlo como un espejo, listo para las primeras clases de aeróbic.

No había aparecido ningún vecino de Costasol a pesar de estos esfuerzos y del caro mobiliario de piscina que esperaba mullidamente a los cansados miembros de la residencia. Mi horario, como me había dicho David Hennessy, era de once de la mañana a tres de la tarde, pero «tómese el tiempo que quiera para el almuerzo, querido muchacho, no queremos que se muera de aburrimiento».

No obstante, por lo general llegaba a Costasol antes del desayuno, intrigado por ver si los amodorrados residentes del complejo habían cedido a la tentación de abandonar sus balcones. Hennessy arribaba al mediodía, se metía en el despacho y regresaba a Estrella de Mar después de pagar a los camareros y al personal de mantenimiento. A veces venía a visitarlo Elizabeth Shand, que llegaba en la limusina con los dos alemanes. Cada uno de ellos, como en una curiosa pantomima, le abría una puerta del vehículo, mientras ella miraba el club deportivo como una viuda depredadora que visita una codiciada propiedad familiar.

¿Su legendaria habilidad para los negocios la había abandonado esta vez? Mientras yo desayunaba en el bar, rodeado de silenciosos camareros y de hamacas vacías, supuse que ella pronto daría por perdida esta inversión y partiría en busca de los pastos más fértiles de Calahonda. La caravana se trasladaría a otros pueblos de jubilados llevándose consigo mis últimas esperanzas de descubrir la verdad sobre el

incendio de la casa Hollinger.

Frank, absurdamente, insistía en su culpabilidad, y yo había postergado dos veces mi visita a la cárcel de Alhaurín de la Torre, convencido, a pesar de todas las evidencias, de que la Residencia Costasol podía ser la puerta trasera para entrar en Estrella de Mar, cerrada para mí durante tanto tiempo. Habían fijado el juicio para el 15 de octubre, cuando se cumplirían cuatro meses del trágico incendio, y a pesar de todos mis esfuerzos no sería más que un testigo de la buena reputación de Frank. Pensaba constantemente en él y en nuestros años de infancia juntos, pero me parecía casi imposible enfrentarme con él al otro lado de la dura mesa de la sala de visitas de la cárcel. Su declaración de culpabilidad parecía abarcarnos a los dos, pero yo ya no tenía el sentimiento de culpa compartida que nos había unido en una época.

Detrás de mí, abrieron la puerta de un coche y apagaron el motor. Levanté la vista del *Financial Times* y vi cómo entraba en el parque un conocido BMW. Paula Hamilton estaba al volante mirando los brillantes toldos que se hinchaban sobre las ventanas del club deportivo. Se había cambiado de ropa en casa de uno de sus pacientes de la residencia y llevaba un albornoz amarillo sobre un traje de baño negro.

Salió del coche y subió los escalones que llevaban a la piscina. Sin mirar alrededor, se encaminó hacia la parte más profunda, dejó el albornoz y el bolso sobre el trampolín, y empezó a atarse el pelo con los brazos en alto mientras lucía las caderas y los pechos que yo había abrazado con tantas ganas. La había llamado repetidamente al apartamento próximo a la clínica, pero desde su visita a Frank en la cárcel de Málaga se había mantenido alejada de mí. Yo quería volver a verla y hacer lo posible para eliminar el enorme desprecio que sentía por sí misma, como ese humor espinoso con que ocultaba sus más auténticas emociones. Pero el vídeo de la violación de Anne Hollinger nos separaba como el recuerdo de un crimen.

Nadó diez largos; su cuerpo estilizado y las limpias brazadas apenas alteraban la superficie de la piscina. Con el agua hasta la cintura en la parte baja, se secó la espuma de los ojos y aceptó la toalla que yo había sacado de una pila junto al bar. Salió del agua con la ayuda de mis manos y se quedó parada a mi lado, con los pies en un charco de agua brillante. Contento de verla, le envolví los hombros con otra toalla.

—Paula... eres nuestra nueva primera socia. ¿Supongo que quieres incorporarte al club?

—No, sólo estaba probando el agua. Parece bastante limpia.

—Es completamente nueva. Acabas de bautizarla con tus propios labios. Ahora ella ya sabe cómo se llama.

—Lo pensaré. —Asintió aprobando las hamacas y las mesas—. Ha de ser la piscina más limpia de la Costa del Sol. Mejor que toda esa mugre disuelta por la que solemos nadar con la equivocada idea de que es agua-detergente, aceite bronceador, desodorante, loción para después de afeitarse, jalea vaginal, orina, y Dios sabe qué

más. Tú pareces más sano, Charles.

—Lo estoy. Nado todos los días, juego un poco al tenis con los empleados de mantenimiento y hasta he probado los aparatos de gimnasia.

—¿Y ahora trabajas para Elizabeth Shand? Eso sí que es extraño. ¿Te paga bien?

—Es un puesto honorario. Hennessy cubre mis gastos. Bobby Crawford pensó que podía escribir un libro sobre todo esto.

—¿Hay muerte después de la vida? *La resurrección de la Residencia Costasol*. ¿Qué tal está nuestro tenista profesional?

—Hace días que no lo veo. De cuando en cuando el Porsche pasa velozmente por aquí. Todos esos recados misteriosos: lanchas planeadoras, playas distantes, descargas de drogas. Soy demasiado cuadrado para él.

Paula se detuvo a mirarme mientras caminábamos hacia el trampolín.

—Estás empezando a involucrarte. Ten cuidado, puede hacerte daño si quiere.

—Paula, eres demasiado dura con él. Sé lo de las películas, el tráfico de drogas y el robo de coches. Trató de estrangularme por razones que probablemente no comprende. Pero lo hace por una buena causa, o al menos eso piensa, quiere devolverle la vida a la gente. En cierta forma es muy ingenuo.

—Betty Shand no tiene nada de ingenua.

—Ni Hennessy. Pero aún trato de descubrir qué pasó en casa de los Hollinger. Por eso estoy interpretando el papel de Frank. Ahora dime, ¿cómo está?

—Pálido, muy cansado, resignado a todo. Creo que para él el juicio ya ha concluido. Acepta que no quieras verlo.

—No es verdad, Paula, quiero verlo pero todavía no estoy preparado. Lo visitaré cuando tenga algo que decirle. ¿Hay alguna posibilidad de que cambie la declaración?

—En absoluto. Piensa que es culpable.

Di un puñetazo en mi propia palma.

—¡Por eso no puedo ir a verlo! No pienso ser cómplice de las mentiras que oculta.

—Pero eres cómplice de todas las otras cosas que ocurren aquí. —Paula me observó con el ceño fruncido mientras se ponía el albornoz, preguntándose si el hombre bronceado y musculoso que tenía al lado no sería un impostor que se hacía pasar por el periodista de piel blanda que la había abrazado en la cama de Frank—. Te has asociado con Elizabeth Shand, Hennessy y Bobby Crawford. Es casi una conspiración, con base en este club.

—Paula... esto no es Estrella de Mar. Es la Residencia Costasol. Aquí no pasa nada. Nunca pasará nada.

—Ahora el ingenuo eres tú. —Sacudió la cabeza por mi estupidez y caminamos juntos hasta su coche. Puso el bolso en el asiento del acompañante y apretó la mejilla contra la mía con las manos sobre mi pecho, como si recordara que en una ocasión habíamos sido amantes—. Charles, querido, aquí están pasando muchas cosas, mucho

más de lo que ves. Abre los ojos...

Como si la hubieran oído, un coche de la policía española giró alrededor de la plaza central. Me detuve al lado del puerto, mientras uno de los agentes de uniforme gritaba en dirección al varadero, donde Andersson trabajaba todas las mañanas con las lanchas de Crawford. Yo paseaba a menudo por el muelle, pero el taciturno sueco me evitaba, reacio a hablar conmigo sobre el incendio de los Hollinger, y todavía rememorando a Bibi Jansen. Durante los períodos de descanso se retiraba al *Halcyon*, atracado cerca del varadero, y se sentaba en el camarote sordo a mis pisadas en la cubierta superior.

Hennessy esperaba en la entrada del club deportivo sonriendo afablemente debajo del bigote tranquilizador. Una camisa hawaiana le cubría la amplia barriga, y parecía la personificación de un turbio hombre de negocios con quien la policía española podía sentirse cómoda. Los hizo pasar al despacho, donde había una botella de Fundador y una bandeja de tapas listas para acelerar la investigación.

Se marcharon al cabo de veinte minutos con la cara roja y confiada. Hennessy los despidió saludándolos con la mano, exhibiendo la sonrisa benigna de un Papá Noel en unos grandes almacenes. Sin duda les había asegurado que se ocuparía personalmente de velar por la seguridad de la Residencia Costasol, lo que les permitiría dedicarse a tareas más específicas: maltratar a peatones en las autopistas, conspirar contra sus superiores y recaudar los sobornos de los dueños de bares en Fuengirola.

—No parecen muy preocupados —le comenté a Hennessy—. Pensaba que nos dejaban tranquilos.

—Ha habido un pequeño problema en el camino de circunvalación... anoche hubo una especie de robo. A una o dos personas les desapareció el aparato de vídeo. Habrán dejado las puertas del patio abiertas.

—¿Robos? ¿No es algo insólito? Pensaba que la Residencia Costasol era un lugar sin delincuencia.

—Ojalá lo fuera. Lamentablemente, vivimos en el mundo actual. Ha habido denuncias de robos de coches. Quién sabe cómo han hecho los ladrones para traspasar la barrera de seguridad. Estas cosas ocurren a rachas, ya sabes. Cuando yo llegué, Estrella de Mar era tranquilo como esto.

—¿Robos de coches y de casas? —Por alguna razón sentí un profundo interés. El aire a mi alrededor se había vuelto más fresco—. ¿Qué hacemos, David? ¿Ponemos en marcha un plan de vigilancia? ¿Organizamos patrullas de voluntarios?

Hennessy me miró con ojos afables pero fríos, sin saber si mis comentarios eran o no irónicos.

—¿Cree que es para tanto? Aunque... quizá tenga razón.

—Piénselo, David. Tal vez los ayude a despertar de este espantoso sopor.

—¿Y queremos despertarlos? Podrían convertirse en un fastidio, desarrollar todo

tipo de extraños entusiasmos. Se lo mencionaré a Elizabeth. —Señaló la limusina larga que brillaba al sol y cruzaba las puertas del club deportivo—. Qué elegante va ella, casi ronroneando. Me atrevería a decir que acaba de arrendar todo el resto. Es curioso cómo un par de robos pueden ser un incentivo para los negocios. La gente se pone nerviosa, ya sabes, y el dinero empieza a circular...

Así que la delincuencia empezaba a llegar a la Residencia Costasol. Tras unos breves años de paz, el sueño interminable de la costa soleada iba a ser perturbado. Conté los silenciosos balcones que daban a la plaza mientras esperaba los primeros signos de vida matinal. Eran las diez; casi ningún vecino se había movido, pero los primeros resplandores de un programa de televisión habían empezado a reflejarse en los techos. El complejo Costasol estaba a punto de despertar del profundo lecho marino del sueño y emerger a la superficie de un mundo nuevo y más vigorizante. Me sentí sorprendentemente eufórico. Si Bobby Crawford era un joven funcionario colonial, entonces David Hennessy y Elizabeth Shand eran los agentes de una compañía comercial que iban detrás pisándole los talones, listos para entusiasmar a los dóciles nativos con armas y chucherías, collares de cuentas y monedas falsas.

Esta vez, sin embargo, la mercadería era de un tipo diferente. Los jóvenes alemanes sacaron del Mercedes un ordenador con caja registradora. Elizabeth Shand interrumpió un tête-à-tête con Hennessy y me Hamo con la mano. A pesar del calor, no vi el menor rastro de sudor en el immaculado maquillaje. Una sangre más fría le refrescaba las venas, como si su mente depredadora funcionara mejor a temperaturas más bajas que las del corazón. Aunque, como siempre, abrió generosamente los labios cuando me saludó, como prometiéndome un encuentro erótico tan extraño que podía superar la barrera de las especies.

—Charles, ¡qué amable venir tan temprano! Admiro la diligencia. Últimamente a nadie le gusta el éxito, como si en cierto modo el fracaso fuera más chic. He traído algo que quizá nos ayude a tener beneficios contantes y sonantes. Indíquele a Helmut y Wolfgang dónde lo quiere.

—No lo sé. —Me aparté para dejar pasar a los alemanes que llevaban el ordenador al vestíbulo—. Elizabeth, es toda una muestra de confianza, pero ¿no le parece un poco prematuro?

—¿Por qué, querido? —Acercó la mejilla cubierta por el velo a la mía; la cascada de sedas que le envolvían el cuerpo crujieron contra mi pecho desnudo como el plumaje de un pájaro tembloroso—. Tenemos que estar preparados para cuando empiece el aluvión. Además, así no podrá engañarme, o por lo menos no tan fácilmente.

—La engañaría con mucho gusto... parece bastante emocionante. Aunque ocurre que no tenemos ningún socio. Ni un solo vecino se ha apuntado al club.

—Vendrán, créame. —Saludó a las hermanas Keswick que recorrían una parte de la terraza detrás del bar, como si estuvieran definiendo los límites de un restaurante al

aire libre—. Habrá tantas atracciones nuevas que nadie podrá resistirse. ¿Estás de acuerdo, David?

—Absolutamente. —Hennessy estaba junto al mostrador de recepción con los brazos alrededor del ordenador como dando la bienvenida a un nuevo cómplice.

—¿Lo ve, Charles? Tengo plena confianza. Quizá haya que construir en el sitio del parque y alquilar más espacio en el puerto para dejar allí los coches. —Se volvió hacia los dóciles alemanes que esperaban una orden en zapatillas de tenis blancas—. Wolfgang y Helmut... creo que ya los conoce, Charles. Quiero que lo ayuden aquí. Van a instalarse en el apartamento de arriba. De ahora en adelante trabajarán para usted.

Los alemanes y yo nos estrechamos la mano. Saltaban levemente, como si la musculatura los avergonzara, moviendo las rodillas enormes como pistones bronceados, tratando una y otra vez de reacomodarse los cuerpos y no sentirse tan cohibidos.

—Muy bien... pero, Elizabeth, ¿qué van a hacer exactamente?

—¿Hacer? —Me palmeó la barbilla encantada de mi broma—. No van a hacer nada. Wolfgang y Helmut van a «estar». Se limitarán a estar y serán muy populares. Yo sé cómo marchan estas cosas, Charles. Helmut juega muy bien al tenis... una vez le ganó a Boris Becker. Y Wolfgang es un extraordinario nadador. Ha cubierto distancias enormes en el mar Báltico.

—Muy útil... aquí la mayoría de la gente lo máximo que consigue es ir de un lado a otro del jacuzzi. ¿Pueden ser monitores entonces?

—Exactamente. Sé que usted se ocupará de aprovechar bien esos talentos. Todos esos talentos.

—Naturalmente. Pueden ayudarme en el trabajo de conseguir gente. —La acompañé hasta la limusina, donde Mahoud esperaba junto a la portezuela abierta; los pesados carrillos le sudaban debajo de la gorra—. El club necesita socios nuevos... Pensaba enviar unos folletos de propaganda. O alquilar un avión para que volara sobre la residencia con un letrero. Clases de tenis y aerobio gratis, masaje y aromaterapia, ese tipo de cosas...

Elizabeth Shand sonrió a Hennessy, que le llevaba el maletín hasta el coche. El agente de seguros parecía igualmente divertido mientras jugueteaba con las puntas del bigote, como esperando que éstas se unieran a la gracia.

—¿Folletos y letreros? Creo que no. —Se sentó instalándose en un saloncito de sedas. Cuando Mahoud cerró la puerta, se asomó por la ventanilla y me estrechó la mano, tranquilizándome—. Tenemos que despertar a todo el mundo. La gente de la Residencia Costasol está desesperada por probar nuevos vicios. Si los satisface, Charles, tendrá usted mucho éxito...

La burocracia del delito

La idea de Elizabeth de que había pecados desconocidos, que todavía esperaban que los descubrieran, me sorprendió por completo. Observé la limusina que cruzaba la plaza de regreso a Estrella de Mar. Unos trabajadores estaban quitando los letreros *Verkauf* y *À Vendre* de unos locales vacíos junto al supermercado, pero el club deportivo permanecía en silencio. Caminé alrededor del edificio escuchando el sonido de mis pasos sobre el suelo lustroso. Los alemanes holgazaneaban exhibiéndose entre ellos junto a la piscina. Un tránsito desganado circulaba alrededor de la plaza, y al mediodía la Residencia Costasol ya se preparaba para retirarse del sol de la tarde.

A pesar de mí mismo, me sentía responsable de que el club no atrajese nuevos socios, y me di cuenta de que Frank tuvo que sentirse muy deprimido cuando llegó al Club Náutico. Me quedé detrás del mostrador de recepción viendo cómo los camareros caminaban por el bar al aire libre y otros hombres barrían las pistas de tenis desiertas.

Estaba tecleando fútilmente en el ordenador, sumando beneficios imaginarios, cuando oí el motor de un Porsche que rugía a la luz del sol. Llegué a las puertas de cristal en el momento en que Bobby Crawford cruzaba el parque. Subió la escalera corriendo, saltando como un acróbata sobre un trampolín, saludándome con un brazo en alto. Llevaba una gorra de béisbol negra, chaqueta de cuero y una bolsa de deporte grande en la mano. Al verlo, sentí que se me aceleraba el corazón.

—¿Charles? Anímate, por favor. Esto no es la Casa Usher. —Abrió la puerta por mí y entró en el vestíbulo con una sonrisa entusiasta que exponía la blancura polar de los dientes—. ¿Qué pasa? Parece como si te alegrara verme.

—Sí, me alegro, y no pasa nada... ése es el problema. Quizá no sea el gerente adecuado para ti.

—Estás cansado, Charles, y no es momento de deprimirse. —Crawford echó una mirada a la piscina y a las pistas de tenis—. Muchos atletas por aquí, pero ningún cliente. ¿Hay socios nuevos?

—Ni uno. A lo mejor el tenis no es lo que esta gente necesita.

—Todo el mundo necesita tenis. Puede que la Residencia Costasol no lo sepa, pero lo sabrá pronto.

Se volvió hacia mí con una sonrisa cálida, claramente feliz de ver que lo estaba esperando; ya consideraba mi malhumor como una simpática debilidad de un sirviente de la familia. Hacía cuatro días que no lo veía, y me impresionó

encontrármelo tan puesta a punto, como si hubiera instalado un motor más poderoso en el Porsche y extrajera parte de esa enorme energía para su propio sistema nervioso. Muecas y pequeños tics le asomaban a la cara acompañando a las mil y una ideas que le bullían en la mente.

—Aquí van a pasar cosas, Charles. —Me tomó del hombro como un hermano mayor, moviendo la cabeza en señal de aprobación hacia la caja registradora—. Estar al mando no es fácil. Betty Shand está muy orgullosa de lo que has hecho.

—Pero si lo habéis hecho todo vosotros, maldita sea. Aquí no va a pasar nada. La Residencia Costasol no es tu clase de sitio. No es Estrella de Mar, es el valle de la muerte cerebral. Ojalá pudiera ayudarte.

—Puedes. A propósito, creo que he encontrado una casa para ti... con una pequeña piscina, pista de tenis... llevaré una máquina, así practicas tus restos. Pero antes tengo que hacer unas cuantas visitas. Iremos en tu coche... y me gustaría que condujeras tú. Ese ritmo lento y seguro que tienes me calma los dolores de cabeza.

—Claro. —Señalé el reloj del vestíbulo—. ¿Quieres que esperemos un rato? Son las tres menos cuarto, aquí todo está profundamente dormido.

—Perfecto... es la hora del día más interesante. La gente está soñando o haciendo el amor. O a lo mejor las dos cosas al mismo tiempo.

Mientras yo ponía el Citroën en marcha, se sentó en el asiento del acompañante con un brazo en la ventanilla y la bolsa entre las piernas. Asintió con aprobación cuando me abroché el cinturón de seguridad.

—Muy sensato, Charles. Admiro una mente ordenada. Cuesta creerlo, pero hasta en la Residencia Costasol hay accidentes.

—Todo el lugar es un accidente. Aquí es donde el final del siglo veinte choca con el parapolpes. ¿Adónde quieres ir? ¿Al Club Náutico?

—No, nos quedaremos por aquí. Da una vuelta por cualquier lado. Quiero ver cómo está todo.

Cruzamos la plaza y el desierto centro comercial, y después pasamos por el puerto y la flota fantasma de yates virtualmente carcomidos. Giré al azar por una de las avenidas secundarias del cuadrante este. Los chalets alejados se alzaban en sus silenciosos jardines, entre palmeras enanas, oleandros y macizos de cañas como fuego congelado. Los aspersores se balanceaban sobre el césped, conjurando un arco iris que se repetía en el aire deslumbrante, deidades locales que bailaban al sol. De vez en cuando, el viento marino arrojaba un débil rocío sobre las piscinas y las superficies espejadas se empañaban como sueños perturbados.

—Ve un poco más despacio... —Crawford se echó hacia adelante mientras observaba una casa grande art déco que se alzaba en una esquina. Un camino de acceso común daba a un grupo de edificios de apartamentos de dos plantas. Los toldos se agitaban sobre los balcones: alas amarradas que nunca tocarían el cielo—. Para... Parece que es ésta.

—¿Qué número buscas? Por alguna razón, aquí la gente se niega a identificarse.

—No lo recuerdo bien. Pero creo que no me equivoco. —Señaló un sitio a unos cincuenta metros del camino de acceso, donde las hojas de una enorme cicadácea formaban un refugio para peatones—. Estaciona allí y espérame.

Abrió la cremallera de la bolsa y sacó lo que parecía un juego de palos de golf envueltos en hule. Bajó del coche, con la cara oculta por la gorra y las gafas negras, dio una palmada al techo y se alejó a paso largo hacia el camino. Mientras yo descendía en punto muerto por la pendiente hacia la cicadácea, con los ojos clavados en el retrovisor, vi que empujaba la puerta lateral que llevaba a la entrada de servicio.

Esperé en el coche oyendo los débiles susurros de los aspersores al otro lado de los muros y los setos. Quizá los dueños del chalet estaban de vacaciones y Crawford tenía una amante que lo esperaba en el cuarto de alguna mucama. Me los imaginé jugando al minigolf sobre la alfombra, en un cortejo formal, como la danza de apareamiento de las aves del paraíso...

—Muy bien, vámonos. —Crawford pareció salir de la cortina de vegetación alrededor de la cicadácea. Llevaba bajo el brazo un aparato de vídeo con los cables atados alrededor como si fuera un paquete negro. Lo puso en el asiento de atrás y se levantó la visera de la gorra, vigilando el camino—. Tengo que revisar el aparato... es de una pareja llamada Hanley. Él es un ex jefe de personal de Liverpool. A propósito, parece que acabo de conseguir dos nuevos socios.

—¿Para el club deportivo? Fantástico. ¿Cómo los has convencido?

—No les funciona el televisor. Falla algo en la antena parabólica. Además, creen que tienen que salir más. Ahora vayamos a la parte oeste del complejo. Haremos otro par de visitas...

Graduó en el tablero el sistema de aire acondicionado y una corriente helada nos dio en la cara. Crawford se apoyó en el cabezal, tan relajado que yo no podía creer que estuviera embarcado en una correría delictiva. Metió los palos de golf en la bolsa mostrándome deliberadamente lo que eran: un par de palancas de acero. Yo ya había adivinado cuando salimos del club deportivo que intentaba llevar a cabo una serie de actos provocativos, robos insignificantes y asaltos fastidiosos para sacudir la adormilada complacencia de Costasol. Supuse que los delitos de los que la policía había informado a David Hennessy eran obra de Bobby Crawford, la apertura de una campaña de agravios y hostilidad.

Al cabo de veinte minutos paramos delante de otra villa, una mansión impresionante de estilo morisco con una lancha motora en el camino de entrada. Era casi seguro que en ese momento los moradores dormían en las habitaciones de arriba; el jardín y la terraza estaban en silencio. El lento goteo de una manguera olvidada contaba los segundos mientras Crawford examinaba las cámaras de vigilancia y el cable que bajaba de la antena parabólica a una caja junto a las puertas del patio.

—Deja el motor en marcha, Charles. Quizá podamos hacerlo con cierto estilo...

Se escurrió y desapareció entre los árboles que bordeaban el sendero. Yo tenía las manos inquietas sobre el volante mientras esperaba a que volviera, y estaba listo para escapar a toda prisa. Sonreí a un matrimonio mayor que pasó en coche con un spaniel grande sentado entre ambos, pero no me pareció que la presencia del Citroën les preocupara. Cinco minutos más tarde, Crawford se metió en el asiento del pasajero sacudiéndose con indiferencia las astillas de vidrio que tenía sobre la chaqueta.

—¿Más problemas con la televisión? —le pregunté mientras arrancábamos.

—Eso parece. —Crawford se sentó a mi lado mirando el camino, de vez en cuando me sacaba las manos nerviosas del volante—. Esas antenas parabólicas son muy delicadas. Hay que calibrarlas continuamente.

—Los dueños estarán agradecidos. ¿Posibles socios?

—¿Sabes una cosa?, creo que sí. No me sorprendería que aparecieran mañana. —Crawford se abrió la chaqueta y sacó una cigarrera de plata grabada que dejó en el asiento de atrás junto al aparato de vídeo—. El marido era miembro del comité del Queen's Club, un buen jugador de tenis. Y ella solía ser algo así como una pintora aficionada.

—A lo mejor vuelve a serlo...

—Sí, tal vez.

Seguimos con nuestras visitas abriéndonos paso por las tranquilas avenidas de Costasol como una lanzadera que teje una trama engañosa sobre la urdimbre de un tapiz. Crawford fingía que elegía las casas al azar, pero di por sentado que había escogido a las víctimas después de una cuidadosa investigación, y entre quienes habían emitido las mayores señales de alarma. Me los imaginé dormitando durante las horas de la siesta mientras Crawford se movía por las habitaciones de abajo, sabotando la antena parabólica, robando un caballo de jade de una mesita de centro, una porcelana de Staffordshire de la repisa de la chimenea, revolviendo los cajones del escritorio como si buscara dinero o joyas, creando la ilusión de que una banda de expertos ladrones de casas se había instalado en el complejo Costasol.

Mientras aguardaba en el coche, esperando a que el inspector Cabrera y la brigada móvil de Fuengirola me prendieran en el acto, me pregunté por qué había permitido que Crawford me envolviera en esta locura delictiva. Mientras el motor del Citroën temblaba contra el pedal del acelerador, estuve tentado de regresar al club deportivo e informar a Cabrera. Pero la detención de Crawford pondría fin a cualquier esperanza de descubrir al pirómano que había asesinado a los Hollinger. Al levantar la cabeza y ver los cientos de chalets impasibles, con las cámaras de vigilancia atentas y los dueños mentalmente embalsamados, tuve la certeza de que los intentos de Crawford de convertir la urbanización en otra Estrella de Mar no llegarían a nada. La gente de la residencia no sólo había viajado a lo más profundo del aburrimiento, sino que había decidido que se sentía a gusto en este escenario. El fracaso podía inducir a Crawford a una acción desesperada en la que aparecería como culpable del asesinato de los Hollinger. Un fuego de más no le quemaría sólo los dedos.

Sin embargo, el empeño de Crawford en este extraño experimento social tenía cierto encanto. Supuse que esta misma exuberante visión había seducido también a Frank, y yo, como él, tampoco dije nada mientras el botín se iba acumulando sobre el asiento trasero del Citroën. En la sexta casa, una de las mansiones más antiguas, ubicada en un bulevar que iba de norte a sur, encontré una manta en un coche. Cuando Crawford salió de los arbustos con un esbelto jarrón Ming debajo de un brazo y la base de madera de acacia debajo del otro, la tenía preparada para dársela.

Me dio una palmada tranquilizadora mientras yo echaba la manta sobre el tesoro; parecía agradablemente sorprendido por la manera en que yo me comportaba.

—Son meros recordatorios, Charles... Me ocuparé de que los dueños los recuperen. En sentido estricto, no necesitaríamos llevarnos nada, sino sólo dar la impresión de que un ladrón ha orinado sobre las alfombras persas y se ha limpiado los dedos en los tapices.

—¿Y mañana toda la Residencia Costasol tendrá ganas de jugar al tenis? ¿O de tomar clases de arreglos florales y bordado?

—Claro que no. Las fuerzas de la inercia son aquí colosales. Pero una mosca puede desencadenar una estampida de elefantes si muerde un punto sensible. Pareces escéptico.

—Un poco.

—¿Crees que no dará resultado? —Crawford me apretó la mano sobre el volante para fortalecer mi decisión—. Te necesito, Charles... no lo puedo hacer solo. A Betty Shand y a Hennessy sólo les interesa que circule dinero. Pero tú puedes ver más allá, un horizonte más amplio. Lo que ha pasado en Estrella de Mar pasará aquí y después seguirá por la costa. Piensa en todos esos pueblos volviendo a la vida. Estamos liberando a la gente, Charles, devolviéndolos a la autenticidad.

¿Creía en su propia retórica? Media hora más tarde, mientras robaba en un pequeño bloque de apartamentos cerca de la plaza principal, abrí la cremallera de la bolsa y eché un vistazo al contenido. Había palancas y alicates, una selección de ganzúas y tarjetas magnéticas perforadas, pinzas de arranque e interruptores electrónicos de corriente. Una bolsa más pequeña contenía varios botes de pintura en aerosol, dos cámaras de vídeo y una pila de cintas de vídeo vírgenes. Una serpentina de bolsitas de cocaína envolvía un monedero repleto de pastillas y cápsulas en papel de aluminio, paquetes de jeringuillas y condones rugosos.

Crawford recurrió en seguida a los aerosoles. Casi sin molestarse en salir del coche, y esgrimiendo un tubo en cada mano, roció con garabatos chillones las puertas de los garajes que encontrábamos de camino. Al cabo de sólo dos horas habíamos dejado atrás una estela de vandalismo y robos: antenas parabólicas destrozadas, coches embadurnados con graffiti, excremento de perro flotando en las piscinas, cámaras de vigilancia cegadas con chorros de pintura.

A una distancia en que los dueños podían oírlo, se metió en un Aston metalizado,

quitó el freno de mano y bajó en punto muerto por el camino de grava. Lo seguí mientras llevaba el coche hasta una obra abandonada en el camino de circunvalación norte y miré cómo rascaba los lados del vehículo con una palanca, sacando la pintura con el mismo cuidado que un chef cortarían un lomo de cerdo. Cuando volvió y encendió un cigarrillo, yo esperaba ver las llamas. Sonrió al vehículo mutilado con el mechero todavía encendido en la mano, mientras yo pensaba que iba a meter un trapo en el depósito de gasolina.

Pero Crawford se despidió del coche con un atribulado saludo y se fumó el cigarrillo mientras nos alejábamos, disfrutando de los aromas turcos.

—Detesto hacer esto, Charles... pero hay que sacrificarse.

—Por lo menos el Aston Martin no es tuyo.

—Pensaba en nuestros sacrificios... es una medicina dolorosa para ambos, pero hay que tomarla...

Entramos en la carretera de circunvalación, donde estaban los chalets y los apartamentos más baratos que bordeaban la autopista de Málaga. De los balcones colgaban letreros a mano de «Se vende», y supuse que los promotores holando-alemanes habían vendido las propiedades a bajo precio.

—Mira esa casa de la derecha... la de la piscina vacía. —Crawford me señaló un chalet pequeño con un toldo desteñido en el patio. Un tendedero exponía al sol una colección de blusas chillonas y ropa interior transparente—. Volveré dentro de diez minutos y les daré una lección de estética...

Metió la mano en la bolsa y sacó el maletín con las cámaras de vídeo y los productos farmacéuticos. En la puerta de entrada, las dos mujeres que compartían el chalet lo esperaban en traje de baño. A pesar del calor llevaban una buena capa de carmín, colorete y maquillaje, como si estuvieran preparadas para una sesión bajo las luces del plató, y saludaron a Crawford con la sonrisa fácil de las camareras de un bar de dudosa reputación que dan la bienvenida a un cliente habitual.

La más joven tenía veintitantos, un cutis pálido e inglés, hombros huesudos y unos ojos que no paraban de mirar a la calle. Reconocí a la que estaba con ella, la rubia platino de pechos demasiado grandes y cara rubicunda que interpretaba a una de las damas de honor en la película porno. Copa en mano, acercó un pómulo eslavo a los labios de Crawford y lo invitó a entrar.

Bajé del coche, me acerqué a la casa y los miré por las ventanas del patio. Entraron juntos en la sala de estar, donde había un televisor encendido para nadie que parpadeó cuando la serie vespertina desapareció de la pantalla. Crawford abrió el maletín y sacó una de las cámaras y la pila de cintas. Arrancó de la tira plástica varias bolsitas de cocaína, que las mujeres se metieron en el sostén del traje de baño, y empezó a mostrarles cómo funcionaba la cámara. La mayor acercó el visor a un ojo y se filmó a sí misma mientras rascaba los diminutos botones del aparato con unas uñas muy largas. Probó el encuadre y el zumo mientras Crawford se sentaba con la joven inglesa en el sofá. No intercambiaron ni una broma, como si Crawford fuera un

vendedor que presentaba un nuevo electrodoméstico.

Cuando regresó al coche, las mujeres lo filmaron desde la puerta riéndose entre ellas por encima del hombro.

—¿Una escuela de cine? —le pregunté—. Parece que aprenden rápido.

—Sí... siempre han sido muy cinéfilas. —Las saludó mientras nos alejábamos, sonriendo como si de verdad les tuviera cariño—. Vinieron de Estepona para abrir un salón de belleza, pero decidieron que no tenía muy buenas perspectivas.

—¿Entonces ahora se meterán en la industria cinematográfica? Me imagino que les parecerá rentable.

—Creo que sí. Tienen una idea para una película.

—¿Documental?

—Más bien sobre la naturaleza, diría yo.

—La vida salvaje de la Residencia Costasol. —Saboreé la idea—. Rituales de cortejo y formas de apareamiento. Creo que tendrán mucho éxito. ¿Quién era la rubia platino? Tiene un aspecto ligeramente ruso.

—Raissa Livingston... viuda de un corredor de apuestas de Lambeth. Una barrica llena de vodka. Un gran personaje. En otra época actuó un poco, así que va a dejarlo todo y empezar otra vez.

Crawford hablaba sin ironía, mirando el techo del coche como recordando las prisas de la primera jornada. Parecía contento con su tarde de trabajo, como un evangelista de barrio después de haber repartido todos los folletos bíblicos. Los robos y allanamientos lo habían dejado tranquilo y relajado. Había hecho lo que debía en beneficio de la ignorante población de la residencia.

Cuando volvimos al club deportivo me guió hacia la entrada de servicio, detrás de la cocina y la sala de calderas, donde había ocultado el Porsche para que no lo viera la policía.

—Vamos a llevar las cosas a mi coche. —Retiró la manta dejando el botín a la vista—. No quiero que Cabrera te pesque con las manos en la masa. Tienes otra vez esa cara de culpable.

—Aquí hay muchas cosas. ¿Recuerdas quién es dueño de qué?

—No me hace falta. Las esconderé en el patio de la obra abandonada, donde antes dejamos el Aston Martin, e informaré a los guardias. Pondrán todo en exposición y se ocuparán de que los residentes reciban el mensaje.

—¿Pero cuál es el mensaje? Todavía no lo sé.

—¿El mensaje...? —Crawford estaba inclinado sobre el asiento levantando un aparato de vídeo, pero se volvió hacia mí—. Pensaba que lo habías entendido todo, Charles.

—No exactamente. Los allanamientos, estropear unos televisores y escribir «jódete» en la puerta de un garaje... ¿es esto lo que va a cambiar la vida de la gente? Si te metieras en mi casa, me limitaría a llamar a la policía. No entraría en un club de ajedrez ni me pondría a cantar villancicos.

—Naturalmente. Llamarías a la policía. Yo también. Pero imagínate que la policía no hace nada y vuelvo a entrar, y esta vez robo algo que aprecias de veras. Empezarías a pensar en cambiar las cerraduras y en una cámara de vigilancia.

—¿Y? —Abrí el maletero del Porsche y esperé mientras Crawford guardaba el aparato de vídeo—. Hemos regresado al principio. Vuelvo a mi televisión vía satélite y al largo sueño de los muertos.

—No, Charles. —Crawford hablaba pacientemente—. No estás dormido. Ya estás completamente despierto, más alerta que nunca. Los allanamientos son como el cilicio del católico devoto, que lastima la carne y acrecienta la sensibilidad moral. El siguiente robo te llena de rabia, de una rabia moral incluso. Los policías son unos inútiles que te engañan con falsas promesas, lo que genera una sensación de injusticia, el sentimiento de que uno está rodeado de un mundo sin vergüenza. Todo lo que tienes, las pinturas y los adornos de plata a los que no has dado ninguna importancia, encajan en este nuevo esquema moral. Eres más consciente de ti mismo. Partes dormidas de tu mente que hace años que no visitas vuelven a ser importantes. Empiezas a reexaminarte, tal como tú hiciste, Charles, cuando se incendió tu Renault.

—Quizá... pero no empecé a hacer tai chi ni a escribir un nuevo libro.

—Espera... tal vez lo hagas. El proceso lleva tiempo —continuó Crawford, como si quisiera convencerme—. La ola de delitos sigue... alguien caga en tu piscina, saquea tu dormitorio y se divierte con la ropa interior de tu mujer. Ahora la rabia y la ira no bastan. Te obligan a reexaminarte a todos los niveles, como el hombre primitivo que se enfrenta a un universo hostil detrás de cada árbol y cada roca. Eres consciente del tiempo, de las posibilidades y recursos de tu imaginación. Entonces alguien abusa de la mujer de al lado, y tú ayudas al ultrajado marido. Hay delincuencia y vandalismo en todas partes. Tienes que estar por encima de esos matones estúpidos y del zafío mundo que habitan. La inseguridad te obliga a valorar tus fuerzas morales, sean las que sean, así como los presos políticos aprenden de memoria *La casa de los muertos* de Dostoievski, los moribundos escuchan a Bach y redescubren la fe, y los padres que lloran un hijo muerto trabajan de voluntarios en un hospicio.

—¿Comprendemos que el tiempo es finito y no damos nada por sentado?

—Exactamente. —Crawford me palmeó el hombro contento de incorporarme a su rebaño—. Organizamos patrullas de vigilancia, elegimos un concejo local nos enorgullecemos de nuestros vecinos, nos hacemos socios de clubes deportivos y de organizaciones locales históricas, volvemos a descubrir el mundo al que antes no prestábamos atención. Sabemos que es más importante ser un pintor de tercera categoría que ver un CD-Rom del Renacimiento. Empezamos a progresar juntos, y al fin descubrimos todo nuestro verdadero potencial, como comunidad y como individuos.

—¿Y todo esto se pone en marcha con un delito? —Levanté la cigarrera de plata del asiento trasero del Citroën—. ¿Por qué justamente ese detonador? ¿Por qué no...

la religión o algún tipo de voluntad política? Es lo que ha regido el mundo hasta ahora.

—Pero ya no. La política se ha acabado, Charles, ya no estimula la imaginación del público. Las religiones surgieron demasiado pronto en la evolución humana... idearon unos símbolos que la gente se tomó literalmente, y están tan muertas como una hilera de postes totémicos. Las religiones tendrían que haber aparecido más tarde, cuando el fin de la raza humana estuviese próximo. Lamentablemente, el delito es nuestro único acicate. Estamos fascinados por ese «otro mundo» en el que todo es posible.

—La mayoría opina que la delincuencia actual es más que suficiente.

—¡Pero no aquí! —Crawford señaló con el caballo de jade los balcones al otro lado del callejón—. No en la Residencia Costasol, ni en las urbanizaciones de jubilados de la costa. El futuro ha llegado, Charles, la pesadilla ya se está soñando. Creo en la gente, y sé que se merece algo mejor.

—¿Y les devolverás la vida... con películas pornográficas de aficionados, robos y cocaína?

—Son sólo medios. La gente está demasiado obsesionada con el sexo, la propiedad y la formalidad. No estoy hablando de la delincuencia que preocupa a Cabrera. Me refiero a todo lo que rompe las reglas y se salta los tabúes sociales.

—No se puede jugar al tenis sin respetar las reglas.

—Pero, Charles... —Crawford parecía casi exaltado mientras buscaba una réplica—. Si el adversario hace trampas, piensa en cómo jugar mejor.

Llevamos las últimas cosas robadas al coche. Volví al Citroën, dispuesto a alejarme, pero Crawford abrió la puerta y se sentó a mi lado. El sol entraba por las ventanillas laterales del Citroën encendiéndole la cara con un resplandor casi febril. Había insistido en que yo lo escuchase, pero advertí que ya no le importaba que alguien le creyera o no. A pesar de mí mismo me sentía atraído hacia Crawford, hacia este curandero de poco monta que se movía como un predicador mendicante a lo largo de las costas de los muertos. Yo estaba casi seguro de que este ministerio lo llevaría a una celda en el penal de Alhaurín de la Torre.

—Espero que dé resultado —le dije—. ¿Qué pensaba Frank de todo esto? ¿Fue idea suya?

—No, Frank es demasiado moralista. Hace años que vengo dándole vueltas, Charles, en realidad desde mi infancia. Mi padre era diácono de la Catedral de Ely. Un hombre infeliz, nunca supo cómo mostrarse afectuoso con mi madre y conmigo. Lo que le gustaba era pegarme.

—Qué horror... ¿nunca lo denunciaron?

—Nadie lo sabía, ni siquiera mi madre. Yo era hiperactivo, siempre me tropezaba con todo. Pero me di cuenta de que las palizas lo ayudaban a sentirse mejor. Después de una sesión con el cinturón, solía abrazarme con fuerza y hasta quererme. Así que empecé a hacer todo tipo de travesuras horribles para provocarlo.

—Una medicina dolorosa. ¿Y de ahí sacaste la idea?

—En cierto modo. Descubrí que los robos y los delitos menores eran un revulsivo. Mi padre sabía lo que pasaba y nunca trató de detenerme. Me había visto en la escuela parroquial fastidiando a los chicos antes de ir a jugar un partido fuera, robándoles cosas y revolviéndolo todo. Siempre ganábamos seis a cero. La última vez que me pegó con el cinto me aconsejó que me ordenara como sacerdote.

—¿Y lo hiciste?

—No, pero estuve tentado. Desperdiicé un par de años estudiando antropología en Cambridge, jugué mucho al tenis y después entré en el ejército con un contrato de oficial. El regimiento partió a Hong Kong para trabajar con la policía de Kaulung. Gente desanimada, con la moral por los suelos. Estaban esperando que los chinos continentales tomaran el mando y los enviaran a todos a Sinkiang. Y los habitantes de los Nuevos Territorios estaban tan mal como ellos; ya habían empezado a sobornar a los guardias fronterizos chinos. No tenían ganas de nada, habían dejado secar todo el arrozal y ganaban una miseria con el contrabando.

—¿Y tú terminaste con todo eso? ¿Cómo exactamente?

—Levanté los ánimos. Unos robos por aquí, unos litros de gasoil donde almacenaban el arroz. De pronto pareció que todos despertaban; reconstruyeron los diques y limpiaron los canales.

—¿Y la policía de Kaulung?

—Lo mismo. Teníamos problemas con los inmigrantes que cruzaban la frontera buscando la buena vida de Hong Kong. En lugar de devolverlos, primero les dábamos una paliza. Y la policía local reaccionó. Créeme, no hay nada como «una guerra a la delincuencia» para animar a la tropa. Es terrible decirlo así, pero las guerras a la delincuencia tienen un lado positivo. Lástima que no haya podido quedarme más tiempo; habría llegado a enderezar la vida en la colonia.

—¿Tuviste que irte?

—Al cabo de un año. El coronel me pidió que solicitara la baja. Uno de los sargentos chinos se entusiasmó demasiado.

—¿No se dio cuenta de que era parte de un... experimento psicológico?

—Creo que no. Pero todo aquello me quedó en la cabeza. Jugué mucho al tenis, trabajé en el club de Rod Laver y después vine aquí. Lo curioso es que Estrella de Mar y la Residencia Costasol se parecen bastante a Kaulung. —Ajustó el retrovisor, observó un momento su propia imagen y asintió como con aire de aprobación—. Me voy, Charles. Ten cuidado.

—Buen consejo. —Mientras abría la puerta, le pregunté—: ¿Supongo que fuiste tú el que trató de estrangularme?

Esperaba que Crawford se sintiera avergonzado, pero se volvió y me miró con auténtica preocupación, sorprendido por mi tono severo.

—Charles, eso fue un... gesto afectuoso. Parece extraño, pero lo digo en serio. Quería despertarte y conseguir que creyeras en ti mismo. Es una vieja técnica de

interrogación, un inspector de Kaulung me enseñó todos los puntos débiles. Muy efectiva para dar a la gente una perspectiva más clara de las cosas. Necesitabas que te animaran, Charles. Mírate ahora, ya estás casi preparado para jugar al tenis conmigo...

Me apretó el hombro amistosamente, me saludó y corrió de vuelta al Porsche.

Aquella tarde, en el balcón del apartamento de Frank en el Club Náutico, pensé en Bobby Crawford y la policía de Kaulung. En ese mundo de corruptos funcionarios de frontera y ciudadanos ladrones, un joven teniente inglés inclinado a la violencia tenía que encajar como un ratero en la multitud de un día de Derby. A pesar de todo ese extraño idealismo, la Residencia Costasol lo derrotaría. Un par de esposas aburridas podían filmarse acostándose con sus amantes, pero las actividades recreativas como el tai chi, los madrigales y las patrullas voluntarias decaerían muy pronto. El club deportivo seguiría desierto y Elizabeth Shand tendría que hacer pedazos los contratos de arrendamiento.

Me toqué los moretones y comprendí que la noche en que salió de la oscuridad y me agarró por el cuello, Crawford me estaba reclutando. Había sido una auténtica imposición de manos que me designaba para ocupar el puesto vacante de Frank, y me mostraba que el asesinato de los Hollinger era irrelevante para la vida real de Estrella de Mar y el orden social apoyado por un nuevo régimen delictivo.

Poco después de medianoche me despertó un destello de luz que cruzó el techo del dormitorio. Salí al balcón y busqué el haz del faro de Marbella, suponiendo que una descarga eléctrica lo había apagado. Pero el haz de luz continuaba moviéndose en el cielo.

Las llamas se alzaban en el puerto de la Residencia Costasol. Se estaba quemando un yate; el mástil brillaba como una espadaña. Una nave de fuego con las amarras cortadas iba a la deriva buscando una flota fantasma en la oscuridad. Pero al cabo de un instante, las llamas parecieron extinguirse y supuse que el yate se había hundido antes de que Bobby Crawford pudiera despertar a los vecinos de Costasol de una somnolencia aún más profunda que el sueño. Yo ya sospechaba que era el *Halcyon* y que Andersson había traído el barco desde el atracadero de Estrella de Mar, listo para anunciar a las gentes de Costasol la llegada de Crawford.

A la mañana siguiente, cuando pasé por el puerto camino del club deportivo, una lancha de la policía giraba alrededor de los restos del barco. Una pequeña multitud estaba de pie en el muelle, observando a un hombre rana que se sumergía hacia el balandro hundido. Los veleros y barcos de motor habitualmente silenciosos habían empezado a animarse. Algunos dueños probaban motores y jarcias, mientras las esposas ventilaban los camarotes y repasaban los bronceos. Sólo Andersson estaba sentado en silencio en el varadero, con el rostro tan sombrío como siempre,

fumándose un cigarrillo liado a mano, los ojos clavados en las velas que se izaban.

Lo dejé allí, pasé por la plaza y conduje hasta el club. Un coche cruzó las puertas y se detuvo junto a la entrada. Dos parejas de mediana edad, vestidas de blanco immaculado, bajaron con agilidad del coche esgrimiendo unas raquetas de tenis.

—¿Señor Prentice? Buenos días. —Uno de los maridos, un dentista jubilado que había visto en la tienda de vinos se me acercó—. Nos gustaría hacernos socios. ¿Puede inscribirnos?

—Por supuesto. —Le estreché la mano e indiqué al grupo que entrara—. Les alegrará saber que la inscripción es gratuita, y no hay cuotas en el primer año.

Los primeros reclutas de Bobby Crawford ya estaban alistándose.

Fin de la amnesia

La Residencia Costasol había vuelto a la vida. El cadáver de una comunidad desteñida por el sol, que yacía inerte al borde de un millar de piscinas, se había incorporado sobre el codo para probar el aire tonificante. Mientras esperaba a que Crawford empezara su inspección matinal, me senté en el Citroën y escuché el coro de martillos; estaban armando el proscenio de un teatro al aire libre, al lado del puerto. Dirigidos por Harold Lejeune, que había sido perito naval en el Lloyd's Register of Shipping, un equipo de entusiastas carpinteros montaba una encomiable copia de un teatro de feria.

Lejeune, agachado sobre la viga superior con una desenfadada gorra de béisbol en la cabeza y unos clavos entre los dientes, esperaba a que instalaran el último segmento del gablete. Una salva de furiosos martillazos señaló que este equipo de ex contables, abogados y gerentes había terminado de levantar el techo.

Debajo, ajenas al estruendo, las esposas desenrollaban el fustán que formaría las paredes laterales y traseras del teatro. Un grupo de energéticas hijas descargaba unas sillas metálicas plegables de una camioneta estacionada junto al muelle y las disponían en filas delante del escenario.

Los Actores del Puerto estaban a punto de estrenar una primera obra, *La importancia de llamarse Ernesto*, que alternaría con *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Había también entre otros proyectos futuros, puestas en escena de obras de Orton y Coward, todas dirigidas por Arnold Wynegarde, un veterano de Shaftesbury Avenue; el elenco amateur sería reforzado por algunos ex actores profesionales.

Brotos de la olvidada cultura metropolitana despuntaban en las maderas y yesos de la urbanización. Cuando los martillos se detenían brevemente, yo alcanzaba a oír los compases de *Giselle* que venían del gimnasio, donde una clase de ballet de jóvenes esposas practicaba fouettés y arabescos. Terminarían la sesión saltando con leotardos al ritmo de una música rock y después se tumbarían jadeantes al lado de la piscina.

Habían pasado cinco semanas desde que Crawford me había llevado a aquella primera excursión, y el complejo estaba completamente transformado. En el centro comercial se habían abierto restaurantes y boutiques que prosperaban bajo la férrea mirada de Elizabeth Shand. Un festival artístico improvisado había surgido de la nada, arrancando de sus tardes soñolientas a tropas de impacientes voluntarios.

La Residencia Costasol había decidido que necesitaba una renovación. Había un furor de actividades de todo tipo, el afán de un nuevo orgullo cívico se manifestaba

en fiestas y barbacoas, bailes vespertinos y servicios religiosos. El correo electrónico emitía boletines que invitaban a apoyar un nuevo concejo municipal y las respectivas subcomisiones.

Los ruidos de los servicios y voleas llegaban de las pistas de tenis, donde Helmut instruía a sus entusiastas alumnos; Wolfgang daba una clase de saltos ornamentales y salpicaba agua de la piscina cada vez que se zambullía de costado o de espaldas. El personal de mantenimiento sacaba esquís acuáticos, camas elásticas y bicicletas de ejercicio de los olvidados sótanos del gimnasio. Los primeros yates de la mañana pasaban por debajo del puente de la carretera y se encaminaban hacia alta mar. En el puerto, tan silencioso en otra época, restallaban los cabrestantes y las guindalezas mientras Andersson y su equipo español de mecánicos vaciaba y barnizaba los cascos estropeados.

Entretanto, un cable chamuscado sujetó el casco ennegrecido del *Halcyon* a un pontón próximo. El mástil carbonizado y las velas ennegrecidas presidían las aguas y conminaban a los marinos de la Residencia Costasol a arrizar las velas y salir en busca de vientos más benignos y mares más insondables.

Una mano me sujetó por el hombro, me palmeó las sienes, y antes de que pudiera levantar la cabeza, me inmovilizó al asiento del conductor. Me había quedado dormido en el Citroën, y alguien se había metido en el asiento trasero.

—¡Bobby...! —Le aparté la mano, enfadado por su cruel sentido del humor—. Esto es...

—¿Una broma desagradable? —Crawford se rió como un niño que celebra un chiste favorito—. Charles, dormías profundamente. Te he contratado como guardaespaldas.

—Pensaba que era tu asesor literario. Tenías que venir a las diez.

—Un trabajo urgente. Ha pasado un montón de cosas. Dime, ¿con qué soñabas?

—Con una especie de tormenta de fuego. Los yates del puerto estaban en llamas. Quién sabe por qué.

—Extraño. ¿Te mojabas en la cama de pequeño? No te preocupes. ¿Qué tal va todo por el club? Parece muy animado.

—Lo está. Hemos llegado a trescientos socios y hay otras cincuenta solicitudes. Ya hay lista de espera para las pistas.

—Muy bien... —Crawford escudriñó la piscina y sonrió al ver a tantas mujeres hermosas que se aceitaban al sol. Wolfgang estaba mostrando cómo saltar hacia atrás y el crujido del trampolín levantó a todos de las sillas—. Es un chico muy guapo... un escultor griego habría dado cualquier cosa por ponerlo en un friso. Todo tiene muy buen aspecto, Charles. Has hecho un magnífico trabajo. Quizá no lo sepas, pero tu auténtica ambición es dirigir un club nocturno en Puerto Banús.

Me palmeó la espalda y observó la animada escena sonriendo de una manera casi inocente, encantado con esas muestras de renovación cívica, y sin recordar nada en

aquel momento de los medios que había utilizado para conseguirlas. A mi pesar, me alegraba verlo. El fervor evangélico de Crawford y su compromiso desinteresado con la gente de la residencia siempre me animaban. Al mismo tiempo, no estaba seguro de que la ola de delitos hubiese puesto en marcha el motor del cambio. El teatro y los clubes deportivos, como los de Estrella de Mar, florecían como resultado de un cambio pequeño pero significativo en la percepción que la gente tenía de sí misma, una reacción a algo no más radical que el simple aburrimiento. Crawford había aprovechado la coincidencia para dar rienda suelta a una violencia latente disfrazada, una fe casi infantil en que podía provocar al mundo para que se pusiera de pie y respondiera. Así Como había deseado que la máquina de tenis le ganara, exhortaba ahora a la gente a que se uniera contra el enemigo secreto que se escondía dentro de los muros de Costasol.

A pesar de todo, el afecto que mostraba por los residentes era sincero. Cuando salimos del club deportivo y pasamos delante de Los Actores del Puerto, estiró la mano por delante de mí y tocó la bocina del Citroën. Saludó con la gorra de béisbol a Lejeune y al equipo de carpinteros que trabajaba en el techo y silbó a las esposas que hilvanaban el fustán.

—¿Cuándo salen a la venta las entradas? —gritó alegremente—. ¿Qué tal si hacemos una versión de travestís? Yo hago de lady Bracknell... —Se apoyó contra el respaldo del asiento y aplaudió—. Muy bien, Charles, vayamos a conocer tu nuevo hogar. A partir de ahora eres un residente pagado del complejo Costasol.

Yo miraba a las mujeres por el retrovisor. Embelesadas, como siempre, por la apostura y jovialidad de Crawford, saludaron con la mano hasta que lo perdieron de vista.

—Te necesitan, Bobby. ¿Qué pasará cuando vuelvas a Estrella de Mar?

—Seguirán funcionando. Se han vuelto a encontrar a sí mismos. Charles, ten más fe en la gente. Piensa que hace un mes dormitaban todo el día y miraban retransmisiones de la final de la copa del año pasado. No se daban cuenta, pero esperaban la muerte. Ahora están montando obras de Harold Pinter. ¿No es un progreso?

—Supongo que sí. —Mientras pasábamos por el puerto señalé los restos ennegrecidos del *Halcyon*, amarrado al pontón como un cadáver—. El balandro de Frank... ¿Por qué no lo quitamos? Es horrible.

—Más adelante, Charles. No hay que precipitarse. La gente necesita pequeños recordatorios. Los mantiene despiertos. Pero bueno, mira ahí... —Señaló la rotonda ornamental por la que el bulevar oeste entraba en la plaza—. Una patrulla de policías voluntarios...

Un jeep recién pintado de caqui camuflaje estaba estacionado junto a la verja. Un vecino de unos sesenta años, de pie entre los faros con una tablilla sujetapapeles en la mano, comprobaba los números de los coches que pasaban. Un ex gerente de banco de Surrey, llamado Arthur Waterlow, lucía un bigote estilo RAF y calcetines blancos

hasta las rodillas que parecían polainas de la policía militar. Sentada recta al volante, esgrimiendo un radar portátil, estaba su hija de diecisiete años, una chica vehemente que hacía parpadear las luces del jeep cuando algún coche excedía los treinta kilómetros por hora. Los dos habían pasado por el club deportivo el día anterior, y gratamente sorprendidos por las instalaciones, habían presentado una solicitud.

—Dios mío, controles de matrícula... —Crawford los saludó solemnemente desde el asiento trasero como un general que está entrando en una base del ejército—. Charles, podríamos ofrecerles nuestro ordenador. Tendrían una base de datos actualizada de todos los vehículos de Costasol.

—¿Te parece sensato? Me huele a algo un poco oficioso. La próxima vez les aconsejarás las técnicas de interrogatorios de Kaulung.

—Es gerente de banco; no necesita consejos para interrogar a nadie. Tienes que entender que una comunidad no puede funcionar sin gente entrometida: cobradores de cuotas, pelmazos de comités, toda esa gente de la que escapamos tú y yo. Son el cemento, o al menos la argamasa, que lo aglutina todo. Son vitales como los que reparan cañerías y televisores. Un obsesivo del ordenador y la impresora que saca un boletín de la asociación de vecinos vale más que un montón de novelistas y dueños de boutiques. No son las compras o el arte lo que crea una comunidad, sino nuestras mutuas obligaciones como vecinos. Una vez que se pierden, es difícil recuperarlas, pero pienso que aquí lo estamos logrando. Puedes verlo, Charles.

—Lo veo. Créeme, los escucho en el club. Hay un montón de proyectos: un periódico local, una oficina de atesoramiento a los ciudadanos, clases de kung fu, hipnoterapia, parece que todo el mundo tiene una idea. Un sacerdote jesuita retirado está dispuesto a confesar.

—Muy bien. Espero que tenga trabajo. Hennessy me ha dicho que piensan abrir un club deportivo rival.

—Así es. Para el gusto de alguna gente no somos bastante exclusivos. Es posible que la Residencia Costasol parezca homogénea, pero tiene la estructura de clases de Tunbridge Wells. Tendrás que convencer a Betty Shand de que se necesita una importante inyección de capital. Necesitamos otras seis pistas de tenis, nuevos equipos de gimnasia, una piscina neumática para niños pequeños. Hennessy está de acuerdo.

—Pues los dos estáis equivocados. —Crawford estiró la mano por encima de mi hombro y movió el volante para esquivar a un anciano y errático ciclista que había decidido montar en bicicleta bajo la aparente impresión de que era parte de alguna tradición folklórica—. Demasiadas pistas de tenis siempre son un error. Cansan a la gente y les impiden delinquir. Lo mismo que todas esas barras paralelas y potros de gimnasia.

—Es un club deportivo, Bobby.

—Hay deportes y deportes. Lo que necesitamos aquí es una discoteca... y una sauna mixta. Las actividades nocturnas son más importantes que las diurnas. Lo que

hace falta es que la gente deje de pensar en su propio cuerpo y empiece a pensar en los demás. Quiero verlos desear a la mujer del prójimo y soñar con placeres ilícitos. Ya hablaremos más adelante del tema. Primero, tenemos que seguir organizando la infraestructura. Hay mucho trabajo pendiente, Charles... Gira a la derecha en la calle próxima y pisa el acelerador. Vamos a darle a la hija de Waterlow algo para que se indigne.

La infraestructura, por lo que yo sabía, pertenecía a ese otro reino mucho más estimulante que se extendía bajo la superficie de la Residencia Costasol, la imagen opuesta de los teatros de aficionados, de las clases de gastronomía y de los planes de vigilancia vecinal. Mientras avanzábamos hacia el camino de circunvalación, esperaba que Crawford me indicase que me detuviera para ponerse a destrozarse un coche estacionado o pintar obscenidades con aerosol en la puerta de un garaje.

Pero ya había pasado de la fase de trabajo preparatorio a una tarea estratégica de más envergadura: organizar la red administrativa, la burocracia del delito. Los tres pilares del régimen eran las drogas, el sexo ilícito y el juego. Después de visitar algunas casas, ya había reclutado todo un equipo de traficantes: Nigel Kendall, un veterinario retirado de Hammersmith, un individuo impertérrito de poco más de cuarenta años con una mujer silenciosa, permanentemente atontada por los tranquilizantes de Paula Hamilton; Carole Morton, una peluquera rapaz de Rochdale que dirigía el renovado salón de belleza del centro comercial; Susan Henry y Anthea Rose, dos viudas treintañeras que habían abierto una pequeña agencia para vender a domicilio y en todo el complejo ropa interior exótica y perfumería; Ronald Machín, un ex inspector de policía que había pedido la baja en la policía de Londres por denuncias de soborno; Paul y Simon Winchel, adolescentes ambos, hijos de una de las familias más importantes de la residencia, que se ocupaban de vender droga a los jóvenes.

Bajo el pretexto de entregar los últimos folletos inmobiliarios, Crawford metía en los buzones unos sobres de papel manila. Mientras él llamaba a la puerta de Machín, curioseé en el maletín y me encontré con una pila de carpetas estampadas con «Residencia Costasol; oportunidad para invertir y tranquilidad», cada una acompañada por un pequeño botiquín farmacéutico repleto de cocaína, heroína, anfetaminas, nitrito de amilo y barbitúricos.

La mafia del juego era una función paralela, aún una modesta operación supervisada por Kenneth Laumer, un ejecutivo retirado de Ladbroke que enviaba un boletín electrónico de servicios financieros a los seiscientos ordenadores de la residencia. Animado por Crawford, ofrecía ahora un servicio de apuestas para los partidos de fútbol de la liga italiana. Había expandido el negocio reclutando un equipo de viudas que trabajaban como corredoras de loterías clandestinas a domicilio. Las primeras veladas de ruleta y blackjack se habían organizado en la sala de estar reconvertida de Laumer, aunque Crawford había intervenido para prohibir que

amañaran la ruleta y marcaran los naipes.

Pero el corazón evangélico de Crawford se inclinaba sobre todo por el sexo ilícito, que implicaba directamente a las mujeres de la residencia. En las cabinas telefónicas, alrededor de la urbanización, habían empezado a aparecer tarjetas manuscritas solicitando que las voluntarias con conocimientos de masajes y experiencia como damas de compañía llamaran a un número de teléfono de Estrella de Mar... el del restaurante libanés Baalbeck. Algunas viudas y divorciadas de la residencia, intranquilas por el aluvión de robos de casas y coches, decidieron ponerse en forma. Las musculaturas flácidas se endurecieron tras años de televisión en el sofá, unos dedos diestros eliminaron las papadas dobles. Mientras las masajistas trabajaban con los cuerpos de sus clientes en los dormitorios en penumbras, la presión sanguínea subía rápidamente, los latidos del corazón se aceleraban y los servicios extra se abrían paso hasta las tarjetas de crédito.

—Es lo más natural del mundo —me tranquilizaba Crawford a medida que nos acercábamos al final de nuestros recorridos matinales—. En cuanto al deseo sexual, la naturaleza ya ha puesto la infraestructura. Yo me limito a estimular el tráfico. Piensa, todos tienen mucho mejor aspecto.

—Es verdad. Paula Hamilton pronto tendrá que mudarse a Marbella. ¿Ahora adónde vamos?

Esperé que me respondiera, pero se había quedado dormido, con la cabeza casi sobre mi hombro. Frank, de pequeño, solía dormirse sobre mí mientras yo hacía los deberes. La cara tersa y las cejas rubias de Crawford le daban un aire de joven adolescente y me lo imaginé jugando en el recinto de la catedral de Ely, con ojos inocentes y visionarios que miraban a lo lejos y ya divisaban el mundo que estaba esperándolo.

Se despertó con una mueca... sorprendido de haberse dormido...

—Charles, lo siento... me dormí.

—Pareces cansado. Duerme aquí... daré una vuelta a la manzana.

—Sigamos, una última visita. —Se echó atrás desperezándose—. He trabajado mucho... todas las noches fuera, y algunas escapadas por los pelos. Si Cabrera me sorprende...

—Bobby, tranquilízate y regresa a Estrella de Mar... Aquí todo va bien.

—No... todavía no puedo dejarlos. —Se frotó los ojos y las mejillas, y se volvió hacia mí—. Muy bien, Charles, ahora ya sabes lo que pasa. ¿Estás conmigo?

—Estoy dirigiendo el club. O haciendo como si...

—Me refiero a la urbanización en su conjunto, a un esquema más amplio de las cosas. —Crawford hablaba despacio, atento a sus propias palabras—. Es un proyecto noble... Frank lo entendía.

—Todavía no estoy seguro. —Apagué el motor y sujeté el volante tratando de tranquilizarme—. En realidad no debería estar aquí. Es difícil saber qué nos espera.

—Nada. Ya has visto todo, en Estrella de Mar y ahora en la residencia. Aún no lo

entiendes, pero estás en un puesto de avanzada del próximo siglo.

—¿Salones de masaje, juego y diez mil rayas de cocaína? Parece bastante pasado de moda. Ahora lo único que necesitas es una inflación galopante y déficit financiero.

—Charles... —Crawford me retiró las manos del volante, como si hasta el coche parado fuera demasiado para mi confusa visión de la carretera—. Aquí se ha creado toda una auténtica comunidad. Surgió de manera espontánea de la vida de la gente.

—¿Entonces por qué las drogas, los robos y la prostitución? ¿Por qué no apartarse y dejar que sigan adelante?

—Ojalá pudiera. —Crawford miró las casas de la avenida residencial casi con desesperación—. La gente son como niños, necesita que la estimulen. De lo contrario, todo se derrumba. Sólo el delito, o algo próximo al delito, parece empujarlos. Se dan cuenta de que se complementan, de que juntos son más que la suma de las partes. Necesitan de esa constante amenaza personal.

—¿Como los londinenses durante el Blitz? ¿Camaradería de guerra?

—Exactamente. Después de todo, la guerra es un tipo de crimen. No hay nada como descubrir que alguien ha cagado en tu piscina. En un santiamén te has sumado al plan de vigilancia vecinal y has sacado el viejo violín del estuche. Tu mujer empieza a joder contigo con auténtico placer por primera vez en años. Da resultado, Charles...

—Pero es una receta feroz. ¿No hay otra manera? Podrías predicar, convertirte en el Savonarola de la Costa del Sol.

—Lo he intentado. —Crawford se contempló apesadumbrado en el retrovisor—. No hay Mesías capaz de competir con la hora de la siesta. El crimen tiene una historia respetable: el Londres de Shakespeare, la Florencia de los Medici. Nidos de asesinatos, venenos y ejecuciones con garrote. Dime una época en que hayan florecido el orgullo cívico y las artes y no hubiera crímenes generalizados.

—¿La antigua Atenas? Las matemáticas, la arquitectura y el estado como filosofía política. ¿Acaso la Acrópolis estaba llena de proxenetas y rateros?

—No, pero había esclavos y pederastas.

—Y nosotros tenemos televisión vía satélite. Aunque te vayas de Estrella de Mar la delincuencia reaparecerá en seguida. Esta costa es un semillero de criminales insignificantes y políticos turbios.

—Pero son españoles y magrebíes. Para ellos la costa mediterránea es una tierra extranjera. Los auténticos nativos de la Costa del Sol son los británicos, los franceses y los alemanes. Honestos y respetuosos de la ley hasta el último hombre, mujer y *rottweiler*. Hasta los sinvergüenzas del East End se vuelven honrados cuando se instalan aquí. —Crawford, consciente del olor a sudor que tenía en la ropa, puso el ventilador del coche—. Confía en mí, Charles. Necesito tu ayuda.

—La... tienes. Hasta ahora.

—Muy bien. Quiero que sigas dirigiendo el club. Sé que te sobra tiempo y me gustaría que ampliaras tus actividades.

—Mi kung fu está bastante oxidado.

—Nada de kung fu. Quisiera que fundaras un cineclub privado.

—Eso es muy fácil. Hay una tienda de alquiler de vídeos con una buena selección de clásicos. Pediré cien copias de *El acorazado Potemkin*.

Crawford entornó los ojos.

—No es el tipo de cineclub que tengo en mente. La gente tiene que aprender a apagar el televisor. Quiero un club en el que la gente haga sus propias películas, que aprenda a escribir un guión, a manejar primeros planos, grúas, panorámicas, travellings. Vemos el mundo cinematográficamente, Charles. Hay dos operadores de cámara retirados que viven aquí y han trabajado durante muchos años en largometrajes británicos. También hay un matrimonio de documentalistas que pueden dar clases de cine. Quiero que tú seas el productor, que tengas una perspectiva general de todo, que pongas los fondos donde corresponda. Betty Shand tiene mucho interés en financiar las artes. Están pasando muchas cosas, y hay que registrarlas.

Observé cómo lo entusiasmaba todo este luminoso proyecto, auténticamente inconsciente de que un documental sobre la Residencia Costasol serviría como testimonio contra él y lo mandaría al penal de Alhaurín de la Torre durante los próximos treinta años. Pensé en la película como que había ayudado a filmar en el apartamento y supuse que se le había ocurrido algo parecido, una nueva trama en la telaraña de corrupciones que estaba tejiendo alrededor de los vecinos de Costasol.

—Comprendo... vagamente. ¿Cuál será el argumento de esas películas?

—La vida en la residencia. ¿Qué otra cosa? Aquí hay una especie de amnesia en juego... la amnesia del yo. La gente se olvida de quién es, literalmente. Es preciso que la memoria sea el objetivo de la cámara.

—Pero... —Aún tenía mis dudas, no me imaginaba dirigiendo una productora de filmes pornográficos. Pero si quería descubrir al pirómano responsable del incendio, tenía que entrar en el círculo mafioso más íntimo: Elizabeth Shand, Crawford y David Hennessy—. Lo intentaré. Seguramente habrá algunos actores profesionales que vivan aquí. Preguntaré en el club.

—Olvida a los profesionales. Son menos flexibles que los aficionados. Además, ya tengo a alguien en mente. —Crawford se echó hacia adelante y puso los limpiaparabrisas para lavar la suciedad acumulada a lo largo de la mañana. Había recuperado su energía, como si tuviera que tocar fondo antes de emerger a la superficie—. Va a ser una gran estrella, Charles. Da la casualidad de que vive justo al lado de la casa que te he buscado. Iremos ahora. Sé que estarás intrigado... es absolutamente tu tipo de mujer...

Encendió el motor y esperó a que me pusiera en marcha, sonriendo como el visionario infantil cubierto de moretones que había saqueado los armarios de sus compañeros de clase, dejando atrás todo un tesoro de incitaciones y deseos.

Ven y ve

—Tu nuevo hogar, Charles. Échale un vistazo. Hermoso, ¿no?

—Mucho. ¿Vas a entrar a robar?

—Sólo cuando te hayas instalado. Aquí estarás bien. Quiero sacarte del Club Náutico. A veces uno tiene demasiados recuerdos.

Nos acercamos a la entrada de una villa vacante en una tranquila avenida residencial, a unos trescientos metros al oeste de la plaza mayor. En el cuadrado de césped amarillento, al lado de la piscina vacía, habían clavado el cartel de una inmobiliaria. La casa, deshabitada desde su construcción, parecía casi fantasmagórica de tan nueva, como rondada por ocupantes humanos que nunca habían vivido en las habitaciones desiertas, pero que habían dejado sus huellas como trozos de niebla en una película velada.

—Es imponente —comenté mientras salíamos del coche—. ¿Por qué nunca ha vivido nadie?

—Los dueños murieron antes de marcharse de Inglaterra, y después hubo una especie de disputa familiar acerca del testamento. Betty Shand la consiguió por una bicoca.

Crawford abrió la verja y avanzó por el camino delante de mí. La piscina arriñonada parecía un altar hundido al que se accedía por una escalera cromada. Las ofrendas votivas de una rata muerta, una botella de vino y un folleto publicitario desteñido esperaban a que las reclamase alguna deidad menor. El calor marchitaba el jardín de palmeras y buganvillas. Las ventanas cubiertas de polvo, por las que nadie había mirado jamás, permanecían cerradas en los cuartos sin muebles.

Crawford tomó por los bordes el letrero de la inmobiliaria y empezó a moverlo de un lado a otro. Arrancó la estaca de la tierra seca y la tiró lejos. Subió la escalinata de baldosas hasta la puerta de entrada y sacó un manojito de llaves del bolsillo.

—Te alegrará saber que no tenemos que entrar por la fuerza... parece extraño acceder por la puerta principal, casi ilícito. Quiero que experimentes la Residencia Costasol directamente. Los misterios de la vida y la muerte que se ciernen sobre villas como ésta.

Entramos en la casa silenciosa. La luz del sol se filtraba por las ventanas sin cortinas, atemperada por el polvo. Las habitaciones vacías de paredes blancas no encerraban nada, listas ya para el espectáculo de aburrimiento y hastío, el parpadeo sin sentido de miles de partidos de fútbol. La casa, desprovista de muebles y ornamentos, no tenía una función clara. La cocina con armarios empotrados parecía

un puesto de supervivencia, mezcla de unidad de cuidados intensivos y dispensario médico. Mientras Crawford me observaba con aire de aprobación, advertí que me había interpretado perfectamente; ya me sentía a gusto en esta casa, libre de los estorbos del pasado, la morrena de recuerdos que yacían para siempre a mis pies.

—Charles, ya estás en tu casa... —Crawford me llamó con la mano invitándome a que diera una vuelta por la sala grande—. Disfruta de la sensación... No nos gusta pensarlo, pero lo extraño está siempre muy cerca de nosotros.

—Tal vez. Las casas vacías tienen una magia especial. No estoy seguro de si quiero vivir aquí. ¿Y los muebles?

—Los traen mañana. Cortinas blancas sobre blanco, cuero negro y cromados, absolutamente tu estilo. Los ha elegido Betty, no yo. Mientras tanto, veamos el piso de arriba.

Lo seguí por la escalera hasta el rellano que se dividía en pasillos amplios y una terraza de cemento descubierta, como una capilla lateral del sol. Caminé por los cuartos vacíos y los baños con paredes de espejo, tratando de imaginar cómo reaccionaría un recién llegado a estos interiores inmóviles, aislados del mundo por sensores y sistemas de seguridad. El desierto exterior de la Residencia Costasol se reflejaba en el desierto interior de estas habitaciones asépticas. La liviana gravedad de este extraño planeta atontaba el cerebro y sentaba en sillones a los habitantes, con los ojos fijos en el horizonte de las pantallas de televisión, mientras trataban de estabilizarse las mentes. Crawford, forzando una ventana o la puerta de una cocina, había roto el embrujo y ahora los relojes empezaban a funcionar otra vez...

—¿Bobby...? —Salí del dormitorio principal junto al jardín de palmeras y la pista de tenis, y busqué por el pasillo. Las habitaciones aledañas estaban vacías. Al principio supuse que Crawford me había abandonado como parte de algún experimento burlón, pero después oí que se movía por un pequeño cuarto del fondo que daba al patio.

—Charles, estoy aquí. Ven a ver... es bastante raro...

Entré en una habitación sin muebles con un cuarto de baño diminuto, apenas más grande que un armario para escobas. Crawford estaba, espiando entre los listones de la persiana veneciana.

—¿La habitación de la criada? —pregunté—. Espero que sea guapa.

—Bueno... no hemos pensado en eso, todavía. Pero tiene una vista interesante.

Vi las huellas de Crawford sobre los listones polvorientos cuando los separó para que yo mirase. Detrás del patio de la cocina había una pista de tenis con la superficie de tierra batida recién barrida y pintada. Una red tirante colgaba entre los dos postes y una máquina de tenis similar a la del Club Náutico esperaba a su primer adversario en la línea de saque.

Pero Crawford no estaba admirando la pista de tenis que generosamente había preparado para mí. A la izquierda, más allá de la tapia que bordeaba el camino de entrada, se alzaba un bonito trío de bungalows agrupado como cabañas de motel

alrededor de una piscina común. Por una vez, el terreno llano de la Residencia Costasol cedía a una elevación, una modesta colina que proporcionaba a las tres viviendas una vista agradable sobre los jardines de alrededor y que permitía ver claramente la piscina desde la ventana por la que espiábamos.

La luz, que se reflejaba en la superficie agitada del agua, temblaba sobre los troncos de las palmeras y los muros moteados de los bungalows. Una adolescente salió de la piscina y se quedó en el borde con los pechos al aire sacándose el agua de la nariz. El pelo rubio le caía sobre los hombros como cañamo deshilachado. Corrió por el borde gritando y se zambulló ruidosamente.

—Adorable, ¿no, Charles? Hermosa, pero en cierto modo estropeada. Podrías hacer mucho con ella.

—Pues... —Miré a la adolescente que se tiraba a la piscina y gritaba al arco iris que levantaba con las manos—. Sí, es un encanto.

—¿Encanto? Cielos, parece que te has movido en algunos ambientes duros. Yo no la llamaría encanto.

Observé a la chica que chapoteaba jugando en el agua, y en seguida me di cuenta de que Crawford miraba al otro lado de la piscina, a una mesa que estaba a la sombra, junto al bungalow más cercano. Un hombre esbelto de cabello plateado, con el agradable perfil de un galán de cine, estaba detrás de la sombrilla vestido con una bata de seda. Saludó con la mano a la chica y levantó el vaso admirando las zambullidas entusiastas aunque torpes. A una distancia de poco más de diez metros, yo alcanzaba a ver una nostálgica sonrisa de labios finos.

—¿Sanger? Así que éstos son sus bungalows...

—Su Jardín del Edén. —Crawford miró entre los listones—. Puede hacer de Dios, Adán y serpiente sin tener que cambiarse la hoja de higuera. Uno de los bungalows es el consultorio donde atiende a sus pacientes. El otro se lo deja a una francesa con su hija... la chica de la piscina. Y el tercero lo comparte con una última *protégée*. Mira debajo de la sombrilla.

Sentada en una hamaca, debajo del parasol, había una mujer joven con un camisón de algodón, que parecía una bata de hospital. Apoyaba el brazo sobre una pila de libros en rustica y se le veían los pinchazos infectados que le cubrían la cara interna del antebrazo, desde el codo hasta la muñeca. Jugeteaba con un vaso de medicina vacío, como si no pudiera ocuparse de nada hasta haber recibido la siguiente dosis. Le habían afeitado casi al rape el cabello negro, dejando al descubierto unas cicatrices huesudas sobre las sienes. Cuando se volvió para mirar la piscina, los aros de oro de la nariz y del labio inferior reflejaron el sol, iluminándole por un instante la cara amarillenta. Las mejillas descoloridas me recordaron a los heroinómanos que había visto en el hospital penitenciario de Cantón, indiferentes a la pena de muerte a la que se enfrentaban porque ya habían tomado asiento en el potro de tortura.

Sin embargo, mientras miraba a esa joven deteriorada advertí que una especie de

espíritu caprichoso luchaba por emerger del profundo trance de Largactil en que Sanger la había sumido. Parecía taciturna y huraña, pero de vez en cuando clavaba los ojos en alguna imagen interior, un recuerdo de cuando estaba viva. En esos momentos una sonrisa casi dudosa le curvaba los labios, y se volvía a mirar de una manera divertida y maligna los tranquilos bungalows y la piscina de agua filtrada: una princesa encerrada en una torre en busca de una camisa para asomarse y llamar la atención, una prisionera de las buenas intenciones de la profesión médica. No podía ver otro hogar que una casa ocupada por gente drogada y un colchón manchado de pus, un reino de agujas compartidas y falta de esperanzas en el que nunca se hacían juicios morales. Frente al telón de fondo de la Residencia Costasol, de casas impecables y ciudadanía sensata, ella era la promesa de un mundo libre y desarraigado. Por primera vez comprendí por qué Andersson y Crawford habían apreciado tanto a Bibi Jansen.

—¿Interesado, Charles? —preguntó Crawford—. Nuestra dama blanca de H.

—¿Quién es?

—Laurie Fox, trabajaba en un club de Fuengirola hasta que Sanger la encontró. El padre es médico en una clínica local; después de la muerte de su mujer en un accidente de tráfico, empezó a compartir con Laurie su adicción a la heroína. La chica apareció en un par de series de televisión de bajo presupuesto hechas aquí mismo.

—¿Y qué tal?

—Las series eran una mierda, pero ella estaba bien. La estructura ósea de cara es la correcta.

—¿Y ahora está con él? ¿Qué hace Sanger?

—Tiene talentos especiales, y necesidades especiales.

La adolescente francesa chilló y se zambulló en la piscina. La superficie quebrada del agua lanzó un estallido de luz por el jardín. Laurie Fox se estremeció y buscó la mano de Sanger, que estaba detrás de ella cepillándole el pelo casi rapado con un cepillo de plata. Para tratar de calmarla, le aflojó el camisón y le extendió sobre los hombros una crema bronceadora con unos dedos tan tiernos como los de un amante. Ella se quitó la crema, tomó una mano de Sanger, y se la puso sobre un pecho.

La franqueza de esta respuesta erótica, la desvergonzada manera en que utilizaba su sexo parecían alterar a Crawford. Soltó la persiana, que se balanceó sobre los vidrios, pero se dominó y la detuvo. Mientras jadeaba en silencio, en parte colérico y en parte entusiasmado y complacido, el aliento pesado empañaba el vidrio sucio.

—Laurie... —murmuró—. Ella es tu estrella, Charles.

—¿Estás seguro? ¿Sabe actuar?

—Espero que no. Necesitamos un tipo especial de... presencia. A tu cineclub le encantará.

—Lo pensaré. ¿La conoces?

—Claro. Betty Shand es dueña de la mitad de los clubes nocturnos de Fuengirola.

—Bueno, a lo mejor. Parece bastante contenta con Sanger.

—Nadie está contento con Sanger. —Crawford le dio un puñetazo al vidrio y miró fijamente al psiquiatra—. La alejaremos de él. Laurie necesita estímulos de otro tipo.

—¿Como cuáles?

Esperé a que me contestara, pero Crawford estaba mirando a Sanger como un cazador al acecho. El psiquiatra se aproximó a la piscina con una toalla seca. Cuando la chica francesa salió del agua, la envolvió en la toalla y le secó suavemente los hombros con la vista clavada en los pezones nacies. Ocultó las manos dentro de la toalla, las demoró sobre los pechos y el trasero, y después le recogió el pelo en un moño húmedo que apoyó sobre la nuca.

En la pequeña habitación había un extraño silencio, como si la casa entera esperara nuestra reacción. Me di cuenta de que ni Crawford ni yo respirábamos. Bobby tenía el pecho inmóvil y los músculos de la cara parecían a punto de estallar en las mejillas. Aunque comúnmente era tan relajado y afable, ahora estaba a punto de sacar la frente por el vidrio. El feroz resentimiento contra Sanger, la envidia por el afecto que el psiquiatra le demostraba a la chica me convencieron de que había tenido alguna vez un problema psiquiátrico, quizá durante su última época en el ejército.

La adolescente francesa volvió a su bungalow, y Sanger regresó a la mesa de la piscina. Tomó la mano de Laurie Fox, la ayudó a levantarse, le pasó una mano consoladora por el hombro y entraron juntos en el bungalow de detrás.

Los listones se rompieron, ruidosamente, golpeando contra los vidrios. Arrancada por las manos de Crawford, la persiana estaba en el suelo, a nuestros pies: una masa temblorosa de tiras de plástico. Di un paso atrás tratando de sujetar el brazo de Crawford.

—¿Bobby? Por favor...

—Está bien, Charles. No quería ponerte nervioso...

Crawford me calmó con una sonrisa rápida, pero no dejaba de mirar alrededor, examinando las casas de Sanger, como si midiera la distancia entre los bungalows. Yo estaba seguro de que estaba a punto de desafiar a Sanger brutalmente.

—Bobby... hay otras chicas como Laurie Fox. Igual de drogadas e igual de raras. Fuengirola tiene que estar lleno de ellas.

—Charles... no te asustes. —Crawford hablaba en voz baja; había recuperado el tono irónico. Flexionó los hombros como un boxeador, hizo una mueca al verse las manos lastimadas y sonrió a la sangre—. No hay nada como un reflejo violento de vez en cuando para afinar el sistema nervioso. Por alguna razón, Sanger me saca de quicio.

—No es más que otro psiquiatra incompetente. Olvídalo.

—Todos los psiquiatras son incompetentes... Créeme, Charles, he tenido que tratar con esos pobres diablos. Mi madre me llevó a uno en Ely, y el hombre pensó que yo era un psicópata en potencia y que me gustaba golpearme a mí mismo. Mi

padre sabía más y sabía que yo lo quería a pesar de la correa.

—¿Y los psiquiatras del ejército en Hong Kong?

—Aún más amateurs. —Crawford se volvió y me miró a la cara—. Por si te interesa, me calificaban con términos todavía más fuertes.

—¿Cómo «psicópata»?

—Ese tipo de cosas. Confundidos sin remedio. No se dan cuenta de que el psicópata desempeña un papel fundamental. Satisface las necesidades del momento, toca nuestra tosca vida con la única magia que hemos conocido.

—¿Qué es...?

—Vamos... Charles. Tengo mis secretos profesionales. Volvamos al club y admitamos a todos esos entusiastas socios nuevos.

Mientras lo seguía hacia la puerta, se volvió y me echó una sonrisa encantadora; luego me agarró la cara con las manos y me dejó en las mejillas unas huellas sanguinolentas.

El psicópata como santo

—¿Inspector Cabrera...? —Yo estaba en la puerta de mi oficina en el club deportivo y miraba sorprendido al joven policía sentado a mi escritorio—. Esperaba al señor Crawford.

—Crawford es difícil de encontrar. A veces está aquí, a veces allá, pero nunca en el medio. —Cabrera acomodó el ratón junto al teclado del ordenador, miró el menú y recorrió la lista de socios con los labios torcidos en una mueca casi de censura—. Tiene mucho éxito el club, señor Prentice... un montón de socios nuevos en muy poco tiempo.

—Hemos tenido suerte. Pero hay que decir que las instalaciones son espléndidas. La señora Shand ha puesto mucho dinero en el club.

Esperé a que Cabrera se levantara, pero parecía contento de seguir sentado detrás de mi escritorio, como si quisiera verlo todo desde mi punto de vista. Se volvió en la silla giratoria y miró las repletas pistas de tenis.

—La señora Shand es una buena empresaria —reconoció Cabrera—. Hacía años que la Residencia Costasol estaba dormida, y ahora, de repente... ¿cómo hizo la señora Shand para saber cuándo esta gente iba a despertarse?

—Verá, inspector... —En la mirada de Cabrera había un toque demasiado evidente de intimidación intelectual—. La gente de negocios tiene buen ojo para ese tipo de cosas, puede llegar a ver el aspecto psicológico de una esquina o de una acera determinada. ¿En qué puedo ayudarlo, inspector? No sé muy bien cuándo volverá el señor Crawford. Espero que no haya problemas con los permisos de trabajo. Nuestros empleados son todos ciudadanos de la Comunidad Europea.

Cabrera se incorporó lentamente, tratando de descubrir en la geometría de la silla alguna clave de mis propias actividades, y luego escuchó con el ceño fruncido el ruido monótono de la máquina de tenis.

—Nadie está nunca seguro del señor Crawford... un entrenador de tenis con una máquina que trabaja por él. Usted, por lo menos, está siempre en un sitio.

—Trabajo aquí, inspector. Todavía duermo en el Club Náutico, pero esta tarde trasladaré mis cosas a la residencia. La señora Shand ha alquilado una casa para mí... Da la casualidad de que está al lado de la del doctor Sanger. Ayer por la tarde fui a verla.

—Qué bien. Entonces sabremos dónde encontrarlo. —Cabrera examinó mi elegante traje de safari, cortado por un sastre árabe de Puerto Banús—. Quería preguntarle si sabe algo del hermano de usted.

—¿Mi hermano...? —Había algo de inquietante en el intencionado tono de Cabrera—. ¿Se refiere a Frank?

—¿Tiene algún otro hermano en España? Seguro que no, al menos no en la cárcel de Alhaurín de la Torre.

—Por supuesto que no. —Apoyé las manos sobre el escritorio tratando de calmarme—. Últimamente no he recibido ningún mensaje de Frank. El señor Hennessy y la doctora Hamilton lo visitan todas las semanas.

—Bien. Entonces no lo han abandonado. —Cabrera seguía mirándome de arriba abajo, intentando identificar algún cambio en mi aspecto y mis modales—. Dígame, señor Prentice, ¿irá a visitar a su hermano antes del juicio? Faltan dos meses.

—Desde luego, inspector. Quizá lo vea dentro de unos días. Como sabe, estoy terriblemente ocupado. No sólo soy el gerente del club, también superviso los intereses de la señora Shand.

—Su representante en el limbo. —Cabrera se levantó y me permitió ocupar mi silla. Miró las mesas de bar embaladas y se sentó sobre el escritorio, una deliberada intromisión territorial que me bloqueaba la vista de la piscina. Recuerdos de seminarios sobre rivalidad fraternal le cruzaron por los ojos desconfiados—. Aunque eso de que no ve a su hermano desde aquella vez en Marbella... la gente podría pensar que usted lo considera culpable.

—De ninguna manera. Pienso que es inocente. He pasado semanas investigando el caso y estoy convencido de que no mató a los Hollinger. Recuerde que se negó a verme cuando llegué a Estrella de Mar. Además...

—¿Hay problemas entre ustedes? —Cabrera asintió juiciosamente—. Una vez me contó lo de su madre. ¿Estaban unidos por ciertos sentimientos de culpa, y ahora siente que esos lazos se han aflojado?

—Bien dicho, inspector. En cierto modo Estrella de Mar me ha liberado del pasado.

—¿Y la Residencia Costasol todavía más? La ecología de aquí es diferente y usted se siente libre de trabas. Quizá la muerte de los Hollinger abrió ciertas puertas. Es una lástima que no pueda darle las gracias a su hermano.

—Bueno... —Traté de esquivar la tortuosa lógica de Cabrera—. Me cuesta decirlo, pero esas muertes trágicas tienen un lado positivo. Desde el incendio, la gente está mucho más alerta respecto a lo que pasa, incluso aquí, en la residencia. Hay planes de seguridad vecinal y patrullas de vigilancia.

—¿Patrullas de vigilancia? —Cabrera pareció sorprendido como si el monopolio de los guardianes de la ley estuviera amenazado—. ¿Hay muchos delitos en la residencia?

—Por supuesto... bueno, no. —Busqué un pañuelo, contento de esconder la cara aunque sólo fuera por un instante, y me pregunté si no habrían informado a Cabrera de que yo me había paseado en coche con Bobby Crawford por todo el complejo—. Han robado uno o dos coches... probablemente los han tomado prestados de

madrugada, después de alguna fiesta.

—¿Y hurtos, robos de casas...?

—Creo que no. ¿Se ha denunciado alguno?

—Muy pocos. Uno o dos, sólo al principio. La llegada de usted ha tenido un efecto calmante.

—Qué bien. Trato de que no se me escape nada.

—Sin embargo, mis hombres me han dicho que salta a la vista que hay robos, coches destrozados... el yate de su hermano incendiado de una manera espectacular. ¿Por qué nadie denuncia esos delitos?

—No lo sé. Los británicos son gente independiente, inspector. Como viven en un país extranjero y pocos hablan el idioma, prefieren resolver ellos mismos los problemas delictivos.

—Y a lo mejor disfrutan...

—Es muy probable. La prevención de la delincuencia tiene una función social.

—Y la delincuencia también. Usted se pasa mucho tiempo con el señor Crawford... ¿qué puesto tiene él en el club?

—Es el entrenador jefe, lo mismo que en el Club Náutico.

—Ajá. —Cabrera movió los brazos por el aire, como si segara una tupida hierba que crecía invisible alrededor de mi escritorio—. A lo mejor me da una clase. Me gustaría interrogarlo sobre algunas cuestiones... el incendio de la lancha en Estrella de Mar. Los dueños han contratado a algunos investigadores en Marbella. También hay otras preguntas...

—¿Sobre asuntos delictivos?

—Quizá. El señor Crawford es un hombre de mucha energía. Toca todo con tanto entusiasmo que a veces deja huellas.

—No creo que las encuentre aquí, inspector. —Me puse de pie con cierto alivio mientras Cabrera se encaminaba hacia la puerta—. El señor Crawford no es un hombre egoísta. Nunca tomaría parte en una actividad criminal para su propio beneficio.

—Muy cierto. Tiene cuentas en numerosos bancos, pero ningún dinero. Pero quizá lo haga por la comunidad. —Cabrera me miraba desde la puerta con una estudiada simpatía—. Usted lo defiende, señor Prentice, pero piense en su hermano. Aunque Estrella de Mar lo haya liberado, no puede quedarse aquí para siempre. Algún día regresará a Londres, y quizá vuelva a necesitar esa culpa que ambos compartían. Vaya a ver a su hermano antes del juicio...

Esperé junto a la puerta principal mientras el guardia introducía en el ordenador el número de matrícula del Citroën, y recordé mi llegada a Gibraltar y el cruce de la frontera española. Cada vez que salía de la residencia me parecía cruzar una frontera mucho más tangible, como si la urbanización constituyera un reino privado con sus propias divisas mentales. Mientras entraba en la carretera de la costa, vi los pueblos

que se extendían hacia Marbella, inmóviles en su blancura como tumbas de piedra caliza. La Residencia Costasol, en cambio, había vuelto a la vida, a un dominio de emociones excitadas y sueños despiertos.

Pero Cabrera me había puesto nervioso, como si hubiera leído el guión secreto que Crawford había escrito y conociera el papel que me habían asignado. Traté de calmarme mirando el mar, la larga línea de olas coronadas de blanco que llegaban de África. Me había olvidado deliberadamente de Frank, metiéndolo junto con aquella absurda confesión en un pasillo apartado de mi mente. En estos aires nuevos y más tonificantes me había librado de las trabas que arrastraba desde mi niñez y estaba listo para volver a enfrentarme a mí mismo sin ningún miedo.

La carretera del acantilado se bifurcaba: el camino que salía hacia el mar llevaba al puerto de Estrella de Mar con sus bares y restaurantes. Doblé hacia la plaza Iglesias y subí por la empinada avenida del Club Náutico. Encima de mí, el caparazón quemado de la mansión Hollinger presidía la península. Una hoguera de notas judiciales se había levantado entre las maderas calcinadas, una fogata de esas órdenes de detención inflamables que expedimos contra nosotros mismos, y que ahora nunca se entregarían y seguirían acumulando polvo en los archivos cerrados.

—¿Paula...? Dios, me has asustado. —Yo estaba apoyado en la barandilla y Paula salió al balcón y me tocó el hombro. Había entrado en el apartamento con las llaves de Frank y me había esperado en la alcoba.

—Lo siento. Quería verte antes de que te fueras. —Se alisó las mangas plisadas de la blusa blanca—. David Hennessy me ha dicho que te mudas.

Estaba a mi lado con la mano sobre mi muñeca, como si tratara de tomarme el pulso. Tenía el pelo tirante y recogido hacia atrás, atado con un severo lazo negro, y no había escatimado maquillaje ni carmín, en un claro intento de fortalecerse la moral. Por la puerta del dormitorio, vi la marca de sus caderas y hombros sobre el edredón de seda, y supuse que había decidido echarse allí por última vez, apoyando la cabeza sobre las almohadas que ella y Frank habían compartido.

—Betty Shand ha alquilado una casa para mí —le dije—. Así evito tener que ir y venir todos los días. Además, Frank volverá pronto, en cuanto lo absuelvan.

Paula bajó los ojos y sacudió la cabeza, como un médico cansado de un paciente terco que minimiza sus síntomas.

—Me alegra que pienses que lo van a absolver. ¿El señor Danvila está de acuerdo?

—No tengo idea. Créeme, no condenarán a Frank... las pruebas contra él son muy endebles. Un bidón de éter en su coche...

—No necesitan ninguna prueba. Frank sigue declarándose culpable. Lo vi ayer... Te manda recuerdos. Es una lástima que no vayas a visitarlo. Podrías convencerlo de que cambie de idea.

—Paula... —Me volví y la tomé por los hombros, tratando de reanimarla—. Eso

no sucederá. Lamento no haber ido a ver a Frank. Sé que parece extraño... Cabrera cree que pienso que es culpable.

—¿Y lo piensas?

—No. Pero ésa no es la razón. Pasamos demasiadas cosas juntos; durante años nuestra infancia nos tuvo atrapados. Frank me mantiene encerrado en todos esos recuerdos.

—¿Entonces te vas del apartamento para poder olvidarte de Frank? —Paula sofocó una risa inexpresiva. Cuando él empiece a cumplir la condena de treinta años tú al fin serás Ubre.

—Eso es injusto... —Entré en el dormitorio y saqué mis maletas del armario de las cosas de deporte. Paula, de espaldas al sol, se tomó las manos y me observó mientras yo ponía los trajes sobre la cama. Por una vez parecía como si no confiara en sí misma. Yo quería abrazarla, pasarle los brazos alrededor de las caderas y llevarla a la cama, apoyarla sobre el molde perfumado que ella había dejado en el edredón. Todavía esperaba hacer el amor con ella otra vez, pero la cinta de vídeo se interponía entre nosotros. La había visto casi desnuda mientras filmaba la escena de la violación, y ella había decidido no volver a desnudarse delante de mí.

Esperó a que yo vaciara el armario y se puso a hacer la maleta. Guardó las camisas y plegó el pijama alisando las solapas, como si sacudiera todas las huellas de su propia piel.

—Lamento que te vayas. —Vio su imagen en el espejo y se observó inexpresivamente—. En cierto modo has mantenido el calor de este lugar para tu hermano. Parece que todo el mundo se va de Estrella de Mar. Andersson trabaja en el varadero de la residencia. Hennessy y Betty Shand han abierto una oficina en el centro comercial, las hermanas Keswick administran un nuevo restaurante...

—Tú también tendrías que venir, Paula.

—Los pacientes de la residencia ya no me necesitan tanto. Se acabaron los insomnios, las migrañas y las depresiones. Es como si Estrella de Mar empezara de nuevo. Hasta Bobby Crawford se ha marchado. Ha subarrendado el apartamento por el resto de la temporada. Hennessy dice que Cabrera anda detrás de él.

Había una extraña nota de esperanza en el tono casual de Paula. ¿Acaso le había filtrado al inspector algún chisme acerca de las actividades de Crawford, alguna información sobre el incendio de la lancha, o los traficantes en las puertas de la discoteca del Club Náutico?

—Está escondido en la residencia. Ha tenido un pequeño problema de... tránsito, creo. Bobby siempre va de un lado a otro con tanta prisa, se olvida de que no estamos en la España de los sesenta. Cuando me instale en la casa, no le quitaré los ojos de encima.

—¿De veras? Te tiene completamente hechizado. —El combativo sarcasmo había vuelto—. Charles, eres la última persona que pueda tener algún control sobre él.

—No es verdad. Además, no quiero controlarlo... ha hecho un trabajo

asombroso. Le ha devuelto la vida la Residencia Costasol.

—Es peligroso.

—Sólo a primera vista. Hace algunas cosas un poco salvajes, pero son necesarias para despertar a la gente.

—¿Como gritar «fuego» en un teatro repleto? —Paula estaba delante del espejo examinándose fríamente—. Y no sólo grita «fuego», sino que quema el escenario y la platea.

—Tiene éxito, Paula. Cae bien a todo el mundo. La gente sabe que no lo hace por él, que no gana ni un céntimo. Es sólo un tenista profesional. Al principio yo pensaba que era una especie de gángster, que estaba metido en cien asuntos delictivos.

—¿Y no es así?

—No. —Me volví hacia ella tratando de distraerla de la imagen en el espejo—. Las drogas, la prostitución, el juego... todos medios para un mismo fin.

—¿Qué es?

—Una comunidad viva. Todo lo que te parece normal en Estrella de Mar. La residencia está moviéndose... pronto habrá un concejo municipal y un alcalde. Por primera vez asoma aquí un auténtico orgullo cívico. Bobby Crawford ha creado solo todo eso.

—Sigue siendo peligroso.

—Tonterías. Tómalo como un admirado oficial que se ocupa de los entretenimientos en un transatlántico repleto de retardados mentales. Roba en un camarote por aquí, prende fuego a las cortinas por allá, tira una bomba de olor en la sala, y de repente los pacientes se despiertan. Empiezan a interesarse en el viaje y en el próximo puerto de escala.

—Querido Charles... —Paula me tomó la mano y me atrajo hacia el espejo. Le hablaba a mi imagen, como si estuviera más cómoda en ese mundo invertido—. Estás obsesionado con Crawford. Todo ese encanto infantil, el oficial de cara fresca que anima a los nativos holgazanes...

—¿Y qué tiene de malo? Parece una descripción bastante acertada.

—Sólo has visto las primeras etapas, las bombas de olor y las bromas infantiles. ¿Y cómo mantendrás todo en marcha cuando se haya ido? Porque se irá a otro pueblo de la costa, ¿sabes?, a Calahonda o algún otro lugar.

—¿Ah sí? —Sentí una extraña punzada ante la idea de que Crawford podía marcharse—. Todavía hay mucho que hacer, se quedará un tiempo. Todo el mundo lo necesita... Últimamente el encanto infantil y el entusiasmo escasean bastante. Lo he visto trabajar, Paula. De verdad quiere ayudar a todo el mundo. Descubrió por casualidad esta manera extraña de hacer que la gente saque afuera lo mejor de sí misma. Es conmovedor ver una fe tan simple. Realmente es una especie de santo.

—Es un psicótico.

—No es justo, A veces exagera, pero no hay maldad en él.

—Un psicópata puro. —Paula dio la espalda al espejo y me observó, críticamente

—. No te das cuenta.

—No. De acuerdo, quizá haya en él una veta de algo raro. Tuvo una infancia espantosa... En eso lo comprendo. Es el santo como psicópata, o el psicópata como santo. Sea como sea, hace el bien.

—¿Y cuando esta santa figura se haya ido? ¿Qué? ¿Buscarás otro redentor de playa?

—No lo necesitaremos. Crawford es único. Cuando se vaya, si se va, todo seguirá funcionando.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—La fórmula da resultado. Encontró la primera y última verdad sobre la sociedad del ocio, y quizá sobre todas las sociedades. La delincuencia y la creatividad van juntas, y siempre ha sido así. Cuanto mayor es la sensación de delincuencia, mayor es la conciencia cívica y más evolucionada la civilización. No hay nada que una tanto a una comunidad. Es una extraña paradoja.

—Charles... —Levanté las maletas de la cama pero Paula me detuvo—. ¿Qué pasará cuando se vaya? ¿Qué mantiene unido todo eso?

Sabía que Paula trataba de confundirme, de plantearme una difícil ecuación que yo me había negado a resolver.

—El interés personal, espero. Parece que Estrella de Mar va bien.

—En realidad, ya tengo algunos pacientes más con insomnio. A propósito, ¿ya ha empezado el cineclub?

—Extraña pregunta. —Titubeé un instante, consciente de que los dos mirábamos la cama—. Pues sí. Me lo ha encargado a mí. ¿Cómo lo has adivinado?

—No lo he adivinado. Es el momento en que Bobby Crawford suele organizar un cineclub.

¿Un cineclub? Repetí la pregunta casi demasiado hábil de Paula mientras volvía a la residencia. Pero el argumento de Crawford seguía convenciéndome. En un momento dado el durmiente despertaba, salía de la cama y se miraba al espejo, y el cineclub cumplía una función. Sin embargo, el ejemplo de la película pornográfica de Paula era una advertencia. Cuando reclutara a mis miembros, tenía que asegurarme de que fueran auténticos entusiastas de la cámara, que desearan colaborar en el desarrollo de una identidad común. Las películas como de Crawford provocaban demasiadas divisiones. Lo que había empezado como un malévolo revolcón de alcoba se había convertido en la explotación sórdida de un puñado de mujeres perturbadas, Paula entre ellas. La echaba de menos, pero ella seguía provocándome. Por alguna razón la irritaba la energía y el optimismo de Crawford, la manera en que él aprovechaba el día con los ojos bien abiertos.

Al cruzar la entrada de la residencia, ya estaba pensando en la primera película que supervisaría; incluso escribiría el guión y quizá la dirigiese. Las ideas habían empezado a bullir en mí, estimuladas por la blancura del complejo Costasol. Imaginé

una especie de *El año pasado en Mariembad* de los noventa, un estudio del despertar de una comunidad por obra de un misterioso intruso, con un toque de *Teorema* de Pasolini...

Ansioso por instalarme en la casa, probar el agua de la piscina y devolver los saques de la máquina de tenis, aceleré al doblar la última esquina y casi atropellé a un hombre de cabello plateado que estaba en la puerta de mi casa. Frené de golpe, giré el volante bruscamente hacia el otro lado de la calle y me detuve con una sacudida a pocos centímetros del enorme eucalipto que presidía el sendero.

—Doctor Sanger... casi lo atropello. —Apagué el motor y traté de que mis manos dejaran de temblar—. Doctor, parece agotado. ¿Está usted bien?

—Creo que sí. ¿Señor Prentice? Lo siento. —Se apoyó contra el guardabarros y casi en seguida se separó del coche estirando el brazo para protegerse del sol. Era evidente que estaba distraído y ansioso, y supuse que había perdido las gafas o un juego de llaves. Miró a un lado y otro de la calle y se asomó al asiento trasero del Citroën moviendo los labios, como si repitiera un nombre en silencio.

—¿Puedo ayudarlo? —Salí del coche, preocupado—. ¿Doctor Sanger...?

—Estoy buscando a una de mis pacientes. Tiene que haberse perdido. ¿Ha visto a alguien cuando venía hacia aquí?

—¿Una mujer joven? No.

—¿No la ha visto? —Sanger me miró a la cara; no sabía si confiar en mí—. Delgada, de pelo muy corto, con una bata de hombre. Laurie Fox... estaba en tratamiento, alojada en mi casa. Me siento responsable.

—Claro. —Eché un vistazo a la avenida desierta—. Me temo que no la he visto. Estoy seguro de que volverá.

—Quizá. Estaba sentada al lado de la piscina mientras yo preparaba el almuerzo y... desapareció. El señor Crawford ha estado aquí, en la casa de usted. Veo que somos vecinos. —Sanger, pálido como su pelo plateado, se volvió hacia la casa—. A lo mejor Crawford la llevó en coche a alguna parte.

Sonreí a ese hombre alterado de la forma más tranquilizadora que pude, y me di cuenta por primera vez del atractivo emocional que un psiquiatra vulnerable tenía para las mujeres.

—¿En coche? Sí, es posible.

—Supongo. Si ve a Crawford, o si lo llama por teléfono, pídale que la traiga. Le prometí a su padre que la ayudaría. Es importante que tome la medicina que le prescribí. —Sanger se masajeó las mejillas con una mano tratando de devolverles algún color—. Las ideas de Crawford son bastante peculiares. Para él una mujer joven debería tener...

—¿... la libertad de ser infeliz?

—Exactamente. Pero para Laurie Fox la infelicidad no es una opción terapéutica. Me resulta difícil hablarlo con Crawford.

—Diría que le caen mal los psiquiatras.

—Lo hemos defraudado. Crawford necesitaba nuestra ayuda, señor Prentice, y sigue necesiéndola.

Sanger murmuró entre dientes, se volvió y se alejó a paso lento, palmeando los árboles silenciosos.

Llevé las maletas al otro lado de la chispeante piscina y vi que Sanger seguía paseándose calle arriba y calle abajo. Tal como Elizabeth Shand había prometido, la primera remesa de muebles ya estaba allí: un sofá de cuero negro y una elegante silla Eames, un televisor gigante y una cama doble con colchón y ropa blanca. La casa, sin embargo, seguía agradablemente desierta, y las habitaciones eran los blancos espacios de oportunidad que había saboreado en mi primera visita.

Después de dejar las maletas en el dormitorio, di una vuelta por la planta alta y me quedé un momento en la habitación de servicio. Desde la ventana, observé que Sanger contemplaba sombríamente la piscina con el camisón en las manos. La luz de los bungalows, que ya no se reflejaba en el agua tranquila, era más débil, como si el alma de las casas se hubiera desvanecido escapando por los techos.

La ventana estaba abierta y descubrí en el alféizar la ceniza de un cigarrillo mal liado. Me imaginé a Crawford haciendo señas a Laurie Fox, dejando que el aroma del cannabis flotara hacia esa muchacha sepultada bajo dosis de Largactil. Pero ya no me interesaba el taciturno psiquiatra y su joven amante. Supuse que Crawford estaba con ella y se dirigía a toda velocidad en el Porsche hacia una de sus casas francas de la carretera de circunvalación norte, rumbo al tipo de camaradería que brindaba Raissa Livingston.

Deshice el equipaje y me duché; después extraje unas tapas de la nevera y la botella de champán cortesía de las hermanas Keswick. Sentado en la terraza junto a la piscina, revisé los folletos que habían dejado en el buzón: anuncios de servicios de taxis y vendedores de barcos, inmobiliarias y asesores financieros. Una tarjeta recién impresa, con la tinta todavía húmeda, alababa un servicio de masajes madre-hija: «Dawn y Daphne, una nueva sensación en masajes. Intensos, íntimos, discretos. Atendemos de 17 a 5 h».

Así que el mundo profundo de la Residencia Costasol empezaba a salir a la luz. Sobre la mesa de al lado había un teléfono móvil, otro regalo útil de Betty Shand. Supuse que Crawford había dejado la tarjeta del servicio de masajes porque sabía que me intrigaría. El sexo comercial exigía habilidades especiales tanto al cliente como al proveedor. Los equipos de supuestas madres e hijas siempre me habían inquietado, sobre todo en Taipei y en Seúl, donde había muchas madres e hijas auténticas. Por muy agradable que fuera, cuando la «madre» marcaba el ritmo de la «hija» hiperansiosa, solía sentirme el intermediario de un acto incestuoso.

Empujé el teléfono móvil, lo levanté y marqué el número. Una voz grabada de mujer con un suave acento de Lancashire me informó que esa noche estaban libres y

me invitó a dejar mi número de teléfono. Bobby Crawford, como ya sabía, hacía que todo fuera posible, disipaba las culpas y retiraba la colcha que cubría nuestras vidas y nuestros sueños.

Día de feria

La Residencia Costasol se celebraba a sí misma saludando su feliz regreso a la vida. Desde el balcón de mi oficina en la primera planta del club deportivo contemplé la caravana de carrozas al otro lado de la plaza, adornadas con flores y banderines, vitoreadas por una multitud exuberante cuyas voces casi ahogaban la selección de Gilbert y Sullivan que los altavoces emitían a lo largo del camino. Una nube de confeti y pétalos, mantenida en el aire por los pulmones de los turistas de Estrella de Mar y otras urbanizaciones de la costa, volaba sobre la cabeza de la gente.

Durante tres días se habían abandonado todas las medidas de seguridad. Los visitantes, intrigados por los primeros fuegos artificiales, habían dejado los coches al lado de la playa y los guardias de la entrada muy pronto se vieron desbordados. Martin Lindsay, un coronel retirado de la Guardia de Honor que era ahora alcalde electo, lo consultó con los concejales y ordenó al servicio de seguridad que apagara los ordenadores durante la duración del festival. La Feria de las Artes de Costasol, programada para que durara una única tarde, estaba ahora en su segundo día y todo indicaba que seguiría otra noche.

Una carroza remolcada por el Range Rover de Lindsay pasó delante del club deportivo y desfiló alrededor de la plaza. Una bandera de seda negra con la inscripción «Solistas Filarmónicos de la Residencia» ondeaba sobre una docena de músicos; sentados frente a los atriles, movían los arcos sobre los violines y violoncelos, mientras el pianista golpeaba el teclado de un piano de media cola blanco, y una arpista elegante, que vestía una túnica de noche color marfil, punteaba las cuerdas de un arpa decorada con rosas amarillas. La mescolanza de Vivaldi y Mozart luchaba animosamente con el griterío de los turistas que levantaban las copas en las terrazas de los cafés abarrotados.

Dos socias hermosas, todavía con ropas de tenis, salieron al balcón de mi oficina y desde la barandilla saludaron con las raquetas a otra carroza que pasaba.

—¡Dios mío! ¿No es ésa Fiona Taylor?

—¡Qué maravilla... está completamente desnuda!

La carroza, diseñada por el Club Artístico Costasol, era la réplica del taller de un artista. En un extremo del cuadro vivo se alzaban seis caballetes, y unos pintores que llevaban batas victorianas trabajaban allí con carbonilla y lápices de cera. Un escultor de Purley, Teddy Taylor, especialista en garganta, nariz y oídos, moldeaba con arcilla el busto de su recatada esposa rubia. Vestida con una malla color carne, posaba como lady Godiva sobre un caballo de cartón piedra, sonriendo de oreja a oreja a los

silbidos de los turistas más entusiastas.

—¡Bobby Crawford...! ¡Ha llegado! —Una de las tenistas se puso a chillar y casi me tiró el vodka con tónica de la barandilla—. ¡Vamos, Bobby, queremos ver cómo posas!

La camioneta de exteriores de un canal de televisión español avanzaba junto a la carroza de las artes. El operador filmaba primeros planos de la atractiva modelo. Bobby Crawford estaba detrás de él, y levantaba el brazo mientras la caravana de vehículos daba vueltas a la plaza. Los pétalos de rosa le cubrían el pelo rubio y la camisa negra de batik, y los confeti plateados le moteaban el rostro y la frente sudorosos, pero se sentía demasiado feliz y no intentaba quitárselos. Saludaba sonriendo a los turistas, y brindaba con el vaso de vino que le tendía algún espectador. Cuando la camioneta de exteriores rozó la carroza, dio un salto en el aire, casi cayó contra los caballetes, volvió a incorporarse, y abrazó a la sonriente Fiona Taylor.

—¡Quítatelo todo! ¡Bobby, guapísimo cabrón!

—¡Quítate la ropa! ¡Charles, ordena que se desnude!

Las mujeres saltaban a mi lado como animadoras en zapatillas de tenis agitando las raquetas por encima de mi cabeza, y Crawford, se desabrochó la camisa y adelantó el pecho lampiño en una pose byroniana. El fotógrafo de una agencia de noticias corría al lado de la carroza; Crawford se quitó la camisa y la arrojó a la muchedumbre. Al llegar al centro comercial, saltó de la carroza y corrió con el pecho al aire entre las mesas de los cafés, perseguido por una vociferante pandilla de chicas adolescentes adornadas con sombreros de carnaval.

Agotado por el ruido y el incesante buen humor, dejé a las señoras tenistas y me refugié en mi oficina. Sin embargo, otro cuadro vivo había llegado a la plaza, un esfuerzo amateur del Club de Bailes de Antaño, y las parejas de ancianos que intentaban bailar el vals sobre la tambaleante plataforma recibieron un aplauso tan entusiasta como lady Godiva.

La Residencia Costasol se sentía feliz, y por una buena razón. Durante los últimos dos meses —los documentos legales del señor Danvila sobre mi escritorio me recordaron que el juicio de Frank empezaba al día siguiente— la explosión de actividad cívica nos había sorprendido a todos, incluso a Bobby Crawford. La noche anterior, durante una cena con Elizabeth Shand, se había reído de lo que yo denominaba un «renacimiento acelerado». Todos parecíamos demasiado desconcertados por el genio que había surgido de la botella.

El pueblo soñoliento, con el centro comercial vacío y el desierto club deportivo se había transformado en otra Estrella de Mar, como si un virus contagioso pero benigno hubiera flotado a lo largo de la costa invadiendo el lento sistema nervioso de la residencia para galvanizarla y exaltarla. Una comunidad intacta y que se bastaba a sí misma había nacido de repente. Media docena de restaurantes prosperaban alrededor de la plaza, todos menos uno financiados por Betty Shand y dirigidos por las

hermanas Keswick. Se habían abierto dos clubes nocturnos cerca del puerto: el Milroy, para gente madura, y el Bliss's para los jóvenes. El ayuntamiento se reunía semanalmente en la iglesia anglicana, cuya congregación dominical llenaba los bancos. Mientras tanto, las patrullas voluntarias de seguridad impedían a la delincuencia de la Costa del Sol acceder al complejo. Un montón de asociaciones se dedicaban a todo tipo de pasatiempos, desde origami hasta hidroterapia, pasando por el tango y el tai chi. Y todo esto, a pesar de mis dudas, parecía haber cobrado vida gracias a la dedicación de un solo hombre.

—Bobby eres un nuevo tipo de Mesías —solía decirle—. El Imán del puerto, el Zoroastro de la sombrilla de playa...

—No, Charles... sólo hago más fáciles las cosas.

—Todavía no sé si no es una enorme coincidencia, pero me saco el sombrero.

—Pues vuélvete a poner. Ellos lo hicieron, no yo. Sólo he sido el burro de tiro...

Crawford, con una modestia genuina, se apresuraba a atribuir cualquier mérito a la gente de la residencia. Como yo mismo había notado, a la sombra de los toldos yacía una inmensa reserva de talento dormido. Los profesionales de clase acomodada que dormitaban junto a sus piscinas, a veces eran abogados o músicos, ejecutivos de publicidad o televisión, asesores de empresas o funcionarios del gobierno. Los conocedores y expertos de la Residencia Costasol quizá no llegaban a ser tan numerosos como en la Florencia de los Medici, pero superaban ampliamente a los de otras ciudades similares de Europa y Norteamérica.

Hasta yo había sido contagiado por esa infección de optimismo y creatividad. Al atardecer, mientras descansaba junto a la piscina, preparaba los apuntes para un libro: *Marco Polo: ¿el primer turista de la historia?* Sería una obra sobre el turismo y el eclipse de la época de los viajes. Mi agente de Londres, después de estar desesperado conmigo durante tantos meses, me bombardeaba con faxes en los que me pedía con urgencia que le mandara una sinopsis detallada. A menudo yo jugaba al bridge con Betty Shand y los Hennessy, a pesar de que no me gustaba salir de la residencia e ir a Estrella de Mar con sus siniestros recuerdos del incendio de la casa Hollinger. Incluso había estado tentado de interpretar un pequeño papel en la próxima producción de una obra de Orton, *Lo que vio el mayordomo*.

Miré la piscina repleta, el animado restaurante y las pistas de tenis por la ventana de la Oficina, contento de haber colaborado en dar nueva vida a la residencia.

Betty Shand recibía a los admiradores al aire libre sin dejar de mirar, con aire maternal pero frío, a un ruso joven y apuesto, Yuri Mirikov; lo acababa de contratar como profesor de aeróbic. Mientras miraba la escena que tenía alrededor, saciada como una cobra lustrosa después de digerirse una cabra succulenta, casi pude ver que unas crecientes sumas le pasaban titilando por los ojos.

La residencia era un éxito en todos los aspectos, una economía de dinero contante, talento y orgullo cívico que no daba señales de recalentamiento. Los veleros

recién renovados y los yates de motor se apretaban junto a los muelles. Gunnar Andersson había contratado un equipo de mecánicos para mantener los motores y los aparatos de navegación. El casco inundado del *Halcyon* seguía atado al pontón, como el cuerpo de una ballena olvidada amarrado al casco de un barco factoría, pero apenas se lo veía a través del bosque de mástiles brillantes.

Los socios que abarrotaban el balcón de mi oficina, vitoreaban a otra carroza de carnaval, el comando de respuesta rápida del servicio de seguridad. Escenificaban la detención de dos ladrones de coches que venían de Fuengirola inmovilizando y esposando a unos jóvenes perplejos. Sin embargo, en medio de todo ese buen humor había una cara larga, una expresión severa, indiferente al aire festivo. Mientras se decidía la suerte de los ladrones en una ruidosa confusión de altavoces walkie-talkies y teléfonos móviles, vi que Paula Hamilton salía al balcón. Llevaba traje oscuro, blusa blanca y un maletín médico. Contento de verla, la saludé con la mano desde la ventana de mi oficina, a pesar de que con ese aspecto de desaprobación y abatimiento se parecía cada vez más a una doctora mendicante que vagaba por el reino de la salud en busca de algún enfermo.

Se había hecho socia del club deportivo gracias a mi insistencia, y solía nadar temprano por la mañana. Se deslizaba por el agua mientras los últimos noctámbulos se marchaban del club. Practicaba con Helmut en las pistas de tenis intentando jugar con menos rigidez y controlando los movimientos del codo. Una vez yo había jugado con ella, pero era una tenista tan mediocre que supuse que se había asociado al club por otros motivos, quizá para impedir que algún otro médico ocupara ese territorio.

Miró desde el balcón el cuadro vivo del comando de vigilancia que pasaba delante de los cafés, y sonrió brevemente cuando Bobby Crawford saltó sobre la carroza con una camisa hawaiana prestada e imitó a un inglés fanfarrón y borracho. Al cabo de unos segundos había convertido el ejercicio de seguridad en una cómica película policial, con los guardias que tropezaban entre sí y buscaban frenéticamente los teléfonos móviles desparramados que transmitían a gritos unas órdenes enloquecidas.

Paula se volvió, evidentemente preocupada por algo, y notó que yo la miraba desde mi oficina. Abrió la puerta con una sonrisa tímida y se apoyó contra el cristal.

—Paula... parece cansada. —Le ofrecí mi silla—. Todo este ruido... probablemente necesitas una copa.

—Sí, gracias. ¿Por qué es tan agotadora la felicidad de los demás?

—Tienen mucho que celebrar. Siéntate, y pide lo que se te ocurra. Dime qué recetas.

—Nada. Solo un poco de agua mineral. —Me miró con una sonrisa, mostrando los dientes fuertes, y se echó el pelo negro por encima de los hombros. Observó a Crawford que hacía payasadas y malabarismos con tres teléfonos móviles bajo una lluvia de pétalos y confeti—. Bobby Crawford... tiene éxito, ¿no? Tu santo psicópata. Todo el mundo lo adora.

—¿Y tú no?

—No. —Se mordió el labio como si tratara de borrar el recuerdo de algún beso—. Creo que no.

—En una época significó mucho para ti.

—Pero ahora no. Le he visto sus otros lados.

—Pero están bajo control. No sé por qué te obsesiona de esa manera. —Señalé la gente de la plaza, las sirenas ululantes y la lluvia de pétalos—. Mira lo que ha llegado a conseguir. ¿Te acuerdas de la residencia hace tres meses?

—Por supuesto. Venía mucho por aquí.

—Exactamente. Tenías aquí muchos pacientes y ahora no hay tantos, me atrevería a decir.

—Casi ninguno. —Dejó el maletín sobre mi escritorio y se sentó meneando la cabeza—. Alguno con leucemia que he mandado de vuelta a Londres, tibias entablilladas por todo ese ejercicio innecesario, unos pocos casos de venéreas. Pero no creo que te sorprenda una leve gonorrea pasada de moda.

—No, claro. —Me encogí de hombros, tolerante—. Es lo que se esperaba, ya que hay más parejas sexuales. Es una enfermedad de contacto social... como la gripe, o el golf.

—Hay otras enfermedades sociales, y algunas mucho más serias... como el gusto por la pornografía infantil.

—Bastante rara en Costasol.

—Pero asombrosamente contagiosa. —Paula me miraba con unos ojos severos de maestra de escuela—. La gente que se cree inmune de repente se contagia con una cepa mutante de todas esas películas porno que está viendo.

—Paula... hemos intentado ponernos ciertos límites. En la residencia hay un problema... casi no hay niños. La gente los echa de menos, así que las fantasías sexuales se mezclan con la nostalgia. No puedes echarle la culpa de eso a Bobby Crawford.

—Le echo la culpa de todo. Ya ti... eres casi tan responsable como él. Te ha corrompido por completo.

—Eso es absurdo. Estoy planeando un libro, pensando en tomar clases de guitarra y trabajar en el teatro, volver a jugar al bridge...

—Tonterías. —Paula levantó el ratón del ordenador y lo apretó con fuerza, como si quisiera aplastarlo—. Cuando llegaste eras el *homme moyen sensuel*, cargado de asuntos pendientes con tu madre y de pequeñas culpas por esas prostitutas adolescentes que jodías en Bangkok. Ahora no tienes ninguna preocupación moral. Eres la mano derecha del zar de la delincuencia local y ni siquiera te das cuenta.

—Paula... —Alargué la mano y traté de recuperar el ratón—. Tengo más dudas de lo que crees.

—Te engañas a ti mismo. Créeme, lo apoyas en todo.

—Por supuesto. Mira lo que ha logrado. Me importan un comino las clases de

escultura, lo importante es que la gente vuelva a pensar, que tengan conciencia de lo que son. Están construyendo un mundo que para ellos tiene mucho sentido, no se limitan a poner más cerraduras en las puertas. Mires donde mires, en Gran Bretaña, en Estados Unidos, en Europa Occidental, la gente esta encerrándose a sí misma en enclaves libres de delincuencia. Ése es el error... cierto grado de delincuencia es parte de la aspereza propia de la vida. La seguridad total es una enfermedad de privación.

—Quizá. —Paula se puso de pie y caminó por la oficina sacudiendo la cabeza cada vez que miraba a los turistas—. Se va mañana, gracias a Dios. ¿Qué harás entonces?

—Las cosas seguirán como hasta ahora.

—¿Estás seguro? Lo necesitas. Necesitas esa energía y esa inocencia ingenua.

—Viviremos sin ellas. Una vez que el carrusel está en marcha ya no necesita tanta fuerza para seguir girando.

—Eso crees. —Paula observó los pueblos distantes de la costa, las paredes blancas iluminadas por el sol—. ¿Adónde se va?

—Más al sur, a Calahonda... Es una urbanización enorme. Hay algo así como diez mil británicos.

—Les espera una sorpresa. Así que sigue adelante, llevando clases de gastronomía y tango a los ignorantes de los pueblos. Reclutará a otro vagabundo inquieto como tú y con unas pocas instantáneas Polaroid el pobre diablo verá la luz.

—Se volvió para mirarme—. ¿Irás mañana al juicio de Frank?

—Naturalmente. Para eso he venido.

—¿Estás seguro? —Parecía escéptica—. Te necesita. No has ido a visitarlo a la cárcel de Málaga ni una sola vez. Ni una sola vez en casi cuatro meses.

—Paula, lo sé... —Traté de apartar los ojos—. Tendría que haberlo visitado. Esa declaración de culpabilidad me hizo... sentí, que trataba de implicarme en algo que lo perturbaba. Quería resolver el caso Hollinger, pero apareció Bobby Crawford. Fue como si me quitara un peso de encima...

Pero Paula ya no me escuchaba. Se acercó a la ventana mientras pasaban las últimas carrozas: un falso atardecer de rosas con la palabra «Fin» superpuesta. En la carroza se celebraba una fiesta frenética: una docena de jóvenes residentes bailaba al compás de una mezcla de músicas tocadas por un trío. Las rodillas y los codos se cruzaban como tijeras con unos pocos compases de charles ton, los brazos se arremolinaban con un jitterbug de los cuarenta, las caderas giraban con el twist.

En medio de los bailarines, Bobby Crawford marcaba el compás con las palmas y llevaba la tropa a través de un hokey cokey y un black bottom. Tenía la camisa hawaiana empapada de sudor y parecía colocado de cocaína; levantaba los ojos hacia las nubes de pétalos y confeti como si estuviera listo para elevarse sobre la pista de baile y flotar entre los globos de helio.

Sin embargo, no todos los bailarines lo seguían. Al lado de Crawford se

tambaleaba la ruinoso y exhausta figura de Laurie Fox, que apenas podía levantar los pies. Al cabo de unos compases, se tambaleó sobre los bailarines y cayó contra el pecho de Crawford con la boca entreabierta y los ojos extraviados. El pelo le había crecido en una mata morena y enmarañada, pero las cicatrices eran todavía visibles como intentos fallidos de trepanarse a sí misma. Tenía el chaleco mugriento, manchado de sangre que le salía de la nariz golpeada y le marcaba los pechos redondos que se movían como lunas gemelas.

Mientras la mirábamos, cayó al suelo, vomitó entre los pétalos y buscó a tientas el pendiente que se le había soltado de la nariz, Crawford, casi sin perder el compás, la puso de pie y la animó con una sonrisa impaciente y una breve bofetada.

—Pobre chica... —Paula se tapó la cara con la mano y buscó con la otra la seguridad del maletín de médico—. Probablemente hace semanas que no toma, otra cosa que tequila y anfetaminas. ¿No puedes conseguir que Crawford la ayude?

—Lo hace, Paula, y no soy insensible. Por muy terrible que parezca, la chica hace lo que quiere: arrastrarse hacia su propia muerte...

—¿Qué diablos quieres decir? ¿Y qué pasará cuando él se vaya? ¿Se la llevará?

—Quizá, pero lo dudo.

—La está usando; deja que ella se degrade para excitar a todos los demás.

—Hoy no tiene un día muy bueno... el festival es demasiado para ella. En el puerto la adoran. Canta en un bar de jazz al lado del varadero. Hasta el mismo Andersson ha salido de su lúgubre cascarón y ha empezado a olvidarse de Bibi Jansen. Está mucho mejor dando vueltas por ahí que tumbada con un coma inducido por medicamentos en la Clínica Princess Margaret. Lo triste es que tú no eres la única que no lo comprende.

Señalé la carroza que daba vueltas a la plaza, mientras el trío hacía sonar una floritura final. Laurie Fox se había dado por vencida y estaba sentada en el suelo entre el vómito y los pies de los bailarines. De pie junto a ella, estaba el doctor Sanger con una mano levantada en un intento de tocarle el hombro. Mostrando una determinación que parecía sorprendente en un hombre delgado y tímido, apartó de un empujón a los turistas y al operador de cámara sin dejar de mirar a Laurie con aire protector; al fin la llamó cuando parecía que ella se quedaba dormida. Desde que la chica se había marchado del bungalow, Sanger vagaba por las calles y los bares de la residencia, contento de verla cuando ella pasaba gritando desde el asiento del coche de Crawford, o chillando desde una lancha que avanzaba a toda velocidad por el canal rumbo a alta mar. A menudo lo veía dar vueltas a la piscina y lavar compulsivamente el camisón abandonado. Cuando la carroza giró alrededor del centro comercial, yo esperaba que Sanger se subiera de un salto, pero Bobby Crawford no había advertido la presencia del psiquiatra y siguió bailando entre la lluvia de pétalos con la cabeza levantada al sol.

—Pobre hombre... qué horror. —Paula dio la espalda a la escena y caminó alrededor del escritorio—. Me voy... ¿Irás mañana al juzgado?

—Por supuesto. Pero nos veremos esta noche en la fiesta, ¿no?

—¿En la fiesta? —Parecía sorprendida—. ¿Dónde... en tu casa?

—Empieza a las nueve. Hennessy quedó en llamarte. Le hemos preparado una despedida muy especial a Bobby Crawford. Nos vemos allí.

—No estoy segura. ¿Una fiesta...? —Paula jugueteó un rato con el maletín, como si no supiera qué pensar—. ¿Quién va?

—Todo el mundo. La gente clave de Costasol, Betty Shand, el coronel Lindsay y la mayor parte del ayuntamiento, las hermanas Keswick... no faltará ninguna estrella. Va a ser una espléndida velada. Betty Shand pone todo: buffet, champán, canapés...

—¿Y suficientes rayas de coca para quemarme el tabique?

—Diría que sí. Hennessy dice que habrá una barbacoa especial. Esperemos no quemar el sitio.

—¿Y Crawford estará?

—Sí, pero sólo al principio. Después nos dejará. Tiene que arreglar algunas cosas antes de partir para Calahonda.

—Así que es una ceremonia de traspaso... —Paula asentía mordiéndose el labio inferior. Estaba más pálida, como si de repente se le hubiera helado la sangre—. Te pasará oficialmente las flautas de Pan.

—En cierta forma. Antes de la fiesta jugaremos unos partidos de tenis.

—Se dejará ganar. —Paula abrió y cerró el maletín, arregló mi escritorio, y vio el juego de llaves que yo había encontrado en el jardín de la casa Hollinger. Las levantó y sopesó—. ¿Las llaves de tu reino... de todos los lugares secretos de Bobby Crawford?

—No, son las llaves de un coche. Las encontré en el... vestuario del Club Náutico. Las probé muchas veces, pero no son de nadie. Tengo que dárselas a Hennessy.

—Guárdalas... nunca se sabe cuándo pueden hacer falta. —Se encaminó hacia la puerta con el maletín, y antes de besarme en la mejilla se volvió a mirarme—. Disfruta del partido de tenis. Pienso que quizá deberías atarte las manos a la espalda, no conoces otra forma de perder...

Salí al balcón y la miré mientras se marchaba tocando la bocina a los turistas que abarrotaban la plaza, como si se negara a aceptar el bullicio del festival. Yo ya esperaba poder bailar con ella aquella noche. Tal como ella había dicho, la fiesta era una ceremonia de traspaso, aunque en muchos aspectos ya me había hecho cargo de las obligaciones de Crawford en la residencia. Hacía semanas que Bobby pasaba cada vez más tiempo fuera del complejo, explorando Calahonda y midiendo las posibilidades de su régimen tonificante. Me había dejado la administración del imperio subterráneo, seguro de que yo ahora reconocía la importancia de todo lo que él había conseguido.

Todas mis primeras dudas habían quedado atrás, excepto las que se referían al

tratamiento de Laurie Fox. Crawford la cuidaba y fascinaba, la acompañaba constantemente mientras vagaban por los bares y clubes nocturnos, pero nunca había intentado apartarla de la cocaína y las anfetaminas, como si esa chica golpeada y deteriorada fuera una criatura exótica que tenía que ser exhibida en toda su gloria salvaje.

Yo sabía que él estaba castigando a Sanger por los pecados de todos esos psiquiatras que no habían podido ayudarlo de niño. Durante los rodajes en mi casa, cuando Laurie tenía relaciones sexuales en mi cama con Yuri Mirikov, el Adonis ruso de Elizabeth Shand, Crawford a veces quitaba las cortinas negras de las ventanas para provocar a Sanger, mientras los focos del estudio brillaban sobre los bungalows. Ella se había acostado con Sanger, parecía decir, y quizá con su propio padre, y ahora, además, con cualquier hombre que Crawford escogiese durante sus recorridos por los bares nocturnos.

Yo no participaba en esas desagradables sesiones, que eran una consecuencia del cineclub que yo había fundado, así como trataba de no involucrarme demasiado en la conspiración delictiva que apuntalaba la vida de la residencia: las drogas que Mahoud y Soany Gardner proporcionaban a la red de traficantes; los servicios de masajes y acompañantes que habían reclutado a tantas viudas aburridas y a unas pocas esposas aventureras; los cabarets «creativos» que amenizaban las fiestas más corruptas, y la patrulla de matones de dos ex ejecutivos de British Airways que robaban y destruían en silencio, destrozando coches y ensuciando piscinas en pro de la virtud cívica.

Sentado a mi escritorio, escuché los compases de *Iolanthe* y pensé en Paula Hamilton. Cuando Crawford se marchara de la residencia, la tensión creativa que él había impuesto empezaría a calmarse. Yo volvería a ver a Paula más a menudo, a jugar al tenis con ella y, quizá hasta podríamos compartir los gastos de un pequeño velero. Nos imaginaba navegando por la costa, seguros en nuestro mundo privado, mientras la proa chasqueaba y las botellas de borgoña blanco se enfriaban en la estela...

Unas salpicaduras golpearon el toldo en el bar de la piscina. De repente hubo un alboroto en la terraza, ruidos de muebles volcados y voces coléricas, seguidos por los chillidos histéricos de una mujer, una mezcla de risa y dolor. Los turistas, atraídos por el estruendo, cruzaron el parque y arrojaron las últimas serpentinas de plástico a la piscina. Vitoreándose entre sí, pasaron por encima de la valla que les llegaba a la cintura y treparon por el seto hasta el bar al aire libre.

Salí de la oficina y rápidamente me abrí paso hasta la terraza cubierta de pétalos. Los socios que estaban alrededor de la piscina se habían levantado de las hamacas y recogían toallas y revistas. Algunos se reían, intranquilos, pero la mayoría parecía consternada y se tapaba la cara para que no los salpicasen. Elizabeth Shand estaba detrás de la barra del bar y empujaba a los camareros hacia la piscina. Le gritó a Bobby Crawford, que observaba el espectáculo desde el trampolín.

—¡Bobby, por el amor de Dios, esto es demasiado! ¿No puedes pararlos? Charles, ¿dónde está? Hable con él.

Me adelanté entre los turistas amontonados contra las mesas. Laurie Fox nadaba desnuda en la piscina y golpeaba las olas; le sangraba la nariz. Tenía los muslos apretados alrededor de la cintura de Mirikov intentando seducirlo en el agua. Mientras gritaba al cielo, le apoyó los pechos llenos de sangre contra la boca, se volvió y empezó a gritar a los turistas que estaban mirando. Con una mano buscaba la entrepierna del ruso y con la otra golpeaba la superficie, salpicando de agua sanguinolenta las piernas de los consternados espectadores.

En aquel momento, un hombre de cabello plateado se abrió paso junto a mí con los labios apretados y salpicados de agua. No prestó atención a Crawford, que seguía tranquilamente en el trampolín, pasó a empujones entre los turistas que protestaban, y apartó las mesas a puntapiés. Sin quitarse los zapatos, Sanger se metió de un salto en la parte baja de la piscina y caminó con el agua hasta la cintura. Tiró de la espalda del avergonzado Mirikov y le hundió la cabeza rubia. Mientras Laurie Fox continuaba gritando como una demente y escupía la sangre que tenía en la boca, Sanger la tomó por la cintura y se revolcaron juntos en las agitadas aguas rojizas. Con el pelo plateado salpicado de sangre, apretó a la chica contra el pecho y la llevó a la parte baja.

Todo el mundo se apartó cuando me arrodillé y alcé a Laurie en mis brazos. La acostamos juntos sobre el borde, entre los pétalos y el confeti empapados de agua. Saqué una toalla de una hamaca próxima y se la puse sobre los hombros, tratando de pararle la sangre que le salía de la nariz. Sanger estaba sentado junto a ella, demasiado cansado para tomarla de la mano, chorreando agua de la chaqueta de seda. Parecía encogido y blanqueado, como si emergiera de un baño de formaldehído, pero tenía la vista clavada fijamente en Crawford, al otro lado de la piscina sanguinolenta.

Cuando se recuperó y pudo levantarse, lo ayudé a ponerse de pie. Aturdido aún, miró a la chica semiconsciente y apartó bruscamente a los turistas, ahora silenciosos, que se apretaban entre las mesas.

—La llevaremos a mi coche —le dije—. Y después lo acompañaré hasta su casa. De ahora en adelante es mejor que se quede con usted...

La última fiesta

Sanger dejó la puerta del dormitorio entornada y miró a la muchacha un instante antes de volverse hacia mí. Señaló el estuche metálico y la jeringa hipodérmica que tenía en la mano, como dispuesto a ofrecerme una dosis, y se tocó las manchas oscuras de la chaqueta recordándose a sí mismo que la sangre no era de él. Tenía las mejillas y la frente rojas de cólera, y miraba desorientado las estanterías de libros, como dejando, atrás para siempre toda una época.

—Dormiré durante unas horas. Salgamos a la terraza. Usted quizá necesita descansar.

Yo esperaba que se cambiase, pero él apenas era consciente de la ropa que aún le chorreaba y de las marcas que los zapatos empapados dejaban en las baldosas. Caminó delante de mí, hacia el quitasol y las sillas junto a la piscina. Al sentarme, vi las ventanas de la planta alta de mi casa y me di cuenta de lo cerca que estaban, y de que Sanger tenía que haber oído todos los ruidos de nuestras escandalosas fiestas.

—Hay mucho silencio aquí —le dije señalando la tranquila superficie de la piscina, perturbada sólo por un insecto que luchaba con el menisco gelatinoso que le sujetaba las alas—. ¿Las inquilinas se han ido?

—¿La francesa y su hija? Regresaron a París. En cierto modo no era un buen ambiente para la niña. —Sanger se pasó la mano por los ojos como si quisiera despejarse la mente—. Gracias por acompañarme. Solo no habría podido traerla hasta aquí.

—Lamento... el colapso de Laurie. —Traté de pensar en alguna palabra que describiera mejor el espantoso derrumbe de las últimas semanas. Preocupado por Sanger, continué—: Ella no debió abandonarlo. A su manera, era feliz aquí.

—Laurie nunca quiso ser feliz. —Sanger se pasó la mano por el pelo mojado y se miró los coágulos de sangre que le quedaron en los dedos, pero no hizo nada por arreglarse la desordenada cabellera, que tanto cuidaba—. Es una de esas personas que se amilanan ante la mera idea de felicidad... no conciben nada más aburrido ni más burgués. La ayudé un poco, como a Bibi Jansen. No hacer absolutamente nada es ya una especie de terapia.

—¿Y esa hemorragia nasal? Se me ocurrió que podría morirse desangrada mientras duerme. ¿Está seguro de que ha parado?

—Le he hecho una cauterización en el tabique. Parece que Crawford le dio un puñetazo... Otra de sus declaraciones zen, como él dijo.

—Doctor Sanger... —Quería serenar a este hombre alterado que no apartaba los

ojos de la puerta del dormitorio—. Es difícil de creer, pero Bobby Crawford le tenía cariño a Laurie.

—Claro, a su manera trastornada. Quería que ella encontrara su verdadero ser, como lo llamaba Crawford... y todos los demás de Costasol. Lamento que se la haya tomado conmigo.

—Tiene algo contra usted. Parece resentido. Usted es psiquiatra...

—Y no el primero que se encuentra. —Sanger notó el agua que le chorreaba de los zapatos—. Tengo que cambiarme... Espéreme aquí y traeré algo para beber. Como amigo de Crawford, es importante que conozca la decisión que he tomado.

Regresó al cabo de diez minutos en sandalias y con un albornoz que le llegaba a los tobillos. Se había quitado la sangre de las manos y el pelo, pero el cepillado cuidadoso y los modales de diletante pertenecían ahora al pasado.

—Le agradezco nuevamente la ayuda —me dijo mientras dejaba una bandeja con coñac y refrescos sobre la mesa—. Me alegra que Laurie esté durmiendo. Me he sentido ansioso por ella durante meses. No sabía qué decirle a su padre, aunque el pobre hombre no está en condiciones de preocuparse mucho.

—Yo he sentido lo mismo —le aseguré—. No me gustó nada.

—Por supuesto que no —coincidió Sanger—. Señor Prentice, para mí usted es muy diferente de Bobby Crawford... y de la señora Shand y Hennessy. Mi posición aquí es ambigua. Técnicamente me he retirado, pero de hecho sigo ejerciendo, y Laurie Fox es una de mis pacientes. Puedo soportar cierto grado de acoso por parte de Crawford, pero ha llegado el momento de decir lo que pienso. Hay que parar a Crawford... Sé que está de acuerdo conmigo.

—No estoy muy seguro. —Jugueteé con el vaso de coñac, consciente de que Sanger miraba las ventanas abiertas de mi casa—. Algunos de sus métodos son un poco... agresivos, pero en conjunto me parecen una fuerza beneficiosa.

—¿Beneficiosa? —Sanger tomó el vaso que yo tenía en la mano—. Utiliza, la violencia sin ningún disimulo, contra Paula Hamilton, Laurie y cualquiera que se le cruce en el camino. La Residencia Costasol está inundada de drogas a precio de saldo que mete a la fuerza en casi todas las casas y apartamentos.

—Doctor Sanger... la cocaína y las anfetaminas, para la generación de Crawford, no son más que sustancias que levantan el ánimo, como el coñac o el whisky. Las drogas que él odia son las que usted prescribe... especialmente los tranquilizantes. Quizá le dieron demasiados de niño, o se los recetaron los psiquiatras del ejército. Una vez me dijo que trataron de robarle el alma. No es un hombre corrupto. En muchos aspectos es un idealista. Mire lo que ha logrado en la Residencia Costasol. Ha hecho mucho bien.

—Lo que es aún más aterrador. —Sanger apartó la mirada de mi casa, contento de que nadie estuviera observándonos—. Ese hombre es un peligro para cualquiera que lo conozca. Va de un lado a otro a lo largo de la costa raqueta en mano y con un

mensaje de esperanza, pero su visión es tan tóxica como el veneno de una serpiente. Toda esa actividad incesante, esos festivales artísticos y ayuntamientos son una forma de Parkinson social. El pretendido renacimiento que todo el mundo alaba tiene un precio. Crawford es como la dopamina. Los pacientes catalépticos se despiertan y comienzan a bailar. Ríen, lloran, hablan y parecen recuperar su auténtica identidad, pero hay que ir aumentando la dosis hasta que al final la dopamina los mata. Sabemos qué medicina prescribe Crawford. Es una economía social basada en el tráfico de drogas, la pornografía y los servicios de acompañantes... un condominio delictivo de la cabeza a los pies.

—Pero nadie piensa que eso sea un delito. Ni las víctimas ni la gente que participa. Los valores sociales son diferentes, como en un cuadrilátero de boxeo o en una corrida de toros. Hay robos y prostitución, pero todo el mundo los ve como un nuevo tipo de «buenas obras». Nadie de la Residencia Costasol ha denunciado un solo delito.

—El dato más revelador. —Sanger se apartó bruscamente un mechón de pelo que le caía sobre los ojos—. En última instancia, una sociedad basada en el delito es aquella en la que todos son delincuentes y nadie lo sabe. Señor Prentice, esto cambiará.

—¿Va a acudir a la policía? —Miré la mandíbula prominente de Sanger, un rasgo inesperado de belicosidad—. Si llama a las autoridades españolas destruirá todo lo bueno. Además, ya tenemos nuestra, propia policía.

—El tipo de policía que impone las reglas del crimen. Esos contables y agentes de bolsa retirados que trabajan para usted son asombrosamente buenos en el papel de delincuentes de pueblo. Casi se podría suponer que sus profesiones contemplaban esa contingencia.

—Cabrera y sus detectives han estado aquí y no han encontrado nada. Jamás han acusado a nadie.

—Excepto Frank. —Sanger hablaba en un tono menos duro—. Mañana empieza el juicio. ¿Cómo se va a declarar?

—Culpable. Es una especie de ironía espantosa. Es el único hombre de aquí completamente inocente.

—Entonces tendrán que acusar a Crawford. —Sanger se puso de pie, listo para que me fuera, con el oído atento a cualquier ruido—. Vuelva a Londres, antes de que lo encierren con Crawford en la cárcel de Alhaurín de la Torre, señor Prentice. Ahora acepta esa lógica sin comprender adonde lleva, pero recuerde el incendio de la casa Hollinger y esas trágicas muertes...

Se oyó un murmullo en la habitación y Sanger se ató el albornoz y se marchó de la terraza. Cuando salía por la puerta de entrada, lo vi sentado en la cama junto a Laurie Fox acariciándole el cabello húmedo con una mano; un padre y un amante que esperaba que esa niña lastimada volviera a encontrarse con él en el sueño de la vigilia.

Delante de la puerta de mi casa había camionetas de reparto estacionadas, mientras los hombres descargaban las sillas y las mesas de caballetes para la fiesta de esa noche. Las bebidas y los canapés, encargados por Elizabeth Shand a uno de los restaurantes de las hermanas Keswick, llegarían más tarde. La fiesta empezaría a las nueve; me sobraba tiempo para cambiarme después de una hora de tenis con Crawford, nuestro primero y último partido.

Mientras los hombres transportaban las sillas, me quedé en medio de la pista de tenis con la mano en la tronera de la máquina. La conversación con Sanger me había alterado. El psiquiatra, venial y afeminado en una época, había descubierto una segunda y más decidida identidad. Estaba preparándose para enfrentarse a Crawford, probablemente porque temía que secuestrara a Laurie Fox cuando se marchase a Calahonda. El inspector Cabrera, con una pequeña ayuda de Sanger, no tardaría en descubrir los almacenes de droga y pornografía, y dejaría al descubierto los robos de coches y los dudosos servicios de masajes y compañía.

La vida en el complejo Costasol, todo aquello por lo que Crawford y yo habíamos trabajado, llegaría a su fin en cuanto los asustados vecinos británicos, temerosos de perder sus permisos de residencia, abandonaran sus clubes y asociaciones y se retiraran al mundo crepuscular de la televisión vía satélite. Un experimento social ambicioso e idealista se desvanecería bajo el polvo acumulado de otra urbanización moribunda de la Costa del Sol.

Puse en marcha la máquina de tenis, oí cómo la tronera lanzaba la primera pelota, y pensé en el proyectil más potente que podía salir disparado por otro tipo de arma.

David Hennessy examinaba la pantalla del ordenador en el escritorio de la planta baja, con Elizabeth Shand de pie detrás de él. Los totales que se acumulaban parecían iluminar el traje sastre que Betty se había puesto, adornando la tela brillante con un lustre de pesetas. Me di cuenta de que el festival de Costasol había terminado y comenzaba el recuento de beneficios. Los turistas se marchaban de la plaza, y los bares alrededor del centro comercial estaban casi desiertos, con unos pocos clientes que miraban hacia un mar de pétalos desparramados y marchitos. No había nadie en las pistas de tenis y la piscina del club deportivo, y los socios se habían retirado temprano con la intención de prepararse para las fiestas privadas. Wolfgang y Helmut estaban al lado de la piscina, observando cómo los españoles del servicio de mantenimiento cambiaban el agua y los camareros acomodaban las mesas.

—¿Charles...? —Hennessy se puso de pie para mirarme más de cerca. Había dejado a un lado los modales avunculares de club privado y ahora parecía un contable sagaz tratando con un cliente desconsiderado y extravagante—. Ha sido usted muy generoso, querido muchacho, ayudando a Sanger con esa chica. Aunque... no sé si hizo bien en llevársela.

—Ella es paciente de Sanger. Y parece que necesita ayuda.

—Pero aun así. Sanger y usted convirtieron una payasada escandalosa en una sala

de urgencias. ¿No cree que no es lo más apropiado para nuestros socios?

—Da igual. Lo importante es haber interrumpido esa escena tan desagradable. — Elizabeth Shand me quitó una costra de sangre seca de la camisa con una mueca de asco, como si recordara que esa fluida mezcla poco fiable le corría incluso a ella por las venas—. Bobby hizo mucho por ayudarla, pero es el tipo de amabilidad que nunca se agradece. ¿La ha llevado al bungalow de Sanger?

—Sí, él la está cuidando. Ella duerme ahora.

—Muy bien. Espero que siga durmiendo y nos dé a todos nosotros la oportunidad de calmarnos. Tengo que decir que la atención que Sanger dedica a esa pobre chica es conmovedora. Naturalmente, conozco al padre de Laurie, otro de esos médicos con las manos muy largas. Sólo espero que Sanger sepa contenerse.

—No creo que lo haga.

—¿De veras? Yo también me lo temía. Es muy desagradable pensarlo... Siempre he sospechado que la psiquiatría era la máxima forma de seducción.

Me acerqué a ella frente a la ventana y miré el seto estropeado y pisoteado por los turistas.

—Hablé con él antes de irme... Creo que es posible que vaya a la policía.

—¿Qué? —El maquillaje de Elizabeth Shand pareció a punto de romperse—. ¿A denunciarse a sí mismo por falta de ética profesional? David, ¿qué haría en un caso así el Colegio de Médicos?

—No puedo ni imaginármelo, Betty. —Hennessy levantó las manos al cielo—. No creo que hayamos enfrentado alguna vez este tipo de contingencia. ¿Está seguro, Charles? Si la noticia empieza a circular por ahí, tendríamos bastantes problemas. Todo un festín para la prensa sensacionalista de Londres.

—No tiene nada que ver con Laurie Fox —expliqué—. Quien le preocupa es Bobby Crawford. Sanger detesta todo lo que hemos hecho aquí. Estoy bastante seguro de que va a plantearle toda la cuestión a Cabrera.

—Qué tontería. —Elizabeth Shand miró tranquilamente a Hennessy, sin sorprenderse por lo que le había dicho. Me apoyó la mano en la camisa y empezó a quitarme otra vez la sangre seca—. Es bastante preocupante, Charles. Gracias por avisarnos.

—Betty, es más que una posibilidad. La escena de la piscina lo ha sacado de quicio.

—Quizás. Es un hombre extraño, con todos esos difíciles cambios de humor. No comprendo por qué les gusta a las chicas.

—Tenemos que impedirlo. —Y añadí tratando de hablar en un tono urgente—: Si Sanger va a ver a Cabrera, tendremos aquí todo un ejército de detectives levantando cada baldosa.

—Eso no nos interesa. —Hennessy apagó el ordenador y miró el techo con la expresión distraída de alguien que tropieza con una definición difícil en un crucigrama—. Es un problema un poco delicado. En fin, la fiesta de esta noche va a

aclarar las cosas.

—Claro que sí —asintió Elizabeth Shand—. Una buena fiesta resuelve todos los problemas.

—¿Lo invito? —le pregunté—. Usted podría hablar con él y asegurarle que todo se calmará cuando Bobby se marche a Calahonda.

—No... creo que no. —Me sacó la última mancha de sangre de Laurie Fox—. Mejor aún, asegúrese de no invitarlo.

—Pero pienso que disfrutaría de la fiesta.

—Lo hará de todos modos. Ya verá, Charles...

Salí del club deportivo no muy tranquilo. Crucé la plaza esperando encontrar a Crawford y convencerlo de que se mostrara más combativo con Elizabeth Shand. El festival había terminado y los últimos turistas se marchaban de los bares y regresaban a los coches estacionados al lado de la playa. Caminé sobre los pétalos y el confeti desteñado mientras unos pocos globos flotaban de aquí para allá sobre la basura, persiguiendo sus propias sombras.

Las carrozas que habían entretenido tanto al público estaban siendo remolcadas al recinto del supermercado, donde un grupo de niños correteaba alrededor. Bobby Crawford jugaba con ellos al escondite y seguía volcando su infatigable energía y entusiasmo. Mientras saltaba alrededor de las carrozas abandonadas, con los brazos envueltos en serpentinas rotas, fingiendo que buscaba a una pequeña que chillaba escondida debajo del piano, parecía un desamparado Peter Pan que trataba de sacudir los restos del país del nunca jamás y despertarlo a una segunda vida. Tenía la camisa hawaiana manchada de tierra y sudor, pero los ojos le brillaban como siempre, animados por ese sueño de un mundo más feliz que había alimentado desde la infancia. En cierto sentido había convertido a los vecinos de Costasol en niños, llenándoles la vida con juguetes para adultos y luego invitándolos a salir a jugar.

—¿Charles...? —Encantado de verme, levantó en brazos a la pequeña y salto de la carroza mientras los otros niños corrían alrededor—. Te he estado buscando... ¿Cómo está Laurie?

—Está bien, durmiendo tranquilamente. Sanger le ha dado un sedante. Está mejor allí.

—Por supuesto. —Crawford parecía sorprendido de que yo hubiera podido pensar otra cosa—. Hace semanas que le digo que vuelva con él. Estaba consumida, Charles, necesitaba enfadarse y volver a deprimirse... Sanger es el hombre indicado. Yo no podía ayudarla, aunque Dios sabe que lo he intentado muchas veces.

—Escucha, Bobby... —Esperé a que se calmara, pero seguía mirando a los niños, listo para empezar otro juego—. Estoy preocupado por Sanger. Estoy casi seguro de que irá a ver a...

—¿Cabrera? —Los niños salieron corriendo en busca de sus padres en la puerta del supermercado y Crawford los saludó con la mano—. Me temo que lo hará,

Charles. Hace tiempo que lo sé. Es un psiquiatra infeliz y no conoce otro modo de vengarse que llamar a la policía.

—Bobby... —Preocupado por él, traté de distraerlo de la niña que nos saludaba con la mano—. ¿Te vas de la residencia por Sanger?

—¡Dios mío, no! Ya he terminado mi trabajo aquí. La función queda en tus manos, Charles. Ha llegado la hora de cambiar de sitio. Hay un mundo entero que me espera ahí fuera en la costa, lleno de gente que me necesita. —Me tomó por el hombro y observó alrededor la escena de basura desparramada, con serpentinas desteñidas y globos a la deriva—. Tengo que soñar por ellos, Charles, como esos chamanes siberianos... Durante las épocas de tensión, para que la tribu pueda dormir, el chamán sueña por ellos...

—Pero, Bobby... Sanger puede traernos problemas. Si va a ver a Cabrera, la policía española invadirá la residencia y destruirá todo lo que has conseguido.

—No te preocupes, Charles... —Crawford me sonreía como un hermano cariñoso—. Hablaremos del asunto en la fiesta. Créeme, todo saldrá bien. Esta tarde jugaremos un par de sets; puedes mostrarme ese nuevo revés que has estado practicando.

—Sanger va en serio... He hablado con él hace una hora.

—La fiesta, Charles. No hay nada que temer. Sanger no nos hará daño. No es la primera vez que trato con psiquiatras... sólo están interesados en sus propios defectos, y no hacen otra cosa que buscarlos.

Saludó por última vez a los niños que pasaban en los coches de sus padres, se apoyó contra la carroza que tenía detrás, arrancó un puñado de pétalos del letrero floral con la palabra «Fin», y observó cómo caían flotando hasta el suelo. Por una vez Crawford parecía cansado, agotado por las responsabilidades que pesaban sobre él y aturdido por la vastedad de la tarea que le aguardaba: las costas interminables que esperaban que les devolvieran la vida.

Se reanimó y me palmeó el hombro.

—Piensa en el futuro, Charles. Imagínate la Costa del Sol como otro Véneto. Aquí mismo podría nacer una nueva Venecia.

—¿Por qué no? Les has dado todas las posibilidades, Bobby.

—Lo importante es mantenerlos unidos. —Crawford me tomó del brazo mientras regresábamos al club—. Tal vez sucedan cosas que te sorprendan, o que te impresionen, Charles, pero es fundamental que sigamos juntos y que no olvidemos todo lo que hemos hecho. A veces es necesario ir demasiado lejos para quedarse en el mismo lugar. Nos vemos dentro de una hora, me muero por ver ese revés...

Estaba practicando en la pista cuando sonó el teléfono, pero no atendí la llamada y me concentré en la descarga de pelotas de la máquina de tenis que yo devolvía directamente a la línea de saque. El timbre siguió taladrando la casa desierta con un ruido amplificado por las hileras de sillas plegables.

—¿Charles...?

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Paula. Te llamo desde el Club Náutico. —Parecía tranquila, pero extrañamente tensa—. ¿Puedes venir?

—Estoy jugando al tenis. ¿Cuándo?

—Ahora. Es importante, Charles. Es vital que vengas.

—¿Por qué? Esta noche hay una fiesta. ¿No puedes esperar?

—No, tienes que venir ahora. —Se calló y tapó el teléfono mientras le hablaba a alguien que tenía al lado—. Frank y el inspector Cabrera están aquí conmigo —continuó—. Tienen que verte.

—¿Frank? ¿Qué pasa? ¿Está bien?

—Sí, pero tienen que verte. Se trata del incendio de la casa Hollinger. Estamos en el garaje del sótano del club. Te esperamos aquí. Y, Charles...

—¿Qué?

—No se lo digas a nadie. Y trae esas llaves de coche que vi esta mañana en tu oficina. Cabrera está muy interesado...

Una invitación al mundo subterráneo

Ese día el Club Náutico estaba cerrado, los toldos recogidos sobre los silenciosos balcones: una casa de secretos que escondía cualquier recuerdo del sol. Dejé el Citroën en el parque y bajé la rampa hasta el garaje del sótano. Durante el viaje desde la Residencia Costasol había tratado de prepararme para el encuentro cara a cara con Frank, demasiado consciente de lo mucho que todo había cambiado entre nosotros. Habíamos dejado de ser los hermanos unidos por una madre desgraciada, y en un sentido más amplio, hasta habíamos dejado de ser hermanos.

Llevaba en la mano las llaves de coche que había encontrado en el huerto, encima de la casa Hollinger. Mientras cruzaba el sótano sombrío las vi brillar a la luz temblorosa de un defectuoso tubo fluorescente. El hecho de que hubieran dejado salir a Frank de la cárcel en la víspera del juicio, incluso bajo la custodia del inspector Cabrera, indicaba que habían descubierto una nueva prueba vital que contradecía la confesión de mi hermano e incriminaba al auténtico asesino.

Me quedé al pie de la rampa, sorprendido de ver que no había policías de uniforme que custodiaran el garaje. Una docena de coches estaban estacionados en las plazas, y vi el polvoriento Jaguar de Frank contra la pared del rincón; la cinta adhesiva de la policía empezaba a despegarse del parabrisas.

Noté entonces que al lado del Jaguar estaba el pequeño BMW de Paula Hamilton. Paula me observaba desde el asiento del conductor con las manos apretadas sobre el volante, mientras yo me acercaba, como preparada para escapar; el rostro delgado parecía casi ictérico a la luz amarillenta. Junto a ella había un hombre con el rostro tapado por una visera. Llevaba una chaqueta de cuero de motociclista; un tipo de prenda que Frank jamás hubiera tenido, pero que quizá le habían; prestado en el almacén de la cárcel.

—Frank... estás libre. ¡Gracias a Dios!

Cuando llegué al BMW sentí mi cariño de siempre. Sonreí a través del cristal manchado de insectos, listo para darle un abrazo. Se abrieron las puertas y Paula bajó del coche. Tenía mala cara bajo la luz parpadeante y apartaba los ojos. En el asiento del acompañante, Gunnar Andersson extendió las rodillas huesudas y se agarró del techo para ayudarse a salir. Se abrochó la chaqueta alrededor del cuello y dio la vuelta al coche por detrás. Se acercó a Paula y miró sombríamente el llavero que yo llevaba en la mano; sus mejillas enjutas parecían aún más hundidas a la media luz del cemento.

—Paula... ¿dónde está Frank?

—No está aquí. —Me miró tranquila a los ojos—. Necesitábamos hablar contigo.

—¿Pero dónde está? ¿En el apartamento? ¿Y el inspector Cabrera?

—No están aquí. Frank sigue en la cárcel de Málaga esperando el juicio de mañana. —Trató de sonreírme a la luz del fluorescente defectuoso—. Lo siento, Charles, pero teníamos que hacerte venir.

—¿Por qué? ¿Qué es todo esto? —Miré a mi alrededor tratando de ver a través de las ventanillas de los otros coches, todavía seguro de que descubriría a Frank sentado en el asiento trasero de algún vehículo camuflado de la policía—. Esto es absurdo... podemos hablar en la fiesta de esta noche.

—¡No, no debes ir a esa fiesta! —Paula me sujetó la muñeca y me sacudió como si quisiera despertar a un paciente sedado—. ¡Charles... por el amor de Dios, suspende esa fiesta!

—No puedo. ¿Por qué tengo que suspenderla? Es la fiesta de despedida a Bobby Crawford.

—No será sólo la despedida de Crawford. ¿No acabas de entenderlo? Va a morir gente. Habrá un incendio enorme.

—¿Dónde? ¿En la casa? Paula, es absurdo... nadie quiere hacerle daño a Crawford.

—No andan detrás de Crawford. El fuego será en el bungalow de Sanger. Lo matarán a él y a quien esté allí.

Volví la cabeza, perturbado por la mirada intensa de Paula. Todavía tenía esperanzas de que Cabrera apareciera por alguna de las puertas de servicio. Miré a Andersson, esperando que hablara y la contradijese, pero empezó a asentir lentamente con la cabeza, moviendo los labios y repitiendo en silencio las palabras de Paula.

—Paula, dime... —Me solté la muñeca que me tenía apretada con fuerza—. ¿Cuándo te enteraste de lo del fuego?

—Gunnar me lo contó esta tarde. Todos lo saben. Está todo planeado... por eso han cerrado el club.

El sueco estaba al lado de Paula; las facciones góticas eran apenas visibles en el aire grasiento. Asintió con la cabeza gacha.

—¡Es imposible! —Di un puñetazo contra el parabrisas del coche—. He hablado con Crawford hace una hora. Nadie podría planear tan rápido algo así.

—Hace semanas que lo saben. —Paula trató de calmar mis manos apretándolas contra su pecho. Hablaba claramente, con una voz nerviosa pero prácticas—. Está todo arreglado... la fiesta es sólo una tapadera. Han preparado explosivos, una especie de bomba de gasolina que estalla con detonadores navales. Charles, es verdad. Se están aprovechando de ti.

—No puedo creerlo... —Aparté a Paula, listo para enfrentarme a Andersson. Pero el sueco se alejó y me miró por encima del coche de Frank—. Andersson... ¿es cierto?

—Completamente. —Los ojos del sueco, que se habían retirado a sus profundas

órbitas, emergieron un instante—. No supe quién era el blanco hasta esta mañana. Mahoud y Sonny Gardner... necesitaban ayuda con los fusibles. Mientras Sanger estaba fuera buscando a Laurie, se metieron en el bungalow y pusieron la bomba debajo del suelo en la habitación de Sanger. No me lo han dicho, pero creo que hay gasolina en el sistema de aspersores... En pocos minutos todo quedará reducido a cenizas.

—¿Y quién dirige todo esto...? ¿Crawford?

Paula, de mala gana, meneó la cabeza.

—No. Bobby estará en Calahonda, a kilómetros de distancia, bebiendo con los amigos de su nuevo club de tenis.

—¿Pero dices que él lo ha planeado todo?

—No exactamente. En realidad, no sabe casi nada de los detalles.

—¿Entonces quién? Mahoud y Sonny Gardner no han ideado esto ellos solos. ¿Quién está detrás?

Paula limpió la marca que había dejado mi puñetazo en el parabrisas.

—No es una sola persona. Están juntos en esto... Betty Shand, Hennessy, las hermanas Keswick, y la mayoría de la gente que viste en el entierro de Bibi Jansen.

—Pero ¿por qué quieren matar a Sanger? ¿Porque va a ir a la policía?

—No, no lo han pensado. Ni siquiera lo sabían hasta hoy, cuando se lo contaste a Betty Shand y Hennessy.

—¿Entonces qué motivo puede haber? ¿Por qué eligieron a Sanger como blanco?

—Por la misma razón que a los Hollinger.

Paula me sostuvo cuando caí de lado contra el coche, mareado de pronto por la luz temblorosa. Entendí por primera vez que yo era parte de una conspiración para matar al psiquiatra. Paula me apretó los brazos tratando de reanimarme.

—De acuerdo... —Me apoyé contra el coche de Frank y esperé hasta que pude recuperar el aliento—. Paula, dime ahora por qué asesinaron a los Hollinger. Siempre lo has sabido.

Paula se puso a mi lado y esperó a que me calmase. Tenía la cara serena, pero parecía hablar desde detrás de una máscara, como una guía de turismo en algún macabro lugar histórico.

—¿Por qué los mataron? Por el bien de Estrella de Mar y todo lo que Crawford había hecho por nosotros. Para que no se viniera todo abajo cuando él se marchara. Sin el incendio de la casa Hollinger, Estrella de Mar se habría hundido otra vez en lo que era: otro pueblo de la costa aquejado de muerte cerebral.

Pero ¿cómo se explican todas esas muertes? Cinco personas fueron asesinadas...

—Charles... —Paula se volvió hacia Andersson para que la ayudase, pero el sueco miraba fijamente el tablero del Jaguar. Dominándose, continuó—: Hacía falta un gran crimen, algo terrible y espectacular que uniera a todo el mundo, que los encerrara en un sentimiento de culpa que mantendría Estrella de Mar viva para siempre. No bastaba recordar a Bobby Crawford y todos esos delitos menores: robos,

drogas y películas porno. La gente de Estrella de Mar tenía que cometer un crimen importante, algo violento y dramático, en lo alto de la colina donde cualquiera pudiera verlo, para que así todos no sintiésemos siempre culpables.

—¿Y por qué los Hollinger?

—Porque eran demasiado visibles. Cualquiera habría servido, pero ellos tenían esa casa grande. Habían empezado a causar problemas a Betty Shand y amenazaban con llamar a la policía. Así que el dedo los señaló. *Tant pis*.

—¿Y quién provocó el incendio? Crawford, ¿no?

—No... él estaba jugando al tenis con la máquina del Club Náutico. No conocía todos los planes. No creo que supiera que el blanco fueran los Hollinger.

—¿Entonces quién lo hizo? ¿Quién lo planeó?

Paula bajó la cabeza, tratando de ocultar las mejillas debajo de las trenzas negras que le caían sobre las sienes.

—Todos nosotros. Lo hicimos todos.

—¿Todos vosotros? ¿Pero no todo Estrella de Mar?

—No, sólo el mismo grupo clave: Betty Shand y los demás, Hennessy, Mahoud y Sonny Gardner. Incluso Gunnar.

—¿Andersson? Pero Bibi Jansen murió en el incendio. —Me volví acusadoramente hacia el sueco—. Usted la quería.

Andersson miraba impassible la rampa del garaje, moviendo los pies, preparado para escapar y unirse al viento. Habló lacónicamente, como si repitiera unas palabras que él ya se había dicho a sí mismo cientos de veces.

—La quería, sí. Sé que parece que lo haya hecho a propósito... Crawford se la había llevado y la había dejado embarazada. Entonces ella, se fue a vivir con los Hollinger... Pero yo no quería que muriese. Tenía que escapar por la escalera de emergencia, pero el fuego era incontenible. —Arrancó la cinta policial de las ventanillas del Jaguar y la estrujó entre las manos.

Me aparté y me volví hacia Paula.

—¿Y tú?

Paula apretó los labios, como resistiéndose a que las palabras le salieran de la boca.

—No me dijeron lo que planeaban. Pensaba que querían burlarse de la noción feudal de los Hollinger sobre cómo hacer una fiesta. La idea era encender un pequeño fuego en la casa, tirar unas bombas de humo, y obligarlos a salir por la escalera de incendios. Así al fin tendrían que mezclarse con los invitados.

—Pero ¿por qué éter? Comparado con la gasolina o el queroseno no es tan inflamable.

—Exactamente. Necesitaban un líquido volátil, y me pidieron que lo trajese. El auténtico motivo era ligarme a ellos, y tenían razón. Mahoud añadió gasolina al éter, y me encontré con cinco muertes entre las manos. —Enfadada consigo misma, se quitó el pelo de la cara y se miró fríamente en el parabrisas—. Fui una tonta... tendría

que haber adivinado lo que realmente planeaban. Pero estaba bajo el hechizo de Bobby Crawford. Había creado Estrella de Mar y yo creía en él. Después del incendio supe que la gente seguiría matando por él, y que había que pararlo. A pesar de todo, Betty Shand y él tenían razón: el incendio y las muertes unieron a todo el mundo y mantuvieron Estrella de Mar con vida. Ahora planean lo mismo para la Residencia Costasol, con el sacrificio del pobre Sanger. Si Laurie Fox muere con él en la cama, será aún más escabroso. Nadie lo olvidará, y las partidas de bridge y las clases de escultura seguirán para siempre.

—¿Y Frank? ¿Qué parte tenía en todo esto?

Paula se sacudió el polvo de las manos.

—¿Has traído las llaves del coche? ¿Las que vi en tu escritorio?

—Aquí están. —Las saqué del bolsillo—. ¿Las quieres?

—Pruébalas en la puerta.

—¿De tu BMW? Ya lo he hecho... hace semanas, cuando nos conocimos. Las he probado en todos los coches de Estrella de Mar y no entraron en ninguno.

—Charles... no en mi coche; pruébalas en el Jaguar...

—¿En el coche de Frank? —Pasé por delante de ella, quité la suciedad de la cerradura e inserté la llave. El tambor estaba rígido y sentí una oleada de alivio al ver que la llave no encajaba bien y que Frank seguía siendo inocente. Pero casi en seguida oí el ruido del cierre centralizado que destrababa las cuatro puertas.

Levanté la manija, abrí la puerta y miré el mohoso interior, los mapas de carreteras, los guantes de conducir sobre el asiento del pasajero, y un ejemplar de mi guía de viajes de Calabria en la bandeja. Una sensación de pérdida y agotamiento se apoderó de mí, como si me hubieran sacado toda la sangre del cuerpo en una precipitada transfusión. No quería seguir respirando y me senté en el asiento del conductor con los pies sobre el suelo del garaje. Paula se arrodilló delante de mí y me apretó el diafragma con la mano, mientras me miraba el cuello buscándome el pulso.

—Charles... ¿estás bien?

—Así que Frank estuvo allí. Después de todo participó en el incendio de la casa Hollinger. ¿Lo planeó él?

—No, pero sabía que pasaría algo espectacular. Reconocía que Bobby Crawford tenía razón y que cuando se marchara de Estrella de Mar todo se vendría abajo. Necesitábamos algo que nos recordara los trabajos de Bobby. Frank pensó que el incendio sería una especie de proeza por el cumpleaños de la Reina. No se dio cuenta de que los Hollinger quedarían atrapados y morirían en el incendio. Se sintió responsable, puesto que lo había organizado todo.

—¿Y todos desempeñaron un papel?

—Todos. Yo encargué el éter a un proveedor de laboratorios en Málaga; Betty Shand lo trasladó en una de sus camionetas; las hermanas Keswick lo guardaron en un refrigerador del Restaurante du Cap. Sonny Gardner enterró los bidones en el huerto. Para entonces, Mahoud ya había cambiado casi todo el éter por gasolina.

Frank y Mahoud desenterraron los bidones unos minutos antes del brindis real y los llevaron a la cocina mientras el ama de llaves servía los canapés en la terraza. Cabrera estaba bastante acertado.

—Pero ¿quién preparó el sistema de aire acondicionado? ¿Frank?

—Fui yo. —Andersson se miraba las manos mientras trataba de quitarse restos de grasa de debajo de las uñas. Hablaba en voz baja, como si temiera que lo oyesen—. Frank me pidió que arreglara el sistema para que la casa se llenara de humo de colores. Mahoud y yo fuimos por la tarde, cuando el ama de llaves estaba muy ocupada. Le dije que era el técnico de mantenimiento y que Mahoud era mi ayudante. Abrí el colector y le mostré a Mahoud dónde tenía que poner las bombas de humo.

—¿Y?

Andersson levantó sus largas manos mostrando las muñecas como si se las ofreciera a un hacha.

—Después del brindis por la Reina, Frank dejó a Mahoud en la cocina y subió la escalera hasta la chimenea de la sala. Sacó una pequeña alfombra del suelo, la dejó sobre el hogar y le prendió fuego. No sabía que Mahoud ya había vaciado el humidificador y lo había llenado de gasolina. Cuando Mahoud se marchó, encendió el aire acondicionado para asustar a los Hollinger. Pero de las rejillas de ventilación no salió ningún humo...

—¿Así que Frank no sabía que habría una explosión? —Dejé que Paular me ayudara a salir del coche—. Aun así, toda esa gasolina, y el éter... es una locura. Tenías, que haberte dado cuenta del riesgo de que toda la casa volara.

Paula se pasó la mano por la mejilla buscando el viejo moretón.

—Sí, pero no nos permitíamos pensarlo. Necesitábamos un espectáculo para Bobby Crawford: los Hollinger aterrorizados, humo de colores saliéndoles por las orejas, quizá algunos destrozos en la casa. La chimenea era enorme... Frank dijo que las llamas tardarían media hora en llegar a la escalera. Para ese entonces los invitados ya habrían entrado en la casa y montarían una cadena humana desde la piscina. Nadie iba a morir.

—¿Nadie? ¿De verdad lo creías? Así que todo salió mal. ¿Qué pasó con Frank después de la explosión?

Paula hizo una mueca al recordarlo.

—Cuando vio lo que había pasado salió corriendo. Estaba destrozado, apenas podía hablar. Me dijo que había tratado de esconder los bidones pero que había perdido las llaves del coche. Gunnar las encontró al día siguiente mientras volaba en el ala delta. Eran lo único que temamos. Queríamos denunciar a Crawford y Elizabeth Shand, pero no había pruebas contra ellos. Crawford no sabía que íbamos a incendiar la casa y no había participado en el plan. Si se lo hubiéramos confesado a Cabrera, nos habrían acusado a todos, menos a la única persona realmente responsable. Frank se declaró culpable para salvarnos.

—Por lo tanto no dijiste nada hasta que yo llegué. ¿Fuiste tú la que dejó el vídeo

porno en el dormitorio de Anne Hollinger?

—Sí... esperaba que reconocieras a Crawford y a Mahoud, o al menos que descubrieras dónde estaba el apartamento.

—Eso era fácil. Pero habría podido no ver el vídeo en el cuarto de Anne Hollinger.

—Lo sé, Al principio iba a dejarlo en el Bentley y pedirle a Miguel que te acompañara en coche. Entonces te vi mirando el televisor... estabas tan intrigado por saber lo que ella miraba cuando murió...

—Me molesta tener que decirlo, pero... es verdad. ¿Y la bolsita con cocaína en el escritorio de Frank? Los hombres de Cabrera la habrían encontrado en pocos segundos.

Paula me dio la espalda, aún incómoda al pensar en el vídeo.

—La puse cuando David Hennessy me dijo que vendrías de Londres. Quería llevarte hasta Crawford y que te dieras cuenta de que Estrella de Mar era algo más que una urbanización de tarjeta postal. Si pensabas que Crawford estaba implicado en el incendio, podrías poner en evidencia sus otras actividades. Lo habrían acusado de tráfico de drogas y robo de coches, y habría pasado en la cárcel los próximos diez años.

—Pero en cambio caí bajo su hechizo como todos los demás. ¿Y las llaves del coche?

—Lo único que quedaba era llevarte hasta Frank. Si sabías que estaba implicado en el incendio todo se habría destapado.

—¿Entonces hiciste que Miguel dejara las llaves en el huerto? ¿Qué te hizo pensar que volvería allí?

—No parabas de mirar la casa. —Paula alargó el brazo y me tocó el pecho sonriendo por primera vez—. Pobre, estabas completamente obsesionado. Crawford también se daba cuenta... por eso te dejó junto a la escalinata del mirador. Ya entonces te estaba preparando para el siguiente incendio espectacular.

—Pero él no sabía que las llaves estaban esperándome. Aun así, yo habría podido no verlas. ¿O fue allí cuando el ala delta entró en acción?

—Yo era el piloto. —Andersson levantó las manos y aferró una barra imaginaria—. Lo llevé hacia las llaves y después lo perseguí hasta el cementerio. Paula estaba esperando en la Kawasaki.

—¿Paula? ¿Eras tú, con aquella amenazadora ropa de cuero?

—Queríamos asustarte, que te dieras cuenta de que Estrella de Mar era un sitio peligroso. —Paula sacó las llaves de la puerta del Jaguar y las apretó con fuerza—. Te vigilamos mientras perseguías a Crawford por Estrella de Mar y supusimos que te llevaría otra vez a casa de los Hollinger. Por suerte, encontraste las llaves y empezaste a probarlas en todos los coches.

—Pero nunca las probé en el coche de Frank. —Di una palmada en el techo del Jaguar cubierto de polvo—. Pensé que no tenía que probarlas en éste. Mientras tanto

Frank se había declarado culpable, los Hollinger estaban muertos y el resto se había encerrado en el pequeño reino demente de Crawford. Pero Bibi Jansen murió en el incendio... ¿a Bobby no le pareció un precio muy alto?

—Por supuesto. —Paula me miró con los ojos llenos de lágrimas sin intentar secárselas—. Al matar al hijo de Crawford cometimos un crimen contra él... eso nos unió todavía más.

—¿Y Sanger? ¿Sabía la verdad sobre el incendio?

—No. Aparte de ti, era casi la única persona del funeral que no lo sabía. Seguramente lo adivinó.

—Sin embargo, nunca acudió a la policía. Los demás tampoco, aunque la mayoría ni se esperaba que los Hollinger murieran en el incendio.

—Tenían que ocuparse de sus negocios. El fuego en casa de los Hollinger hizo milagros en las cajas registradoras. Nadie se quedaba mirando la televisión, todo el mundo salía y se calmaba los nervios gastando dinero. Todo el asunto era una pesadilla, pero el hombre apropiado se había declarado culpable. Técnicamente Frank había encendido el fuego. La mayoría no sabía lo de Mahoud y la gasolina en el sistema de aire acondicionado... Eso fue idea de Betty Shand, de Hennessy y Sonny Gardner. Todos los demás lo vieron como el tipo de accidente trágico que ocurre cuando una broma sale mal en una fiesta. Dios sabe que a mí también me pasó. Había ayudado a matar a toda esa gente, y casi lo aceptaba. Charles, por eso tenemos que parar, la fiesta de esta noche.

Mientras Paula levantaba los brazos, la abracé brevemente tratando de calmarle los hombros temblorosos. Sentí los latidos de su corazón contra mi pecho. Todas las duplicidades de los últimos meses habían desaparecido, dejando al descubierto a esta joven y nerviosa doctora.

—Pero ¿cómo, Paula? Es difícil. Tenemos que avisar a Sanger. Laurie y él pueden irse a Marbella.

—Sanger no se irá. Ya lo han echado de Estrella de Mar. Y aunque se fuera, elegirían a otro: al coronel Lindsay, a Lejeune o incluso a ti, Charles. Lo importante es sacrificar a alguien y que la tribu se encierre en sí misma. Charles, créeme, hay que parar a Bobby Crawford.

—Lo sé, Paula. Hablaré con él. Cuando vea que sé todo sobre los Hollinger, suspenderá la fiesta.

—¡No lo hará! —Paula, agotada, se volvió hacia Andersson en busca de ayuda, pero el sueco se había apartado de nosotros y miraba los coches estacionados—. Ya no depende de Crawford... Betty Shand y los demás han tomado una decisión. Él se trasladará a otros pueblos y ciudades, los hará revivir y después les pedirá un sacrificio. Siempre habrá gente dispuesta. Escúchame, Charles, tus festivales artísticos y tu orgullo cívico se pagan con sangre...

Me senté en el asiento del coche de Frank sujetando el volante, mientras Andersson

levantaba la mano en un breve saludo de despedida y subía la rampa hacia el sol del atardecer. Paula, de pie al lado del Jaguar, me miraba por el parabrisas y esperaba a que yo le respondiera. Pero yo pensaba en Frank y nuestros años de infancia juntos. Comprendí por qué él había caído bajo el embrujo de Crawford aceptando la irresistible lógica que había reanimado al Club Náutico y al pueblo moribundo de alrededor. La delincuencia siempre reinaría, pero Crawford había convertido el vicio, la prostitución y el tráfico de drogas en fines sociales positivos. Estrella de Mar se había redescubierto a sí misma, pero la escalada de provocación había llevado a Crawford a la casa Hollinger envuelta en llamas.

Paula caminó alrededor del coche, confiando menos en mí a medida que la sangre se le retiraba de las mejillas. Al final se dio por vencida y estiró un brazo en el aire sombrío en un ademán de desdén, consciente de que yo nunca me enfrentaría a Crawford. Busqué con la mano en el asiento trasero, tomé la guía de Calabria, y la abrí en la dedicatoria que le había puesto a Frank en la guarda. Mientras leía el cálido mensaje que había escrito tres años atrás, oí el motor del coche de Paula que arrancaba a mi lado; el ruido se perdió entre recuerdos de días de infancia.

Los sindicatos de la culpa

El golpeteo regular de la máquina de tenis se elevó de la pista mientras yo me detenía en el camino de la villa; ese monótono repiqueteo había presidido Estrella de Mar y la Residencia Costasol casi desde mi llegada a España. Escuché el siseo y el roce del mecanismo de carga, seguido del débil chasquido de ajuste de ángulo y trayectoria. Mientras volvía del Club Náutico, había pensado en Crawford devolviendo pelotas incansablemente, preparándose para irse aquella noche y las tareas que lo aguardaban en Calahonda. Se pondría en marcha con nada más que el Porsche abollado y una colección de raquetas de tenis para despertar a algún otro lugar en la Costa del Sol.

Apagué el motor del Citroën y miré en la terraza las filas de sillas plegadizas y mesas de caballetes mientras trataba de decidir qué podía decirle a Crawford. Los preparativos para la fiesta empezarían al cabo de una hora, cuando trajeran la bebida y los canapés, y teníamos poco tiempo para nuestro primero y último partido de tenis. Estaba seguro de que Crawford me dejaría ganar, era parte de esa generosidad de espíritu que tanto conquistaba a quienes se encontraban con él.

Antes de irme del Club Náutico había llamado al inspector Cabrera y le había pedido que viniera a verme a casa. Iba a contarle todo lo que sabía sobre la muerte de los Hollinger y el intento de incendio en el bungalow de Sanger. Consciente del cambio de tono en mi voz, Cabrera había empezado a interrogarme, pero después aceptó la seriedad de mi llamada y me prometió venir de Fuengirola lo más rápido posible. Al colgar el auricular, yo había mirado el apartamento de Frank por última vez. Las habitaciones silenciosas parecían sin aire, como si supiesen que Frank nunca volvería y hubieran decidido retirarse al pasado secreto de las noches que él compartiera con Paula y de las largas conversaciones con un vehemente tenista profesional que había aterrizado en la costa y descubierto, en una somnolienta urbanización de playa, un elixir que despertaría al mundo.

Escuché la máquina de tenis que cargaba las pelotas en la tolva. Al ruido del mecanismo de disparo le seguía el impacto de cada pelota que cruzaba la red y golpeaba la tierra batida, pero no se oía que Crawford devolviera el saque, ni el ruido de unos pies patinando, ni la familiar respiración ronca.

Bajé del coche y pasé al lado del Porsche que se enfriaba. La piscina estaba lisa y tranquila, la manguera extractora recorría la superficie y aspiraba las hojas y los insectos. Seguí el sendero que rodeaba la casa, pasé delante del garaje y la puerta de la cocina. A través de la malla de alambre que rodeaba la pista de tenis, vi la toalla y

la bolsa de deporte de Crawford sobre la mesa verde de metal junto a la red. La pista estaba cubierta de pelotas que la máquina seguía disparando una a una y que golpeaban entre las otras, como la bola blanca en una mesa de billar.

—¿Bobby...? —llamé—. Tenemos el tiempo justo para un partido rápido...

La máquina varió de trayectoria, se inclinó hacia arriba y a la derecha. La pelota cruzó disparada la red, golpeó algo en la línea de saque y rebotó casi verticalmente, elevándose por encima de la malla de alambre. Corrí unos pasos hacia ella con la mano en alto y la alcancé mientras caía.

Me salpicó la cara y el brazo con sangre. Sostuve la bola pegajosa entre los dedos y miré el rojo gelatinoso. Me quité los coágulos de la cara y me limpié las manos en las mangas de la camisa.

—¿Crawford...?

Abrí la puerta de malla de alambre y entré en la pista mientras la máquina disparaba la última pelota y quedaba en silencio. Un último servicio sin devolver golpeó la tierra batida junto al cuerpo de un hombre en camisa y shorts blancos que yacía sobre la línea de saque. Estaba tumbado boca arriba, raqueta en mano, en un charco de sangre que se extendía por la tierra amarillenta.

Con la boca abierta, como si hubiera muerto en un momento de auténtica sorpresa, yacía Bobby Crawford entre las pelotas ensangrentadas. Tenía la mano izquierda abierta y los dedos ferozmente extendidos al sol; supuse que había tratado de atajar las dos balas que le habían disparado al pecho. Los orificios se veían claramente en la camisa de algodón, uno al lado de la tetilla izquierda, el otro debajo de la clavícula.

A pocos pasos de él, había una pequeña pistola automática. El cañón cromado reflejaba el cielo sin nubes. Tiré la pelota manchada, me agaché, recogí el arma y miré al hombre asesinado. Crawford tenía los labios separados, como si anticiparan el primer rictus de la muerte. Alcancé a ver los dientes blanquísimos y las fundas de porcelana que siempre reivindicaba como la inversión más valiosa que había llevado a cabo antes de embarcarse en la carrera de tenista. Al golpearse la cabeza, se le había salido la funda del incisivo izquierdo, y el tornillo de metal brillaba a la luz como una pequeña daga, un colmillo oculto en la sonrisa de este hombre peligroso pero encantador.

¿Quién le había disparado? Levanté la pistola con la mano empapada de sangre y borré cuidadosamente las huellas del asesino. Era un arma de poco calibre, y me imaginé a Paula Hamilton llevándola en el bolso, entrando en la pista con la mano blanca apretada en la culata rugosa, y acercarse a la línea de saque mientras Crawford la saludaba. Dando por sentado que yo nunca iba a traicionar a Crawford, había decidido matarlo antes de que la fiesta de despedida desembocara en un letal programa nocturno.

¿O le había disparado Sanger, como venganza por todo lo que Crawford le había hecho a Laurie Fox? Me imaginé al delgado pero decidido psiquiatra que avanzaba a

paso largo entre los pelotazos que Crawford tiraba contra él, imposible mientras un feroz ace le golpeaba el hombro, y que apretaba la pistola con fuerza y sonreía por primera vez cuando Crawford bajaba la raqueta y suplicaba...

Un par de coches entraron por el camino encabezados por el Seat de Cabrera. El inspector se asomó por la ventanilla como si ya oliera la sangre en el aire. Detrás iban Elizabeth Shand y Hennessy instalados en el asiento trasero del Mercedes. Esperaron hasta que un indeciso Mahoud detuviera la limusina sobre el borde de césped. Ninguno de ellos iba vestido de fiesta, sólo habían pasado por la casa para supervisar que se guardarán las bebidas y los canapés. Dos camionetas de reparto estaban estacionadas en la calle, y unos hombres con ropa de trabajo blanca descargaban bandejas de vasos y fardos de manteles. Sanger pasó caminando delante de ellos con la cabeza levantada para mirar por encima del coche de Cabrera mientras se sostenía el pelo plateado con una mano. Quienquiera que hubiese matado a Crawford —Paula Hamilton, Sanger o Andersson— sabía que la máquina de tenis disimularía el ruido de los disparos y había escapado un minuto antes de mi llegada.

Cabrera llegó a la puerta de alambre y entró en la pista de tenis. Cruzó entre las pelotas desparramadas y se detuvo junto a la red mientras me observaba con una pensativa mirada de seminario. Me arrodillé junto al cuerpo enarbolando la pistola, cubierto de sangre de Crawford. Cabrera levantó las manos para calmarme, adivinando por mi cara y mi postura que yo estaba dispuesto a defender al muerto.

¿Ya sabía, mientras se acercaba, que yo me declarararía responsable de esa muerte? La misión de Crawford perduraría y los festivales de la Residencia Costasol seguirían llenando el cielo de pétalos y globos, mientras los sindicatos de la culpa continuarán alimentando ese sueño.



JAMES GRAHAM BALLARD (Shanghái, 1930 - Londres, 2009) nació en Shanghái el 18 de noviembre de 1930 de padres ingleses. Tras el ataque a Pearl Harbour fue internado junto con su familia en un campo de concentración japonés. Después de dos años en Cambridge, donde estudió medicina, fue redactor de un periódico técnico y portero del Covent Garden antes de incorporarse a la RAF en Canadá. Tras su servicio militar trabajó como director asistente de una revista científica hasta la publicación en 1961 de su primera novela: *El mundo sumergido*. En 1984 ganó el Guardian Fiction Prize y el James Tait Black Memorial Prize por su novela *El Imperio del Sol*, que fue llevada a la pantalla por Steven Spielberg en 1987. *La isla de cemento* (1974) completa la «trilogía urbana» que se inicia con *Crash* (1973) y concluye con *Rascacielos* (1975).